
MARY FORT
ALMAS REBELDES
GALLOWGLASS

MARY FORT

ALMAS REBELDES

GALLOWGLASS

ISBN: 9798190536157
Sello: Independently published

Título: ALMAS REBELDES (Glasgowglass)
Mary Fort © 2026

Maquetación: Sandra García. @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Si quieres acompañar esta historia con la música que la inspiró, he creado una playlist especial en Spotify.

Puedes escucharla aquí:

Almas Rebeldes-Gallowglass

Solo tienes que buscarla en Spotify escribiendo el título en la barra de búsqueda o escaneando el código Spotify que aparece en esta página. Esta selección musical no forma parte del contenido del libro y pertenece exclusivamente a sus respectivos autores y titulares de derechos. Mi intención es que disfrutes de una experiencia más inmersiva mientras lees.


ESCOCIA
Siglo XVIII
MAR DE LAS HEBRIDAS
CASCADA DEL HACHA
1 MILLA
POBLADO EN RUINAS
BOSQUE DEL NORTE
MONTAÑAS DEL NORTE
ISLAS OCCIDENTALES
HIGHLANDS
LOCH NESS
MAR DEL NORTE
LOCH LOMOND
GLASGOW
EDIMBURGO
N
O
E
S
MAR DE IRLANDA
MILLAS
0 10 20 30 40 50

PRÓLOGO



29 de febrero de 1724

Fiesta de la Estrella, tierras McAllen

—Es preciosa. ¿Viste su pelo? —preguntó a su amigo Connor, quien puso los ojos en blanco—. No, lo digo en serio. Fue como ver el hierro encendido sobre el yunque mientras lo golpeo.

—Ese vino te ha puesto caliente, Will —bromeó Ronald, prorrumpiendo en una risotada contagiosa.

—Pero si solo le di un sorbo. No me gusta tanto como a ti. —Ladeó la cabeza—. Como te pille tu padre, verás.

A pesar de que bromeaban a su costa, rio con él por lo absurdo de la situación y porque, a su edad, todo era nimio, excitante o tentador.

—Estás tan salido que ahora te fijas en mujeres mayores —añadió su amigo. Hundió los dedos en sus rizos y tiró de ellos con fuerza—. Creo que tiene edad para ser abuela.

—Calla, idiota —respondió con un empujón, tras mirar inquieto por encima del hombro hacia el grupo de mujeres—. Si te oye la señora McCain, te dejará más calvo que tus pelotas.

—Además, se llevará de recuerdo una flecha en el culo —añadió Ronald.

Todos rieron ante la ocurrencia. Ni por asomo Hannah McCain podría ser su abuela, pese a que le sacara bastantes años. No solía fijarse en mujeres maduras; sin embargo, su cuerpo cambiaba y sus

necesidades fisiológicas eran imparables. Su instinto iba por libre y sufría erecciones con asiduidad, incluso al ver copular a los animales de la granja. Su padre le había hablado de todo aquello y, aunque no terminaba de interpretar su frase «ni se te ocurra meterla hasta que cumplas los quince», sabía que escondía una seria advertencia.

Maravillado, observó a las mujeres que se cruzaban mientras se dirigía a paso ligero al meollo de la fiesta. Algunas, aunque algo mayores que él, eran bastante hermosas, sobre todo con aquellos vaporosos vestidos tan especiales para la ocasión. El mejor ejemplo lo tenía en la señora Hannah. La llamaba «la hoguera andante con pecas». Tenía muchísimas repartidas por el rostro, como si hubieran sido colocadas a conciencia, desafiando cualquier regla estética. Era impetuosa, divertida y muy atrevida. Y eso era justo lo que le encantaba de aquella mujer. ¿Qué haría si no encontraba a nadie como ella de su edad? Pues, como joven revolucionado que se preciaba, admirar lo expuesto. Qué otra cosa iba a hacer.

La boba sonrisa se le congeló al oír una dulce risa. Sin explicación, se estremeció, atravesado de lleno por una extraña emoción. Sus amigos iban delante, pero a él lo único que le importaba era saber de dónde venía ese canto de sirenas.

Unas pocas ancianas conversaban sentadas en un tronco a su derecha, otra dama acompañaba a su marido a su izquierda...

—¡Vamos, Williams! —gritó Connor—. No te quedes atrás o te perderás la función.

Frustrado, reanudó la caminata. Era cierto: si seguía perdiendo el tiempo, no podría asistir a la actuación de los McAllen. Todo el mundo hablaba de ella. Que si era una obra maestra, que si sus hijos eran unos artistas... Rumoreaban tantas cosas que no creía ni la mitad.

Ronald le echó un brazo por encima del hombro y, junto a Connor, se colocaron justo enfrente del escenario, ignorando las protestas de quienes estaban detrás.

La Fiesta de la Estrella era peculiar. La celebraban cada año bisiesto y los diferentes clanes echaban a suertes cuál debía prepararla con festejos y actuaciones. Esta vez les tocó a los McAllen.

Will nunca había asistido a ninguna, pues solían celebrarse lejos de su hogar, en Pretty Poppies. Según su padre no merecía la pena viajar tanto para ver actuaciones disparatadas. Sin embargo, su madre no opinaba lo mismo.

El padre Elliot le contó una vez que sus padres se habían declarado su amor en una de esas verbenas. Incluso se casaron sobre una tarima como la que tenía delante. Sin duda, guardaban buenos recuerdos de esas fiestas y, supuso, algún secreto inconfesable que les impedía asistir.

Pasaron los minutos. No había probado el vino como su amigo, pero sí una gran jarra de agua con limón. Su vejiga no aguantaría mucho y, a menos que no le importara hacérselo en los pantalones, tendría que aliviarse pronto.

—Ahora vuelvo —dijo a su amigo por encima del jaleo que se respiraba—. Voy a mear.

Ronald asintió con una risa estúpida y le aseguró que le guardaría el sitio. Sin perder un segundo, dejó atrás a la multitud. Caminó bastante; había mucha gente congregada allí y no le gustaban los mirones. Casi se meaba encima, así que corrió hasta un árbol enorme y no esperó para abrirse el calzón.

Liberado por fin de la fatiga, oyó un leve lamento tras el tronco. Se asomó para saber quién era y por qué.

Enmudecido, se encontró con unos ojos azul cielo, algo enrojecidos, que lo miraban inquietos. Reparó en las graciosas pecas que coronaban la naricita. El corazón de cereza que formaban sus labios fruncidos no podría haberse dibujado mejor. Y, para su gran asombro, una despeinada maraña pelirroja, salpicada de flores y hojas, enmarcaba un rostro muy hermoso.

«Es una niña de tu edad», se dijo, algo confundido por el impacto.

Últimamente, solo se fijaba en mujeres ya formadas.

—Hola. Puedes ayudarme o quedarte todo el día mirándome con cara de pasmarote.

Con impaciencia, se señaló un mechón de pelo enredado en una rama.

Will parpadeó y rodeó el árbol, sonrojado. La niña bufaba mientras tiraba del mechón con brío y él, a pesar de estar nervioso, aparentó una serenidad prodigiosa.

—Espera, te harás daño si tiras tan fuerte —logró decir cuando su lengua le dio tregua.

Agarró el mechón rojo para intentar desenredarlo y ella aguardó inmóvil. Parecía haber dejado de respirar. Mientras, aprovechó para deleitarse con la dulce fragancia que desprendía su cabello.

Tras un buen rato intentándolo, y pese a que tenía los dedos ágiles, no lograba desenredarlo.

—Está muy enredado. ¿Qué has hecho para acabar así? —preguntó, observando el rostro aniñado.

Ella bufó como si fuera la pregunta más estúpida que había escuchado en años.

—Ensayaba una obra de teatro.

—¿Y por eso tenías que liarte el pelo aquí?

Ella sopesó qué decir y luego soltó el aliento.

—Bueno, se supone que yo estaba presa. Quería hacerlo muy real... y lo anudé a la rama —comentó, un poco avergonzada—. Ahora no puedo desenredarme. Y llegaré tarde. Y estoy sola...

—No estás sola —la interrumpió intentando acabar con su ansiedad—. Estás conmigo.

—Pues no te conozco de nada.

Williams sonrió ante su frescura.

—Me llamo Williams McPherson.

—Gracias, Williams.

Carraspeó. Era muy inocente.

—Esa no es una respuesta adecuada.

—Ah, ¿no? —preguntó curiosa e impaciente—. ¿Y cuál sería?

—Deberías presentarte —dijo divertido.

—Ah, es cierto, no caí.

La niña sonrió con diversión. Él esperó unos segundos más sin obtener nada.

—Y te llamas...

Ella abrió tanto los hermosos ojos que contuvo el aliento. Eran cristalinos y numerosos lunares salpicaban los iris celestes. Además, eran bastante bonitos, pero eso ya lo había pensado antes. Sin entenderlo, su corazón latía cada vez más fuerte.

—Psique McAllen.

—Encantado de conocerte, Psique, aunque sea en una situación tan peculiar —le dijo con la solemnidad de un caballero.

Ella asintió y sus mejillas se colorearon mucho. De pronto, oyó que alguien la llamaba a gritos y arrugó la nariz.

—Oh, es Jana —dijo con impaciencia—. La función va a empezar, tengo que irme.

—Psique, no puedo desenredarlo —señaló con unos ligeros tirones.

—¿Y qué solución tenemos? No puedo llegar tarde.

Ella tiró tan bruscamente que temió que se hiciera daño. Sin pensarlo, Williams sacó la daga que guardaba en el bolsillo del pantalón.

—O corto la rama o corto tu mechón —propuso.

—No pienso actuar con medio árbol colgado de mi cabeza —dijo y le sacó una carcajada—. A mí no me hace ni pizca de gracia.

—No me rio de ti —aclaró y prosiguió ante su bruto resoplido—. Eres muy divertida sin pretenderlo.

—Oh, ahora resulta que soy un bufón —dijo con las manos en las caderas—. Muchas gracias.

Que parecía un bufón era innegable; además, resultaba tan entrañable que sintió un pellizco en el estómago.

—Elige qué cortar: ¿rama o pelo?

Gimoteó, hipó y se tapó el rostro con sus manitas durante unos segundos interminables. Luego, con los ojos brillantes, se decidió:

—Pelo.

—¿Estás segura? —preguntó. Ella negó con la cabeza y, pese a que su dulzura lo hacía flaquear, aparentó de nuevo una seguridad que no sentía—. Volverá a crecer.

Posicionó la daga y comenzó a cortarlo. Ella estaba muy callada y eso lo inquietó.

—Que te falte un mechón no hará que seas menos hermosa.

—¿Soy hermosa? —preguntó con una inocencia que le calentó el corazón.

—Muy hermosa. —Tras rápidos vistazos, se obligó a continuar—. Tu cabello es tan vivo como el fuego de un volcán.

—¿Has visto un volcán?

Williams aguantó la risa.

—Y tu naricita me recuerda a la de un precioso conejito.

—Oh, eso es un poco raro.

—Tus ojos azules son más hermosos que el cielo que nos cubre y tu...

Casi se traga la lengua al mirar los hermosos labios.

—¿Boca?

—Tus orejas —tosió con la vista en el nudo.

—¿Cómo son mis orejas? —preguntó la pelirroja con una ceja alzada.

—No sé cómo pueden ser unas orejas —espetó, agobiado, mientras terminaba de cortar el mechón.

Justo en ese momento, apareció su amiga muy sofocada por la carrera.

—¡Vamos, Psique! ¿Qué haces?

—Yo...

Parecía no saber qué decir mientras se mesaba el corto mechón. Williams respiraba con dificultad, pues algo lo removía.

Entonces, ella se acercó y le dio un beso en la mejilla. Fue como el suave roce de una mariposa, pero lo calentó por dentro.

—Gracias, Williams, aunque no te gusten mis orejas —le susurró al oído con una dulce sonrisa.

Sin más, se alejó a la carrera.

Por un segundo estuvo tentado de detenerla, muy confundido y con las emociones a flor de piel. Sus risas le llenaron el corazón tanto como las que había oído un rato antes.

Suspiró y se agachó a recoger el trozo de pelo del suelo. Después de guardar la daga, sacó un pañuelo del bolsillo y lo envolvió en él. Como si fuera un tesoro, lo depositó con cuidado en su *sporran*. ¿Por qué lo hacía? Simplemente, no quería que se perdiera.

Con la vista fija en el lugar por donde habían desaparecido las niñas, caminó deprisa. Sin querer, cuando llegó junto a sus amigos, una sonrisa boba le afloraba a los labios.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Ronald.

Connor alzó la ceja.

—Pareces sofocado. ¿Te has vuelto a encontrar con la señora McCain? —preguntó con guasa.

Los ignoró. Sabía que detrás de esa tarima alzada se encontraba su bufón particular. Impaciente, acarició su mejilla, justo donde le

había dado el beso.

El presentador calmó los fuertes vítores de los asistentes. Will tragó saliva.

—Señoras y señores, la familia McAllen nos deleitará con una representación dirigida por la señorita Jana McAllen.

Los actores salieron, pero Williams solo tenía ojos para la pelirroja despeinada que asomaba detrás del joven apuesto, al que dio por hecho que sería algún primo o hermano por la familiaridad con que la reprendía. Sin embargo, a ella no parecía importarle.

Sin esperarlo, sus ojos se encontraron y Will contuvo el aliento. Fue extraño, pero, sin entenderlo, ella pasó a ser para él más que una simple conocida.

I



Glasgow.

Diciembre 1735

Clavó la vista en el cielo por última vez. Las nubes anaranjadas se desplegaban sobre el horizonte como las llamas de la candela del campamento, con una viveza impresionante, igual que sus cabellos. Apretó el pequeño saco de tela contra el pecho. Ese mechón era lo único que conservaba de Psique y, aunque pareciera insignificante, no podía desprenderse de él. Lo metió en el bolsillo interior del chaleco y caminó hasta su caballo, atado a la rama de un árbol. Le dio unas palmadas y acarició con cuidado las crines, ásperas por el polvo del camino.

—Pronto te verás radiante. —El animal resopló y dio cabezadas—. Sí, amigo, te prometo no tardar. Yo también los echo de menos.

Se le escapó un leve suspiro, cansado de esa larga ausencia. En un principio, hizo el viaje con la intención de que durara unos pocos meses; sin embargo, estos se convirtieron en largos años de duro trabajo. Dos, para ser exactos. Añoraba a sus padres, los hermosos campos de amapolas donde se crio y, sobre todo, quería arrancarse la maldita espina que llevaba clavada en el corazón. Por fin vería a su querida amiga.

A un lado del tronco, orinó sobre unas matas y, por un instante, le pareció oír su risa cantarina. Se estremeció igual que la primera vez que la oyó con solo doce años y comenzaba a mirar al sexo opuesto como la incógnita más curiosa del mundo.

«En realidad, no había hombre que las entendiera», pensó.

¿Psique seguiría esperándolo? Negó con la cabeza. Se sentía estúpido. ¿Cómo podía albergar esa esperanza después de tanto tiempo? Apostaría sus botas a que se habría buscado otra compañía. Con suerte, femenina. Sin embargo, conociendo su predilección por las actividades poco usuales...

Apretó los dientes ante la posibilidad de ser sustituido. No tenía ningún derecho sobre ella, solo era un amigo. Aun así, dolía imaginar que otro disfrutara de su soñado tesoro.

Él, Williams McPherson, un imponente mercader de renombre, vivía atontado desde la adolescencia por una mujer tan encantadora como inalcanzable. El problema se agravaba porque, a sus veintitrés años, todavía no concebía la vida sin ella. Por eso había decidido regresar.

—Oye —llamó su amigo Ronald—. Otra vez la pusiste.

—¿De qué hablas? —respondió girando el rostro hacia él.

—De la cara de bobo que pones cuando piensas en ella.

Bufó. No le apetecía una charla superflua sobre la "obsesión" que según él tenía por su amiga.

—No empieces con eso, pesado.

—¿Irás a verla? —Al no responderle, insistió—. Deberías confesarle lo que sientes.

Se llevó la mano al cuello y acarició el anillo que colgaba de la cadena. La comisura de su labio se alzó pese a su esfuerzo por disimular la ilusión que le hacía confesarle lo que sentía.

—¡Lo sabía! ¡Lo harás al fin! —exclamó sujetándolo por los hombros y abrazándolo bien fuerte.

—Oh, deja de rozarte —protestó sin apartarlo—. Sé que soy irresistible, pero lo admito, este corazón tiene dueña.

Ronald y Miles Allan eran sus socios en el oficio de mercaderes de armas, que había aprendido de Andrew McPherson, su padre. Esa profesión le dio la oportunidad de viajar y conocer el mundo. Y claro, sus continuos viajes al hogar de los Allan habían propiciado

buscados encuentros con Psique, quien, casualmente, no vivía muy lejos de allí.

Sin embargo, la situación política se había vuelto más inestable en los últimos años y resultaba peligroso andar de acá para allá. De niños se habían carteado con frecuencia y solo se citaban en cada cambio de estación o en algunas fiestas celebradas al final de la cosecha.

En 1735, Escocia era, en apariencia, un país pacífico. En realidad, pese a llevar décadas unida a Inglaterra, el ambiente estaba cargado de desconfianza y resentimiento. Todavía muchos clanes de las Highlands mantenían en secreto sus viejas lealtades a los Estuardo. Un uniforme rojo cerca de sus tierras resultaba inquietante y, aunque no estaban en guerra con los ingleses, estos no eran bien recibidos. Por ello, siempre había quien buscaba acero o la reciente pólvora incorporada a los ejércitos. El mercado de las armas era fructífero, pues un hombre armado, aunque fuera un simple granjero, obtenía una seguridad que las riquezas no podían ofrecerle.

A pesar de estar más seguros en la Escocia del norte, Williams y Ronald habían viajado hasta los puertos del este de las Tierras Bajas, donde la vida era más vigilada. Sí, era mucho más arriesgado, pero contaba con hacer numerosos tratos y lograr una buena suma de dinero para establecer un futuro prometedor.

Todo lo hacía por Psique. Necesitaba demostrarle a Irving McAllen, que era capaz de darle una vida majestuosa a su hija. Que, si no llegaba a tener una mansión llena de lujos, viviría en una hermosa casa, digna de cualquier dama.

Por su empeño, ignoró las advertencias de su padre del peligro al que se exponían de ser acusados por las autoridades inglesas de tratar con soldados rebeldes, partidarios del antiguo régimen. Sin mirar esas consecuencias, se embarcaron en esa aventura que, sin pretenderlo, se había alargado demasiado tiempo. No contaron con encontrar tanta desconfianza, ni tampoco ser sometidos a registros en los que siempre se veía muy mermada su mercancía. Tampoco

imaginaron ser denunciados por sus propios rivales mercaderes ni ser interrogados hasta suplicar como estúpidos su liberación. Cualquier sospecha bastaba para retenerlos durante semanas en un calabozo.

En las Lowlands era fácil ser el blanco de los temerosos aldeanos. Los taberneros informaban, los comerciantes competían y un simple recelo podía convertirse en un chisme capaz de llegar a oídos de un oficial.

Por eso, al llegar a Glasgow, simularon ser paletos en ese oportunista negocio. Ronald actuaba como un inexperto comerciante y captaba clientes en posadas. Williams, sin abandonar ese mismo papel, decidía sobre los tratos importantes y entregaba las armas. De esta forma, componían una pareja bastante verosímil. Eran incultos, algo tunantes y muy solícitos de nutrirse de chismes frescos en las tabernas rebosantes de viajeros.

¿Por qué debían de cuidarse de sus propios compatriotas? Por el temor que les conferían las futuras rebeliones. Los británicos los alimentaban, pues el comercio marítimo se había convertido en su pan de cada día. Un escocés de pueblo era considerado un extranjero. Ya no era un paisano, sino una posible amenaza.

—¿Cómo decías que se llamaba el que nos hizo el encargo?

—Estás cambiándome de tema —respondió Ronald con fastidio y Williams alzó la ceja con inocencia—. Eres demasiado reservado. Sabes que puedes confiar en mí y te empeñas en guardártelo todo. Deberías soltarte.

—Y el nombre es...

Ronald se mesó el pelirrojo cabello con fastidio.

—Fergus McField —gruñó—. Es un granjero de Skye. Se encuentra de visita y antes de partir quería hacerse con un hacha de dos manos, una claymore y una daga larga.

—¿Seguro que es un granjero, Ronald? —dudó, masajeándose el mentón.

—Raro, ¿verdad? —asintió—. ¿Para qué querrá un granjero ese tipo de armas?

Después de un largo silencio, contestó con un encogimiento de hombros.

—No sé, Ronald. Esto me da mala espina. No obstante, a estas alturas no me importa. Mañana por fin partiremos lejos de esta cloaca.

Glasgow les había agotado. Eso de hacerse el lelo para no convertirse en el objetivo de otros era duro. Necesitaba volver a mostrarse como lo que era, un hombre con ganas de comerse el mundo y disfrutar de su trabajo.

—El punto de encuentro son las ruinas de Mur, a las afueras de la ciudad. —Ante su mirada curiosa prosiguió—. Sí, es un lugar poco frecuente para vernos, pero entiendo que unas armas como estas llamarían demasiado la atención en una taberna, ¿no crees?

Williams asintió, muy a su pesar.

—Esto cada vez me gusta menos, amigo —dijo con un montón de malos presagios burbujeando en su cabeza.

—Oh, aleja ya tu pesimismo de enterrador —protestó Ronald dándole una palmada en la espalda. Luego se subió a la carreta—. Vamos, terminemos el trabajo. Después lo celebraremos en la taberna de Ulises. Ese mesonero tiene el mejor estofado en millas a la redonda y a partir de mañana no comeremos caliente en muchos días.

—No es pesimismo, es sexto sentido, idiota —contestó con un resoplido.

Apreciaba mucho a su amigo, sin embargo, era incapaz de intuir la mínima señal de peligro. Vendería hasta sus calzones por un buen guisado, aunque admitía que, a esas alturas de tan largo viaje, él también se lo pensaría.

Tal vez, por una vez, podía permitirse bajar un poco la guardia. Si habían salido airosos de todos los entuertos...

Se aseguró de que los arneses estuvieran bien atados y subió junto a su amigo. Este tiró de las riendas y azuzó a las mulas. Los dos hermosos sementales atados al carro los seguían resignados en la trasera de la carreta. Tras ese último encargo se desharían de esta y regresarían cabalgando. Solo llevarían con ellos una mula que transportaría las pocas armas sobrantes.

Unos días antes habían vendido a Samuel, un viejo mercader local, casi toda la mercancía a un precio bastante asequible. Este era astuto y conocía sus muchas ganas de partir. Por ello, aprovechó para hacerse con la mayoría. Haría un buen negocio con ellas, sacándoles el doble de su valor.

¿Perdían con esa venta? Claro. No obstante, lo único que le importaba era regresar vivos.

Habían ingresado casi todo lo ganado en el banco en Edimburgo. No se arriesgarían a ser asaltados o asesinados de camino a Pretty Poppies. Viajarían con lo ganado en esa última venta, que era suficiente para el largo camino que les quedaba por hacer.

Tenía muchas ganas de verla...

—La función no ha comenzado todavía, Will —dijo dándole un empujón con el hombro y mostrando hasta la última muela.

Arrugó el ceño, contrariado. Siempre que pensaba en Psique y en lo mucho que la extrañaba suavizaba su expresión y claro, Ronald, andaba al acecho para echarse unas buenas risas a su costa.

—Vete a la mierda.

La risotada lo enfadó más y acabó propinándole una fuerte colleja. Era un buen amigo, pero también uno muy jodido. Desde que se conocían eran uña y carne. A los seis años, el pequeño Ronald se mudó a sus tierras, así que compartieron a diario sus ganas de aventuras. Sus madres eran casi hermanas y no soportaban vivir alejadas. La de veces que habían tenido que mandar una nota con una paloma para avisar a su padre de que se quedaba a dormir en su casa.

Echó un vistazo a su caballo y este pareció verlo pues relinchó. Parecía harto de ir atado, lo que le hizo recordar el día que Andrew se lo regaló, siendo todavía un potrillo.

"Este Lugh es muy bravo, proviene de un linaje de antiguos caballos gallowglas", le contó el padre Elliot, sacerdote y amigo de la familia.

Suspiró. Los echaba en falta, incluso a ese cura metomentodo experto en remover el más recóndito rincón de su mente con su interminable palabrería a pesar de ser ya un viejo carcamal.

Delante, el paisaje se extendía en llanos prados verdes que parecían no tener fin bajo un cielo tan gris como su ánimo. El traqueteo de la carreta le provocaba un efecto somnífero, aun así, no era capaz de relajarse del todo. Debía estar contento por terminar al fin, pero su intuición le advertía de algo raro en aquel trato. Por eso, no apartaba la mano de la empuñadura de su espada. A su lado, Ronald llevaba las riendas de las mulas, atento al sendero que serpenteaba entre las suaves colinas. No eran tan agrestes ni salvajes como las de sus tierras y daban la sensación de ser menos peligrosas. Eran valles tan transitables como engañosos para cualquier forastero confiado.

Rodearon los pantanos, ricos en turba. Desprendían un olor penetrante que a veces los hacía arrugar la nariz. Allí el terreno se volvía oscuro y húmedo, y, todavía siendo tan temprano, la niebla se resistía en desaparecer de las orillas del río.

Después de casi una hora de camino y soportar el cansado silbido de su amigo, vislumbró las ruinas de la antigua iglesia, quemada hacía años por los protestantes. Divisó los restos ennegrecidos a lo lejos, como un esqueleto de piedra resistente a desaparecer del todo.

Presto, buscó alguna señal que lo alertara de un peligro inminente. Lo único que llamó su atención fueron unas palomas que salieron volando del interior de las ruinas.

—Debe estar dentro —comentó Ronald que, aunque parecía distraído, también se había fijado en ellas.

—Sí, tendrá el caballo atado en la parte de atrás —calló unos segundos mientras se mesaba la incipiente barba.

—O dentro.

Williams asintió.

—¿No te parece que está todo demasiado tranquilo?

—La verdad es que se me ha puesto la carne de gallina —contestó en voz baja mientras un escalofrío lo recorría. Detuvo la marcha llamando a las mulas. Entonces, se incorporó un poco en el asiento y lo miró con una sonrisa divertida—. Me estás llenando la cabeza de pájaros. Y ya sabes que no es difícil hacerlo.

—¿Te informaste bien sobre el cliente? —preguntó con sequedad.

Ronald asintió, borrando la sonrisa de su cara.

—Tras nuestra conversación, hablé con el tabernero. Él lo sabe todo de todos, Will —insistió—. Me contó que venía del norte. Dijo que era un irlandés que llevaba poco tiempo en la ciudad. Al parecer, Fergus le había preguntado si conocía a algún comerciante de armas de confianza, y este le habló de nosotros y de Grant. —Se encogió de hombros—. ¿Qué más deberíamos saber?

Grant era su mayor rival en Glasgow. Era un viejo mercader de armas que, desde que supo que le habían malvendido la mercancía a Samuel, los tenía en el punto de mira. Los había llamado desleales por venderla a un precio inferior al suyo. Pero ¿qué iban a hacer si la contraoferta de Samuel era mejor? Habían cedido ante el mejor postor. Además, a ese imbécil no le debían nada después de sus intentos por arrebatarles clientes. Era un bribón.

—Bien, seguiremos adelante —dijo a regañadientes.

Ronald azuzó a las bestias y al fin llegaron hasta las piedras. El silencio era incómodo, incluso intimidante. Oyeron unas pisadas dentro de las paredes medio derruidas.

Un hombre de cabello rubio recogido en una trenza larga salió de uno de los huecos que dibujaban las piedras. Era alto y bastante fornido. No tenía aspecto de granjero, como había comentado su amigo, sino de guerrero. Cosa que no lo tranquilizó.

—Buenos días, la paz sea con ustedes —saludó con voz grave y un ligero cabeceo de cabeza—. Aodh Mac Ruaidhrí, para servirles.

Aparentaba ser amigable, forzando un semblante relajado, aun así, era amenazador. De un vistazo rápido, se fijó en que no llevaba espada ni otra arma a la vista, pero eso no significaba que estuviera desarmado. Un hombre así podía esconder una daga en cada bota y, bajo el chaleco, otro par de cuchillos.

Dio un paso medido hacia ellos, como si notara la desconfianza con la que lo observaban.

—No tenéis que preocuparos —añadió y alzó las manos vacías—. No muerdo.

—¿Estás solo? —preguntó Williams, ignorando la broma.

A su lado, había oído a Ronald tragar saliva. Sin duda, se sentía intimidado por el enorme guerrero. ¿Acaso no se habían conocido ya? Por un instante, tuvo ganas de matarlo.

Lo miró de soslayo. Su palidez competía con la de una palangana, y supo que era la primera vez que se veían.

—Así es —hizo una breve pausa sopesando algo—. Bueno, tengo conmigo a Climb, mi fiel caballo. Él es uno más.

—¿Uno más de qué? —soltó—. ¿Tengo que creer que eres un granjero como McField?

El rubio arqueó una ceja, divertido.

—Lo confieso, soy algo más que un granjero. Ahora me ocupo de sacar la turba en la granja donde vivo. Eso me mantiene fuerte. —Se señaló con sus grandes manos el cuerpo de pies a cabeza—. De ahí que tenga este aspecto.

No lo creía. ¿Lo tomaba por un bobo? Molesto, quiso terminar con aquello.

—Buscamos a Fergus McField. Tenemos un encargo para él.

El hombre se rascó la cabeza.

—No conozco a ningún McField. Pero sí, espero un encargo.

—No deberías habernos mentido sobre tu nombre —dijo.

Le arrebató las riendas a Ronald y azuzó a las mulas.

—¿Qué haces, Will? —preguntó su amigo, asombrado—. Dice que nos espera.

—No es quien dice ser —susurró con impaciencia y sin tiempo de dar más explicaciones—. No lo reconoces, ¿verdad?

Este negó con la cabeza.

Ya casi había logrado girar la carreta para regresar al camino cuando el vikingo sujetó con fuerza a las mulas. Williams no lo pensó dos veces: desenvainó la espada y apuntó a su cuello.

—Suéltalas ahora mismo si no quieres morir.

—¡McPherson! —Otra voz grave prorrumpió desde las ruinas, acabando en un sonoro eco durante unos segundos—. Si fueras el verdadero hijo de tu padre no le habrías dado opción, maldita sea.

Ambos giraron la vista atrás. Otro enorme guerrero con cabello oscuro y larga barba los observaba con las manos en jarras.

—¡Es él! El granjero —gritó Ronald y Williams puso los ojos en blanco.

—¡Granjero, dice! —exclamó el guerrero, que se carcajeó a la par del rubio, quien tampoco parecía temer la afilada espada en su garganta—. Podría decirse que alimento a bestias, sí.

—¿Quién es usted? ¿Y de qué conoce a mi padre? —preguntó curioso, a pesar de la imperiosa necesidad de huir.

—Podría decirse... —comentó con templanza— que soy su *brathair cogaidh*, un hermano más cercano que la sangre.

—Así era como se llamaban los gallowglas entre ellos —susurró Ronald, sin apartar la vista del hombre.

—¿Nos conoces? —preguntó el rubio—. Tal vez no sean tan memos, Tormod.

—No es lo que esperaba —comentó el moreno barbudo y alzó las manos al cielo en actitud de plegaria—. Al menos, guardo algo de esperanza. Tráemelos, no tenemos tiempo.

II



—Suéltanos, maldito loco —gruñó por quinta vez. Ronald yacía a su lado, medio inconsciente—. Si lo que quieres son las armas, llévatelas. Pero déjanos marchar.

Tormod alzó una ceja y no le contestó. En cambio, miró con hastío al amigo, quien no dejaba de sonreír.

—Cállate ya, muchacho —contestó Aodh con cansancio. Puso el pie encima de una roca y flexionó la rodilla, desinteresado—. Si quisiéramos eso, ya estaríamos con ellas a millas de aquí. Tenemos que hablar contigo cuando dejes de berrear como una cabra.

Había sido increíble la forma en que ese bruto los había apresado. Con un movimiento vertiginoso, Aodh agarró la espada por la hoja mientras él lo apuntaba y tiró de ella sin hacerse ni un rasguño. Una vez en su poder, usó la empuñadura para golpear a Ronald en la cabeza, quien cayó inconsciente sobre el asiento del conductor. Luego agarró a Will por la pechera y lo arrastró hasta el suelo. Terminó amenazándolo con su propia espada, del mismo modo en que él se la había apuntado a la garganta.

Temía por su vida. Se hallaba sentado sobre una piedra, con las manos atadas a la espalda, dentro de la iglesia en ruinas.

Como si aquello no fuera con él, Tormod se entretenía admirando las armas del encargo. Y sí, Williams no había parado de gritarles, insultarlos y exigirles que los soltaran.

Aodh era un bruto de más de siete pies de altura. Su forma intimidante de mirar a veces le provocaba escalofríos. Era una mala bestia capaz de arrancarle la cabeza con sus propias manos. El

cabello rubio trenzado, los pendientes que colgaban de sus orejas y la tez bastante tostada confirmaban su origen isleño. Sí, seguro que eran de Skye: salvajes mercenarios de las islas del norte.

En cambio, Tormod, como lo llamaba el gigante, parecía ser el cabecilla. Algo extraño, pues era mucho más menudo, aunque también atlético. La larga barba negra terminaba en una lazada tan oscura como sus ojos. Sus vestimentas parecían más refinadas, si es que podía llamarse elegante a esa chaqueta desgastada.

¿Qué demonios buscaban de él?

Sin más preámbulos, el moreno agarró la *claymore* de la carreta y se acercó a paso lento. No apartaba la vista de la espada y la sostenía sin esfuerzo, como si fuera un cuchillo ligero. Williams tragó saliva al notar que posaba los ojos en él.

—Es una buena pieza. —Sonrió y maniobró con soltura, dando varias estocadas al aire—. Juraría que McPherson no guardaba una pizca de delicadeza en su podrida alma, pero, al parecer, es todo un artista.

Por un momento, Williams evocó la imagen de su padre dibujando ese mismo diseño sobre el pergamino: el grabado del cuervo sobre los caídos invocaba a la Morrigan, diosa de la batalla. Debajo también se leía: «Concédeme la victoria».

Cuando era niño, aprovechaba esos instantes en su compañía para oírle contar historias de luchas pasadas. El persistente pellizco en el estómago le advertía de que no todo era inventado, como él pretendía hacerle creer.

—¿De qué lo conoce?

El silencio de Tormod lo devoraba y este parecía disfrutarlo. Tardó bastante en contestar. Al fin se decidió tras el bufido impaciente de su amigo.

—¿No me has oído? Fuimos hermanos de guerra. —Claro que lo había oído, pero quería creerle. Asintió y esperó a que siguiera hablando—. Lo pasábamos bien juntos.

—No lo creo —gruñó, rojo de ira—. Es un mercenario y calumnia a mi padre al decir que fue su compañero de guerra.

—Chico, no es mi problema que no sepas nada de él.

Williams guardó silencio y Ronald comenzó a quejarse a su lado.

—Vaya, el hermoso príncipe despierta —dijo, mirando al cielo.

—Debería haberle dado más fuerte —añadió Aodh—. Tiene pinta de parlotear demasiado.

—No los molestaré —protestó y, no contento con aquella explicación, prosiguió—. Por cierto, mi cabeza no es como la suya. Lo entiende, ¿verdad? Me partirá el cráneo si vuelve a darme un golpe como ese.

—¿Ves? —El gigante rubio se crujió los nudillos y avanzó sin más —. Adoro el silencio.

—¡No! ¡Me matará! —gritó muerto de miedo—. Soy delicado, como una florecilla.

Ronald habló con el estúpido tono que solía usar con los mercaderes, creyendo que sería una buena argucia. La mirada asesina del rubio le advirtió de que se había equivocado.

—Si le haces daño, te arrepentirás —amenazó Williams, colocándose con gran esfuerzo entre su amigo y el ceñudo vikingo.

El corazón casi se le salía del pecho. Sabía que no tenía nada que hacer contra su ataque, y a pesar de ello tenía la certeza de que Tormod lo detendría. Sin embargo, no intervino.

El rubio lo levantó por la pechera y, como si fuera una mosca molesta, lo arrojó a un lado. Luego desenvainó la daga del cinto y apuntó al cuello de Ronald, quien no se atrevía a pestañear.

—O callas o te la corto.

Su amigo asintió con vehemencia y contuvo el aliento durante unos segundos interminables. No sabían a ciencia cierta si se refería a su lengua, a su garganta o a su miembro; cualquiera de las opciones era fatal.

El eco de un galope resonó entre las ruinas, llenándolo de esperanza. Soltó el aliento y miró en derredor. Desde allí veía piedras, musgo y plantas silvestres.

El rubio, a pesar de su enorme tamaño, se movió tan rápido como una comadreja y un segundo después se asomaba por una de las grietas.

—Mierda, son casacas —informó, con sorpresa—. Llevan mosquetes.

—¡Joder! —gruñó el cabecilla. Luego se giró hacia él—. Vamos, súbelo al caballo.

—¿Y el otro? —preguntó señalando a Ronald.

—No sabe nada. —Se encogió de hombros—. Mátalo si quieres.

—Nos ha visto, podría delatarnos.

—¡No! ¡No os delataré! Lo juro por mis muertos —rogó encogido y viendo que el vikingo avanzaba hacia él empuñando el cuchillo.

Los cascos se acercaban y sus caballos relincharon, nerviosos.

—Aodh, no hay tiempo. —Lo agarró del brazo con firmeza—. Haz lo que te dije.

En un pestañeo, el guerrero levantó a Williams y lo colocó a la grupa de un semental.

Tormod montó en su caballo tras guardar las armas en las alforjas y se dirigió a Ronald.

—Busca a McPherson y dile que lo espero en la Cascada del Hacha. Le doy dos lunas llenas —calló un segundo y luego agregó—. No cuentes nada a esos ingleses si aprecias la vida de tu amigo.

Ronald

Ronald aulló, rabioso, al ver cómo se llevaban a Williams. Intentó levantarse y perseguirlos, pero, con las manos atadas, cayó al suelo. Resignado, vio desaparecer a las bestias, que en pocos segundos

quedaron reducidas al eco de sus estrepitosos cascos. Un sonido que jamás olvidaría y que lo perseguiría durante muchas noches.

A duras penas lograba ponerse en pie. El dolor de cabeza por el golpe del vikingo era tan intenso que no lo dejaba pensar. Se limitó a retener en la memoria las últimas palabras de Tormod mientras esperaba al grupo de soldados.

Enseguida, numerosos jinetes lo apuntaron con sus espadas sin darle opción de escapar.

Un bastonazo detrás de las rodillas lo hizo caer al suelo de boca. Una fuerte patada en el estómago lo dobló en dos y lo dejó sin aire. Tosió al intentar respirar.

—Déjalo o no podrá responder ante el capitán —dijo uno de ellos.

—Más le conviene si no quiere perder las manos por traidor a la corona —respondió y volvió a propinarle otra fuerte patada en las costillas.

—Maldita sea. —Ronald oyó un forcejeo entre ellos—. Yo soy el responsable de esta detención. Te ordeno que regreses ahora mismo al cuartel.

—Mierda de escocés, no nos mientas o yo mismo te dejaré manco —gruñó con desdén tras un pesado silencio.

Ronald ladeó la cabeza en el suelo y al fin lo vio. Era un soldado rubio de rostro afilado y mejillas encendidas. Su expresión reflejaba un arraigado odio, e intuyó que se la tendría también a todos sus compatriotas. Antes de largarse, le escupió.

—¿Quién eres y qué hacíais aquí reunidos?

—Soy Ronald Scott, mercader de armas con mi socio Will. Entregábamos unas armas a unos granjeros, señor. Puede preguntarle al dueño de la taberna de Ulises.

El soldado lo miró inquisitivo, sopesando cómo seguir su interrogatorio. Negó con la cabeza, contrariado.

—Eso no es lo que me dijeron, Ronald. Entregabais unas armas a unos partidarios de los jacobitas. Esto es muy grave.

—¿Qué? ¡Eso no es cierto! —Tosió por el esfuerzo y una vil sospecha tomó forma en su cabeza—. ¿Quién le dijo eso? ¿Grant, el mercader? —El soldado abrió mucho los ojos con sorpresa—. ¿Va a creer a ese tramposo? Quiere jodernos porque somos su mayor competencia, ¿entiende?

Unos seis jinetes más llegaron. Iban desmadejados y jadeaban con dificultad.

—Señor, fue imposible alcanzarlos antes de que se adentraran en las ciénagas. Siento comunicarle que han escapado.

—Maldición —masculló tras clavar la vista en él—. ¿Habéis vuelto todos?

—No, señor. Dejé a Henry y Michael vigilando por si salen.

Ronald no disimuló su decepción. Contaba con que los detuvieran y pudieran aclarar todo ese lío de forma civilizada y rápida. Ya habían pasado por el calabozo en muchas ocasiones y sabía que, para salir de aquel entuerto, debían ser más listos y hacerse los tontos.

Recordó el rostro del vikingo al que no había logrado engañar y un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza. Ni cinco soldados podrían doblegarlo sin salir mal parados. Inquieto, reparó en las palabras del soldado que lo había amenazado: «Traidores a la Corona». ¿Se refería a los jacobitas? ¿O los acusaban de contrabando? Fuera como fuese, debía salir de esa, no solo por sí mismo, sino también por su mejor amigo, que se hallaba en manos de esos dos bárbaros. Si quería salvarlo, tenía que llegar hasta Andrew McPherson y transmitirle el mensaje que le había confiado Tormod.

—¿Cómo se llaman y a dónde se dirigen?

—No lo sé —dijo con un hilo de voz—. Uno de ellos es granjero, un tal Fergus McField. Quería comprarnos unas armas, pero resultó ser una treta para robarnos. Mire —retorció sus manos a la espalda para mostrárselas—. Nos ataron.

—¿Y por qué se lo han llevado? ¿Qué quieren de él además de las armas?

—Le repito que no lo sé —dijo con desesperación—. No los conocemos, son ladrones.

El soldado lo observó, desconfiado. Por su ceño fruncido sabía que su respuesta no lo satisfacía.

—Espero que sea cierto lo que cuentas. Tienes todas las de perder y lo mejor que te puede pasar en el cuartel es quedarte a solas con mi otro compañero. Tienes suerte de que esté al mando. Allí, ya veremos. —Envainó su espada y se dirigió a los demás soldados—. Subidlo a la carreta sin quitarle las ataduras. Lo llevaremos ante el capitán Dawson.

Los soldados obedecieron sus órdenes.

Mientras aguardaba en la carreta, oyó que el soldado al mando enviaba a cuatro hombres a hacer guardia con los otros. Era absurdo. Las ciénagas eran extensas; los bárbaros jamás saldrían por el mismo lugar, y adentrarse en ellas era casi un suicidio. Aunque el sol estaba alto y aún quedaban horas de luz, unos ingleses espigados como esos no sobrevivirían ni dos horas sin hundirse o ser mordidos por una víbora. Solo los rudos escoceses de las Tierras Altas eran expertos en atravesarlas, haciéndolas parecer un inofensivo campo de amapolas.

Tuvo tiempo de preguntarse cómo sería ese Dawson. ¿Lo sometería a un duro interrogatorio? Por mucho que lo amenazaran, no revelaría nada, pues sentenciaría a su amigo. Y, como puro escocés, callaría para defender a los suyos.

¿Qué demonios vinculaba a esos gallowglas con el padre de Williams? Eran mercenarios, hombres del norte de la peor calaña.

Cuando eran niños, el padre Elliot les había contado que, años atrás, los *lairds* los contrataban para defender sus tierras. No eran simples guerreros, sino un reducido grupo de élite experto en estrategia militar. Poco a poco, la falta de recursos y el hambre mermaron a muchas familias influyentes, que ya no podían pagarles

ni mantenerlos. Finalmente, acabaron dedicándose al pillaje y se convirtieron en mercenarios o peligrosos ladrones. Eran temidos por todos; nadie se atrevía a hacerles frente y ni siquiera entre ellos eran leales, por muy hermanos de sangre que se considerasen.

Bràthair cogaidh había llamado a Andrew. Si era cierto, el padre de Williams no era un simple mercader. ¿Ocultaba un pasado terrible tras el negocio familiar? ¿Sería tan peligroso como esos desalmados? La idea lo inquietó. Debía aguantar hasta llegar a Pretty Poppies para contarle lo ocurrido. ¿Y luego qué? ¿Irían a buscar a Williams? Una sombra cruzó su semblante al recordar a Psique. Ella lo esperaba, pues a pesar de que esos dos no se habían confesado lo que sentían el uno por el otro, era evidente lo mucho que se gustaban. Que no volviera sería un duro golpe para ella. Muchos secretos morirían con él si no soportaba el interrogatorio.

Pero lo haría. Aguantaría por su hermano de vida.

La carreta atravesó los campos y pronto llegaron a la ciudad. El caballo de su amigo seguía atado a ella.

Era una pena que esos hombres se hubieran llevado el caballo de Ronald y no el de Will, con el que su amigo podría volver airoso. Aquel caballo era tan listo y brioso que sería capaz de encontrar el camino de vuelta como un sabueso. Él mismo lo había visto hacer cosas que lo habían obligado a persignarse. A veces, incluso lo intimidaba al mirarlo: parecía leerle el alma. Un caballo gallowglas, había dicho el padre Elliot... Era absurdo, ¿no?

Cuando entraron en las dependencias del capitán Dawson, lo encerraron en una celda mugrienta y oscura.

Dos horas más tarde, tras numerosos golpes, tirado sobre su propia sangre, seguía resistiendo sin contar nada que implicara a esos gallowglas. Aguantó que ese cabrón de soldado, que lo odiaba por respirar su mismo aire, lo llevara al límite del aguante. La oscuridad lo aterraba y lo hacía imaginar demonios que intentaban devorarlo.

Pensó en su madre, Jane. Ella era muy supersticiosa y lo crio con las mismas creencias, contándole miles de historias celtas para espantar los terrores de la noche. Y para olvidar el dolor y el terror que lo llenaba, cerró los ojos y, como tantas veces, se imaginó convirtiéndose en el Kelpie de las leyendas.

Allí, tumbado sobre el frío suelo de la celda, le pareció oírla contarle una de esas leyendas:

«Atiéndeme y sobrevive, mi amado hijo.

Dicen que en los lagos del norte vive un kelpie distinto de los demás. Este no buscaba engañar a los viajeros, ni arrastrarlos al fondo del lago. Ese curioso Kelpie solo quería entender por qué los humanos lloraban.

Durante siglos observó desde la orilla a madres que se despedían de sus hijos, amantes que se separaban, ancianos que hablaban al agua, hartos de tanta soledad.

La criatura no comprendía ese dolor que parecía, por muy extraño que le pareciera, una forma de amor.

Una noche de otoño, tomó forma humana y se acercó a una joven que lloraba junto al lago.

Se llamaba Eira y sostenía entre sus dedos una cinta azul.

—¿Por qué lloras? —preguntó él.

—Porque he perdido a quien más quería —respondió ella—. Y no puedo seguir adelante.

El kelpie se sentó a su lado. No sabía consolar, pero sí escuchar. Eira le habló de su hermano, un pescador desaparecido en una tormenta. Habló y habló hasta agotar las palabras, y el kelpie, sin comprender su pesar, sintió por primera vez algo parecido a un nudo en el pecho.

—Si pudiera traerlo de vuelta, lo haría.

—No puedes —dijo ella—. Nadie puede hacerlo.

El kelpie miró el agua. Él sí podía. Sin embargo, todo tenía un precio: dar una vida por otra.

Allí, sentado junto a la niña, dudó por primera vez. Otra primera vez en su vida.

Esa noche, se sumergió en el río. Buscó entre las corrientes, entre las sombras, entre los restos de naufragios... Hasta que al fin encontró al espíritu del muchacho, atrapado entre dos mundos.

Podía liberarlo, aunque si lo hacía él mismo se disolvería en el agua para siempre.

Recordó las lágrimas de Eira, cómo su voz temblaba al pronunciar el nombre de su hermano. Entonces, comprendió por qué los humanos lloraban: porque aman más allá de sí mismos.

Al amanecer, Eira volvió al lago. Allí estaba su hermano, exhausto y vivo. Ella corrió a abrazarlo entre lágrimas y risas a la vez.

El agua estaba en calma, demasiado, y eso le extrañó a la joven. Cuando se acercó a la orilla, vio que flotaba en él una crin oscura, suave como la noche. La tomó entre sus manos y, sin entender muy bien por qué, sintió que debía guardarla.

Dicen que, desde entonces, cuando el espíritu de Eira llora, el lago se ondula y una criatura invisible la escucha. Dicen que el kelpie no murió, sino que se convirtió en aquello que más deseaba comprender: un recuerdo que duele, pero que salva».

Y Ronald lloró, a pesar de las risas y vejaciones de los soldados, porque amaba a su gente y quería volver con ellos. Si él sobrevivía, Williams también lo haría.

III



—Siempre andas de acá para allá, Psique —dijo Jana con fastidio desde la otra punta del salón—. ¿Cuándo sacarás tiempo para mí? ¿Es que no te importo ni un poquito?

Poco a poco, soltó el aliento y contó hasta cinco. Luego dejó el pincel sobre la mesa.

—No sé por qué dices eso, primita —contestó con inocencia—. Siempre estamos juntas... Pero hoy no te hallé en mi cama. ¿Qué te pasó?

—No estoy para tus ironías —contestó, cruzándose de brazos y dando una patadita en el suelo—. No lo has leído.

Psique puso los ojos en blanco, se quitó el delantal con sumo cuidado para no mancharse de pintura y lo colocó sobre el respaldo de la silla. Jana, con las manos en las caderas, la observaba, incrédula.

—Para tu tranquilidad, sí lo he leído, cansina —comentó limpiándose las manos con un trapo—. Pero no sé si deberías saber lo que opino de él.

—¡Pues claro que quiero saberlo! ¿Me crees tan lela? —dijo acercándose con rapidez.

Luego le arrebató el trapo de las manos, arrugó la nariz con desagrado y lo dejó encima de la silla. Con los ojos brillantes de emoción, cogió sus manos y las apretó con fuerza. Psique la observó sin entender qué pretendía decirle.

Cuando habló, su voz sonó tan trágica que tuvo que reprimir una carcajada.

—Por favor, Psique. Aunque sea duro, quiero la verdad. No me sirve que me engañes; solo alimentarías mi ignorancia.

—Puede que yo no sea la más indicada para...

—¡Paparruchas! —gritó, ansiosa—. Eres un genio como tus padres; no existe nadie mejor que tú para opinar sobre mi obra. —Por último, se acercó tanto que sus narices quedaron a un dedo de distancia. Sus ojos cobraron tal intensidad que la divirtió—. No te rías. Suéltalo o tiraré tus libros al río cuando menos lo esperes.

Psique se soltó de su agarre con brusquedad y caminó hasta la ventana bajo su atenta mirada. Fuera no llovía y el cielo parecía despejarse por fin. Llevaba una semana sin parar de llover y, a pesar de que no le gustaba nada el chantaje de su prima, la esperanza de ver el sol borró su enfado.

Oyó sus ligeros pasos a su espalda. Otra vez la tenía encima.

—Sabes que nunca estropearía un libro, pero tu indiferencia me agota, prima.

Psique sabía qué venía ahora: un chasqueo de lengua, otra patadita al suelo y, finalmente, el exagerado bufido de siempre. Alzó los ojos al cielo, sabiendo que había despertado a la bestia.

—Lo sientoooooo, ¿vale? Sé que no tengo justificación. Reconozco que soy impaciente —parpadeó repetidas veces—. Demasiado, quizás. Y algo intensa —se señaló y, por último, la acusó con exultante dramatismo—. Tú también lo eres; nos entendemos bien. Pero te repito que llevas muchos meses distinta y...

Sabía lo que venía. Le comentaría que desde que se había marchado Will ella parecía haber cambiado. Si sucedía esto o aquello, el origen de todo siempre era su ausencia...

Y sí, estaba siendo cruel, pues sabía lo mucho que significaba su opinión para ella. Podía alargarlo y, pese a que cada vez la divertía más hacerla rabiar, tras esa semana de claustro forzoso no iba a perder ni un segundo sin disfrutar del sol.

—Es muy bueno —confesó al fin.

—¡Síííí! —gritó y la abrazó por la espalda, estrujándola con fuerza —. ¡Sí! ¡Sí! ¡Lo sabía!

Psique rio. Siempre lograba contagiarle su alegría.

—Me haces daño, bruta —protestó entre risas.

—Tengo que quererte, primita. Eres mi persona favorita. ¿Te lo he dicho alguna vez?

Psique volvió a carcajearse y dejó de luchar por zafarse.

—Muchas, pero no me canso de escucharlo.

Jana comenzó a hacerle cosquillas, muchas, las más insoportables del mundo. Psique no las aguantaba, por mucho que lo intentara. Desesperada, acabó propinándole un codazo en el costado que logró detenerla.

—¡Ah! Eso duele, bruja —gritó retrocediendo unos pasos, resentida. Bruja. Así era como Will la llamaba esos últimos años...—. Ahora vas a saber lo que son las cosquillas...

—Hay algo que debes aprender. —Jana abrió y cerró la boca. Luego asintió, expectante, olvidando su venganza. Psique siguió representando el mismo papel que su padre en una de sus clases—. Usas expresiones rimbombantes. ¿De dónde las sacas?

—¿Rimbombantes como cuáles? —preguntó achicando los ojos, pensativa.

Jana estaba a punto de cumplir los dieciocho. Se llevaban cinco años, pero, al haberse criado prácticamente juntas, eran muy afines. Era como tener una hermana menor y, claro, Psique se divertía bastante a su costa. Tan dulce como inocente, presumía de unos ojos preciosos, unos tirabuzones perfectos y una sonrisa encantadora... Una damita en todos los sentidos, pero con ninguna paciencia.

—¿Qué es eso de que mi espíritu se quiebra ante una colosal revelación? —Jana ladeó la cabeza y sopesó su ejemplo, muy concentrada—. ¿No sería más fácil decir que me sorprendí mucho?

—Ahora que lo dices…

—O casi me da un soponcio —agregó con pedantería.

—Pues sí, es cierto que…

—Y, por último: quedé tan pasmada como Jana con su boca de pez lelo.

No esperó su explosión. Jana contraatacaría con sus pertinentes cosquillas y, esta vez, con mucho más ahínco. Sin pensárselo, Psique se subió al alféizar de la ventana que daba al jardín y saltó. Lo había hecho tantas veces que caer de pie ya era un arte. Sin embargo, lamentó que Jana la hubiera acompañado siempre, pues saltaba mejor que ella.

—¡Verás cuando te pille! —dijo a pocos pasos de su espalda.

Por fortuna, Psique era tan rápida como un galgo.

—¿Adónde creéis que vais? —oyó gritar a su primo Andrew desde el otro extremo del jardín—. ¡Jana! ¡Psique! ¡Deteneos! ¡Os la jugáis a quedar castigadas una semana sin salir!

—Mierda —murmuró Psique, jadeante y sin parar de correr.

Apenas oyó a su prima replicarle algo a su hermano, pues ya cruzaba la mitad del jardín y pronto alcanzaría la verja que limitaba la propiedad. Tras ella, unas pocas millas más adelante, se encontraba su lugar favorito.

¿Castigada sin salir? No le importaba lo más mínimo. Llovería al menos otra semana más, o eso había oído decir a los sirvientes. Lo que más le fastidiaba era que su prima sí sufriría ese castigo. Era incapaz de permanecer en un lugar sin liarla durante más de dos minutos, a no ser que le dieran una pluma, tinta y papel.

En una semana podría leer un relato más de los suyos.

Corrió sin importarle las consecuencias. Ni siquiera mancharse la falda de barro le impediría disfrutar de ese momento. La humedad de la hierba calaba sus zapatos y la carrera se le hizo interminable, pues la falda y la enagua pesaban demasiado. Cuando llegó al árbol estaba casi desfallecida. Se apoyó de espaldas en el tronco y respiró

hondo. Poco a poco, con la mano en el pecho, recobró el resuello. Entonces, el crujido de unas ramas en el suelo, detrás del tronco, la paralizó. El corazón se le desbocó ante la ilusión de volver a verlo, de que fuera Williams quien estuviera allí. Asomó la cabeza con sigilo...

—Un ratoncillo curioso —resopló con frustración.

Lo echaba tanto en falta.

Se llevó la mano al pecho y, cuando notó que comenzaba a respirar más calmada, cerró los párpados. Por un instante, se imaginó retrocediendo muchos años atrás, justo cuando quedó atrapada en aquella rama:

Fue un momento incómodo. Adivinó que alguien hacía sus necesidades justo detrás del tronco donde estaba atrapada y se lamentó, llamando la atención del desconocido. Con sorpresa, se encontró con unos ojos verde musgo tan impactantes que no supo qué decir. No conocía a aquel chico. Con seguridad, pertenecería a algún clan vecino reunido para la fiesta y tendría más o menos su edad, algo que la fastidió bastante. Si contaba a todos la situación ridícula en la que se veía envuelta, sería el hazmerreír de los niños del pueblo. Lo único que podía hacer era plantarle cara con la mayor dignidad posible.

Fijó la vista en sus ojos disimulando su inquietud y soltó lo primero que le vino a la cabeza. Pasmarote. ¿Cómo se le ocurría insultarlo?

Sonrió ante su pasmo. Le gustó su sonrisa. Parecía simpático y fue muy amable al sacarla de ese embrollo. Sin darle más vueltas, decidió que sería su amigo. Además, se la debía.

—Tus padres te van a matar cuando se enteren de que has besado a un chico —le había dicho su prima de siete años al volver a la carrera.

—Como lo cuentes, dejaré de leerte, primita —la había amenazado ella muy en serio.

—No lo haré. No soy una chismosa. —Luego, agregó—. Pero no vuelvas a hacerlo, es incorrecto.

Cuando subió al escenario, sabía que el chico andaba allí. Sentía su intensa mirada como una caricia. Sin hacer ningún caso a la regañina de su primo Andrew por llegar tarde, lo buscó entre el público y lo encontró en primera línea. Le sonreía como un rato antes. Psique agarró su mechón de pelo y lo sacudió a conciencia, luego le guiñó un ojo. Él se echó a reír con ella, y por ello recibió varios codazos de sus amigos, que los observaban atónitos.

En ese momento no lo sabía, pero habían comenzado una poderosa amistad que duraría años, pues Williams se convertiría en su mejor amigo... hasta que una caprichosa decisión los separó.

¿Acaso había llegado el momento de poner fin a lo que compartían? ¿El destino podía ser tan cruel con ellos? Se necesitaban. Eran como uña y carne, como un latido que pierde el ritmo cuando falta el otro. Y no, no solo Jana notaba que estaba distinta desde que Will emprendió el peligroso viaje. Ella también sabía que no era la misma.

¿Por qué? ¿Por qué tuvo que abandonarla?

Sin poder remediarlo, volvió a recordar su despedida:

El sol se alzaba en su cenit y los bañaba con calidez primaveral. Las flores silvestres rodeaban el árbol como un manto multicolor.

Will y ella, de pie uno frente a otro, discutían acalorados.

—¿Por qué te vas? ¿Quieres castigarme?

—¡No! Nunca haría nada que pudiera dañarte. Me voy porque necesito que el negocio prospere —comentó, con esa voz grave que a veces le ponía el vello de punta.

—El negocio va bien, lo dijiste hace unos meses —replicó con disgusto.

Williams bajó la mirada y ella se contuvo para no zarandearlo como a un niño hasta sacarle aquello que le ocultaba.

—Quiero demostrarle a mi padre que soy capaz de valerme por mí mismo.

Las mejillas muy sonrojadas delataban su turbación. Y evitaba sus ojos, observando sus zapatos desgastados como si fuera lo más bonito que había visto en años. Eso no era habitual. Él no solía reprimirse con ella de esa forma.

—Eso me suena a cuento chino, Will. Sé que hay algo más. No entiendo qué me ocultas. Creía que confiábamos el uno en el otro y...

—Y así es —la interrumpió—. Pondría mi vida en tus manos, Psique.

—No te creo —reprochó con los dientes apretados y los brazos cruzados en el pecho.

—Te juro que cuando vuelva te lo contaré.

—¡Lo sabré cuando vuelvas! —exclamó, alzando las manos al aire y señalándolo con un dedo—. ¡Sabía que me ocultabas algo! Y lo peor es que no te importa dejarme así. ¿Tan poco significo para ti?

Él le echó otro vistazo rápido; luego, sin poder sostenerle la mirada, la desvió otra vez al suelo.

—No es eso, no lo entiendes. Yo...

—No puedo perderte, Will. —Adelantó unos pasos y le echó las manos al cuello con desesperación, sin importarle que los vieran—. Eres mi mejor amigo.

Él se puso rígido como un palo y su sonrisa se transformó en una mueca atormentada. Sin más, la apartó de muy malas formas y le dio la espalda.

—¿Qué te ocurre? —preguntó dolida—. ¿No quieres mi cariño?

Will no la enfrentaba. Seguía muy tenso y callado. De pronto, se le ocurrió una idea que le quemó las entrañas.

—Te has enamorado —espetó.

Él giró por fin sobre sus talones. A pesar de no desearlo, sabía que había dado en el clavo.

La miraba con una profundidad, con una intensidad, que jamás le había visto en todos esos años. En silencio, parecía decidir algo.

Aquello dolía. Y Psique no deseaba escucharlo, sin embargo, su corazón sufría por saberlo todo.

—¿Quién es ella? —preguntó molesta. Al no obtener respuesta, insistió—. ¿La conozco?

Asintió y su mundo se quebró. La seguía con esa mirada extraña y sintió la necesidad imperiosa de abrazarlo. No obstante, dolía, aquello dolía mucho. Tragó saliva al contener la emoción.

—Williams McPherson, ¿eres capaz de ocultármelo? —preguntó, llevándose una mano a la frente sin poder creerlo.

—Lo sabrás cuando volvamos a vernos.

—¡Si es que regresas, claro! —reprochó—. Tal vez ya no me recuerdes, teniendo a esa otra...

Arrojó la palabra "otra" con la misma fuerza que una piedra traicionera. Su enfado crecía. Tanto que tenía ganas de golpearle. Encima, él comenzaba a sonreír y parecía divertirle la situación.

—Regresaré contigo, tontina. —Sonrió aún más.

—¿Te divierte todo esto? —preguntó atónita.

En un impulso, acabó con el poco espacio que quedaba entre ambos. Solo los separaba el dedo con el que lo señalaba en el pecho.

—¿Estás celosa, Psique? —preguntó con una voz ronca que le erizó la piel.

Contuvo el aliento al fijarse en su boca durante unos segundos y, sin esperarlo, sintió ganas de... ¿Besarlo? ¿Cómo era posible? ¿Se estaba volviendo loca? Él era Will, su amigo de toda la vida. No podía, no debía desearlo, no con él.

Cuando sus miradas chocaron, la invadió una terrible vergüenza. ¿Habría adivinado lo que pensaba?

—Eso es una santa tontería, Will —escupió, guardando el dedo en el puño y alejándose unos pasos—. ¿Yo, celosa? ¿De la otra? ¡Ja!

—Bueno, podrás negarlo, brujita... —respondió Williams dando un paso hacia ella y provocando que su corazón se saltara un latido —, pero no dejar de sentirlo.

Retrocedió otros dos pasos y chocó con el tronco del árbol. ¿A qué jugaba? La había cambiado por otra y ya no confiaba en ella. Encima, ¿se divertía a su costa?

—Eres un iluso si crees que moriré de pena porque te hayas buscado a otra con quien... —buscó encarecidamente las palabras, y en realidad no sabía qué decir. Al fin, soltó llena de rabia—: retozar.

—¿Y tú qué sabes sobre eso? —Alzó las cejas con sorpresa.

Apartó la vista. Estaba tan nerviosa que no habría visto ni un caballo aunque lo hubiera tenido delante. En realidad, no sabía qué significaba eso de retozar. Se lo había oído decir a la cocinera al regañar a algunas sirvientas cuando salían con hombres. Ni le contestaría. Si quería reírse, que lo hiciera de esa otra.

Él avanzó otro paso y Psique notó que le faltaba el aire. Entonces, él alargó su mano y agarró un mechón de pelo pelirrojo, haciéndola estremecer.

—Eres muy especial. —Williams tragó saliva y siguió hablando con cierto esfuerzo—. Sin ti yo...

¿Por qué sentía la necesidad de acortar ese paso que aún los separaba? ¿Había perdido la cabeza? El calor la envolvía y un cosquilleo extraño comenzaba a hormiguearle en su estómago. Además, el sube y baja del pecho de Will la distraía demasiado. ¿Se estaba mareando?

—¡No! No sigas —gritó alarmada por ese torbellino de sensaciones desconocido. Se llevó la mano al pecho—. Me encuentro mal, Will. Tengo mucho calor y quiero volver a casa.

—Te llevaré en mi caballo —dijo con firmeza.

—No —replicó, arrastrando el cuerpo por el lateral del tronco—. Iré caminando, sola.

—Te acompañaré, ya lo sabes.

—Será mejor que no. Hueles mal —mintió, abrazándose a sí misma para ocultar el temblor de sus manos.

—¿Yo? —Entrecerró los párpados y se cruzó de brazos—. Yo no huelo mal. ¿Qué demonios sientes?

—Tengo mucho calor y me cuesta respirar —confesó con un hilo de voz y añadió tocándose la barriga—. Cuando te acercas noto cosquillas aquí.

—Oh, cosquillas. —Williams se pasó una mano por la cara, nervioso—. Psique, si no quieres que te acompañe, no lo haré. Pero te vigilaré desde lejos.

—De acuerdo —aceptó, asintiendo con vehemencia. Luego entrecerró los ojos—. Tal vez sea mejor que dejemos de ser amigos...

—Volveré —dijo con voz grave—. Te lo prometo. Volveré a ti.

—Voy a extrañarte —declaró.

Se arrepentía tanto de haber propuesto romper su amistad. En realidad, moría por besar su mejilla como siempre que se despedían.

Entonces, él sonrió de oreja a oreja y la asaltó un pánico irracional al ver su intención de acercarse.

Alzó las palmas abiertas y lo detuvo.

—Te esperaré, Will.

—Serán solo unos meses.

—Cuento con ello. Si no, quien te espere será esa otra.

Ignoró su carcajada y tomó el sendero hacia la casa. La risa de Will a su espalda la hizo sonreír. Contuvo las ganas de girarse y correr hasta él para abrazarlo. Deseaba despedirse como de costumbre, pero esa emoción tan peligrosa la desbordaba.

Obstinada, siguió caminando, respirando hondo y reprimiendo las lágrimas. Al fin la desbordaron cuando cruzó las rejas de la entrada de su villa.

¡Al diablo con todo! ¡Necesitaba darle aquel último beso de despedida! Se giró sobre los talones para correr hacia él, pero ya no estaba. Su decepción fue tan grande que cayó de rodillas al suelo, sin fuerzas.

Una lágrima rodó por su mejilla. Sí, lo extrañaba, y lo peor era que cada día se le hacía más difícil. Había pensado mucho en aquella despedida, tan distinta de las anteriores.

Saber que se había enamorado de otra la atormentaba. Tras esos interminables años, aún no había averiguado quién era. Lo sabría cuando volviera...

¿Y si no volvía? ¿Y si...? No. No se alimentaría de temores absurdos. Confiaba en su palabra.

Aun así, sufría cada minuto sin él. Ni siquiera le había escrito una carta en todo aquel tiempo. ¿Por qué? Se habían carteado durante años y, cuando más lo necesitaba, solo obtenía un vacío inconsolable.

—¡Maldito seas, Will!

IV



El sol luchaba por salir entre las nubes y, al fin, sus rayos alcanzaron el suelo húmedo. Psique salió de la sombra del árbol para disfrutarlo. Alzó las manos, extasiada, y no pudo evitar pensar de nuevo en Will y en cómo disfrutaban cuando estaban allí juntos. Se llevó los dedos a los labios y cerró los ojos, soñadora. ¿Cómo había pasado? ¿Cómo había dejado que germinara ese sentimiento?

Poco a poco, comenzó a prestar atención a las diferentes parejas de su hogar. La cocinera y el mayordomo, los señores Hilton, llevaban muchos años casados. Estaban enamorados, o eso creyó ella al principio. Cansada de la inútil labor tras largas semanas de ardua vigilancia, concluyó que de nada le servían esos dos, que apenas se miraban cuando coincidían en una misma habitación. Entre ellos no existía nada que se pareciese a los sentimientos que en ella crecían día a día.

Entonces puso en su punto de mira a sus propios padres.

Recordó cómo había decidido resolver sus dudas con su madre aquel día, cuando se encontraron reunidas en el salón de té:

Mientras Charlotte McAllen leía, inmersa en uno de sus habituales libros, Psique se entretenía con uno de sus lienzos. Y decía que se entretenía porque tenía la cabeza, como siempre, en cosas que no debía. Su yaya cosía a la luz de la ventana, tarareando una bonita cancioncilla.

Harta de darle tantas vueltas al asunto, dejó los pinceles y arrimó un sillón al de su madre.

—Mamá, me gustaría comentarte algo —susurró.

Charlotte, sin levantar la vista de la página, apenas le hizo caso.

—Es algo importante —insistió, vigilando que su yaya siguiera en su faena.

—Ajá —respondió dándole un rápido vistazo tras sus lentes.

Psique resopló con fuerza y, al fin, Charlotte soltó el libro. La miró, interrogante. Ella, nerviosa, reunió todo el valor que pudo y dijo lo que tanto le quemaba en la punta de la lengua.

—Tengo dudas.

Psique maldijo por lo bajo al oír a su yaya resoplar también.

—¿Podrías ser más específica, cariño? —preguntó su madre con una paciente sonrisa.

Su yaya no le quitaba el ojo de encima, y sabía que, si no se enteraba en ese instante, más tarde se lo reprocharía.

—El otro día sentí ciertas cosas que no termino de entender. —Al ver que la observaban igual que a un bicho raro, continuó—. Con un hombre.

Las dos ahogaron un grito. La mirada espantada de su madre la encogió y, para más angustia, su yaya olvidó su costura y arrastró su silla hasta colocarla justo a su lado. Ambas la contemplaban con una mezcla de miedo y desconfianza.

—No ocurrió nada entre nosotros —aclaró, y ambas mujeres dejaron escapar el aliento con bastante alivio.

—¿Solo las sentiste tú o... ambos? —preguntó su madre.

Psique gimió, intimidada por su mirada entrecerrada.

—Solo yo.

Tras un fervoroso cruce de miradas de entendimiento entre ellas, Charlotte comenzó:

—Sabía que este momento llegaría, mi niña.

—Pero si no sabes de qué hablo —repuso, anonadada.

—Claro que sí. Todas, tarde o temprano, sentimos ciertas cosas por el sexo opuesto. Lo más importante es cuidarse de sentir demasiado.

—O de hacerlo con el hombre equivocado —aclaró su yaya.

—Pues esa es la cuestión —dijo, de acuerdo—. Yo... ¡Mi cuerpo ardía! —Su yaya ahogaba gritos mientras se persignaba, pero Psique no quiso guardarse nada—. Me costaba respirar y sus labios... ¡Deseaba besarlos! Y aquí... —señaló su abdomen, pero Charlotte la interrumpió.

—Notaste un cosquilleo intenso, mariposas que revolotean.

Psique asintió con vehemencia.

—Y me subieron hasta aquí —dijo señalando su pecho.

—Oh, Dios santo. ¡La niña se ha enamorado! —exclamó su yaya, ocultando su rostro entre las manos.

¿Se había enamorado? ¿Había oído bien? Era absurdo. Admitía que le gustaba, pero eso de enamorarse... Quedó impactada por la idea.

—No seas tan tremenda, Agnes. Se trata de un simple despertar, ya sabes...

—Sintió mariposas —insistió—, eso no ocurre siempre.

—Puede haberlas confundido con un revoltijo de gases. Ya sabes que las legumbres de la señora Hilton...

—No eran gases, mamá —protestó con un hilo de voz, más blanca que la pared.

Desde que había oído la posibilidad de estar enamorada, sentía una garra apretarle la garganta.

—¿Te encuentras bien, hija? —preguntó Charlotte, comprobando la temperatura de su frente. Dejó sus gafas sobre la mesita junto al libro y la obligó a recostarse en el sillón—. Estate tranquila, cariño. Esto es muy normal. Tu padre y yo ya andábamos algo preocupados porque a tu edad... Bueno, no te fijabas en los chicos...

—Sé que no soy una niña, pero no entiendo vuestra prisa. Dijisteis que me casaría con quien yo eligiera.

—Bueno, es un tema complicado —dijo con apuro—. Lo importante es que confíes en mí y me cuentes qué sucedió.

—Y quién es el afortunado —volvió a añadir su yaya sin perder puntada.

Aquello no era bueno, nada bueno. Podía estar enamorada de su mejor amigo. Era el mayor desastre de todos los desastres posibles.

Las miró con ojos brillantes.

—Yo... fui a despedirme de Will... —dijo titubeante, pero no pudo seguir porque Agnes la interrumpió.

—Lo sabía, sabía que sería ese chico de los McPherson. Se lo dije, señora. Esas cartas no traerían nada bueno. Eran niños cuando comenzaron a...

—¿Os reunisteis a solas sin mi permiso? —El tono de su madre fue tan gélido que tembló.

Charlotte la observaba con una decepción en sus ojos que la traspasaba. Su desilusión dolía, pero no podía seguir mintiéndole.

Asintió y contuvieron el aliento. Enseguida, Charlotte se puso en pie con las manos en su rostro.

—Mamá, yo...

Sentada todavía en el sillón, la observaba reprocharse algo que no llegaba a escuchar. Esto no era como cuando tenía diez años y había estropeado uno de sus libros favoritos. El asunto parecía ser muy serio.

—¿Cuántas veces os habéis visto a solas?

—Pues...

No le salían las palabras.

—Psique, me has mentido en algo muy grave, ten al menos la decencia de confesarme la verdad.

—Muchas... durante años. —Las exclamaciones de su yaya volvían a ponerla nerviosa. Su mirada iba de una a la otra y con cada segundo que pasaba se sentía peor—. La primera vez fue al cumplir los quince. Nos carteamos y ese día él quiso hacerme un regalo de cumpleaños.

—Claro, y a ti no se te ocurrió contárnoslo —regañó la sirvienta, cada vez más escandalizada.

—¡Si lo hubiera hecho, papá no lo habría permitido! Tanto Will como yo soñábamos con ese encuentro. Somos los mejores amigos. ¿Entendéis eso? Bueno, qué vais a entender vosotras si nunca habéis tenido un mejor amigo.

Charlotte gruñó un momento. Tenía los nudillos blancos de contenerse.

—Deberías habernos contado esto desde el principio —sentenció su madre—. Me da mucha pena que no confiaras en nosotros, Psique. Creo que jamás hemos sido duros contigo. Te dimos una libertad como pocos otorgan a sus hijos porque confiábamos en ti. —Hizo una breve pausa para suspirar con cansancio—. Y te equivocas mucho en algo: no me habría opuesto a esos encuentros, pero te aseguro que no habrían sido a solas. Estoy muy decepcionada, hija. Y tu padre...

—¡No! No se lo cuentes a papá, por favor —suplicó tirándose de rodillas al suelo y agarrando sus manos—. No lo entendería.

—Qué poco nos conoces, hija mía —dijo con una mirada húmeda que la conmovió—. ¿Cómo lo hemos hecho tan mal contigo?

—Mamá, no digas eso. Perdóname, te lo ruego —dijo, incorporándose para abrazarla—. Te prometo que no pasó nada. Él quiere a otra. Me lo confesó. A pesar de ello, yo sentí... eso por él. Ni yo misma entiendo cómo ocurrió. La culpa fue de aquella maldita despedida.

Entonces, como si su madre recordara algo importante, la miró consternada y la envolvió con sus brazos con fuerza. Psique lloraba, desconsolada. Jamás habían discutido así. Todos esos años había

sido obediente. Un poco intensa, pero disciplinada. Y sí, por ello disfrutaba de una libertad única. Confiaban en ella a ciegas.

—Vamos, hija —la animó Charlotte—. Debemos hablar de todo esto con tu padre.

—Eso —apoyó su yaya.

—Será duro, pero ya eres mayor para asumir tu error y lo que él decida imponerte.

—Lo acepto, mamá —dijo con resignación mientras volvían a tomar asiento.

—Agnes, ¿podrías pedirle a mi esposo que venga?

—Por supuesto, señora. Ahora mismo iré a avisar al señor.

Su yaya salió a paso ligero y por fin se quedaron solas. De pronto, su madre cogió sus manos entre las suyas. Psique, aun sollozando, intentó sostenerle la mirada.

—Hija, acabas de darme una lección.

—¿Co-cómo?

—Creo que en todos estos años se me olvidó una de las cosas más importantes que debía enseñarte: el poder de la mentira.

Psique parpadeó, confundida. Charlotte apretó un poco más sus manos, temerosa.

—No para hacer daño, sino para protegerte. Para proteger lo que amas.

El corazón de Psique dio un vuelco. Su madre le hablaba con una determinación que jamás le había visto.

—Mamá, no sé si lo amo. Ojalá nunca hubiera sentido esas cosas. No entiendo...

—Da igual lo que quieras, cariño. No está en ti decidirlo. Es tu corazón quien gobierna tus pasos, tus miedos... y tus errores —dijo, acariciándole el dorso de la mano con el pulgar—. Cuando llega ese momento, no hay mentira que pueda salvarte.

Cerró los ojos, percibiendo que la culpa la removía por dentro.

—Entonces, ¿qué hago? Él no me quiere y soy su mejor amiga.

—Aprenderás a vivir con ello. Tendrás que elegir bien qué verdades compartes y cuáles guardas. Lo importante es entender por qué mientes: si lo haces por miedo... o por amor.

Psique asintió, todavía algo confusa. En realidad, ella había cumplido todo eso. Mintió a sus padres por miedo a que no le permitieran verlo y por la amistad que se profesaban. ¿Qué debía entender?

Su madre la observó en silencio, adivinando su caos de pensamientos.

—Voy a confesarte algo. Hace muchos años, yo también mentí a mi mejor amigo, tu padre.

—¿A papá? ¿Él era tu mejor amigo? —preguntó con asombro.

Charlotte asintió con una sonrisa. Guardaba silencio mientras mantenía la vista perdida en un punto lejano. Su expresión era soñadora, como si añorara algún tiempo pasado.

—Sigue siéndolo, cariño. Él sigue siendo mi aliento —dijo con una preciosa sonrisa—. Mientras lo buscan, te contaré mi gran mentira. Ahora, escucha con atención...

—¿Y te disfrazaste de hombre para entrar en la universidad? —preguntó, escandalizada, una hora después.

—Es un secreto, cariño —susurró Charlotte, mirando con nerviosismo a su alrededor.

—Y queremos que siga siéndolo, hija —añadió su padre con cara de circunstancia.

—¿Y después de saber todo eso me estáis reprochando que yo me vea a solas con mi amigo?

—Cariño, tu madre te ha contado lo que hizo para mostrarte los peligros que pueden acarrear las decisiones precipitadas...

—¿Precipitadas? —cortó Charlotte—. Lo reflexioné mucho antes de dar el paso, Irving.

—Eso no resta que fuera una locura.

—Lo fue, pero sabía lo que quería —replicó, algo ofendida.

—Te pusiste en peligro, mamá —murmuró asombrada.

Irving paseó la vista primero por su esposa, que mantenía la expresión desafiante, y terminó posándola en Psique.

—Y, aun así, si algo aprendimos de todo aquello es que hay decisiones que te cambian la vida entera —dijo con ternura—. Decisiones que te obligan a preguntarte quién eres de verdad.

Charlotte asintió. Psique, con la boca abierta, seguía sin poder creer aquello ni por qué lo ponían como ejemplo.

—Todo lo hice por amor, porque quería estudiar, quería ser más que una esposa. Para ello, pensé en las consecuencias, en los riesgos, en lo que podía perder. Hija, no fue una aventura romántica; fue una apuesta por mi futuro —dijo con ímpetu.

Irving intervino, más sereno.

—Lo que intentamos decirte es que no te reprochamos que tengas un amigo ni que desees verlo. Lo que nos preocupa es que tomes decisiones sin pensar en lo que pueden acarrearte mañana.

—Lo importante es saber elegir con conciencia, comprendiendo que cada paso tiene consecuencias, para bien o para mal. Yo me arriesgué porque sabía por qué lo hacía y qué construía y destruía en mi camino.

—No te pedimos que renuncies a tus amistades —concluyó su padre—. Seas una niña o una mujer, puede que no seas consciente de los peligros que te rodean. Por eso siempre te escucharemos.

—Entonces, ¿no me castigarás por haber visto a Will a solas?

Vaya sorpresa fue conocer la emocionante historia de amor de sus padres. Una aventura tan insospechada que casi podía competir con la de un héroe de leyenda. ¿Cómo sería eso de hacerse pasar por hombre? Debió ser muy emocionante.

Con cada recuerdo, su sonrisa se ensanchaba más. Al final, tras confesarle que no había ocurrido nada entre Will y ella, su padre se relajó. Aun así, no quedó impune. La amenazó con encerrarla sin recibir visitas durante meses, aunque en realidad le levantó el castigo al cabo de uno. Solo hicieron falta unos pocos arrumacos para ablandar el corazón de Irving McAllen. Ella era la niña de sus ojos y siempre se aprovecharía de ello. Pese a que sus hermanos pequeños, Irving y Stuart, eran sus sombras a diario, ella lograba ganarse su cariño con un pestañeo.

Miró al cielo y se concentró en su amigo, segura de que la sentiría allí donde estuviera.

—¿Cuándo volverás? —susurró al viento—. Te añoro, Will.

De repente, oyó a lo lejos el ruido sordo de los cascos de un caballo. Se llevó una mano a la frente para protegerse del sol, que le impedía distinguir quién se acercaba. Abrió mucho los ojos al descubrir que era el caballo negro de Will.

—¿Will? ¿Eres tú al fin? —se preguntó, muy nerviosa.

Le faltaba el aire y se llevó una mano al pecho, temiendo sufrir un vahído. Deseaba con toda su alma volver a abrazarlo y confesarle lo que sentía.

Tras conocer la historia de sus padres, una chispa de esperanza había crecido en su interior. Ellos eran la prueba de que ser mejores amigos no impedía convertirse en algo más... Tal vez, si le declaraba su amor, él le diera una oportunidad.

Durante esos dos años, lo que había comenzado como una duda ridícula era ahora la mayor de las certezas. Sería valiente, sería...

Arrugó la nariz al notar que el jinete no tenía el pelo oscuro, sino pelirrojo. El corazón se le paró, mientras trataba de asimilar que no era Will.

Era Ronald.

V



En aquellas tierras, los lazos se forjaban con palabras. No era necesaria una firma para cumplir un pacto importante, uno que perduraría toda la vida. Ronald Scott, tirado en el suelo de la mugrienta celda de Glasgow, prometió a Dios que si lo dejaba vivir sentaría al fin la cabeza.

Para ello buscaría una buena mujer y formaría una familia.

Ese era el tema tabú de su vida. Él era un hombre sin complicaciones y nunca había querido detenerse a pensar en obligaciones. Siempre le habían atraído las mujeres con experiencia... En otras palabras, mujeres casadas o ligeras de cascos. Las jóvenes inocentes lo intimidaban, pues eso de hacer de maestro lo inquietaba. Prefería ir sobre seguro con un revolcón apasionado y sin complicaciones que lo mantuviera de buen humor durante días. Por ello, esa promesa divina sería un gran desafío. Pero estaba decidido y no discutiría ni un día más con su conciencia... ni con su madre, quien se pondría la mar de contenta con la idea.

Su pobre madre tardó mucho en quedarse embarazada y, cuando al fin lo logró, ya tenía cierta edad. Tras criarlo durante esos veinticuatro años y, pese a que todavía se defendía como una veinteañera, le reprochaba que la dejaría morir sin hacerla abuela. Vaya que sí se alegraría con esa promesa.

¿Dios lo había ayudado? Estaba seguro. ¿Quién resistiría una paliza como aquella sin contar una sola palabra? Se sentía muy

orgulloso de sí mismo, aunque bastante maltrecho, cuando lo dejaron libre y lo empujaron fuera de ese cuartel inglés.

Y tuvo mucho tiempo para pensar en promesas mientras cruzaba las Highlands a caballo con la entereza de un verdadero guerrero. Sorteó senderos muy peligrosos que solo conocían quienes moraban en aquellas tierras, todo con la intención de llegar lo antes posible a la hacienda Pretty Poppies. Los ingleses lo habían encarcelado una semana entera y, convencidos de que no sacarían nada en claro ni con sus palizas, lo dejaron marchar. En realidad, no tenían nada: ni pruebas ni detenidos que corroboraran sus sospechas de traición. Sus conjeturas caían en saco roto.

Exhausto y a lomos del caballo de Will, al fin vislumbró la silueta recortada de la casa contra un cielo teñido de cobre y violeta. No era un palacio, pero sí un edificio amplio, cálido y de elegantes líneas. En sus paredes blancas se reflejaban todavía los destellos del sol, y algunas luces tras las ventanas de madera brillaban ya encendidas.

Nadie esperaba que llegara en esas circunstancias. Deseaba con fervor encontrarse primero con Andrew McPherson. Catalina, la madre de Will, podía ser una mujer muy intimidante si se lo proponía. La temía más que a esos ingleses. Lo torturaría sin pensárselo dos veces hasta sonsacarle la verdad sobre el paradero de su hijo, pero antes utilizaría algo más efectivo: la astucia. Era demasiado peligrosa.

Por suerte, Andrew, junto a su hijo menor, Callum, salió a su encuentro desde un lateral del edificio. Esos dos años no parecían haber pasado por él; seguía manteniéndose fuerte y atlético. Tal vez la cicatriz de la cara sí se veía algo más hundida. ¿La preocupación por su hijo le robaría el sueño? Esperaba que no fuera así, pues, tras contarle lo ocurrido, dudaba que durmiera en mucho tiempo.

Ronald guardó silencio mientras Andrew se acercaba. Su dura expresión le indicaba que temía sus noticias. Sin pronunciar una sola palabra, agarró las riendas del caballo de Will y lo condujo hasta las cuadras de la parte trasera de la casa, donde no llamarían la atención.

Allí lo ayudó a bajar. En sus ojos oscuros brillaba intensa la sombra de la preocupación.

—Will está vivo, señor —dijo Ronald antes de que preguntara.

Un largo suspiro escapó de sus labios y a la vez Callum agradecía a Dios en alto.

—¿Dónde está? —preguntó con contención mientras Ronald terminaba de desmontar.

Su aspecto casi desfigurado por los golpes no era el más esperanzador. Andrew aparentaba estar tranquilo, pero percibía la tensión en sus hombros, y su silencio decía más que mil palabras.

—De eso vengo a hablarle, señor McPherson —declaró echando un vistazo inquieto a Callum.

—No pienso largarme sin saber qué le ha ocurrido a mi hermano —soltó este dejándole clara su postura.

La seriedad de Ronald indicó a Andrew que lo que debía contarle era complicado.

—Hijo, ya sabes que tu hermano vive; ahora lárgate. Te prometo que luego hablaré con vosotros.

Reticente, no cedió al momento. Finalmente, al comprender que no tenía nada que hacer contra las órdenes de su padre, obedeció. Se encaminó con un fuerte bufido hacia la casa. Su paso era lento, intencionado, como si quisiera darles tiempo. Sabía que su madre, Catalina, saldría a buscarlos en cuanto sospechara que algo no andaba bien.

El olor a heno húmedo y cuero se respiraba con intensidad en las cuadras. Los caballos resoplaban inquietos; percibían la tensión que cortaba el aire.

—Te han dado una buena paliza, Ronald.

—Así es, señor —contestó él con un suspiro—. Nada que no cure en unas pocas semanas.

—Cuéntame qué es lo que los demás no deben saber —pidió con una mirada que no daba opción a titubeos.

—Williams está con... —A pesar de haberlos nombrado cien veces durante el trayecto, sus nombres aún le provocaban escalofríos— Tormod y Aodh.

Apenas notó un cambio en Andrew durante los cinco segundos siguientes. Luego, un leve titileo de sus pestañas indicó que no era de piedra. Su mandíbula se endureció y la cicatriz de su mejilla se remarcó.

Uno de los caballos golpeó el suelo con la pezuña, rompiendo el silencio que se había adueñado del lugar.

—Gracias por tu discreción —dijo con voz grave—. ¿Qué mensaje te dieron para mí?

Ronald parpadeó. No estaba acostumbrado a verlo tan amenazador. Parecía haberse transformado en otra persona, un guerrero listo para atacar. El hombre que tenía delante mostraba la misma mirada gélida de esos locos mercenarios.

—Solo dijeron que lo esperaban en la Cascada del Hacha dentro de dos lunas llenas. Si usted no va...

—Iré —interrumpió, escueto.

—Yo iré con usted, señor...

—No —cortó—. Es demasiado peligroso. No creo que haga falta que te explique por qué tras haberlos conocido.

—No voy a quedarme. Entiendo que es su hijo, pero también es mi amigo. Es mi hermano, aunque no compartamos sangre.

—Lo siento, no es negociable —respondió con rotundidad, dándole la espalda y agarrándose a un poste—. No sabes manejar un arma sin quejarte, muchacho. Hasta venderlas te cuesta bastante.

Sus mejillas debieron teñirse tanto como su cabello, pues sintió que la rabia lo inundaba de los pies a la cabeza. No permitiría que lo apartara después de haber prometido al cielo que salvaría a Will. Debía pensar rápido si no quería verse fuera de aquello.

—Acepto que no soy un guerrero experimentado, pero soy muy fuerte. Podría cargar con Will si él...

—No —soltó frío.

Una estocada certera, firme, sin opción.

—¿No? ¿Ya está? —protestó con urgencia y, al no recibir respuesta, murmuró con los dientes apretados—: No puede ir solo, señor.

Andrew se giró y asintió. Por un instante, creyó que cedería.

—No vendrás, Ronald. No soportaría que murieras por mi culpa.

Un caballo resopló desde la penumbra, reforzando el peso de su determinación.

Ronald se desesperó y maldijo unas pocas veces. El aire frío que entraba por las rendijas de las paredes de madera quemó su garganta. Un tirón doloroso en su mejilla izquierda le recordó lo frágil que podía ser a los golpes. Aun así, insistió.

—Si he sobrevivido a los casacas...

Andrew rio con amargura y Ronald calló.

—Te aseguro que los gallowglas no dejamos vivir, muchacho. —La mención a esos guerreros quedó suspendida unos segundos, como el vaho frío de su aliento. Con pesar, corroboraba que era uno de ellos—. Tormod te dejó vivo porque necesitaba que llegaras hasta mí.

Durante el viaje guardó la absurda esperanza de que aquello solo fuera una horrible confusión. Que esos hombres se refirieran a otro McPherson. Para su gran sorpresa, Andrew era tan peligroso... No, tal vez mucho más temible que esos desalmados.

—Ellos parecían conocerlo bastante bien. —Hizo una pausa al verlo asentir y prosiguió, temeroso—. ¿Usted es uno de ellos?

Andrew se perdió en algún punto lejano sobre su hombro. Sus ojos se habían ensombrecido hasta adquirir una abstracción sobrecogedora. Notó que revivía recuerdos duros, secretos

inconfesables que, con seguridad, llevaban años desterrados de su memoria.

Una corriente de aire levantó el polvo del suelo, arremolinándolo a su alrededor. Eran el eco de lo no pronunciado en voz alta.

Las gotas de lluvia comenzaron a golpear el techo de las cuadras. Ronald respiró con profundidad, tratando de calmarse. Al fin, Andrew cerró los ojos unos segundos y le prestó atención.

—Lo soy. Es una maldición, no una forma de vida. Jamás dejas de pertenecerles.

—No sé qué quieren esos animales de usted, pero estoy seguro de que no es ninguna tontería —extendió las manos señalando a su alrededor—. No lo deje todo por esos hombres, señor McPherson. Su mujer, sus hijos... —casi se atragantó con su propia saliva—. ¿Y si no vuelve?

—Dejaré a Callum a cargo de todo. Ya es un hombre y sabe lo que tiene que hacer.

—Déjeme ayudarle. No lo defraudaré, se lo juro.

—Ronald, confío en ti para muchas cosas. No te hubiera permitido ser socio del negocio si fuera de otra forma, no obstante, esto es más que una cuenta pendiente. —Hizo otra pausa breve, le costaba seguir hablando—. Juro que creí en ese cura idiota de Elliot cuando me dijo que Dios me había dado otra oportunidad. Pero el pasado ha regresado, y no puedo mirar hacia otro lado. Debí acabar con esto hace años... Ahora mi familia corre peligro y es todo por mi culpa. Nunca dejo de tenerla.

—¡No es tu culpa! —La voz de la señora McPherson clamó igual que un vendaval desde un rincón del habitáculo. Ronald dio un respingo. Estupefacto, la vio avanzar a grandes zancadas hasta su marido—. Son ellos los que tienen a tu hijo, no tú. Son ellos quienes lo amenazan. Ya no les perteneces, Andrew. Perteneces a tu familia, me perteneces a mí.

Andrew maldijo entre dientes. Envuelta en un plaid de cuadros rojos y verdes, ella apretaba el puño contra el pecho, que parecía

dolerle.

—¿Cuánto llevas ahí, mujer?

—Lo bastante para saber que pretendes ir a salvar tú solo a Williams de esos salvajes. —Lo agarró de la camisa con fuerza. Sus ojos verdes refulgían con viveza—. Lo harás, Andrew. Pero no permitiré que te suicides.

—¿Y qué pretendes? ¿Me llevo a Callum? ¿A Ronald? —Alzó tanto la voz que retumbó entre las paredes—. ¡No están entrenados para esto, maldita sea! No puedo cargar con la mu...

—¡No! —lo cortó ella—. Ni se te ocurra decirlo, esposo. No es la hora de nadie en esta familia. —Su mirada brillaba, emocionada—. Devolverás a Williams a su hogar, vivo, con sus hermanos y su madre, ¿entiendes?

Catalina rompió en llanto y Andrew la rodeó con sus brazos. Sus sollozos se mezclaron con el golpeteo de las gotas contra el tejado.

Ronald se apretó el pecho, conmovido. Williams era su mejor amigo y a esas alturas se había negado tantas veces la posibilidad de que muriera que oírlo en boca de otros le resultaba insoportable.

Pese a que no debía mostrar debilidad delante de ese impostado guerrero, no pudo evitar que las lágrimas también lo desbordaran. Había pasado mucho tiempo haciéndose el fuerte. Se encontraba roto de dolor.

—Catalina, tranquilízate —susurró Andrew sin soltarla—. Te lo traeré, lo juro.

—McEwen, Allan... —mencionó su esposa con desesperación—. Ellos te ayudarán. Debemos... —Al oírla, la esperanza de Ronald de participar en todo aquello creció. Andrew guardó un silencio sospechoso que la hizo enmudecer. Luego prosiguió, entrecortada—. Si no los convocas tú, lo haré yo.

—¿Cuándo vas a dejar de inmiscuirte en mis asuntos, joder? —dijo sujetándola por los hombros con fuerza.

—Nunca, mientras la vida de los que amo dependa de un bruto como tú —soltó con rudeza—. Soy su madre, tengo derecho a...

—No pesarán sobre mí más vidas. Puedo hacerlo, Catalina —insistió con la nariz casi pegada a la de ella.

—Llevas muchos años fuera de eso, esposo —señaló—. ¿Me dejarás viuda y sin hijo? —La mujer golpeó su pecho con los puños, y Andrew la sostuvo fuerte por los hombros—. No permitiré que me dejes sola, jodido bastardo. Moriré antes —apoyó la mejilla en su pecho y él la apretó con fuerza—. Prometiste que jamás me dejarías.

—Siempre serás una deslenguada. —Ella no respondió, con los ojos cerrados contra su torso—. Te amo más que a nada, Catalina. Pero no morirás antes que yo; no lo soportaría, ¿entiendes?

—Entonces, pide ayuda o juro que me quitaré de en medio antes de que partas.

Andrew la separó de su pecho. Vio en sus ojos el mismo arrojo que Ronald había visto antes. Era una locura; y a pesar de ello, lo hizo recapacitar.

—Lo haré, mujer.

Catalina sollozó contra su pecho y él volvió a abrazarla. Ronald, incómodo, salió de la cuadra y se dirigió a la casa sin importarle mojarse.

Jamás había sido testigo de un amor tan apasionado. Sus padres nunca habían montado una escena así. Para dos almas tan fuertes y complicadas no debía ser fácil encontrarse sin romperse primero.

¿Existiría en las Highlands una esposa destinada a él? Si fuera así, dudaba de que esta tuviera ni la mitad de ardor que la señora McPherson. En ese momento comprendió que su amigo Will no había heredado el afanoso entusiasmo de su padre, sino de la mujer que lo había parido.

Ya en el porche, se sacudió el agua del cabello y de las ropas. Luego entró sin llamar a la puerta. Añoraba ese hogar y, aunque no fuera suyo, había pasado media vida entre esas paredes. Sintió que su aroma lo abrazaba como a un hijo más de la familia.

Apenas puso los pies en el vestíbulo, un grito desde lo alto de la escalera lo hizo llevarse una mano al pecho.

—¿Ronald? —preguntó la hermana pequeña de Will, llamada Catalina como su madre—. ¿Realmente eres tú?

—Vaya susto me has dado, niña Catalina.

Tuvo que pestañear dos veces, sin creer lo que veían sus ojos. Cata había crecido bastante en esos dos años y de su faceta de niña apenas quedaba un reflejo.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó muy cerca de él. Tan atrevida como siempre, pasó las yemas de los dedos por sus mejillas llenas de moratones—. Estás... horrible.

—Gracias. —Alzó una ceja y, al sonreír, le dolió el labio partido—. Tú estás igual de fea.

Apenas se inmutó. Lo observaba con la cabeza ladeada, evaluando el porqué de sus heridas, igual que a un animalillo herido, de esos que solía recoger.

—Ven conmigo —ordenó agarrándolo de la manga de su camisa y arrastrándolo hasta el salón, frente a la chimenea—. Siéntate. Traeré vendas y agua limpia para curarte.

Ronald hizo lo que le pidió sin protestar. Estaba agotado y emocionalmente destrozado. La posibilidad de ser mimado por unos minutos, aunque fuera por ella, lo sedujo como a un niño. Aguantó la sonrisa al oírla alejarse con una retahíla de acusaciones absurdas: que si no aprendía, que si no maduraba...

Absurdo, sí, y lo más divertido que había vivido en muchos meses.

Al fin dejó aflorar la diversión en sus labios. Otro tirón doloroso lo hizo arrugar el ceño; sin embargo, apenas duró, absorto en el bonito vaivén de aquellas faldas mientras ella se alejaba.

VI



—Bien, creo que lo he subestimado, Tormod —oyó la voz áspera de Aodh a su lado—. Aunque está flaco, tiene bastante aguante. ¿No crees?

De reojo, vio que el otro guerrero asentía con la cabeza.

Tras cruzar el pantano, se dirigieron al norte. Por suerte, le habían dejado montar el caballo de su amigo Ronald. Sin embargo, lo obligaban a llevar atadas las manos con cuerdas a la montura y, tras tantas horas de trote, su espalda arqueada rivalizaba con la joroba de un anciano.

Después de una semana al borde de la extenuación, se preguntaba cómo esos dos podían aparentar dar un simple paseo ecuestre. Supuso que para unos mercenarios como ellos montar de esa forma sería lo habitual.

Desde que habían partido, hacía ya una semana, solo se detenían para pernoctar en cualquier recodo apartado del camino o en alguna cueva vacía. Una vez, Aodh se perdió unas millas a la redonda y volvió con dos liebres, lo que festejó para sí mismo, pues al fin comieron algo que no fuera pescado seco, queso duro y alguna galleta.

Desesperado al verse cada vez más al norte, Williams intentó escapar mientras dormían. No pasó de un mero intento. En otra ocasión, mientras hacía sus necesidades, se alejó de ellos. Tampoco tuvo éxito. Harto de mantenerse alerta, Tormod se aseguró de que no volviera a intentarlo golpeándolo con brutalidad. Terminó con una seria advertencia: si lo repetía, le partiría las piernas.

Después de esa paliza, Will decidió no abrir la boca, por mucho que le tirara de la lengua ese estúpido animal de Aodh.

—Siendo hijo de Andrew, algo debe habérsele pegado. —Al oír nombrar a su padre, lo miró desafiante—. Por lo pronto, es bastante atrevido.

—Sí —contestó el otro, rompiendo el silencio con sonoras carcajadas—. Los tiene bien puestos.

—¿Te gustaría unirte a nosotros, muchacho?

Aunque lo había preguntado el rubio, clavó la vista en Tormod, quien, a pesar de divertirse, lo observaba con una expresión oscura como su alma. Lo evaluaba con cada provocación del otro. Lo medía a conciencia, buscando su límite.

Williams escupió en respuesta y fijó la vista al frente.

—Nuestra vida no es tan mala, chico —siguió Aodh, algo sorprendido—. Antes trabajábamos para los más influyentes, ahora nosotros somos lo que mandamos. Y créeme, no está mal.

—Donde ya hay dos, tres son multitud. No quiero estropearos la fiesta —respondió al fin, harto de escuchar tonterías de ese bruto.

Su respuesta provocó un silencio peligroso mientras cruzaban el arroyo. El sonido del agua mezclado con los cascos de los caballos le resultaba inquietante. De reojo comprobó que Aodh apretaba la mandíbula y gesticulaba algún improperio. Luego, al ver que no le respondía, se relajó. Y por eso no vio venir el fuerte empujón que lo tiró del caballo.

La gelidez del agua lo sobresaltó al cubrirlo casi por completo. Con rapidez, sacó la cabeza para respirar y se incorporó de rodillas con mucha dificultad. Al levantar el rostro mojado, el guerrero lo observaba con aversión desde el enorme caballo, que no paraba de hundir sus patas en el rio justo a su lado.

Eso no lo amedrentó. Al contrario, su rabia creció hasta devorarlo, importándole una mierda todo.

—Maldito hijo de puta, voy a matarte... —murmuró desafiante con voz rasposa.

—Escúchame, estúpida florecilla —lo cortó con voz amenazadora —. Te estoy dejando vivir porque Tormod te necesita. —Hizo una pausa, estrechando los párpados—. Insinúa una vez más alguna duda sobre mi hombría y me importará una mierda —dijo, dedicándole un gesto obsceno mientras se llevaba la mano a la entrepierna—. Hasta hoy, solo he conocido hembra, pero no niego que en nuestro grupo haya quienes prefieran a hombrecitos deslenguados. Tal vez te los presente cuando lleguemos.

Williams lo enfrentó de rodillas y con los puños apretados, a pesar del daño que le provocaban las cuerdas por la tensión. Tras unos segundos de largo duelo en que nada más se oía el resoplido de los caballos de fondo, Tormod rompió el silencio.

—Sácalo de ahí y sigamos —ordenó con sequedad.

Aodh gruñó, aunque obedeció. Espoleó su caballo hasta llegar a Will, se inclinó en la montura y lo agarró por la camisa con un tirón feroz, arrancándolo del suelo de golpe. Luego lo empujó hacia su caballo.

—Sube —ordenó—. Vamos.

Williams resoplaba, furioso, pero no montaba. Moría por arrancarle la espada que llevaba al cinto y clavársela en mitad del pecho. Terminaría con eso rápido, luego volvería a su casa, a su familia, con su amiga.

—O subes ya o no tendrás tiempo para arrepentirte —amenazó el vikingo con odio.

De pronto, justo cuando iba a lanzarse sobre él, le pareció oír un susurro lejano. ¿Era la voz de Psique? ¿Rumoreaba su nombre? Parpadeó, confuso, y miró a su alrededor. Lo había imaginado, sin embargo, logró sacarlo de ese caos emocional que lo empujaba a hacer una locura.

Desalentado, se contuvo. Nada más que el sonido de los caballos y el agua del arroyo discurriendo entre sus botas cortaba el sepulcral

mutismo. Subió como pudo a lomos del animal y, todavía nervioso, echó otro vistazo en derredor. El vikingo lo observaba con el ceño fruncido.

—¿Buscas ayuda? —preguntó—. No hay nadie cerca. Y solo no sobrevivirías ni un día en estas tierras.

—Aodh tiene razón, Williams. —Parpadeó al oír a Tormod llamarlo por su nombre—. No estás hecho para esto... todavía. Podrías lograrlo si decides poner de tu parte. Desde ahora, si eliges no aprender, te dejaré morir. Lamento haberte arrancado del calor de tu hogar, pero este mundo no sabe a pastel de manzana, por mucho que quieras creerlo. Que vengas con nosotros es importante; es la única forma de reunirme con tu padre. Y te diré algo más: vendrá, estés vivo o muerto. Ahórrale el disgusto.

Sus palabras se clavaron en su pecho. Tormod le daba la elección de avanzar con él o perderse en mitad de la nada.

Contempló un momento más el paisaje que dejaban atrás. La llanura, salpicada de frondosos árboles, pintaba un cuadro de ricos matices y falsa amabilidad. Al frente, en cambio, las montañas se alzaban atemorizantes. Eran un muro oscuro de incertidumbre y peligro. No obstante, sabía que su padre acudiría.

Respiró hondo antes de responder.

—Sigamos.

Tormod silbó, satisfecho con su respuesta, y giró su montura hacia el sendero pedregoso que llevaba a las primeras lomas. Aodh esperó a que Williams espoleara su caballo para seguirlo de cerca. El grupo reanudó la marcha en silencio, acompañado por el crujido de las sillas y el resuello de los animales.

Cada paso que avanzaba le recordaba el dolor en las costillas. También era muy consciente de la amenaza que guardaban esas últimas palabras. Desde entonces, una firmeza casi terca se instaló en su pecho. No estaba preparado para un viaje tan duro. Sus caminos habían discurrido cómodos, sin asperezas. Y, si tenía que

morir, no deseaba que fuera como un fardo inútil. Por eso eligió aprender.

Las enormes montañas crecían ante ellos, grises igual que sus pensamientos. El viento descendía frío, seco, probando su resistencia.

—Mantén el ritmo, Williams. No pienso esperarte —gritó Tormod delante de él.

Will apretó los dientes y afianzó las riendas entre sus dedos.

—No hará falta —prometió con el corazón palpitante.

Era extraño, sin embargo, algo parecido a la emoción comenzó a hacerse hueco entre sus costillas.

Tras horas de sortear obstáculos durante el viaje, se detuvieron al caer la noche. Se sentía satisfecho. Era como si, desde el momento en que había cedido, el camino hubiera adquirido otra perspectiva de importancia vital. Con los sentidos alertas, observó cada decisión tomada y cada palabra cruzada entre Tormod y Aodh. Intentó anticipar sus decisiones antes de que dijeran nada y comprobó cómo su lógica erraba sin cesar. Era cierto que no estaba preparado para resistir como un guerrero, pero aprendería con la única intención de regresar por ese mismo camino. Por su familia y por Psique, seguiría respirando.

La fogata estaba alta. Demasiado alta, opinaba Aodh arrodillado a su lado y con el ceño fruncido. Aprovechaba cada ocasión para quejarse.

—Acabarás prendiéndonos fuego mientras dormimos, maldito inútil —gruñó, apartando un par de troncos del centro de la hoguera.

—Siempre lo he hecho así, ¿qué problema tienes? —espetó con aspereza, cansado de aguantarlo.

Lo miró de reojo; parecía evaluar si valía la pena discutir o callar antes de que Tormod interviniera. La luz de las llamas marcaba sus arrugas y encendía sus mejillas, dándole el aspecto de un borracho recién salido de una taberna.

—El problema —masculló al fin— es que no tienes idea, chico. Y yo no pienso arder porque seas un torpe.

—Enséñale cómo se hace, Aodh —ordenó Tormod, de pie a su lado y masticando un trozo de pescado seco.

El otro soltó un bufido que Williams no supo interpretar: no sabía si era de risa o de desprecio.

—Con gusto —dijo con una delicadeza tan falsa que lo crispó. Luego se inclinó hacia la hoguera y parpadeó coqueto mientras le dedicaba una sonrisa muy forzada—. Mira bien, chico. No voy a salvarte el pellejo cada noche.

Con movimientos calculados, apartó la leña sobrante sin quemarse y recolocó el resto de forma que el fuego bajó de intensidad, pero mantuvo una llama suficiente para calentarlos. Así recobró una estabilidad menos peligrosa para dormir a su lado. Luego resopló, satisfecho ante su propia proeza.

Williams había prestado atención. Con Ronald siempre habían cargado las hogueras de muchos troncos, con la intención de que no se apagaran en mitad de la noche y acabaran muriendo de frío. En realidad, nunca aguantaban hasta la mañana.

Aodh, en cambio, había quitado carga y distribuido con mimo cada rama. Las más grandes las había sacado para dejar prender las medianas.

—Así no nos quemarás vivos y la única tarea que nos queda será rellenarla una vez más en mitad de la noche.

Tormod asintió masticando su pescado.

—Aprende de él —afirmó—. Se parece más a un jabalí que a un sabio, pero sabe lo que se hace.

—Si yo parezco un jabalí, tú...

Tormod levantó apenas una ceja. Y fue suficiente para que el otro se tragara el resto de la frase. El silencio pesó como una piedra mientras el vikingo apretaba la mandíbula. Resopló, frustrado.

—Te escuchamos, Aodh —insistió el gigante.

—Tú pareces un espantapájaros mojado —dijo sin mucho convencimiento.

La risa de Tormod los tomó desprevenidos. Luego volvió a masticar otro trozo de pescado sin dejar de enseñar los dientes amarillos.

—Mejor; te vas superando en ingenio —dijo como a un niño.

El gigante gruñó algo por lo bajo y removió las brasas con más fuerza de la necesaria. Williams no pudo evitar una sonrisa fugaz, aunque la disimuló con rapidez.

Más tarde, tras haber cenado un par de galletas y un trozo de pescado seco que Tormod les había dado, se tumbaron junto al fuego, que seguía regalándoles la misma calidez a pesar de que las llamas no fueran tan altas.

El gigante resoplaba y se giraba de un lado a otro cada dos por tres. Parecía más intranquilo esa noche que de costumbre. Williams, cansado de escucharlo, se incorporó con intención de sentarse frente al fuego, cuando, al segundo, ya tenía la hoja de un cuchillo sobre la nuez.

—¿Se puede saber a dónde vas? —preguntó el rubio, echándole el horrible aliento a pescado encima.

Williams contuvo las arcadas.

—¿A dónde quieres que vaya? —protestó apartando el arma de su garganta—. Ya me has demostrado lo inútil que puedo ser al aire libre. Prometí que os acompañaría. Soy un hombre de palabra.

—A mí no me prometiste nada, muchacho.

Tormod abrió los ojos en ese momento y, por su cara de disgusto, supo que estaba debatiéndose entre torturarlos o matarlos para librarse de una vez por todas de ellos.

—El chico dice que prometió seguirnos —soltó con sorna, colocándose junto al fuego y añadiendo una rama grande en el centro—. Yo debo estar sordo porque no lo recuerdo.

—Dijo que vendría —murmuró con pesadez el oscuro y volvió a cerrar los párpados.

—Eso dijo —replicó Aodh—, no lo prometió.

Williams entrecerró los ojos y apretó los dientes. Aodh no tardó en provocarlo al comprobar su enfado.

—¿Ves? Tu palabra no vale ni una boñiga, chico, y la próxima vez que intentes escapar te rebanaré el pescuezo.

—Claro, y luego me asarás en esta hoguera de mierda tuya —espetó con hastío.

El vikingo se giró hacia él con rapidez. La vena marcada de su frente le indicaba que no existía un ápice de simpatía en su gesto, solo una ferocidad cruda por asesinarlo.

—Repite eso —gruñó en voz baja y peligrosa.

Williams tragó saliva, pues sintió que todo se detenía a su alrededor. Esa bestia podía aplastarlo con el dedo igual que a una hormiga.

Tormod abrió los ojos de nuevo y añadió con cansancio:

—Promételo para que podamos dormir tranquilos el resto de la noche, chico.

Williams sintió que el pulso se le disparaba al percibir el odio que el rubio le profesaba. Oía los latidos en sus sienes, tan fuertes como un tambor, y comenzó a respirar de forma irregular. Al final, el sentido común ganó la partida a su propia terquedad. Ese hombre no razonaba como cualquiera. Con él se jugaba la vida a cada segundo.

—Juro acompañaros a donde sea que me llevéis. —El gruñido del vikingo lo sobresaltó. Su intensidad asesina no había menguado nada—. Y reconozco que eres el rey de las hogueras, Aodh.

Las carcajadas de Tormod rompieron el silencio como un estallido y casi le causaron un colapso. Observó que las aletas de la nariz de Aodh se abrían y cerraban con rapidez. Su bigote comenzaba a vibrar de forma muy extraña. Williams se puso de rodillas de un

salto y, con las manos atadas, agarró uno de los palos incandescentes de la hoguera, preparado para el ataque.

De pronto, el rubio vikingo comenzó a reír más fuerte que el otro. Sus potentes carcajadas se mezclaban con ronquidos, casi porcinos. Resonaban en la noche creando un sonido atronador.

Williams, con el corazón desbocado, seguía aferrado al leño sin saber qué hacer. Aodh se dobló hacia delante, sujetándose la barriga con las dos manos. Tormod, al fin, se limitó a observarlos con una sonrisa torcida.

—Rey del fuego, desátalo —ordenó al vikingo.

Otra risotada quebró el silencio cuando parecía haberse calmado un poco.

—¿Me vais a quitar esto? —preguntó Williams, anonadado.

—Lo has prometido, muchacho —dijo mientras el gigante se aproximaba a Will—. Si me fallas juro que te mataré yo mismo.

—Si llego a saberlo, lo habría prometido antes.

—Soy el rey del fuego —repetía el bruto entre risas quitándole de un tortazo el palo de entre las manos—. Al menos soy rey de algo y me has hecho reír como hacía años que no lo hacía. Te perdono, no soy rencoroso, lo juro.

Will arqueó las cejas, incrédulo.

—Vaya, esta noche todos juramos algo —concluyó Williams frotando sus muñecas con una mueca dolorida.

Otra risotada del gigante lo sobresaltó.

—Me gusta este muchacho, Tormod. —El otro asintió—. Se nota que eres hijo de tu padre. Con él también me reía bastante.

Eso no le gustó. Recordar que su padre había formado parte de ese grupo de asesinos le partía el alma. Siempre imaginó que era un hombre respetable. Descubrir aquello pesaba demasiado y, con seguridad, si conseguía salir de esa, acabaría manchando su reputación.

Si en alguna ocasión tuvo la esperanza de ser digno de Psique, acababa de esfumarse. No lo era y nunca lo sería con esa mancha a su espalda.

La idea lo atravesó como un cuchillo. No solo lo separaban las millas de distancia. Sin quererlo, avanzaba hacia un destino incierto y turbio.

El gigante palmeó su hombro mientras reía. Will cerraba los ojos con fuerza, demasiado consciente de su desengaño. Tal vez, abandonar su promesa sería lo más seguro para ella.

VII



Psique se mareó al ver llegar a Ronald tan magullado. Pero fue al conocer la noticia del secuestro de Will cuando se desmayó. Ronald la llevó en brazos hasta su mansión, donde todos se asustaron al verla en tan calamitosa situación.

Mientras Psique se recuperaba de su tremendo vahído, mandaron avisar a sus padres, que estaban dando una de sus clases en la escuela del pueblo. Ronald volvió a relatar lo sucedido y, aunque Psique ya conocía la historia, oírla otra vez la fue hundiendo más en el sillón. Williams podría estar malherido o incluso...

Se negó a pensar aquello. Sentía muy dentro de ella que seguía vivo.

Pasaban los días y apenas pegaba ojo, dándole vueltas a todo. Era injusto que tuviera que quedarse de brazos cruzados. ¿Qué podía hacer ella al respecto? Nada. Pero esa palabra no encajaba en su cabeza.

Una semana después, Ronald volvió a visitarla. Según él, Andrew McPherson había reunido a un grupo de soldados para rescatarlo. Entre ellos se encontraban el otro socio de Will, Miles Allan, y Edward McCain, en representación de su gran amigo, el laird Williams McEwen, quien se hallaba postrado en cama por una terrible crisis de gota. Era la oportunidad de hacer algo por Will.

—No puedes venir con nosotros, Psique —dijo Ronald poniendo los ojos en blanco—. Eres mujer.

—¿Ya estamos otra vez con eso? —le echó una mirada fulminante.

Con rabia, tiró una piedra al aire con todas sus fuerzas y rebotó contra un árbol, cayendo esta unas yardas más allá. La pobre de su dama de compañía, Fanny, que se encontraba cerca, se sobresaltó.

—Ese árbol no te ha hecho nada.

—Entonces, ¿debería tirártela a ti? —dijo recogiendo otra piedra del suelo para pasearla entre sus dedos—. Porque tú sí.

—¿Yo? —arqueó las cejas, sorprendido—. ¿Qué te he hecho yo?

—Me fastidias todo el tiempo. —Tiró la piedra lejos, pero esta vez con menos ímpetu. Luego, con las manos en las caderas, se volvió hacia él—. Que si eres mujer, que si no sabes defenderte, que si estoy loca... —Se acercó a él hasta ponerse a un pie de distancia y le arrebató la gorra que llevaba puesta—. ¡No estoy loca!

—Estás como una cabra, no tengo ninguna duda —respondió él, intentando recuperar la prenda.

Ella la tiró tan lejos como pudo y este se lanzó a por ella. Impulsada por la rabia, Psique se echó sobre su espalda y lo mordió en la oreja. Ronald, sorprendido, se incorporó de golpe y la hizo aterrizar de nalgas sobre la hierba. Fanny los observaba con pánico.

—¿Qué demonios haces? —preguntó aullando como un poseso.

Ronald se masajeaba la oreja mordida, escandalizado. Psique, todavía en el suelo, comenzó a balar como una cabra. Su expresión no auguraba nada bueno.

Debía parecerle ridícula, pero odiaba demasiado que tomara tan a la ligera su proposición. Hablaba en serio, quería participar en el rescate de Will a pesar de sus limitaciones.

—No soy tan débil como piensas, Ronald —dijo muy seria, poniéndose de pie.

—¡Claro que lo eres! —Ronald se colocó la gorra sobre sus rizos pelirrojos con el ceño fruncido—. No aguantarías ni un día fuera de tu palacio.

—Eso no puedes saberlo —protestó con los puños apretados y dando un fuerte pisotón al suelo.

—Claro que lo sé —replicó—. ¿Recuerdas que he estado fuera dos años? He dormido a la intemperie y pasado días enteros sin comer.

—¿Tú sin comer? —respondió entrecerrando los ojos—. A otra con ese cuento, Ronald. Eres un tragón, es imposible...

Al ver los grandes moratones que todavía se reflejaban en su rostro, recordó el tiempo que estuvo sometido a las viles torturas de los guardias. Además, regresó en un tiempo récord, casi imposible. Por la sombra que cruzó su semblante, intuyó que no solo conservaba heridas superficiales.

—Lo siento, Ronald.

Agarró sus manos y las entrelazó con las suyas.

—No me tengas pena, Psique —protestó soltándose con brusquedad. Cruzó los brazos sobre su pecho y alzó el mentón con altivez—. Ya estoy bien. Lo que pasó es parte de la vida de cualquier escocés. Y un guerrero como yo...

Psique se sorprendió con su absurda reacción.

—No te cansas de decir estupideces, ¿verdad?

—Pues anda que tú.

—Yo no he dicho ninguna estupidez. —Volvió a dar un paso hacia él para enfrentarlo—. Que me veas vestida así —se tiró de la preciosa falda en un gesto impaciente— no significa que sea débil. Soy fuerte, más rápida que tú y que cualquiera en millas a la redonda. Sé manejar el arco y la daga, y mi razonamiento es veinte veces más ingenioso que el de cualquier hombre.

Ronald no la contradijo; tenía razón en todo eso. Psique le dio la espalda. Los maravillosos recuerdos con Will la asaltaron.

—¿No recuerdas lo que me enseñasteis durante estos años de amistad?

—Claro, es imposible olvidar lo cabezota que puedes llegar a ser —replicó Ronald con tono cansado.

Psique sonrió.

—¿Recuerdas el día que Will me regaló el arco?

—Claro, yo lo acompañé. Fue vuestro primer encuentro, cuando cumpliste quince años —Ronald se acercó por detrás y colocó una mano sobre su hombro—. ¿A dónde quieres llegar?

Cogió la mano de Ronald y lo condujo bajo el árbol.

—¿Te apetece recordarlo conmigo?

Ronald tragó saliva mientras asentía. Ambos se sentaron y guardaron silencio. Solo se oía el sonido de las hojas del árbol cuando la suave brisa las mecía.

El pasado común era lo único que les quedaba de Will. Sería como volver a sentirlo cerca, por duro que les resultara.

—En ese primer encuentro ya mostraste tu personalidad —dijo Ronald apretándole la mano con mimo.

Ella asintió, sabiendo que era verdad.

Psique esperaba junto al árbol con las cartas apretadas contra el pecho. Desde que se conocieron en la Fiesta de la Estrella, tres años atrás, no habían vuelto a verse. Vivían demasiado lejos el uno del otro y, por eso, aquel encuentro era tan extraordinario. Habían mantenido una correspondencia constante. Una carta por estación, donde se relataban la cotidianidad de sus días. Nada prohibido, nada que un padre pudiera censurar. Solo tenían el deseo de conservar una amistad curiosa.

Su madre nunca se opuso, le parecía enternecedor. Su padre, en cambio, leía cada carta antes de permitirle abrirla... Pero justo esa última tan importante donde se citaban al fin, no llegó a leerla. Había salido temprano por la mañana y Psique la encontró en su bandeja de correspondencia. Gracias a esa temeridad, podría cumplir su mayor sueño: reencontrarse con Will a solas. Sabía que Irving McAllen la castigaría de por vida si los descubría. A pesar de todo, merecía la pena arriesgarse.

El aire movió las hojas del árbol sobre su cabeza. El sonido la hizo contener el aliento, como cualquier ruido que oía cerca. En su

interior guardaba un torbellino de emociones difíciles de reprimir.

Un traqueteo de plantas a su espalda la hizo volverse.

Will avanzaba despacio por el sendero. Lo notaba más alto, más adulto. Sin embargo, mantenía la misma expresión tranquila del primer día. Vestía elegante y limpio a pesar de haber cabalgado durante días. Por un segundo, dudó si había sido demasiado imprudente en encontrarse a solas con un chico de su edad, pero lo olvidó todo al encontrarse con sus ojos. Tenía la misma mirada amable de hacía tres años.

—Psique... —Su voz sonó profunda, casi temblorosa.

Ella asintió. Notaba que las piernas le flaqueaban.

—Pensé que no vendrías —susurró con el corazón latiéndole muy fuerte en el pecho.

Él sonrió y en sus ojos brillaba una ilusión sincera, de esas que llegaban al corazón por haber tardado tanto en pronunciarse.

—No podía faltar el día de tu cumpleaños.

Psique se mordió los labios, algo nerviosa.

—Si mi padre se entera... —murmuró.

—¿No lo sabe? —Miró a su alrededor confundido—. Pensé que leía mis cartas.

Ella negó con la cabeza, sonrojada.

—Esta vez no, Will —calló un segundo, sopesando qué decir—. Yo... la escondí.

—¿Por qué? —preguntó inquieto.

—Quería estar a solas contigo. Eres muy especial para mí.

Will adelantó dos pasos hacia ella. Psique bajó la mirada al suelo, avergonzada.

—Tú también lo eres para mí. —Levantó con un dedo su mentón, obligándola a mirarlo—. No debiste mentirle. No quiero que tengas problemas por mi culpa.

Sus ojos eran francos.

—No los tendré, créeme. —Hizo una pausa y paseó la vista hacia unos árboles—. Además, mi prima Jana espera allí. Le pedí que aguardara hasta que la avisara.

Will rio y Psique arrugó la nariz, extrañada.

—Mira allá —Con el dedo señaló a un montículo lejano—. Mi amigo Ronald espera también allí escondido.

Rieron juntos, ambos sonrojados por su torpeza.

—Me alegra mucho verte de nuevo, Will —dijo tendiéndole la mano—. ¿Los llamamos para que se unan a nosotros?

—¡Claro! —aceptó entusiasmado—. Pero antes quería darte algo.

Psique alzó las cejas mientras él se sacaba algo de detrás de la espalda.

—Es para ti.

Boqueó como un pez y Will rio.

—Es un arco —dijo al fin con un hilo de voz.

—Cógelo, es tu regalo de cumpleaños.

—¿No me engañas? ¿Es para mí?

—Claro, grabé tu nombre en él —dijo insistiéndole en que lo tomara—. La próxima tendrás tu propia daga.

Psique lo agarró al fin. Will se frotaba la nuca, algo apurado.

—¡Es precioso!

No le contestó, se había sonrojado mucho.

Psique lo miró un instante antes de estrecharlo contra su pecho, como había hecho con las cartas hacía un momento. Estaba tan emocionada que casi no podía contener las lágrimas. Sin pensarlo dos veces se abalanzó sobre el estático Will echándole los brazos al cuello. Luego le plantó un efusivo beso en la mejilla.

—Te adoro, eres un gran amigo, Will McPherson.

Will se había quedado petrificado como una estatua mientras ella lo abrazaba. Psique, al notarlo, retrocedió un paso. Durante unos segundos se mantuvo inmóvil, como si procesara lo ocurrido, e iba a preguntarle qué le pasaba cuando Jana se plantó entre ellos con el ceño fruncido.

—¡Psique! ¿Hará falta que llame a tu padre? ¿No recuerdas las reglas?

Jana había señalado tanto esa frase que casi se muere de vergüenza.

—Las reglas —repitió, bajando la mirada al suelo como una niña a la que atrapan robando dulces.

—Las reglas que acordamos: nada de abrazos ni de gestos que puedan interpretarse como... ya sabes.

—Solo fue un saludo —murmuró arrepentida.

Will carraspeó al fin.

—Fue culpa mía —dijo sin fijar la vista en ningún lado en concreto y todavía muy sonrojado.

—Sí, lo fue —dijo con una sonrisa, haciendo que la mirara—. Fue demasiado adorable, Jana. Mira, tiene mi nombre grabado.

Le enseñó el arco a su prima.

—Vaya... —Los ojos de Jana chispearon—. Yo quiero uno igual.

Will sonrió. Psique rio a carcajadas. Para Jana era algo irresistible encapricharse de lo que no era suyo.

Will carraspeó.

—La próxima vez te traeré uno.

—¡Vale! —aceptó la niña, entusiasmada. De pronto, pareció recobrar su terca rectitud—. Esperemos que Irving McAllen no aparezca por ese sendero y nos entierre vivos a los tres.

—A los cuatro —dijo Williams y silbó fuerte con dos dedos bajo la lengua.

Entonces, Ronald apareció cabalgando con el otro caballo.

—Encantado de saludarlas, señoritas. —Desde su montura, inclinó la cabeza, coronada de rizos pelirrojos; luego clavó la vista en Psique—. Felices quince años, señorita McAllen.

—Gracias, Ronald. Me alegra verte después de tanto tiempo. Tutéame, por favor. —Señalando a su prima, continuó—: Ella es Jana.

—Encantado, señorita Jana —respondió este con exagerada cortesía.

Will y Psique rieron por lo bajo. Su prima puso los ojos en blanco y lo ignoró.

—Bueno, os aviso de que tenemos tiempo —dijo la pequeña Jana, que, a pesar de su corta estatura, parecía medir el doble que cualquiera de los presentes cuando hablaba—. ¿Probamos ese arco?

Will tendió la mano a su amiga. Ella entrelazó sus dedos con los suyos, llenos de tibieza. Si eran solo amigos, podían darse esas confianzas.

—No había forma de quitarle el arco a Jana a pesar de lo grande que le quedaba —dijo Ronald riendo sin parar.

—Sí —Psique lo imitó con más ganas—. No daba ni una y aun así no lo soltaba.

—¿Sigue siendo tan caprichosa y cabezota? —preguntó Ronald, manteniendo la sonrisa.

—Claro, no hay quien la corrija. Es ella quien siempre pone los puntos sobre las íes.

Guardaron silencio de nuevo, cada uno sumido en esos conmovedores momentos. Su dama de compañía se había apoyado en el árbol más cercano, vigilante y desconfiada.

—No puedo vivir sin Will, Ronald —dijo ella al fin, con voz entrecortada por la emoción—. No podré soportarlo.

Ronald la observó unos segundos, luego miró el horizonte.

—Volverá, yo lo traeré. Lo prometo.

Psique se levantó de un salto y lo enfrentó con las manos en las caderas.

—Déjate de promesas —señaló con obstinación—. No voy a quedarme esperando como una tonta enamorada... —Se tapó la boca al percatarse de lo que había dicho.

—¿Enamorada? —completó Ronald con media sonrisa.

—No sé por qué dije eso; es una majadería —dijo, girándose para que no notara su sonrojo—. Soy su amiga, Ronald.

—Claro, una amiga muy especial con la que se cartea hace años y se sonroja cada vez que la mira.

—¿Has bebido otra vez? —preguntó olisqueándolo.

Ronald se puso en pie y se acercó un paso para que pudiera oírlo bien.

—No, Psique. Prometí no emborracharme más. Voy a sentar la cabeza... Casarme. Pero no hasta que Will vuelva —añadió, guiñando un ojo a su dama de compañía, quien le sonrió con timidez —. Él también quería hacerlo, ¿sabes?

Psique giró sobre sus talones con los ojos abiertos de par en par.

—¿Eso dijo? —Su mente era un batiburrillo de mil dudas a la vez —. ¿Quería dejar de beber?

—Ya sabes que Will no bebe —aclaró reprimiendo la risa. Psique sabía que había sido una forma muy estúpida de tirarle de la lengua —. Habló de sentar la cabeza también.

La observaba con atención, midiendo cada gesto, cada respiración. Parecía analizarla con una calma que la ponía más que nerviosa. ¿Qué demonios esperaba que dijera? Will no le había hablado de ninguna mujer. Sus encuentros se limitaban a opinar sobre política, cultura, la forma en que su gato reclamaba la mitad de su lecho cuando se acostaba cada noche... Nunca había mencionado a nadie especial.

Un nudo comenzó a formarse en la boca de su estómago.

—¿Quería casarse? —preguntó mientras sus celos crecían a pasos agigantados.

Ronald se encogió de hombros, quitándole importancia.

—Llevaba un anillo al cuello para una mujer.

—¿Para quién? ¿Will pensaba declararse? —preguntó sintiendo un pinchazo en el pecho.

—Tal vez esperaba volver para hacerlo —contestó con una templanza que la irritó más.

Psique lo fulminó con la mirada.

—No vas a soltar una palabra, ¿verdad? —preguntó enfurruñada.

Él le dedicó una sonrisa desafiante.

—No me corresponde a mí hacerlo.

Ella apretó los labios.

Un carraspeo de su dama de compañía la alertó de que era hora de volver.

—Tengo que irme, Ronald —dijo sin apartar la mirada todavía cargada de reproche—. Pero quiero avisarte de que esta conversación no se ha terminado.

—Siento contrariarte. Mañana partimos. —Volvió a tomarle la mano con suavidad—. Prometo...

—¡Que te calles! —lo cortó soltándose bruscamente. Ronald parpadeó, sorprendido por su ímpetu—. No quiero promesas ¡Ni tuyas ni de nadie! No cuando juegas a medias. No soporto que me trates como una niña.

Volvió a ladear la cabeza, evaluándola.

—Sé que no lo eres, por eso mismo no te cuento ciertas cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó con resquemor.

Él guardó silencio. La dama de compañía volvió a carraspear con más insistencia.

Psique dio media vuelta, furiosa, dolida y muy confundida.

—Ya hablaremos.

—Mañana ya no estaré aquí. Partimos al alba desde la casa de los Allan —respondió él, enfadándola más. Al ver que se alejaba sin más, continuó—. ¿Así te despides de mí? ¿Te vas sin desearme suerte? ¿Y si me hieren? Recordaré con cariño tu «ya hablaremos» cuando me esté muriendo, gracias.

—Oh, cállate —soltó adelantando a su dama de compañía.

Ronald negó con la cabeza y luego murmuró con los ojos en blanco.

—¡Mujeres! —gritó para sí y luego, vociferó—. Yo también te echaré de menos, Psique.

VIII



«Hay decisiones que te cambian la vida entera», recordaba Psique que había dicho su madre en aquella conversación que tanto la removió por dentro.

Se colocó con torpeza los calzones «prestados» de uno de los guardias de su mansión. Le quedaban grandes, pero eso disimularía sus curvas. Se apretó el cinto y lo anudó dos veces.

—Mejor dos por si uno falla —susurró para sí bajo la luz tenue de la vela en su alcoba.

Luego, introdujo las manos por las mangas de la camisa y comprobó que la faja apretaba bien sus senos.

—Eso está mejor.

«Todo lo hice por amor...», había añadido.

Abrochó el chaleco y se colocó encima el pesado abrigo de lana.

—No está mal. No todos son altos y grandes —dijo convencida, mientras se contemplaba en el espejo de arriba abajo.

Con decisión, recogió la larga melena rizada y comenzó a trenzarla.

El enorme bonnet azul escondió la trenza y la mayor parte de su cabeza. Satisfecha, sonrió ante su imagen. Sería fácil ocultar su rostro bajo un plaid, pero antes debía calzarse las botas. Le iban grandes, así que había colocado en su interior unos zapatos de cuero. De esa forma, le quedaban ajustadas al pie y lo bastante firmes para no trastabillar.

Envolvió la larga tela alrededor del cuello y por fin estuvo lista para escapar.

«Lo importante es saber elegir con conciencia, sabiendo que cada paso tiene sus consecuencias, para bien o para mal», le pareció oír decir de nuevo a Charlotte.

¿Elegía con conciencia? Por supuesto que sí. Las consecuencias... eran otro cantar.

Tal vez no había preparado cómo introducirse en ese grupo de guerreros, pero no renunciaría a la única oportunidad que tenía por eso.

«A veces, improvisar es mucho más... excitante», pensó, apretando los labios.

Ya encontraría la forma de infiltrarse. De lo que sí estaba segura era de por qué hacía aquello:

—Sí —dijo, dándose golpecitos en la frente, y miró su reflejo otra vez—. Lo am... —¿Para qué decirlo en voz alta si él no la correspondía?—. Me las pagarás, Williams McPherson.

Se giró hacia la puerta y agarró el pomo con nerviosismo. El corazón le latía rápido y la emoción de lo prohibido comenzó a subirle el ánimo. Si la descubrían dentro de casa con ese disfraz se metería en un gran problema. No podía fallar.

Antes de salir, echó un último vistazo sobre el hombro. Había dejado la nota escrita bajo su almohada y un enorme bulto simulando su silueta bajo las sábanas.

Su dama de compañía dormía en la habitación contigua y, contigua a esta, tenían sus dormitorios sus hermanos y sus padres.

Sufrirían, lo sabía. Jamás la perdonarían, pero ¿qué opción le quedaba? Debía demostrarle a Will lo mucho que lo necesitaba. Siempre había sido él quien la buscaba y, esta vez, le tocaba a ella mover ficha.

«Fue una apuesta por mi futuro», había dicho su madre al referirse a su osadía de aventurarse en algo tan prohibido como

peligroso.

Sin Will nada sería aceptable. Sin él, le esperaba ser una solterona aburrida cuando sus huesos no le permitieran saltar ventanas. En el momento en que desapareciera tras la seguridad de esas puertas, su futuro estaría muy lejos de lo ideado en su vida...

Se colgó al hombro el petate, donde llevaba el arco y las flechas, además de comida para aguantar apenas dos días y agua, cortesía de la enorme alacena de su cocina. Se ciñó a la cintura la daga que le había regalado Williams.

De repente, no pudo evitar recordar aquel día, su siguiente encuentro en la Fiesta de la Estrella de 1728, el año en que cumpliría dieciséis años.

—Aunque la tenía guardada para dártela el día de tu cumpleaños, decidí traértela hoy —dijo Will con alegría.

Parecía tener la sonrisa grabada en su cara desde que se habían visto. Parecía tan contento de verla como ella.

—Gracias, es preciosa —contestó entusiasmada mientras la tomaba.

Contempló el arma entre sus manos. Era realmente delicada, grabada con una filigrana complicada, una obra de arte que contrastaba con la crudeza del propósito al que estaba destinada.

—La hizo especialmente para ti —dijo Ronald a su lado con media sonrisa, ganándose un codazo de Will.

—Podrías callarte un poco, bocazas —le dijo entre dientes.

Psique no salía de su asombro.

—¿Tú has fabricado esta daga?

Will, más rojo que una amapola, se encogió de hombros.

—Claro, soy hijo de un armero. Hacemos nuestros propios diseños...

—Vaya, yo soy hija de profesores y no por eso se me da bien enseñar —sonrió con sinceridad—. Eres un verdadero artista.

Ronald rio a su lado y se ganó otro fuerte codazo que lo hizo aullar.

—Me voy —dijo, masajeándose el costado—. No vaya a lesionarme y no pueda bailar con las mocitas.

—Anda sí, vete un rato, pesado.

Caminaron a paso lento. Psique no tenía prisa por encontrarse con nadie; le bastaba con estar al lado de su maravilloso amigo. Se cruzaron con muchos lugareños del clan Fraser; lo sabía por los azules, los rojos intensos y los verdes oscuros de sus vestimentas. Les había tocado aquel año organizar la Fiesta de la Estrella y, la verdad, contaban con muchas actividades novedosas para disfrutar.

—No deberías tratarlo tan mal —reprochó algo exagerada. Él arqueó una ceja con desconcierto—. Ronald es muy bueno.

—Lo es, y un entrometido.

—Pero es tu amigo, quiere estar contigo.

—Estamos juntos siempre —contestó clavándole una intensa mirada que le aceleró el corazón—. Hoy soy solo tuyo.

No entendía por qué, pero se sintió avergonzada. Para disimularlo, lo arrastró hasta un grupo que bailaba unos pasos más adelante.

—¡Vamos! —gritó, sofocada—. Bailemos, Will.

Gimió ante el recuerdo.

—Estúpido, imbécil, tonto del... —susurraba mientras caminaba tirando de las riendas de su caballo, camino de las tierras de los Allan.

El crujido de unas ramas a pocos pasos la sobresaltó. Contuvo el aliento y se quedó inmóvil, forzando la vista para adivinar qué se movía en esa dirección. Y no se equivocaba: algo se movía en mitad de la noche. La tenue luz de la luna apenas alcanzaba a iluminar unas pocas yardas, llenándolo todo de sombras densas y sinuosas. No obstante, tras el tronco retorcido de un árbol, le pareció ver

cómo una silueta se recortaba por un instante y luego desaparecía al amparo de la negrura.

Quedaba poco para llegar a la hacienda y sabía que los soldados debían acampar cerca, por eso había terminado el camino a pie. No quería llamar la atención antes de evaluar cómo acceder al grupo sin levantar sospechas.

En aquel momento, ya no sabía si se había topado de bruces con uno de ellos o si simplemente se trataba de cualquier lugareño. De lo que estaba segura era de que ningún animal tenía esa envergadura.

El miedo le subió por la espalda tan rápido que le flaquearon las piernas. El corazón le martilleaba con tanta fuerza en el pecho que resultaba casi doloroso. Era imposible oír nada más a su alrededor; estaba indefensa.

Dio un paso atrás para situarse en el flanco del animal y el leve roce de su bota contra el suelo le pareció un estruendo. Agarraba las riendas con tanta fuerza que notó cómo se le entumecían los dedos. ¿Qué debía hacer? Lo único que deseaba era subir al caballo y alejarse tan rápido como este se lo permitiera.

¿Y si eran soldados de los que acompañaban a McPherson? Nunca creerían la versión de un joven huidizo. Por mucho que quisiera desaparecer, debía enfrentarse a quienquiera que estuviera entre las sombras.

Con la voz más grave que pudo poner, se atrevió a preguntar:

—¿Quién anda ahí?

La pregunta se perdió en aquel silencio aterrador. Nada. Nadie contestaba. Psique apretó los puños dentro de los guantes demasiado grandes, dispuesta a saltar sobre su montura. De pronto, la camisa le resultaba demasiado áspera, el chaleco rígido y el gorro muy molesto, pues apenas le permitía escudriñar otros posibles ángulos de ataque.

Un movimiento entre las sombras la alertó. Otro leve crujido acompañado de un susurro de tela se oyó de nuevo tras el tronco.

No la acechaba, se escondía de ella.

Las nubes que en ese momento tapaban la luna se apartaron durante un segundo, lo justo para que Psique distinguiera un hombro encorvado y un perfil terso... y delicado.

Entonces, la figura respondió al fin con una voz tan forzada como la suya:

—Un... soldado.

¿Un soldado? Esas facciones eran tan delicadas que no engañaban a nadie, ni siquiera en aquella terrible oscuridad. Psique entrecerró los ojos. Envalentonada por estar segura de que no era un soldado, dio un paso adelante. La silueta retrocedió, tropezando con una raíz. Al caer de espaldas, el sombrero se ladeó a un lado, dejando escapar un largo mechón oscuro, y su rostro quedó iluminado por la luna.

—Eres una mujer —dijo sin fingir la voz grave que había forzado antes. Al darse cuenta, se tapó la boca con el enorme guante, muy consciente de su metedura de pata.

—Y por lo que veo, tú también —respondió la figura que se levantaba con bastante torpeza del suelo.

Psique suspiró, resignada. Furiosa por su ineptitud notó que el miedo aflojaba.

—¿Por qué vas vestida de hombre? —preguntó.

—¿Podría preguntarte lo mismo? —respondió desafiante.

—Yo pregunté antes.

—¿Y qué?

—Podría acusarte de espiar si no me respondes —amenazó, ya enfadada—. Soy amiga de los dueños de estas tierras.

—Yo también.

Psique resopló, consciente de que esquivaba su pregunta a la desesperada.

—Te aseguro que conozco el rostro de cada lugareño de estas tierras y a ti nunca te había visto por aquí —dijo, señalándola con un gesto brusco—. ¿Por qué te escondías?

La mujer guardó silencio esta vez. Psique se impacientó. Este incidente se le estaba haciendo demasiado cuesta arriba de repente.

—Si no me lo dices, tendré que denunciarte —mintió.

Ella salió del refugio de esas sombras y avanzó un paso adelante, retadora como una diosa. Tenía los ojos entrecerrados y apretaba los puños a los costados como si pretendiera usarlos de un momento a otro contra ella.

—Soy Catalina McPherson, esposa de Andrew McPherson —dijo y alzó el mentón—. No creo que puedas superar eso, chiquilla.

Ese apellido... Psique se mareó un instante. Apenas tuvo tiempo de retroceder cuando la tenía a tan solo un palmo, con el puño levantado y amenazándola con golpearla.

—¡No! ¡Espera! —gritó agobiada—. Soy amiga de Will.

La mano se quedó a un dedo de su cabeza, inmóvil durante unos largos segundos. Si le hubieran dicho que esa mujer se había convertido en estatua, lo hubiera creído.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con desconfianza.

—Soy Psique.

—¿Psique? —murmuró tras un parpadeo. Luego siguió, todavía con la mirada un poco ida—. ¿La hija de los McAllen?

Ella asintió, sin poder creer tampoco que la que tenía delante era la madre de su amigo.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí, niña? ¿Y vestida... —hizo una pausa intentando componer un rompecabezas demasiado difícil — así?

Durante unos segundos se midieron en silencio, intentando adivinar lo que pensaba la otra.

—Si no me equivoco, tenemos el mismo plan... y el mismo problema.

—Esto es tan ridículo...

—Como peligroso.

Psique, refugiada tras la tela, hizo un amago de sonrisa a pesar de lo nerviosa que estaba. De alguna manera, sentía que no estaba sola en aquello, y eso la reconfortó un poco.

—¿Qué pretendes? —preguntó Catalina con cautela, sin apartar la vista de ella.

—Tengo una conversación pendiente con Will.

Catalina arqueó una ceja.

—¿Puedo saber sobre qué?

—Lo siento, eso solo le atañe a tu hijo.

La mujer arrugó primero el ceño; sin embargo, al instante asintió con media sonrisa.

—Supongo que tendremos que ayudarnos —dijo al fin.

Psique le devolvió la sonrisa y, aunque la escondiera tras el enorme plaid que llevaba envuelto alrededor del rostro, sabía que Catalina la había percibido.

—Dos mentes piensan mejor que una.

El bosque seguía oscuro, el grupo de soldados no andaba muy lejos y el riesgo era enorme. Pero algo había cambiado en su viaje: no caminaría sola.

—Lo más difícil será introducirnos y aguantar sin que nos descubran los primeros días de viaje. Luego no tendrán otra que resignarse a llevarnos con ellos.

—¿Crees que los engañaremos?

—Por supuesto, niña —Catalina mostró su dentadura perfecta y por un momento le recordó a la sonrisa de Will—. Créeme si te digo que los hombres son mi especialidad.

IX



La humedad calaba su abrigo, que, aun estando pensado para los días fríos, no era suficiente para el duro invierno del norte de las Highlands. Durante jornadas enteras cruzaron rutas montañosas de baja altitud, exigentes, pero soportables. Hacía poco que el temporal había comenzado a arreciar y la lluvia, primero fina, se había vuelto despiadada, convirtiéndose en un enemigo más.

El viento los golpeaba de costado, obligándolos a llevar la cabeza gacha. Era incómodo y trabajoso. Cada paso levantaba barro que se adhería a las botas y al pelaje de los caballos, haciendo agotador el avance.

Los mercenarios no paraban, algo que Will no comprendía. ¿Por qué luchar contra la naturaleza y agotarse de esa forma tan brutal? ¿No era mejor esperar a que todo pasara?

Aodh lo esperó cuando vio que Will aminoraba un poco el paso.

—Vamos, sé que debes estar helado con esas ropas —gritó tan fuerte como pudo para que lo escuchara por encima del viento—, pero no puedes quedarte atrás o te congelarás. Sigue un poco más.

Williams levantó un poco la cabeza, lo justo para verle la cara. Los dientes le castañeaban tanto que le dolían. El guerrero chorreaba como él; sin embargo, las pieles que cubrían sus enormes hombros lo resguardaban de la lluvia, manteniéndolo seco y caliente. Sería un milagro que aguantara unas millas más en esas condiciones; ya casi le fallaban las fuerzas.

Al final, el rubio vikingo le arrebató las riendas al comprobar su estado y lo condujo durante un tiempo que no supo estimar. Se

encontraba tan mal que el esfuerzo por respirar se le hacía demasiado grande.

—Maldita sea, Williams. ¡Aguanta! ¡Ya casi estamos!

¿Ya casi estaban? ¿Adónde demonios se dirigían en mitad de la nada? A pesar de su pesimismo, siguieron adelante. Will se aferraba a su montura como si se le fuera la vida en ello, intentando no volcarse. El sendero, apenas visible entre la bruma, serpenteaba rodeado de brezos empapados. La lluvia amortiguaba cualquier sonido; incluso el resoplido de los caballos parecía inexistente. Al fin, entre la cortina de agua, vio una silueta oscura. Achicó los ojos intentando distinguir qué era. ¿Sería una posada? Rezó porque así fuera. Nadie más que él soñaba con deshacerse de esas ropas mojadas y calentarse frente a una chimenea. Aunque, si era sincero, con que tuviera un techo donde resguardarse le era suficiente. A esas alturas no era nada exigente.

Al fin distinguió lo que se levantaba delante de ellos. Parecía una choza pequeña hecha de piedra y barro. Al situarse en mitad de esas colinas, parecía un antiguo puesto de vigilancia o refugio para los mensajeros que cruzaban las montañas. Por su aspecto destartalado, estaba abandonado. Sus paredes se veían castigadas por el viento y el tiempo y, por un momento, pensó en la poca seguridad que ofrecía. Observó el tejado cubierto de musgo, inclinado y amenazando con ceder en cualquier momento.

De golpe, la puerta de madera roída se abrió contra la pared de piedra, haciéndolo sobresaltarse. Tormod salió a su encuentro.

—Vamos, hombre —dijo, agarrándolo del brazo para que se apoyara en él mientras tiraba de su cintura, obligándolo a desmontar —. Yergue las piernas o me llevarás contigo al suelo.

Williams se esforzó en mantener firmes las piernas entumecidas por el frío. Subió un escalón y luego otro, mientras soltaba fuertes gruñidos apoyado en el grandullón oscuro. Por fin cruzaron el dintel juntos y se dejó caer en el suelo de tierra.

Dentro olía a madera húmeda. Estarían totalmente a oscuras si no fuera porque Tormod había prendido unos leños en una esquina del cuartucho.

Desde allí veía a Aodh que se había quedado rezagado afuera, amarrando los caballos a unos árboles. Parecía no afectarle el agua helada mientras que Williams no paraba de tiritar.

—Desnúdate o te helarás —oyó que le decía Tormod introduciendo más leños a la hoguera.

Williams no se movió. Debía de estar loco si pretendía que se desnudara. Sin contestarle, observó cómo Aodh entraba también.

—Vaya día, ¿eh? —Comenzó a desprenderse de las pieles que le cubrían los hombros. De pronto, clavó su mirada en él—. ¿Qué haces así todavía? No me he tragado media tormenta ayudándote para que mueras congelado.

Desvió la vista al suelo sin hacerle caso.

—No soy tu padre para obligarte, chico. —Su mirada era tan intensa que por un momento dejó de tiritar—. Tampoco me interesa verte el culo más de la cuenta, si eso es lo que te preocupa.

Se sacudió las trenzas y estiró los brazos todo lo grande que era, llegando al techo sin apenas esfuerzo.

—Me espera mi Zahra —siguió contando con una sonrisa soñadora—. No me comparte, por cierto. Esa bruja loca me calienta tanto la sangre que me hace sentir que tengo tus años.

Rio a carcajadas limpias mientras se acercaba a calentarse las manos en la candela.

—¿No te espera nadie en tu tierra, chico? —preguntó el otro, sentado junto al fuego en una silla que no creyó que aguantara mucho.

Williams guardó silencio, pero comenzó a quitarse las botas tras notar que ya podía flexionar los dedos. Suspiró al liberar un pie empapado. Luego se deshizo de la otra bota y las dejó a un lado. Se

masajeó los dedos para comprobar que no se le habían congelado y hacerlos entrar en calor.

—Yo estoy seguro de que sí lo espera una moza —dijo el rubio bocazas a Tormod, quien asentía con una sonrisa de oreja a oreja. Luego comenzó a mirarlo con mucha atención—. No es feo y, pese a estar flaco, es fuerte. Podría tener a alguna suspirando por él.

Will bufó. Por su puesto que no era virgen a sus años, y tampoco le apetecía recordar sus escarceos con ellos. Y Psique...

Sin darse cuenta, contuvo el aliento mientras contemplaba un pajarillo resguardarse bajo el estrecho alerón del techo, justo delante de él. Por un momento, vio tan nítido el recuerdo de hacía unos años que le pareció estar de nuevo junto a ella:

No era muy diestro bailando, pero si le daba la ocasión de acercarse más a ella no sería él el tonto que perdiera el salto. Acababa de entregarle su daga y ella se la había colocado al cuello, con una cuerda anudada a la misma funda.

Desenfadada, Psique brincaba al son de esa música llena de matices irlandeses. Los violines expresaban su alegría con cada nota acelerada y contagiosa.

Williams sintió que el mundo se detenía cuando ella le ofreció su mano para unirse al grupo de bailarines. Sabía bailar esa danza, su madre se había encargado de que practicara con sus hermanos todos los domingos por la tarde durante los últimos años.

«Te vendrá bien saber bailar, Will. Es la forma más inocente de acercarte a una chica sin que sea escandaloso», le había dicho, invitándolo a seguirla con un guiño de ojo muy pícaro.

Su sonrisa lo desarmó y entrelazó los dedos con los de ella sin pensarlo. Su contacto cálido le robó el aliento. El corazón le latía con fuerza, no por el baile, sino por su cercanía, que lo dejaba sin palabras. Había en ella una delicadeza que lo conmovía: sus pecas pardas, la belleza de esa mirada azulada donde podría perderse para siempre, la inocencia y la naturalidad innatas... Y ese fuego en su

cabello que lo tentaba del modo más pecaminoso. Era tan bonita que no podía pensar en ninguna otra. Moría por probar la dulzura de sus labios, por estrecharla entre sus brazos y comprobar la tibieza de...

—Will, te toca —lo llamó ella, divertida, despertándolo de su fantasía—. ¡Vamos! ¡Es tu turno!

Se movió por pura costumbre, todavía atrapado en la sensación de haber sido descubierto mientras la contemplaba. No sabía si ella intuía algo, pero esperaba que no. A veces, notaba que sus sentimientos eran demasiado grandes para disimularlos.

Will avanzó un paso, sin perder la suavidad de su contacto latiéndole en la palma. La música del violín se elevó sobre las risas y el golpeteo de las palmadas lo animó a danzar.

Ella, ligera como una pluma, dio un pequeño salto siguiendo el compás y su cabello rojizo se onduló como la llama de una candela. Will la siguió, marcando un baile solitario que entrelazaba pies y pasos complicados, sin perder el ritmo a pesar de ser ella su mayor distracción.

—¡Eso es! —lo animó una chica a su lado, dándole un leve empujón que casi le hizo perder el paso mientras le guiñaba un ojo con picardía.

Él sonrió, algo avergonzado, y retomó el ritmo. El círculo se cerró y se abrió, las manos se soltaban y buscaban. Y cada vez que las suyas se encontraban, una corriente cálida recorría su pecho.

En uno de esos momentos, ambos quedaron frente a frente. Ella lo miró divertida.

—No te distraigas —dijo señalando con la cabeza a la chica de antes.

Él se ruborizó tanto que ella acabó riéndose de él. Justo cuando estaba a punto de confesarle que era ella quien lo distraía, el estruendo de un trueno resonó en el cielo, asustándola tanto que se quedó paralizada.

—Psique... —la llamó con el corazón encogido, viendo que ni las gotas de agua la hacían reaccionar—. ¡Psique! ¡Vamos a ponernos a resguardo!

No esperó más y tiró de ella con fuerza. Los demás ya se refugiaban bajo algunas carpas, otros bajo árboles cercanos. Will la condujo con cuidado de que no tropezara hasta un carromato.

—Sube o te empaparás —ordenó, muy preocupado por su extraño mutismo.

Al fin ella parpadeó y pareció entenderlo. Comenzó a trepar por los escalones de madera y él la siguió adentro.

La lluvia golpeaba el techo de tela con insistencia. Will la observó en silencio. El cabello rojo, pegado al rostro, contrastaba aún más con la piel blanca. Respiraba de forma irregular, como si sufriera un terror profundo.

—¿Estás bien? —preguntó apartando un mechón de pelo para verla mejor—. Estoy aquí.

Él agarró sus manos entre las suyas y se las calentó. Estaban frías y temblaban. Ella al fin tragó saliva y luego carraspeó, todavía nerviosa.

—No... no quería preocuparte —murmuró con un hilo de voz.

—Comprendo que te den miedo las tormentas. Mi hermana Catalina se mete en mi cama cada vez que retumban los truenos.

Ella lo observó con unos ojos tan llenos de curiosidad que le removió el pecho.

—¿Hace eso?

—Antes sí... —¿Cómo decirle que ya no eran unos niños sin que resultara incómodo?—. Mi madre le hizo un muñeco de trapo parecido a mí. Le dijo que era yo y ahora lo abraza cuando truena. Es como si lo hiciera conmigo —terminó de explicar, divertido.

Ella sonrió con timidez. Por fin parecía recobrar la confianza.

—Yo dormiré con tu daga cuando llueva, así te sentiré cerca siempre —dijo soltando su mano para agarrar la daga que le colgaba

del cuello y apretarla contra su pecho.

El corazón se le aceleró tanto ante esa respuesta que creyó que ella lo escucharía también. Le estaba siendo muy difícil reprimir su impulso de besarla. No obstante, no usaría ese momento de debilidad para declararse. No sería justo para ella.

—Mientras no te cortes... —respondió algo azorado, intentando no malinterpretar lo que acababa de decirle—. No me importa que la uses como... compañía.

Ella bajó la mirada a la daga y la acarició con el pulgar. La lluvia seguía golpeando el carromato, pero parecía aminorar.

—No me cortaré —aseguró con una traviesa sonrisa—. Me hará sentir segura y estarás siempre cerca de mí, amigo mío.

Will sintió que le faltaba el aire. Ese "amigo mío" le cayó encima como un balde de agua fría. Acababa de dejarle claro lo que él significaba para ella.

Por un instante no se dio cuenta de que apretaba un poco más su otra mano, todavía entre las suyas.

—Amigo... —repitió él, intentando que la palabra no le temblara en la boca.

Ella levantó la vista con curiosidad.

—Claro —dijo de la forma más natural—. Eres mi mejor amigo, Will.

Él asintió con la garganta cerrada. No podía hablar, si lo hacía sería para protestar, o confesarle lo que deseaba.

Entonces, un ligero revoloteo delante de ellos los distrajo. Un pequeño gorrión se posó sobre la tabla de entrada del carromato, justo a unos palmos de ellos. Se sacudía el agua de las alas, indiferente al par de ojos que lo observaban. Ella le dedicó otra vez esa sonrisa inocente que tanto lo removía. El pajarillo alzó de nuevo el vuelo, tan fugaz como había aparecido.

Fuera parecía haber escampado; el terrible trueno se había quedado en un simple chaparrón pasajero. Las notas de varios

violines afinándose le indicaron que la gente ya retomaba sus antiguos quehaceres. Todo discurría como antes. Todo menos su corazón.

—Gracias, Will —dijo y agradeció que lo llamara por su nombre y no con esa palabra que había comenzado a escocerle demasiado—. ¿Quieres bailar otra vez? ¡Lo haces realmente bien!

—¡Eh, chico! —gritó Aodh, sobresaltándolo con su rostro pegado al suyo. Se había abstraído tanto que no se había percatado de su cercanía—. ¿Qué es eso que acaricias tanto?

Este hizo ademán de tocar el anillo que colgaba de su cuello, y Will le apartó la mano con brusquedad.

—Se ve, pero no se toca —contestó con rapidez, incorporándose con gran esfuerzo.

Le dolían los músculos como si le hubiera pasado una carreta por encima. Muy a su pesar, debía hacerles caso y quitarse esas ropas mojadas, aprovechando para secarlas junto al fuego para volver a ponérselas más tarde.

—Es un anillo de pedida —dijo otra vez el grandote con los ojos bien abiertos—. ¡Lo sabía! ¡Enhorabuena, muchacho! —exclamó palmeando su hombro tan fuerte que casi lo devuelve al suelo—. Casarme con mi Zahra fue lo mejor que hice en la vida. Qué ganas tengo de volver a montarla.

Will negó con la cabeza al oírlo, reprimiendo la sonrisa que luchaba por curvar sus labios.

Se desnudó lentamente. Cada gesto se le hacía un mundo debido al frío que lo asolaba.

—Toma. —Tormod le alargó una camisola seca—. Póntela, no quiero que confundas a Aodh. Lleva demasiados días sin ver un culo desnudo.

—Serás... —comenzó a decir y terminó en un murmullo ininteligible al ver al moreno arquear una ceja.

—Pasaremos la noche aquí. Descansa lo que puedas, muchacho —dijo, cediéndole su silla para que se sentara junto al fuego—. No voy a mentirte, te quiero vivo. Y oye, si esa mujer no te espera, puedo hacerte un hueco entre los míos. Tenemos mujeres que hacen olvidar hasta los peores desengaños.

Will no le respondió y se sentó junto al fuego. Cerró los ojos, celebrando el calor que comenzaba a envolverlo. No le había contestado, pero su mente no paraba de darle vueltas a sus palabras. ¿Psique lo esperaba?

Sonrió con amargura. Soñaría con abrazar a su amigo, no al hombre que él deseaba ser para ella. ¿Y si al volver la encontraba enamorada de otro?

Apretó los dientes. La frustración lo corroía, y no saber nada de ella en esos dos años le había costado casi la salud. Podría haberle escrito, sin embargo, era absurdo hacerlo viviendo de forma nómada. Nunca podría responderle. Por lo que solo mantenía la confianza de que lo esperaría al menos por última vez.

X



No era de extrañar que Will pasara una mala noche. Apenas podía conciliar el sueño por los espasmos y, cuando lo lograba, al poco tiempo se despertaba bastante confuso y nervioso.

—Toma, bebe un poco de esto.

Parpadeó para enfocar el bulto que tenía delante de la nariz. Se incorporó hasta sentarse. No quería apoyarse en la pared húmeda, pues ya bastante calado había llegado. Aodh, con expresión soñolienta, le tendía un vaso de barro. Tormod dormía a pierna suelta, como si en realidad lo hiciera sobre un lecho de plumas. Asió el cuenco y se sorprendió al notar el calor que irradiaba.

—Está caliente —susurró, arrugando la nariz al olerlo—. ¿Es whisky?

El vikingo sonrió. Por su boba expresión parecía que ya había bebido unos cuantos vasos. Williams se lo devolvió.

—No bebo, gracias.

El vikingo parpadeó con asombro y pareció recuperar su entereza de golpe.

—Te estás quedando conmigo, ¿verdad, chico?

—No soy ningún chico, Aodh —corrigió, algo enfadado por esa costumbre de tratarlo como a un niño—. Y no, no te engaño. No me gusta el whisky.

Aodh miró al techo unos segundos murmurando una plegaria ininteligible y luego fijó su vista en él con una determinación inquietante.

—¿Y me pides que no te llame chico? —preguntó con voz pastosa —. Lo seguiré haciendo hasta que me demuestres lo contrario, joder. ¿Qué demonios le ha pasado a Andrew para criarte así?

Aquello lo atravesó como una flecha y borró todo rastro de sueño que le quedara.

—Mi padre nos ha criado como lo que somos: personas de bien. Pero eso tú no lo entenderías.

Este arqueó las cejas con sorpresa ante su arranque.

—No nací con una espada en la mano, chico —aclaró, muy serio —. Mis padres eran agricultores, personas de bien como tú dices. El único acero que conocían era el que usaban para pelar manzanas — fijó la mirada en un punto perdido entre las pequeñas llamas—. Por eso murieron junto a mis hermanos a manos de ladrones, cuando yo solo tenía catorce años.

—¿Escapaste? —preguntó impactado.

Chasqueó la lengua tras darle un buen trago a la bota.

—Me hallaba trabajando en los campos —dijo, y prosiguió con una indiferencia que le puso los pelos de punta—. Fue fácil dar con ellos.

Will tragó saliva sin apartar la vista de él y preguntó:

—¿De dónde eres?

—De las Hébridas —respondió, ofreciéndole de nuevo el vaso. Esta vez no lo rechazó. Le dio un pequeño trago que le quemó la garganta y lo hizo toser, provocando la risa del vikingo—. Está bueno, ¿verdad?

—Me acaba de calentar hasta las puntas de los dedos de los pies —dijo, y le dio un segundo trago, esta vez más largo.

Aodh sonrió y siguió relatando.

—Mis ancestros eran gente que empuñaba el hacha mucho antes de que los ingleses decidieran qué tierras eran suyas.

Will lo miró sorprendido.

—¿Eres un gallowglas como dijo Ronald?

Este soltó una risa sin mucho entusiasmo.

—Quedamos pocos —contestó pensativo. Will moría por interrogarlo sobre su relación con su padre, pero se contuvo. Aodh prosiguió—. Con catorce años tuve pocas opciones. Un grupo de mercenarios me encontró descuartizando a los ladrones. Les gustó mi habilidad y decidieron adoptarme.

—Te raptaron —espetó con ironía y menos reparos que antes.

—¿Lo dices por ti? ¿Por obligarte a venir con nosotros? —Puso los ojos en blanco—. Solo nos aseguramos de poder hablar con tu padre.

—¿Qué buscáis?

Aodh guardó silencio y frunció el ceño.

—Eso no es cosa tuya. —Como no insistió, continuó—. Tu padre te debe una buena charla. No siempre fue un hombre de bien, chico.

—No me digas.

Seguía usando el sarcasmo y el vikingo lo observó con dureza.

—Cuando uno es joven piensa que todo es fácil, hasta que descubre que no tiene dónde caerse muerto. Simplemente, sigue caminando porque no sabe hacer otra cosa.

—Dijiste que tenías esposa, ¿por qué sigues aquí? ¿Por qué no buscas un lugar donde asentarte y ser feliz?

Su risa sonó estridente, tanto que Tormod se removió incómodo y lo mandó a tomar viento.

—Sigo aquí porque ya no tengo un lugar donde me respeten —dijo—. Y porque mientras quede un solo gallowglas vivo, no permitiré que olviden quiénes fuimos.

—¿Para ti es importante que sepan a cuántos has asesinado?

—Chico, lo que me importa es que se recuerde cuántos siguen vivos. Muchos clanes no estarían hoy en pie sin nuestro servicio.

—¿Y por qué no seguís protegiéndolos? ¿Prefieres vivir como un ladrón?

Aodh abrió tanto los ojos por la incredulidad que Williams se sintió como un idiota.

—Los antiguos clanes se apagaron, las guerras cambiaron... —El vikingo hacía gestos bruscos con las manos—. ¿Dónde has estado metido hasta ahora? Quedan pocos clanes que luchen contra los ingleses, nuestro verdadero enemigo. Es hora de unirnos y no de seguir peleando entre nosotros. Debemos...

—¿No duermes, Aodh?

La voz de Tormod lo interrumpió cuando más enervado parecía sentirse. Era como si no quisiera que revelara demasiado.

—Los hombres como nosotros dejamos de tener sitio. Es tarde, Will, durmamos —concluyó de mala gana.

Aodh no esperó a que le contestara y, a los pocos minutos, roncaba como un animal, tumbado a todo lo ancho que daba su enorme cuerpo. Lo envidió; él también quería conciliar el sueño con esa facilidad. Sin embargo, allí seguía, perdido en sus pensamientos y dándole vueltas a lo que el guerrero había estado a punto de contarle.

Dio otro trago. El whisky ya no le parecía tan desagradable, y en vez de rajarle la garganta, lo reconfortaba. El calor inundó su pecho, luego su estómago y, sin esperarlo, se vio sonriendo a una mancha en la pared como si fuera lo más divertido que había visto en su vida.

Andrew McPherson no bebía. Cuando el padre Graham, gran aficionado al vino, brindaba con su padre por cualquier logro, siempre lo acompañaba con infusiones. Sus padres le inculcaron ese rechazo, argumentando que el alcohol adormecía la mente, los volvía poco lúcidos y vagos para trabajar.

Dio el último sorbo al recipiente y lo saboreó a conciencia. Ese calor desde las mismas entrañas era un placer. Dejó el recipiente a un lado y volvió a tumbarse, sumido en una morriña embriagadora y

tranquilizadora. Se quedó mirando el techo unos segundos y, poco a poco, sus párpados se cerraron, haciéndolo caer en una duermevela muy placentera, donde recordó un momento de su pasado que lo llenó de algo más cálido que una simple bebida: lo inundó de añoranza.

—Vamos, Willi —incitó Elliot con premura—. Como tu padre se entere de que os he enseñado este juego, no me servirá una copa más de este vino que tanto me gusta.

—¿Puedo probarlo, padre? —preguntó su hermana Catalina, echando mano ya del vaso del sacerdote.

Como Elliot no se lo prohibió, Williams le arrebató la vasija de vino de las manos, haciendo caer un poco del líquido sobre la mesa.

—Eh, ¿qué haces? —protestó Catalina.

—¿Hace falta que te lo explique, Cati?

Ella le sacó la lengua y se cruzó de brazos.

—Es solo un poco, no le hará daño —apoyó el cura, haciéndole un guiño a su hermana, quien agrandó los ojos durante un instante —. Tú también lo has probado y, por lo que veo, te gustó.

—No es no.

—Mira si eres aguafiestas, hermano. Ronald bebe cuando quiere, lo he visto más de una vez y tú no se lo prohíbes.

—Él es mayor que tú y sus padres se lo permiten. Yo no soy quién para decirle qué tiene que hacer con su cuerpo.

—¿Y te crees con derecho sobre el mío?

Elliot los observaba al uno y al otro mientras seguía dándole buenos sorbos al vaso.

—Soy tu hermano mayor. Por lo tanto, me debes obediencia, niña —dijo poniendo énfasis en esa última palabra para que le quedara claro.

Catalina se levantó de golpe y con las manos en las caderas se le puso al lado.

—Serás...

—Sí, seré siempre mayor que tú, así que no digas cosas de las que arrepentirte luego.

—Serás mayor, pero no vas a mandarme siempre.

—Eso será cuando te cases y guardes obediencia a tu esposo.

—Para tu información —se acercó tanto que sus narices casi se rozaban—. ¡No me casaré nunca!

—Niños —la interrumpió el sacerdote—. Tengamos paz, por favor —pidió, indicándole a su hermana con un gesto impaciente de la mano que se sentara de nuevo—. Willi, creo que le debes una disculpa a Catalina.

Williams abrió los ojos de par en par.

—¿Disculpa? —repitió incrédulo.

Elliot dejó el vaso sobre la mesa con firmeza.

—Sí, una disculpa, y bien merecida —dijo mirándolo con fijeza—. No por el vino, sino por la forma en que le has hablado.

Catalina, que aguardaba expectante ya sentada, alzó la barbilla con un gesto orgulloso. Sus mejillas seguían encendidas por la discusión.

—No he dicho nada que no sea verdad —gruñó Williams, sin entenderlo.

—La verdad no te da derecho a humillar a nadie —respondió el cura—. Mucho menos a tu hermana.

Apretó la mandíbula y miró a Catalina, que le sostenía la mirada sin pestañear. Él nunca le había hablado de forma tan déspota, pero esa vez se sentía más valiente de lo normal. Como si hubiera adquirido una seguridad en sí mismo que antes no había tenido ¿Sería el vino?

Por un segundo dudó y se dio cuenta de que había cruzado una línea muy frágil. Sin percatarse, había hablado con desprecio a su propia hermana delante de un invitado y había usado su rol de

hermano mayor para imponerse, simplemente. Catalina no era digna de esa humillación, aunque no fuera hombre.

Bajó la mirada hacia la mesa, luego miró la jarra de vino y por último a su hermana. Elliot aguardaba paciente a que dijera algo.

—Catalina... —empezó a decir, pero tenía un nudo en la garganta. Ella arqueó una ceja. Tras un leve carraspeo para aclararse la garganta, continuó—: No debía hablarte así. No fue propio de mí ni de un hermano mayor.

Ella boqueó como un pez, sorprendida.

—Solo quería evitar que hicieras algo imprudente, pese a que yo fui el primero en hacerlo —alzó la vista para encontrarse con sus ojos—. Además, lo hice de malas formas y sé que no estuvo bien.

Catalina pareció relajarse un poco.

—Así que... —respiró hondo, como si fuera a asumir el mayor castigo posible—. Te pido disculpas.

Al terminar de hablar, Williams resopló, irritado y, a la vez, aliviado. Elliot sonrió, satisfecho.

—Disculpas aceptadas —cedió ella—. Pero no vuelvas a arrebatarme nada de las manos o...

—Perfecto —cortó Elliot levantando la vasija para servirse más vino—. Ahora que la paz ha vuelto a la mesa pondré la jarra a buen recaudo.

Elliot alejó la vasija de ambos hermanos y guiñó un ojo con picardía.

Catalina rio y Williams puso los ojos en blanco. De repente, una tos a su espalda lo sobresaltó. Cuando se giró se encontró con la mirada penetrante de Andrew McPherson y se sintió tan expuesto que se sonrojó hasta las orejas.

Justo iba a disculparse por verse sorprendido jugando y bebiendo, cuando este lo cortó.

—No hace falta que digas nada, Williams —dijo con voz afilada que le indicó que callara—. He visto suficiente, y no me refiero al

vino.

—Un hombre puede equivocarse, Andrew... —comenzó a decir Elliot.

—Claro —interrumpió Andrew, con rapidez y prosiguió—. Pero un hermano no debe olvidar que su ejemplo pesa más que sus palabras.

Catalina abrió mucho los ojos, y Elliot sonrió. Williams no sabía si disculparse de nuevo o esconderse bajo la mesa.

—Padre, yo...

—Ya has pedido perdón, hijo —dijo, asintiendo conforme—. Sin embargo, recuerda que la autoridad no se demuestra arrebatando un vaso ni imponiéndose sobre alguien más débil, sino dominando tu propio carácter.

Williams asintió, agradecido. Andrew le sonrió. Entonces, su madre apareció a su lado y entrecerró los ojos, intentando averiguar qué ocurría allí. Su vista cayó sobre el vaso de vino, todavía en manos de Williams, y se desplazó hasta la baraja de cartas sobre la mesa. Elliot, que ya conocía esa expresión sabia, le ofreció sentarse a su lado.

—¿Sabéis algo que me apetece mucho? —preguntó ella, tomando asiento al lado de Elliot. Andrew se sentó a su lado y, cómo no, Callum, su otro hermano, dos años menor y con complejo de ser la sombra de su padre, lo imitó. Catalina sonrió, contenta—. Estáis ante la reina del Mendigo a tu vecino. ¿Hay alguien que se atreva a superarme?

Su hermana rio de nuevo. Callum soltó un largo silbido. Andrew sirvió una copa de vino y se la ofreció a su mujer.

—¿Quieres otro vaso, Williams? —preguntó su padre haciéndolo contener el aliento un segundo.

—No, gracias —dijo sin mirarlo a los ojos—. No está tan bueno como dice el padre.

—Paparruchas —gruñó este y le dio otro sorbo para demostrarlo.

Andrew apoyó una mano en el hombro de Williams y se acercó a su oído. Su advertencia le llegó con un susurro:

—No es malo que bebas, pero jamás lo hagas para olvidar. El problema siempre estará ahí hasta que lo afrontes, hijo —dijo y apretó su hombro.

—Lo tendré en cuenta —murmuró e hinchó el pecho, sintiendo que su padre acababa de revelarle algo muy importante.

Su madre levantó un instante la vista de las cartas, como si hubiera percibido esa camaradería entre ellos.

—¿Una infusión?

Williams asintió con una sonrisa y Andrew se levantó para prepararla. El juego siguió su marcha. Por supuesto, no jugaban a lo que el padre Elliot les había enseñado unos minutos antes. El juego de Mendigo a tu vecino no implicaba apuestas ni nada poco ortodoxo. Este era más divertido y excitante. Pronto las rivalidades salieron a la palestra y su madre, Catalina, mujer y madre, bebía a la par del cura, quien no paraba de chincharla...

Williams despertó con una patada de Aodh. Era la forma que tenía, desde que habían emprendido aquel viaje, de decirle que se levantara y que partirían en menos de diez minutos. Se desperezó con una sensación agridulce. Por un lado, todavía percibía el rastro de esa fraternidad que siempre había vivido en su hogar. Por otro, las palabras de su padre seguían resonando en su mente como una advertencia silenciosa.

—Toma, ponte esto. —El rubio vikingo le alargó una de sus pieles —. Siempre llevo una de repuesto en las alforjas. Vas a necesitarla, chico.

Williams la agarró, sorprendido.

—Gracias, Aodh —respondió con sinceridad.

—¡Vamos! —gritó Tormod afuera—. No espero a nadie.

—Ya puedes correr —dijo el rubio y, al salir, añadió—. Llevamos retraso.

¿Lo habían dejado dormir a gusto? ¿Esos vikingos mostraban piedad por él? No creía que fuera muy común en ellos. Al menos, no hasta ese momento.

Se levantó dolorido, pero más enérgico que cuando llegó la tarde anterior. Mientras se vestía, comprobó que ya no llovía y que la luz estaba bien definida. La tempestad les daba una tregua para salir de entre esas montañas y, por una vez, sentía curiosidad por conocer adónde lo llevaban y saber cómo vivían esos dos extraños personajes.

XI



Después de decidir unirse para infiltrarse entre los soldados, se acercaron al campamento todo lo posible para idear un plan. Tras dejar los caballos bien atados a unos árboles, aguardaron escondidas hasta tener la oportunidad de hablar con Ronald.

—Al fondo, junto al grupo de soldados —señaló Psique desde detrás de un árbol—. Ronald está allí.

Catalina asintió con la vista fija en la cabeza pelirroja y rizada.

—¿Cómo llegaremos hasta él?

—Sé cómo atraerlo —dijo entrecerrando los ojos—. Lo importante es que no nos delate y acepte ayudarnos.

—Eso déjamelo a mí —susurró la mujer con una expresión de seguridad que la asombró.

A veces, sorprendía a Catalina mirándola con fijeza, como si intentara ver más allá del disfraz que llevaba puesto. La verdad era que nunca se habían visto en persona. Según Williams, su padre odiaba las congregaciones de clanes y por eso no asistían. Al verla tan impetuosa a pesar de su edad madura, aquello le pareció discordante. No le encajaba que a una mujer con tanto nervio no le gustaran las fiestas.

Resolvieron aguardar a que Ronald se quedara solo. En ese momento charlaba entusiasmado, y cualquier intento de atraerlo llamaría la atención del grupo que lo acompañaba.

—A pesar de que ya te he tuteado, ¿puedo seguir haciéndolo? —preguntó un poco azorada.

—Ay, por Dios, hija —respondió con una mano en el pecho—. Aún deseo que me tomen por una dama con cierta gracia y no por un cuadro viejo colgado en un salón.

Psique rio ante la ocurrencia. Catalina era un torbellino que arrasaba con solo unas pocas palabras y una mirada que hacía temblar a cualquiera. Su intensidad le recordaba a veces a Williams, y eso le provocaba un pellizco en el estómago. Era como sentirlo más cerca de alguna manera.

—Perdona, no quería ser...

—Estoy bromeando, Psique.

—Lo sé —respondió, escueta y más roja que una amapola.

—Mi hijo me habló de ti en varias ocasiones.

Si antes era una amapola, no sabría definir con qué compararse tras escucharla. De repente, le sobraban todos esos ropajes. Catalina rio al oírla resoplar.

—Somos amigos —soltó atropellada—, los mejores.

—Ya.

¿Ese «ya» había sonado a ironía?

—¿No te gustan las fiestas? —preguntó desviando el tema de ese pantano peligroso, aunque muriera por saber todo lo que Will le había contado de ella.

Catalina la observó un segundo, evaluando la pregunta. Finalmente, contestó:

—Claro que me gustan, supongo que lo dices porque no nos hemos visto en ninguna. —Psique asintió. Se encogió de hombros—. Tengo muchas tareas que hacer en casa.

—Pero...

—A veces, es mejor estar lejos de todo —interrumpió de forma tajante.

Psique frunció el ceño y no insistió más. A pesar de que la intrigaba, captó el mensaje de dejarlo estar. Tras un largo silencio,

Catalina chasqueó la lengua.

—Siento haberte hablado así, pero hay cosas que es mejor dejar enterradas. Digamos que conozco a demasiada gente y que, en la paz de mi hogar, tengo todo lo que necesito, niña.

Psique asintió y no añadió nada más, aunque se le quedó marcada a fuego en la mente esa extraña frase: «Conozco a demasiada gente». A pesar de que no le gustaba el tema, volvió a lo de antes para romper esa tensión incómoda.

—Will y yo nos conocimos por casualidad. Él fue muy amable y me ayudó a salir de un gran apuro.

—Sí, conozco tu historia con la rama del árbol.

Psique parpadeó.

—¿Qué más contó?

—Bueno, me dijo que eres especial para él.

—Él también lo es para mí —balbuceó avergonzada.

A Psique no se le escapó la sonrisa que intentó disimular, pero hizo como si no hubiera visto nada. No sabía si sospechaba que ella sentía algo más que amistad por su hijo; sin embargo, no pensaba contarle nada. Primero tendría que hablar con Will.

—Williams no suele confiar tan rápido en la gente, y contigo fue distinto —añadió la mujer. El corazón de Psique dio un vuelco—. Nunca os vi juntos, pero te puedo asegurar que, desde que te conoció, sonríe más.

Unas mariposas subieron por su estómago. Eso era bueno, ¿verdad?

De pronto, la voz de Ronald llamó su atención. Al asomarse con cuidado por detrás del tronco, lo vio de frente, avanzando hacia ellas. Se escondió muy rápido y puso un dedo sobre los labios, indicándole a Catalina que guardara silencio. Ella asintió y se encogió con cuidado tras el árbol. Al cabo de un minuto, oyó que se detenía unos pasos más allá y escuchó un chorro.

Psique puso los ojos en blanco. ¿Es que todos los árboles merecían ser bautizados? Con mucho reparo, se separó del tronco y, tras una íntima plegaria, puso su plan en acción. Silbó una cancioncilla, justo la que sabía que Ronald adoraba, y el chorro se cortó de golpe. Las dos mujeres se mantuvieron alertas a cualquier ruido y oyeron el susurro del pelirrojo:

—¿Will?

Una garra de culpa estrujó su corazón al ver su confusión y decidió no alargar más esa agonía.

—No soy Will —contestó en voz baja.

Al segundo, estaba empotrada contra el tronco del árbol, alzada por la pechera y con la punta de un cuchillo apuntándole al costado.

Psique levantó las manos despacio, indicando que no iba armada. En el rostro de Ronald, lo único que podía reconocer eran sus ojos, y los tenía tan abiertos que pensó que le saldrían rodando del susto. Sentía la garganta cerrada a cal y canto por la presión que ejercía su amigo.

—Suéltala, Ronald —escuchó decir a Catalina.

Este giró la cabeza hacia la mujer y, perplejo, boqueó como un pez.

—¿Qué demonios...? —miró a Psique y entonces leyó en su rostro el reconocimiento.

La soltó tan rápido que casi cayó al suelo. Su cabeza iba de una a otra, como si fueran una alucinación. Cerró los ojos un instante y, cuando los abrió de nuevo, volvió a hablar.

—¿Señora McPherson? —calló un momento y, con más insistencia, se dirigió a ella—. ¿Psique? ¿Qué haces aquí? —Sus ojos la recorrieron de arriba abajo—. ¿Y por qué vas vestida así?

—Estoy aquí por lo mismo que tú —dijo al fin, ya respirando con normalidad—. Catalina y yo vamos a buscar a Will.

Ronald abrió la boca, la cerró y volvió a abrirla. Parecía intentar entender todo a la vez. Al fin, frunció el ceño.

—¿Buscar a Will... infiltradas? —preguntó incrédulo—. ¿Vosotras dos?

Catalina cruzó los brazos.

—¿Algún problema?

—Muchos —respondió sin rodeos—. El peor es que os habéis vuelto locas, de remate. Y, claro, Andrew no sabe nada de esto, por lo que veo.

—Ni sabe ni sabrá nada, querido Ronald —puntualizó la mujer.

—Que no sabrá nada... —comenzó a decir este con sarcasmo.

—No, porque si nos descubres yo misma te arrancaré la lengua para que no puedas silbar nunca más —dijo Catalina como si estuviera hablando del tiempo, pero dirigiéndole una mirada tan dura que hizo temblar a Psique.

—Señora McPherson, entiendo que quiera saber ya qué le ha ocurrido a Will, pero esto es muy peligroso... —Negó con la cabeza de nuevo—. Lo siento, es muy absurdo.

Catalina dio un paso hacia él, con una calma que hasta Psique quiso retroceder.

—Ronald, cariño —dijo con una dulzura tan falsa que lo hizo tragar saliva—, si esto te parece absurdo, deberías ver lo que soy capaz de hacer cuando estoy desesperada.

A pesar de la poca luz, Psique juró que vio a Ronald palidecer.

Recobrando una determinación que le parecía haber perdido, intervino antes de que llovieran más amenazas.

—Ronald, por favor. Solo queremos encontrar a Will, como tú. Y no lo conseguiremos si no nos mezclamos con los demás soldados.

Él la miró con miedo.

—Es muy peligroso, Psique. —Negó de nuevo con frustración.

—Eso ya lo has dicho y soy consciente de ello, pero tú sabes que no podría quedarme en casa un momento más sin saber nada de Will. Sabes que yo... que él es... —guardó silencio al caer en la

cuenta de que Catalina también esperaba a su lado, oyendo cada palabra—. Ronald, iremos contigo o sin ti.

—¿Solas? —dijo elevando un poco la voz y, con rapidez, Catalina chistó para acallarlo. Con un siseo prosiguió—. ¿Sabéis lo que os harán si alguien descubre que sois mujeres?

Catalina bufó.

—Por eso mismo no nos van a descubrir, ¿verdad, Psique?

Esta asintió, a pesar del nudo que atenazaba su estómago.

Ronald las miró a ambas, luego al grupo de soldados y, de nuevo, a ella. Después soltó un suspiro derrotado.

—No puedo creer que haga esto... —murmuró, pasándose una mano por la cara—. Andrew me va a matar.

—Andrew hará lo que yo le diga, Ronald —dijo ella con una sonrisa encantadora—. Tal vez te mire mal un tiempo, pero...

—¿Un tiempo, dice? —preguntó anonadado—. Me sacará la piel a tiras y luego me dejará comer por los cuervos. Es un gallow...

Ronald calló de golpe. Sin embargo, Catalina intervino como si no pasara nada.

—Gracias, Ronald. Sabía que eras un buen chico, pero ahora creo que te quiero como yerno.

—Señora, menos bromas —contestó azorado.

—Catalina piensa que podemos mantener la farsa durante unos días —dijo Psique con emoción—, hasta que estemos lo bastante lejos como para que no podamos volver. Eso obligará a Andrew a aceptarnos. Desde ese momento, tú dejarías de protegernos.

—Claro, porque me cortará el cuello —dijo cerrando los ojos con fuerza.

—No seas memo, que no te pega.

—Estoy de acuerdo —apoyó la joven pelirroja, sin disimular la sonrisa de triunfo.

Ronald se apoyó de espaldas al tronco, derrotado.

—Está bien, pero debéis escucharme. —Las miró a ambas con intensidad—. Si alguien os mira demasiado, si os habla, si os pide el nombre... dejádmelo a mí. No abráis la boca, no hagáis nada raro, no respiréis fuerte, no os mováis de forma extraña...

—Somos mujeres, no cabras, Ronald.

Él miró primero a Catalina, luego a ella.

—¿Recuerdas que te dije que estabas como una cabra? —Psique asintió—. Pues lo reitero, porque yo debo de ser el más loco de Escocia por ayudaros.

Psique sonrió de oreja a oreja bajo la tela y se lanzó a abrazar su cuello.

—Eres mi segundo mejor amigo, Ronald —dijo, dándole un beso en la mejilla y dejando que la apartara con gestos ofuscados—. Nunca dejaré que te ocurra nada.

—Sí, ya —dijo con ironía y rodeó el árbol para mirar el campamento improvisado. Luego se rascó la cabeza, pensativo—. Supongo que te habrás escapado. —Ella asintió—. ¡Qué bien! ¡Va a ser muy divertido! Ya no solo cuento con que Andrew me despelleje vivo; tampoco Williams me perdonará y, además, tendré en contra a todo el clan McAllen.

Esta vez fue Catalina quien lo abrazó, dejándolo petrificado.

—Gracias, Ronald. Prometo protegerte de todos. Mientras yo viva nadie te pondrá una mano encima.

—Claro, claro —comentó con pesimismo, separándose de la mujer, quien lo miraba risueña—. ¿Cómo lo haremos?

—Lo tenemos todo planeado, pero creemos en la improvisación, como ahora.

Las miró a ambas con incredulidad.

—¿Os conocíais antes? —Al verlas negar con la cabeza, bufó—. No lo entiendo.

—No tienes que entender nada, Ronald —dijo Psique—. El destino nos ha unido y eso debe ser por algo.

—Claro, el destino —repitió él con una mueca recelosa.

—Es que no tiene otra explicación, querido niño.

Él la miró con media sonrisa. Esa muestra de cariño le había llegado al corazón.

—Esto no es una novela de aventuras, señora. Es una expedición militar. Verdadera. Con soldados armados. Brutos de verdad.

La mujer volvió a sonreírle con dulzura.

—Tú eres uno de ellos, no pueden ser tan malos.

Ronald la miró como si acabara de decirle que el cielo es verde.

—Confía en nosotras —pidió Psique.

—Vale, pero si esto sale mal... que conste que yo me opuse.

Catalina le dio una palmada en el hombro.

—Perfecto, cuando estemos todos de vuelta en casa, te dejaré que lo pongas por escrito... y ya sabes, te dejaré visitar a Cati si te apetece.

Ronald resopló, apartando la mirada, muy avergonzado.

—La expedición sale en una hora. Diré que venís conmigo y que sois reclutas asignados bajo mis órdenes... —se rascó los rizos pelirrojos, despeinándose—. Es importante que mantengáis la cabeza baja, no habléis a menos que sea necesario y no miréis a nadie demasiado fijamente. Si alguien sospecha, estamos acabados.

—Será fácil —dijo Psique simulando confianza, aunque por dentro estaba hecha un flan.

Ronald abrió la boca para protestar, pero unas voces lo detuvieron.

—Diré que me habéis drogado o embrujado... —resopló de nuevo, muy nervioso.

—Relájate o nos descubrirán.

—¡Estoy relajado! —respondió sin girarse.

—Pues relájate más —gruñó Catalina.

Él asintió con determinación y las observó por última vez. Su rictus adquirió una rigidez desconocida para Psique. Catalina se tapó el rostro envolviendo un plaid alrededor de su cuello y se ajustó el gorro. Psique rezó por dentro para que todo saliera bien.

—Id a por vuestros caballos y nos veremos aquí dentro de una hora —dijo, dejándolas con la boca abierta, y echó a andar hacia el grupo de hombres. Ellas se miraron confusas mientras, de fondo, oían cómo él les contaba un chiste malo y los hacía reír a carcajadas.

La primera en reaccionar fue Catalina, quien la cogió de la mano y tiró de ella en dirección contraria.

Psique la siguió sin decir nada. Estaba tan aterrada como excitada por la situación. Su corazón latía demasiado rápido y le faltaba el aliento. Sus pies se movían solos mientras avanzaba hacia los caballos.

Cuando llegaron, Catalina la abrazó con fuerza. Se sintió reconfortada; necesitaba un poco de cariño que reafirmara su decisión. Cuando se separó de ella y la miró a los ojos, le pareció que tenía delante a Will. La emoción la embargó y se le escapó un sollozo ahogado... Catalina la consoló con susurros cariñosos.

Por él lo haría, porque quería volver a ver sus ojos tiernos, porque no concebía una vida sin contemplarlos. Lo quería tanto que se adentraría en aquella peligrosa expedición solo para confesarle lo que sentía. Estaba decidida. Rogó que sus padres la perdonaran; no obstante, asumiría las consecuencias.

XII



Como Ronald les prometió, las recogió en el lugar acordado junto al árbol. Psique y Catalina se adentraron en el grupo de soldados montadas a lomos de sus caballos y disfrazadas con ropas masculinas hasta las orejas. Ninguna levantaba la vista ante la posibilidad de ser descubierta.

A Psique, el sudor causado por la inquietud le picaba bajo esas capas de ropa pesadas y demasiado rústicas. Después de todo, agradecía la faja alrededor de su pecho, pues la protegía del roce en esa delicada zona. Estaba segura de que, si se desnudaba, tendría el cuerpo entero muy irritado. No estaba acostumbrada a tejidos tan bastos y, hasta que no lo hiciera, le resultarían un suplicio.

En cambio, a Catalina no parecían molestarle y supuso que sería porque solía usarlos a diario en sus vestimentas. Eso le dio mucho que pensar. Ella llevaba una vida cómoda, rodeada de lujos y sin apenas esfuerzos. Todo le parecía nuevo e inseguro. En cambio, la madre de Will, a pesar de sus años, rezumaba fuerza y se movía con una seguridad pasmosa. Las diferencias de posición entre ambas eran evidentes; no obstante, se hallaban juntas con un mismo fin y parecían entenderse bastante bien.

No sería tan difícil adaptarse a una vida menos lujosa si se unía a Will, ¿verdad?

Las dos jinetes iban a la par de Ronald. Este, cauteloso, se había situado en uno de los laterales del grupo, manteniéndolas apartadas.

Psique intentaba que el vaivén del caballo no delatara lo tensa que estaba. El aire le parecía pesado. El olor a cuero, sudor y polvo

levantado por los cascos de decenas de caballos se le metía en el pecho. Sentía que caminaba sobre una cuerda floja que podía romperse con cada paso que avanzaba. A la vez, la emoción de estar allí, mezclada entre soldados que no sospechaban nada, la excitaba. ¿Sería eso mismo lo que sintió su madre cuando se embarcó en su delirante aventura?

El bosque se abría húmedo y sombrío. Psique aprovechaba esa falsa seguridad momentánea para mirar de reojo a Catalina, que cabalgaba a su lado con la espalda recta y vista baja. Parecía tranquila, aunque sus dedos apretaban las riendas con más fuerza de la necesaria.

Antes de entrar en el bosque había visto a Ronald preocupado y temeroso. En ese momento, cabalgaba con naturalidad, como si escoltar a dos mujeres disfrazadas de hombres fuera lo más normal del mundo. ¿Habría bebido? Tal vez un trago para calmar los nervios. No había prometido dejar de beber, sino no emborracharse, así que no lo descartaba. De vez en cuando, giraba la cabeza lo justo para comprobar que seguían bien y con eso parecía bastarle.

El grupo avanzaba entre murmullos, algunas risas apagadas y el choque metálico de las armas.

Sin poder evitarlo, la inquietaba que su sirvienta encontrara demasiado pronto la nota que había dejado sobre la cama. En ella confesaba a sus padres lo que le había nacido del corazón:

«Tomé una decisión, pues debo buscar mis propias respuestas. Desde ahora, asumiré todo lo que venga, sean cuales sean las consecuencias. Perdonadme, papá y mamá. Volveré. Os amo. Psique».

¿Adivinarían lo que había hecho? No las tenía todas consigo. Conocían lo de la partida de McPherson, Ronald se había encargado de tenerlos al tanto. Y sería demasiada casualidad que justamente desapareciera ese mismo día que partían.

Esperaba que la entendieran y la dejaran seguir adelante con el plan. Ya conocían su ferviente deseo de saber de Will y no

descartaba que su padre, junto a su tío Cameron, salieran tras el grupo de Andrew McPherson, tal y como había predicho Ronald esa misma noche.

El camino comenzó a inclinarse y el paisaje se abrió un poco más. Los rayos de sol despuntaban por el horizonte y entre los árboles. Psique alcanzó a ver un claro lejano. La luz suave hacía brillar el polvo y, regida por la curiosidad, levantó la vista. Por primera vez, el mundo le pareció enorme, vivo e interesante. Lo desconocido le era tan emocionante que notó su corazón latir más rápido. Debió exteriorizarlo de alguna forma, pues Catalina cabeceó hacia ella, indicándole que bajara de nuevo la cabeza. Psique obedeció en el acto.

El padre de Will conducía el grupo junto a Miles Allan y Edward McCain. Catalina debería sentirse intimidada ante esos tres, pero sobre todo ante su esposo. ¿Qué ocurriría cuando revelara su identidad? Los hombres de aquellas tierras eran quienes mandaban e imponían castigos por desobediencia. La mujer, aunque participara en el día a día y gozara de bastante libertad de decisión, era, después de todo, una mera extensión del hombre. No como un brazo o una pierna, sino como un simple dedo de la mano. ¿Qué importaba perder uno si tenía muchos más? Nada les impedía quedar siempre por encima de ellas o tratarlas como basura cuando les interesaba.

La señora McPherson se veía decidida. Era valiente y daba la impresión de ser capaz de doblegar a cualquiera con ese carácter fuerte e ingenioso. No obstante, frente a su esposo no tendría nada que hacer, estaba segura.

En su caso, su familia era distinta, extraña y poco común... Su madre, Charlotte, ejercía el mismo poder que su padre, tanto de puertas adentro como fuera de casa. Entre ellos existía un pacto de igualdad que no solía darse. Ni siquiera entre sus tíos. Cameron McAllen, aunque adoraba a su esposa Adele, imponía su última decisión a ojos de los demás. Había sido testigo de ello en muchas ocasiones durante sus visitas al castillo.

En cambio, sus padres practicaban el afecto mutuo. Razonaban cada decisión en pareja y cedían en favor del otro sin el mínimo inconveniente.

¿Sería por eso por lo que había elegido a Will como mejor amigo? No era dominante, sino sensible y divertido. Nunca buscaba el conflicto, y veía lo positivo y productivo en las situaciones difíciles.

¡Cuánto lo añoraba! Seguro que, en una situación como esa le diría: «Nada es imposible, y menos para ti. Eres única».

Notó que se sonrojaba bajo el plaid y resopló ofuscada. Siempre le ocurría cuando pensaba en él.

Entonces, recordó la conversación pendiente con Ronald. Williams ya tenía un anillo de pedida para alguien. ¿Habría conocido a alguna mujer en ese viaje que le había robado el corazón? Pero ¿y si la conoció antes de partir? ¿Y si se trataba de alguna lugareña?

Echó otro vistazo rápido a Catalina. Ella debía saberlo. Si Williams había confiado en su madre para contarle sobre ella, con seguridad también sabría de quién se había prendado. Se mordió el labio inferior. ¿Estaba haciendo el viaje en vano? Era absurdo darle vueltas al tema, lo único que conseguía era hundir el dedo en la llaga. Y escocía bastante.

—¿Vais bien? —preguntó Ronald, sobresaltándola.

Él gruñó algo entre dientes ante su arrebato, que supuso que no sería nada bueno.

—Perfectamente —susurró.

Catalina, en cambio, asintió sin decir nada.

—Te dije que no hablaras, John.

—¿John? —cabeceó hacia él con los ojos entrecerrados—. Si no quieres que hable no preguntes.

—¿Ves que Catalina contestó con la cabeza? Apréndetelo para la próxima. —Como no le respondió, continuó—. John o David, escoge tú.

Psique agachó la cabeza y siguió cabalgando como si nada. Ronald era insoportable cuando quería, aunque esta vez lo entendía. En realidad, estaba cansada, pero no pensaba decírselo. Sabía que el viaje sería agotador y confiaba en acostumbrarse pronto. No podía ser tan difícil, ¿verdad?

A su lado, Catalina se mantenía firme, como si esas millas recorridas fueran en realidad un paseo matutino. Calculaba que tendría cincuenta y pocos años, más o menos. A pesar de haberla visto a la luz de la luna, apreció su belleza brillante, de esas inmortales que fascinan por la sensualidad de sus rasgos. Debía de haber roto muchos corazones antes de acabar casada con Andrew McPherson. En una ocasión, Will le había contado que su madre se quedó embarazada de él a una edad avanzada. En aquel momento, después de conocerla en persona y notar el halo de fuerza que desprendía, moría por conocer su historia.

Poco a poco, acabaron algo apartados del pelotón y se atrevió a dirigirse a ella.

Carraspeó para que la oyera y esta le dirigió una mirada interrogadora bajo el ala de su sombrero.

—David, ¿necesitas descansar?

Ronald resopló, disgustado. Psique lo ignoró.

La mujer la miró con sorpresa al principio, luego puso los ojos en blanco.

—No necesito descansar todavía, pero creo que tú sí —espetó.

—Lo reconozco, no estoy muy acostumbrada a montar. Suelo utilizar el carruaje para moverme.

—¿Creías que ser joven te haría inmune al cansancio? —añadió con un brillo burlón en sus ojos.

Psique abrió la boca para contestar, pues se sintió estúpida y se dio cuenta de que podía haber ofendido a Catalina, pero el caballo dio un pequeño trote y tuvo que aferrarse con fuerza a la montura para no perder el equilibrio.

—Resistente, quizás —musitó, avergonzada.

—Claro —respondió Ronald—. Como un polluelo tratando de volar como un halcón.

—No creo que hayas logrado mucha fortuna estos dos años haciéndote el gracioso, Ronald.

—No, por suerte no me hizo falta hacer de bufón. El negocio no fue mal, la verdad.

Psique se quedó en silencio. Les había ido bien... Eso era lo que Will deseaba antes de volver.

—Estoy acostumbrada a trabajar, John —respondió Catalina llamándola por su nuevo apodo—. Andrew me regaña mucho porque siempre estoy dando de comer a los animales de la granja o lavando la ropa... ¿Pero sabes algo? Si no lo hubiera hecho durante estos años, ya me hubiera dado la vuelta.

Psique sonrió debajo del plaid.

«Yo, en cambio, ya tengo ganas de descansar», pensó.

—Todavía estás a tiempo de arrepentirte, Psique —dijo Ronald—. Esto no será agradable. Será duro. Nos lloverá, dormiremos a la intemperie. Trabajarás como un hombre, te saltarás comidas...

—No voy a abandonar si eso es lo que pretendes contándome tantas calamidades.

—Soy realista, Psique...

—John —corrigió Catalina con un suspiro.

Él frunció el ceño.

—Deberías irte y quedarte cosiendo o lo que sea que hagas en tu hermosa mansión.

—Yo no coso, pinto.

—Peor me lo pones, por lo menos si coses haces algo útil.

Psique respiró profundo. Una, dos, hasta tres veces antes de responder.

—Quizás te asombre, Ronald —siguió Psique, aprovechando la interrupción—. Cuando el cuerpo está al límite, reacciona mejor. Se vuelve más rápido, más fuerte...

—O más torpe —gruñó este.

Psique lo miró de reojo, desafiante. Si pudiera ya le habría soltado un sopapo que le habría puesto la cara del revés.

—De momento solo noto que me duelen partes del cuerpo que no sabía que tenía, pero nada que me haga arrepentirme —soltó siseando las últimas palabras.

—Eso significa que vas por el buen camino —dijo Catalina con una risita.

El guerrero bufó, pero no pudo esconder el brillo divertido de sus ojos a pesar de sus intentos de amedrentarla.

—Pobre quien tenga que soportarte, Ronald.

—Eso si encuentro a alguien —dijo fijando la vista en unos guerreros que parecían reírse algo más adelante.

—Si sigues por esa línea te aseguro que huirán despavoridas.

—No te creas —replicó él con una sonrisa llena de misterio.

—Por desgracia hay muchas mujeres que encuentran encantador ese carácter de mula vieja —soltó Catalina.

Psique soltó una carcajada tan espontánea que incluso el caballo movió las orejas.

Ronald iba a protestar, pero un guerrero del grupo se volvió hacia él y le indicó con una mano que se acercara.

—¡Eh, amigo! Ven, tenemos un dilema y necesitamos una opinión sensata. —Y fijó su atención en ellas—. Vosotros también, cuantas más ideas mejor.

—Estoy muerto —murmuró Ronald a la vez que asentía con una sonrisa forzada más parecida a un dolor de muelas.

Había empalidecido de golpe. Y Psique creyó que se desmayaría.

—Tranquilo, Ronald —susurró ella—. Confía en David y John.

Él pasó la vista de una a otra y tragó saliva. Conocía la tendencia de Psique a no callar y apostaba lo que fuera a que Catalina era igual. No lo culpaba por desconfiar.

Ronald resopló. Luego endureció la mandíbula y miró al cielo en un ruego interno.

—Ese es el problema: que no confío en vosotras —dijo con seriedad, virando el caballo hacia ellos. Entre dientes, añadió—. Seguidme y, por lo que más queráis, no olvidéis que sois hombres.

Ambas avanzaron detrás de él. Psique notaba que el corazón se le saldría del pecho de un momento a otro. Se sintió muy pequeñita y por primera vez dudó de su valentía.

De repente, Catalina se acercó un poco en su montura y le susurró:

—Si te bloqueas, imagínatelos con uno de tus vestidos cosiendo.

Psique parpadeó y observó pasmada cómo esta salía tras Ronald. Sin esperar un instante más, espoleó su caballo mientras trataba de procesarlo. ¿Había oído lo que había oído?

El guerrero que los había llamado se inclinó hacia ellos con una sonrisa pícara a modo de saludo. Psique agradeció que no hicieran presentaciones. De momento, fácil.

El grupo estaba formado por unos cuatro hombres de entre veinte y treinta años. Eran fornidos, intimidantes y andaban algo desgreñados. No creyó que se hubieran esmerado mucho en su aspecto al partir. Al menos, iban correctamente vestidos, a pesar del polvo levantado. El que les había hablado parecía el más experimentado. Sonreía de oreja a oreja en su afán de maestro de cuadrilla.

—A ver, muchachos —dijo este en voz baja, creando expectación —. Estamos discutiendo algo importante.

Hizo una pausa.

De un vistazo, comprobó que Ronald apretaba tanto la mandíbula que creyó que se la partiría. Catalina, en cambio, guardaba la mirada

baja, pero mantenía una postura relajada, como si llevara toda la vida viajando con ellos. Era admirable.

—¿Qué preferís? ¿Una mujer que os prepare una buena comida caliente... o una cama caliente?

Ronald, rígido como un poste, no contestó. Tal vez, aguantaba el dolor de haberse partido una muela.

Catalina parpadeó dos veces, pero bufó.

Psique sintió que el alma se le caía a los pies, pues no tenía ni remota idea de qué significaba eso último.

Ronald rio estúpidamente, todavía seguía más rígido que una piedra.

Los guerreros esperaban, como si la pregunta fuera de vital importancia.

—Pues... —empezó Ronald—. Depende del día ¿no?

El guerrero mayor asintió con entusiasmo.

—Exacto, eso mismo pienso yo —dijo.

Otros dos rieron y el último se rascó la barba, pensativo.

—Una buena comida es importante. Si no comes, no rindes —opinó Catalina con voz grave y bien conseguida.

—¡Estoy de acuerdo! —comentó el más barrigón.

—¿Y tú qué piensas, muchacho? —preguntó el mayor a Psique, provocándole casi un vahído.

Inspiró hondo.

«Psique, eres valiente, ingeniosa y puedes con todo este ejército de memos vestidos de satén rosa mientras zurcen una colcha de matrimonio para su boda», se dijo, infundiéndose valor.

Ronald soltó una carcajada profunda, intentando disimular sus nervios.

Psique notaba que le bajaba una gota de sudor frío por la nuca, sin embargo, la imagen en su cabeza le hizo tanta gracia que soltó

de golpe el aliento que contenía sin percatarse. Como magia, las palabras fluyeron por sí solas en sus labios.

—Tampoco está mal tener a alguien que te acompañe cuando hace frío —soltó.

Su madre le decía a su padre muchas noches que no tardara mucho en acostarse porque la cama le resultaba demasiado fría.

—Ahí está —gritó el del fondo que se rascaba la barba—. ¡Tú sí que sabes!

Ronald cerró los ojos con un suspiro de alivio.

—¡Eh! Te veo un poco tenso, amigo —le dijo uno a Ronald.

—No, que va, hombre. Es solo que no he ido al baño como hubiera querido y...

Ellos siguieron hablando animadamente de mujeres e intestinos atascados. Catalina y Psique se miraron aliviadas. Poco a poco, se quedaron rezagadas hasta que pudieron hablar sin peligro de que nadie más las escuchase.

—Los imaginaste —dijo Catalina con un brillo divertido en los ojos.

Psique rio en respuesta. Al momento, la otra la acompañó.

—Fue... inspirador —respondió Psique, al fin—. La colcha para su boda les quedó de cuento.

Catalina resopló.

—Los míos cosían las enaguas de sus esposas, mientras estas leían un libro.

Psique se aguantó la risa. Catalina estaba igual. Morían por hacerlo a carcajadas, pero era muy peligroso. Poco a poco, lograron serenarse.

—Catalina...

—Dime.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, soy toda oídos.

—¿Qué significa eso de calentarle la cama a un hombre?

Oyó cómo retuvo el aire y luego lo soltaba de sopetón. Un brillo en los ojos le indicó que le encantaba la pregunta. Con voz melodiosa comenzó a decir:

—Hace muchos años, viajaba en carruaje junto a una dama inglesa y su criada. La muchacha, tan directa como tú, me pidió que le explicara eso mismo. Ella... no tenía una madre que le contara los entresijos entre un marido y su esposa. Pero creo que tú sí la tienes y, por lo que he oído, Charlotte es una persona muy competente.

Psique seguía sin entenderla. ¿Qué tenía que ver eso con la pregunta que le había hecho?

—¿Conoces a mi madre?

—No he tenido el gusto.

Ante su mutismo, continuó, inclinándose un poco hacia ella.

—Calentar la cama no es más que una forma de decir que alguien te hace la vida más agradable. Que te acompaña, que te da consuelo cuando hace frío, que está ahí cuando lo necesitas... —se detuvo, sopesando cómo seguir—. Cuando hables con tu madre, pídele que te lo explique bien. Si después de eso sigues teniendo dudas, ven a verme.

Psique suspiró con fastidio. A pesar de haber entendido su explicación, parecía contener más significados que esas simples palabras.

Ella deseaba justamente eso con Will, calentarle la cama todas las noches.

Un vozarrón grave, unos pasos más allá, interrumpió sus íntimas reflexiones y las hizo sobresaltarse.

Un jinete de cabello oscuro y gran atractivo detuvo al grupo con una orden. Era fuerte, algo áspero, y una cicatriz le cruzaba el rostro. Parecía ser el mandamás y, por la rigidez que adquirió la mujer que cabalgaba a su lado, adivinó que lo conocía bastante.

—A ese le calentaba la cama a cualquier hora del día.
Sin lugar a dudas era su esposo, Andrew McPherson.

XIII



Después de cruzar la falda de esas montañas, llegaron a unas llanuras. Eran de un color tan imposible que pensó que las imaginaba. El follaje anaranjado del brezo contrastaba con el azul del cielo. Todavía quedaban algunas nubes bajas que, poco a poco, se replegaban para dejar paso al esplendoroso día que se auguraba. Al contemplarlo embelesado, recordó a Psique con melancolía. Agarró el anillo que colgaba de su cuello y cerró los dedos con fuerza alrededor de él.

—¿Qué te ocurre? ¿Te duele algo? —preguntó Tormod, quien se había parado justo a su lado y lo observaba de reojo.

—El corazón —respondió sin importarle que lo escuchara. ¿Acaso opinaba alguna vez de algo ese hombre huraño?

—Vaya —dijo—, una mujer te espera a la vuelta. Me alegro por ti.

Williams giró el cuello hacia él, muy sorprendido. Su expresión era neutra y resultaba difícil predecir qué pensaba. Su persistente máscara de indiferencia lo ponía nervioso.

—¿Te alegras, Tormod? —soltó estupefacto—. Gracias a ti no volveré a verla.

—Bueno, no es malo mantener la esperanza. —Tras una leve pausa añadió—. El amor te hace más fuerte, al contrario de lo que piensan muchos.

«Eso es gracioso, viniendo de un guerrero insociable como él», pensó, alzando las cejas.

—¿Has estado enamorado alguna vez?

El guerrero no le contestó, y sonrió de forma enigmática. Williams bufó y dirigió su atención a Aodh que inspeccionaba la zona de posibles peligros más adelante.

—Dime —dijo, volviendo a sorprenderlo—, ¿es bonita? —Williams sonrió sin darse cuenta, como siempre que pensaba en ella—. Vaya, debe de serlo, a juzgar por esa cara de bobo que pones.

—Esas flores me recuerdan a su cabello de fuego —dijo ensimismado.

Entonces, extrajo del bolsillo de su chaleco el pañuelo donde guardaba el mechón de pelo de Psique y lo desenvolvió para mostrárselo.

El guerrero resopló de forma exagerada y eso le extrañó mucho.

—Las pelirrojas son traicioneras, hijo...

Entonces, al oírlo, recordó la conversación que tuvo con su padre mientras dibujaba el anillo que llevaba al cuello:

—Me gusta verte diseñar, hijo. —Hizo una pausa mientras observaba el dibujo en el pergamino—. Es un anillo.

Williams comenzó a transpirar. Desde que lo había visto entrar en el despacho, esperaba que le preguntara por él. Como no le respondió, Andrew se sentó en el sillón delante del escritorio y esperó.

—Will, sé que eres apreciado entre las campesinas, a las que visitas bastante, por cierto...

Clavó sus ojos en él, interesado.

—¿Y tú qué sabes de eso?

—Bueno, a veces los hombres somos muy chismosos. Digamos que hablamos de bastantes cosas.

—Ronald —gruñó. Andrew intentó disimular su sonrisa rascándose la nariz—. Lo mato.

—Bueno, no hacéis nada malo en liberar tensiones, pero creo que lo más importante se lo guarda. Verte dibujar eso ahora —señaló el

papel— me preocupa más.

Resopló y siguió trazando el carbón sobre el papel.

—Es para alguien muy especial —dijo sin dejar de dibujar—. Es un anillo de pedida. Pienso dárselo antes de irme.

Oyó cómo su padre contenía el aliento y lo soltaba poco a poco.

—¿Crees que si se lo das antes te aseguras el puesto? —Will se mordió el labio—. Es un poco egoísta, ¿no crees?

Soltó el carboncillo y puso las manos sobre la mesa. Lo miró con atención.

—No podría vivir sin ella.

Era cierto, y sentía tanto miedo de perderla que solo se le ocurría esa forma de impedirlo. No podía largarse sin más, era demasiado perfecta, cualquier hombre que la conociera intentaría conquistarla en su ausencia.

Andrew le sostuvo la mirada sin parpadear. Intentaba encontrar en él alguna debilidad que indicara dudas o que estaba exagerando; lo conocía bien. Finalmente, asintió.

—Pero eso no te da derecho a atar a nadie. No sabes cuándo volverás. Puede que tardes meses, incluso años en regresar si quieres hacer buena fortuna ¿Es eso lo que te preocupa? ¿No darle una buena vida? ¿Quieres vestirla con sedas y que pase los días adornando los jarrones de tu hogar?

Williams apartó la mirada unos segundos.

—Ella es de buena posición —adivinó su padre con pesar.

—Es... —suspiró con desánimo— una McAllen.

La vena de su cuello se hinchó y la cicatriz de su cara pareció tensarse un poco. Andrew cerró los ojos. Cuando los abrió no había disgusto en ellos, solo una sombra de dolor.

—Antes de conocer a tu madre quise a otra mujer, también era noble. —Williams parpadeó, asombrado por la confesión—. Yo era el hijo de un simple mercader que hizo una buena fortuna. Pero

éramos tan amigos que pensé que eso sería suficiente. Estaba seguro de que ella aceptaría casarse conmigo.

Como su padre calló en una profunda reflexión, Williams lo instó a seguir:

—¿Qué ocurrió, padre?

Andrew alzó las cejas un instante y volvió a fijar la vista en su dibujo.

—Ella se enamoró de otro. Era un laird y al principio pensé que lo prefería a él por su posición. —Las palabras retumbaron en su mente como un trueno. Ese era su profundo y más temido miedo al hacer ese viaje—. Pero estaba equivocado. No me amaba y no supe verlo a tiempo. El deseo de poseerla me cegó, no me dejaba ver la realidad. Caí en un agujero del que pensé que nunca saldría... Hice cosas de las que me arrepiento mucho, Will. Hasta que conocí a Catalina.

Williams lo acompañó con una sonrisa. Su madre era capaz de dar su vida por los suyos sin dilación. Un profundo amor se reflejaba en la expresión de Andrew cuando la nombraba.

—No tienes que hacer ese viaje, hijo. Siempre serás suficiente para ella si te quiere de verdad.

—Lo sé, pero no será suficiente para mí ni para su familia, padre —confesó a pesar del dolor que le provocaba mostrar sus temores.

Andrew asintió. Era una cuestión de dignidad y, por mucho que le pesara, debía alcanzar la madurez y la seguridad que le faltaban para afrontarlo todo.

—¿Le pedirás su mano antes de partir?

—No lo sé, padre. No estoy seguro de nada.

—Si siente lo mismo que tú, ella te esperará hagas lo que hagas.

Williams miró el dibujo del anillo a medio terminar y cerró los puños con fuerza.

—Forjaré este anillo —afirmó con firmeza.

—Espero que sea bonita y me dé preciosos nietos.

—La más bonita —sonrió ante la idea y añadió—. Tiene el cabello de fuego más hermoso...

Andrew bufó de nuevo. Él se interrumpió, extrañado.

—Las pelirrojas son traicioneras, hijo. —En sus ojos había un brillo de diversión. Luego su voz sonó rotunda, como si le cediera una importante enseñanza—. Ni el tiempo vuelve, ni la vida se repite. Busca la felicidad, McPherson.

Un carraspeo exagerado lo arrancó de su recuerdo.

—No has oído nada de lo que te he dicho, ¿verdad? —gruñó, Tormod, arrancándolo de su ensimismamiento—. Te digo que el color de su cabello las condiciona a ser de una forma u otra. —Al ver que por fin estaba interesado, continuó levantando un dedo—. Las morenas son peligrosas. Es como si ya supieran siempre más que uno. Te hacen dudar de ti mismo... Nunca estarás tranquilo con una a tu lado.

Williams pensó en su madre y su fuerte carácter. La verdad era que ella no solía guardar mucho lo que pensaba, es más, pecaba de sincera y eso le daba luego malos ratos. Sin embargo, sí que era más lista que el hambre.

Asintió de acuerdo y Tormod siguió su razonamiento tras aclararse la garganta:

—Luego tenemos a las rubias. Aparecen cuando menos te lo esperas, como una ardilla. Son curiosas, observadoras y manipuladoras. —Como frunció el ceño, confundido, se explicó—. Tienen aspecto de hada del bosque, pero son brujas temibles capaces de darle la vuelta a cualquier cosa que digas sin que apenas te des cuenta. Luego acabas preguntándote: «¿Cómo lo hizo?».

Williams rio y negó con la cabeza, cada vez más divertido.

—Eso no tiene sentido.

—Exacto, por eso les funciona tan bien. Por último, tenemos a las pelirrojas —Williams se cruzó de brazos, dispuesto a oír qué tenía

que decir de ellas—, que tienen fuego dentro. Una mirada suya puede calentarte hasta hacerte arder. Por eso son traicioneras: te engañan sin esfuerzo, pues su brillo nos ciega y nos hace creer lo que quieren, aunque después resulte ser lo contrario. Son traicioneras, volubles... —Calló unos segundos y a Will le pareció que rezaba alguna plegaria interior— y vengativas. Guárdate de ellas, chico. Tú diles que sí a todo y, luego, cuando se descuiden, huye muy lejos.

—¿Otra vez con lo del pelo? —intervino Aodh, apareciendo tras terminar la inspección—. ¿A quién le toca hoy? ¿A las morenas, rubias o pelirrojas?

Su amigo se giró hacia él, indignado.

—A todas, como siempre —dijo de malas pulgas—. Son todas unas brujas engañosas.

—Me gustaría saber qué opina Fiona de eso.

—Ella no tiene que opinar nada, es una mujer —dijo casi con un gruñido.

Will alzó las cejas, interesado. Estaba asombrado de lo mucho que había hablado Tormod esa mañana. En ese viaje solo lo había oído gruñir o decir cuatro palabras contadas para regañar a Aodh.

—¿Sabes qué le pasa? —le preguntó este último con expresión maliciosa—. Que nos queda poco para llegar y teme dar muchas explicaciones.

Tormod acarició la empuñadura de su espada colgada de su cinto. Aodh ni se inmutó, regalándole una sonrisa triunfante.

¿Esos dos brutos insensibles tenían pareja? Tal vez esa Fiona fuera una simple ramera, pero parecía temerla bastante. Además, después de todas esas duras declaraciones en contra de las mujeres... ¿El temor era tan latente como dejaba entrever? ¿De qué color tendría el pelo Fiona?

Aguantó una carcajada.

Era absurdo. Su Psique era clara como el agua de un río. Se la veía venir de lejos y no era nada traicionera. Jamás lo dañaría; era un alma pura, transparente... Aunque sí le daba la razón en algo: era puro fuego y su mirada lo calentaba tanto que apenas contenía las ganas de abrazarla cuando la tenía cerca. La deseaba como mujer desde hacía demasiado tiempo. Quizás sí tuviera algo de bruja, pues lo tenía subyugado. Esos últimos años no se excitaba por ninguna otra. Las mujeres a las que visitaba necesitaban esforzarse mucho para despertar su interés. En cambio, le bastaba verla a ella para sentirse desbordado. Es más, con solo pensar en ella notaba algunos tirones en su entrepierna ¡Joder! Soñaba con hacerla suya y, por culpa de ese par de cabrones, nunca podría declararse.

Un cabreo monumental lo enervó y espoleó su caballo:

—¡Idos a la mierda! —gritó sin pensar y avanzó—. Sigamos.

Tras recorrer un buen trecho, miró por encima de su hombro. Discutían y dirigían gestos no muy tranquilizadores. Los esperó con paciencia.

Tormod

—¿Desde cuándo da él las órdenes? —rumió Tormod contemplando cómo se alejaba Will al trote.

—No lo sé —dijo Aodh, acariciándose la barba, distraído—. Pero me recuerda a su padre. Quizás sea algo más desconfiado, y tampoco sabemos cómo es ahora nuestro amigo.

—¿Amigo? —rio con sarcasmo—. No creo que nos estime mucho después de lo que hemos hecho.

—Siempre seremos hermanos de sangre, Tormod —insistió—. Nos ayudará.

—Ya no nos necesita. No quiere destruirse, como bien sabes que hacía.

—Eso parece. La mujer que lo soporta debe de ser una buena pieza para haber conseguido que se perdone, ¿verdad?

—Me pregunto cómo será su pelo —respondió, pensativo.

—¿Otra vez con tus teorías? —Puso los ojos en blanco—. Son una estupidez y lo sabes. ¿Por qué le hablaste de ellas?

—Comentó que le dolía el corazón por una pelirroja y ya sabes cómo me despedí de Fiona... —Se aclaró la garganta, algo apurado —. Intenté abrirme un poco con él. Pensé que sería bueno ganarme su confianza y que me contara más de su vida. Sin darse cuenta largaría sobre Andrew.

—Echo de menos la compañía de ese cabezota —dijo con sinceridad—. Creo que por eso me cae bien este muchacho. Me recuerda a él.

Tormod lo miró con inquina.

—Sí, ya os he visto muy unidos estos días. —Le dirigió una sonrisa sarcástica—. Espero que no te enamores de él, te recuerdo que tiene alguien esperándolo.

—Estás celoso.

—¿Yo? —dijo demasiado rápido—. Te estimas demasiado, rubia.

Tormod espoleó su caballo tras el chico, que los observaba sin perder detalle. Oyó a Aodh jurar por lo bajo, lo que le arrancó una enorme sonrisa de satisfacción. Le encantaba reírse a su costa y sí, estaba algo celoso. Era el único con quien hablaba de todo, aparte de Fiona y... Andrew McPherson. Entendía su deseo de rehacer su vida lejos de ese peligroso mundo, pero no podía ignorar su pasado ni su pertenencia a ese linaje.

Pasó por el lado del muchacho sin mirarlo y cabalgó un buen trecho más rápido de lo habitual. Ya quedaban pocas millas para llegar a su "hogar". Deseaba descansar y disfrutar de un buen guisado de ciervo de su Fiona. Torció una mueca al pensar en ella.

Sabía que su acogida no sería fácil. No lo aceptaría a la primera, pero confiaba en que sí a la segunda. Cuánto echaba de menos

hundirse entre sus piernas y perderse en sus profundos ojos negros...

De pronto, un zumbido agudo en su oído lo alertó de un peligro. Una flecha se había clavado en el suelo muy cerca. Detuvo el caballo y miró a su alrededor, intentando saber de dónde venía. Después de un rápido vistazo, localizó unas enormes rocas a una distancia prudencial.

Y entonces la vio.

Una figura alta emergió desde detrás de las piedras, avanzando con paso firme. El sol brilló con destellos rojizos sobre su melena salvaje, y sus ojos negros como la noche sin luna lo atravesaron con una furia que haría retroceder a un oso. Su pecho se calentó y sonrió agradecido por verla viva. La tenía justo como quería: hecha una fiera. Era su...

—Fiona... —canturreó Aodh, alargando el nombre—. Creo que hoy no te salva ni el mismo Thor.

—Es pelirroja —comentó el muchacho con cierta diversión en su voz.

Tormod lo miró con indiferencia.

—Sí, y tú eres idiota, pero aquí estamos ¿no?

Fiona seguía avanzando imponente. Apretaba la mandíbula y tensaba una nueva flecha en su arco. No hablaba. Tampoco hacía falta. Se detuvo al lado de su caballo.

El silencio era más lapidante que cualquier ruido.

—Me alegro de verte, mi bella esposa —le dijo este inclinándose para acariciarle su mejilla.

Ella cerró los ojos y ladeó la cabeza aceptando su caricia. Tormod emitió un gruñido satisfecho.

—Yo también me alegro de verte, querido esposo.

Confiado, le ofreció la mano para ayudarla a subir a su caballo, pero Fiona le lanzó el arco al pecho. Al no esperarlo, perdió el equilibrio y antes de que pudiera reaccionar, ella lo agarró por el

cinturón y lo arrancó del animal como si portara un saco de grano. Tormod cayó de espaldas al suelo con un bufido ahogado.

Al segundo, Fiona estaba a horcajadas sobre él, inmovilizándolo. Tormod la contempló mudo, mientras sacaba una flecha del carcaj que llevaba a la espalda. La apoyó con suavidad sobre su cuello.

—Tenemos —dijo en voz muy baja y peligrosa— muchas cosas de las que hablar.

Aodh y Williams se hallaban petrificados, atentos mientras esos dos se fulminaban con la mirada.

Al fin, Aodh reaccionó.

—Bueno, chico, será mejor que nos vayamos —dijo tragando saliva—. Yo también me alegro de verte, mujer —dirigiendo un último vistazo a Tormod añadió—. Suerte. La vas a necesitar.

Fiona giró la cabeza con lentitud hacia ellos.

—Largaos.

Los hombres se miraron entre sí y tiraron de las riendas de sus caballos.

Tras un largo trote, Aodh murmuró con una sonrisa torcida:

—Nunca enfades a una pelirroja.

Era absurdo. Al echar un vistazo atrás, la vio gesticular con las manos, todavía encima de él. Siguieron cabalgando unas millas más, dejando atrás las extensas llanuras, y se adentraron en un espeso bosque de pinos silvestres, abedules y enebros. ¿Adónde lo llevaría ese guerrero? Parecía impaciente a cada paso.

Entonces, el rubio le pidió que se detuviera y sacó un cuerno que hizo sonar. El sonido resonó como un trueno en la quietud que parecía envolverlos en el último tramo. Enseguida, crujidos de pisadas procedentes de varias direcciones los rodearon entre los árboles y, casi sin darse cuenta, un grupo de guerreros con un aspecto igual de feroz que el de su acompañante los hizo frente. El corazón de Will era el preludio de la emoción que lo inundó.

XIV



Jamás pensó que, perdido en aquel oscuro bosque, podría encontrarse con un asentamiento de guerreros tan grande. Lo rodearon unos diez hombres de aspecto tan amenazador como el de su acompañante. Aodh los saludó con gran camaradería y entusiasmo. Para gran asombro de Will, lo presentó como el hijo de McPherson y no como un rehén. Ellos lo saludaron con la conformidad de quienes aceptan a un aliado recién llegado.

Uno de los guerreros, corpulento y con barba rojiza, lo observó con detenimiento antes de asentir. Otro, más joven, le dedicó una sonrisa curiosa y, a la vez, desafiante. Will sintió que era evaluado en cada gesto y mirada que les dedicaba, como si ser aprobado en aquel escrutinio tuviera una importancia vital.

Aodh, por el contrario, estaba muy tranquilo.

—Estás entre hermanos —dijo, dándole una palmada en el hombro—. Y los hermanos se protegen.

Will estaba demasiado abrumado por la situación. No sabía si aquello debía tranquilizarlo o preocuparlo más. De momento, prefirió no contradecirlo y seguirle la corriente, aceptando la confianza que le brindaban.

El resto del camino lo hicieron a pie, sorteando un laberinto de troncos que a cada paso lo deprimía más. No saldría de ese bosque, aunque quisiera. Antes moriría devorado por los lobos y perdido en cualquier rincón. Al fin comenzó a comprender la tranquilidad de Aodh. Sabía que nadie inexperto se atrevería a adentrarse en esas tinieblas.

A pesar de que era de día, la oscuridad los envolvía y, en algunos tramos, apenas se veía lo que había a un paso. Más adelante pudieron apagar las antorchas que se habían visto obligados a encender por culpa de la espesura. El sendero se abrió de pronto, como si esos árboles se hubieran apartado para revelar un claro enorme. Uno de sus laterales estaba enmarcado por gigantescas rocas verticales de aspecto sobrecogedor. Al avanzar hacia él, los altos troncos aparecían más espaciados y, entre ellos, surgían cabañas de madera oscura. Olía a resina, cuero y candela, cada vez con más intensidad.

Miró al fondo y vio que, en el centro del asentamiento, ardía una gran hoguera rodeada de piedras. Sobre ella colgaban calderos de los que ascendía una columna de humo que se perdía entre las densas copas de los árboles, que hacían en parte de techo. Aun así, los inundaba la luminosidad dorada de las antorchas clavadas en estacas.

Observó todo con asombro, sin perder detalle. Había armas y escudos con símbolos de clanes apoyados contra los troncos, pieles extendidas sobre ramas para que se secaran y un arsenal de flechas amontonadas. Daba la sensación de ser un grupo muy organizado, dispuesto a desaparecer ante cualquier aviso de peligro.

Los hombres que lo acompañaban se dispersaron entre las cabañas, saludando a los demás guerreros y a las mujeres que emergían de cada recoveco. Todos mantenían la misma actitud alerta, sin permitirse el menor despiste. Y, sobre todo, las miradas recaían en él, que percibía con creciente intensidad la curiosidad que despertaba.

Will siguió a Aodh, que avanzaba con paso seguro, como quien regresa al hogar de toda la vida. Se acercaron a una pequeña cabaña y, en cuanto Aodh fue a echar mano del picaporte, la puerta se abrió de golpe y le dio de lleno en la cara, haciéndolo trastabillar. Tropezó con Will, que se hallaba justo detrás, y cayó de espaldas al suelo.

Sin apenas tiempo para reaccionar, un grito femenino los sobresaltó. Como un rayo, una mujer de tez morena se lanzó a horcajadas sobre el rubio vikingo. Sollozaba y besaba su rostro con cariño. Sonriente, él respondía apasionadamente a sus besos y la apretaba contra sí, sin ningún recato, palpando cada rincón de su menudo cuerpo.

Will comenzó a incomodarse un poco. Sin embargo, su atención se centró en un niño rubio de unos cinco años que asomó por el marco de la cabaña.

—¿Qué ocurre, Jork? —preguntó una dulce voz desde el interior.

—¡Aodh! ¡Es Aodh! —exclamó el pequeño, con los ojos más abiertos que Will hubiera visto nunca—. ¡Han vuelto!

En un parpadeo, se lanzó hacia los dos adultos que se abrazaban con una pasión más propia de la intimidad de una alcoba.

Una mujer joven apareció en el umbral. Tenía los ojos de un azul profundo y el cabello tan claro que parecía casi plateado. De un golpe seco, dejó caer al suelo una espátula que llevaba en la mano y se cubrió la boca, ahogando un sollozo de sorpresa.

Will no pudo apartar la mirada de la mujer, a pesar del gran jaleo que habían montado los otros. En medio de ese rudo asentamiento, ella destacaba como una visión onírica. Era una de las bellezas más exóticas que había visto.

Tras unos largos segundos de escrutinio silencioso, ella bajó la vista al trío que reía y se revolcaba en el suelo.

—¿Tienen por costumbre saludarse de esta forma? —preguntó azorado para romper el hielo, mientras recogía la espátula y se la entregaba.

Ella le dedicó una sonrisa tan radiante que tuvo que hacer un esfuerzo para no balbucear.

—Soy... el rehén de Aodh —logró decir con torpeza, rascándose la nuca.

Ella frunció el ceño, pero no dijo nada, aceptando la paleta de madera. Luego, se llevó la mano al pecho e inclinó la cabeza, sin atreverse a levantar la vista de sus botas.

—¡Eh, dejadme levantarme! —refunfuñaba Aodh entre risas e intentando liberarse del abrazo de esos dos.

Cuando logró ponerse en pie, el rubio se sacudió la ropa y rodeó la cintura de la mestiza, atrayéndola hacia sí con complicidad. Para su gran alivio, Aodh rompió el silencio incómodo.

—Te presento a mi esposa, Zahra, y a Jorvik —dijo, despeinando al niño. Luego, dirigiéndose a la ruborizada joven que aguardaba en la puerta, la saludó con una sonrisa cálida—. Y ella es la querida hermana de Tormod, Sorcha. Me alegro de volver a verte, preciosa.

Ella inclinó la cabeza con respeto.

—A mí puedes llamarme Jork —le dijo el niño y luego se dirigió al rubio—. ¿Dónde está mi tío, Aodh?

—Ahora lo verás, está con Fiona ajustando... cuentas. —Le guiñó el ojo a Will, quien carraspeó—. No tardará, pequeño.

El niño resopló con impaciencia.

—Dice que es tu rehén —preguntó Sorcha con la misma voz dulce y sin mirarlo.

—Exacto...—contestó titubeante, tras echarle un vistazo rápido—. De momento. Ya veremos.

—Soy Williams McPherson, mucho gusto, señoras —se apresuró a decir él.

—¿McPherson? ¡Es un McPherson! —gritó el niño, llamando la atención de varios guerreros cercanos que comenzaron a cercarlos, curiosos—. ¿El guerrero del que tanto habéis hablado mi tío Tormod y tú?

El vikingo negó y se aclaró la garganta al ver la ceja alzada de Will.

—No exactamente, pequeño —contestó—. Williams es su hijo.

Un murmullo de aprobación recorrió el grupo que los rodeaba. Sin esperarlo, se detuvo en la desdeñosa mirada de un anciano.

—El hijo de un traidor —acusó, señalándolo con un tembloroso dedo. Will apretó los puños—. ¿Qué pinta este aquí? ¿Andrew es tan cobarde que nos manda a su hijo?

—Señor... —empezó a decir.

—Will, entra en mi casa —ordenó Aodh, adoptando una seriedad que no le había visto hasta entonces—. Luego hablaré contigo de esto.

Muy a su pesar, siguió a las mujeres y al niño al interior de la cabaña. Con nerviosismo, percibía las miradas de los guerreros clavadas en su espalda.

La impaciencia lo consumía mientras permanecía de pie en esa pequeña cabaña, esperando que Aodh entrara de una vez. No sabía si sentarse, hablar o maldecir a causa de la tensión que llevaba pegada a la espalda. El pequeño había corrido a sentarse en un banco y lo observaba con ojos brillantes, como quien mira a un héroe, y Will se sintió estúpido. Intentó ignorarlo y se concentró en aguzar el oído para captar lo que hablaban fuera. Sin embargo, le fue imposible, pues parecían haberse alejado de allí.

Dentro reinaba una penumbra cálida. Un par de lámparas de aceite iluminaban la estancia y el olor a hierbas secas y humo los envolvía. Sobre el suelo se extendían pieles y, al fondo, se hallaba una mesa baja con algunos cojines grandes dispuestos como respaldo. En un rincón, un telar mostraba hilos de colores y, sobre este, en una repisa, descansaban figuras de animales talladas en madera. Las dos mujeres amontonaban unos cuencos de barro encima de otra mesa. Sus movimientos eran muy silenciosos. Cualquier ruido le parecía estridente, sumidos en aquel mutismo espinoso.

—Íbamos a disponer la mesa para comer —dijo Zahra, sobresaltándolo—. Siéntate, por favor.

Ella le señaló el rincón del suelo y él se lo agradeció. Se quitó el abrigo y lo colgó de un saliente junto a la puerta. Luego, se sentó sobre las pieles, junto a la mesa, y acomodó la espalda sobre uno de los cojines. Aquello casi le arrancó un gemido. Percibir esa suavidad en la espalda después de tanto tiempo a caballo y durmiendo sobre suelo pedregoso era como reposar sobre algodones. Desde allí pudo contemplar la escena que se representaba delante como si él no existiera.

La mujer de Aodh era de piel canela, rasgos finos y cabello rizado muy oscuro, recogido en un moño descuidado. Era menuda, no obstante, desprendía una seguridad en sus gestos que la hacían grande, como si emanara una fuerza interior que la hacía resaltar. Entregó una olla mediana a Sorcha y esta buscó con la mirada a su hijo.

—¿Vas a luchar con nosotros? —le preguntó Jork, antes de que su madre hablara.

—Shhhh —chistó Sorcha, indicándole que se callara—. Eso no es asunto de niños, hijo.

Williams esperó expectante a que el chico la contradijera, en cambio, apretó los labios y guardó silencio para su más absoluta sorpresa.

La mujer se acercó al niño con rapidez.

—Acompáñame, iremos a por la sopa.

Este le echó un último vistazo a Will y aceptó. Con una mano agarró el asa de la olla y la ayudó a transportarla mientras salían.

—Siento lo de ahí afuera —murmuró Zahra con expresión cálida —. Aquí todos recuerdan a tu padre... para bien o para mal.

Él tragó saliva. Esa mujer desconocía que ignoraba la historia de su padre. Por un momento, se sintió tentado a tirar del hilo y aprovecharse de su inocencia; no obstante, el sentimiento de culpa lo frenó. Sabía que Aodh volvería pronto y confiaba en que le contaría todo. Debía ser paciente. Aunque fuera su carcelero, entre

ellos había surgido una especie de estima mutua y no deseaba romperla con artimañas.

—Como dije, soy un rehén. —Al notar que juntaba las cejas, añadió—. Por eso le agradezco mucho su hospitalidad.

La puerta se abrió de golpe antes de que esta pudiera contestar y Aodh entró, cerrando tras de sí demasiado efusivo. Su rostro era una máscara impenetrable.

—Tenemos que hablar —dijo clavando los ojos en Will.

—Iré a ayudar a Sorcha —se apresuró a decir la mujer, dispuesta a salir con rapidez. Sin embargo, Aodh la agarró de la cintura y la apretó contra sí.

Tras darle un profundo beso, que incomodó bastante a Will, la dejó ir con una soñadora sonrisa dibujada en su cara.

—¡Por Odín! ¡Cómo la echaba de menos! —gruñó el guerrero, acercándose a un mueble de donde sacó una botella. Luego sirvió dos vasos y se sentó al otro lado de la mesa baja junto a Will—. Bebe, lo vas a necesitar.

—No, Aodh, ya te dije...

—Bebe —ordenó otra vez con firmeza—. Lo que voy a contarte no es nada agradable, necesitas templarte.

Will no discutió más. Miró con desconfianza el líquido ambarino y le dio un gran sorbo. Le rajó la garganta tanto que lo hizo toser.

—¿Qué demonios...?

—Vín mjǫðar —agregó con acento nórdico profundo—. O lo que viene a significar vino de hidromiel.

El vikingo soltó el aliento muy satisfecho y le guiñó el ojo. Will todavía seguía tosiendo, pero un calor interno comenzó a invadirlo, lo que le resultó muy agradable.

—Saldrás de aquí hecho un hombre, Williams.

—¿Ya no me llamas chico? —bromeó, siguiéndole el juego.

Él negó con la cabeza.

—Estás en mi casa y has bebido del agua de los dioses —enumeró y le regaló una sonrisa pícara—. Te falta probar a nuestras mujeres.

Will rio ante su oferta. Ese vikingo era tan peligroso... Pero le hacía gracia. No contestó y dio otro sorbo al vaso. Este volvió a reír calentando el ambiente con su alegría y destensando lo que auguraba ser una dura revelación.

—Cuéntamelo todo, Aodh, por favor. —El vikingo fijó la vista entrecerrada en él, evaluándolo—. Necesito saber qué movió a mi padre a vivir de esta manera.

—El motivo solo podrá decírtelo él, Williams.

—Entonces, ¿qué escondéis? —preguntó airado—. Y no me digas que no puedes contármelo. Seguro que mi padre vendrá y, cuando lo vea, no quiero ser el único que no sabe nada, Aodh. Esto es muy frustrante, ¿entiendes?

El vikingo asintió y se sirvió otro poco de la botella. Quiso rellenarle a él, pero Will lo detuvo. Tras darle otro sorbo al vaso, continuó hablando.

—Un gallowglas nunca podrá dejar de ser lo que es. Lo eres y punto. No puedes borrarlo sin más ni abandonar para siempre esta forma de vida... Ese viejo loco de Arnold —hizo un gesto hacia la puerta de la casa, refiriéndose al anciano de antes— le echa en cara que se fuera. Lo apreciaba, de veras.

—Mi padre es un hombre respetable, con un hogar al que vuelve cada día. Ha trabajado mucho para lograr lo que tiene y no va a dejarlo todo por... —hizo un gesto con la mano, señalando la habitación— esto.

Conocía a Aodh cuando se le contradecía y ya esperaba el fuerte gruñido, por lo que no se asustó cuando plantó el vaso sobre la mesa con más fuerza de la normal.

—Debe ayudarnos. —Lo miró con una intensidad que no dejaba la mínima objeción—. Hizo una promesa con este pueblo y va a cumplirla.

—¿Qué debe hacer? ¿Cabalgar a vuestro lado, saqueando casas y regresar a su vida de renegado?

—¿Crees que esto va de saquear casas? —espetó con un desprecio palpable—. Ya no hacemos eso... No tienes ni idea de lo que tu padre carga sobre sus hombros.

Will abrió la boca para replicar, pero Aodh lo cortó levantando la mano.

—Los gallowglas somos guerreros. Hemos saqueado casas, como tú dices, para sobrevivir. Antes de eso, fuimos el escudo letal de los jefes de clan bajo juramento. —Se inclinó hacia él y apoyó los codos sobre la mesa—. Tu padre no vino con nosotros por gloria ni por botín. Vino porque debía mantenerse con vida para saldar una deuda de sangre. Nos lo debe.

El silencio cayó como una manta pesada. Sabía que su padre le revelaría el resto cuando volvieran a verse. Del mismo modo, sabía que esa deuda de sangre era un secreto celosamente guardado y que no lograría desentrañarlo, aunque Aodh bebiera sin parar durante la noche entera.

—Mantenerse con vida —musitó ensimismado.

Aodh suspiró hondo.

—De aquello que aún lo perseguía, de la culpa que no había saldado. —Sus ojos mostraban preocupación—. Ahora nos persigue un enemigo mucho peor, Will. Ese que nos arrebatará la tierra y que no nos dejará ni el alma. Todos estamos en peligro.

Will sintió un escalofrío recorrerle la espalda. La mirada del vikingo reflejaba una furia extrema y parecía recrear en su mente un recuerdo atroz.

—Aodh, ¿qué demonios está pasando?

Este se recostó sobre el mullido cojín y cerró los ojos. Se mantuvo en silencio unos largos segundos. Solo se oían sus respiraciones y de vez en cuando el trino de los pájaros en el exterior. Pronto aparecerían las mujeres, esa conversación cesaría y sus dudas se multiplicarían para su más profundo pesar.

—Lo sabrás pronto. Antes tendrás que decidir si quieres seguir siendo un muchacho que exige respuestas o un hombre que busca la libertad.

Bufó con fastidio. No estaba dispuesto a que lo dejara así.

—¿Cuál es nuestro enemigo común, Aodh?

—Inglaterra.

XV



Psique observó con un escalofrío al trío de guerreros que tenía delante. Andrew McPherson lideraba aquella marcha como si lo hubiera hecho siempre. Su imagen era temible y transmitía una fuerza palpable en cada arruga de su rostro, como si la férrea experiencia fuera un símbolo de su letalidad. La cicatriz que le atravesaba la cara le daba un aspecto peligroso e indomable. Con seguridad, aquella oscuridad debía ser su mejor baza para enfrentarse a cualquier enemigo, haciéndolo pensárselo dos veces antes de atacar.

A su lado se encontraba Edward McCain, inminente laird del clan McEwen. Era un hombre de honor, según le había contado Ronald en alguna ocasión.

Por último, y no menos imponente, estaba el temible «Dragón», Miles Allan, yerno de Williams McEwen y hombre de confianza de su tío Cameron McAllen. A este último lo conocía. No vivían muy lejos y, después de tantos servicios, era considerado parte de la familia McAllen. Debía extremar las precauciones con él y no arrimarse demasiado si no quería que la descubriera. Suponía un peligro extra para ella.

Por separado ya resultaban solemnes, pero juntos imponían un verdadero peso a cualquiera que los contemplara. Estaba segura de que serían letales en el campo de batalla. Solo había que fijarse en la determinación de sus fieras miradas y en su porte recio.

Se sentía vulnerable, aguardando lo que tenían que decirles. Nunca había viajado con hombres, y menos haciéndose pasar por

uno. Debía comportarse como ellos, ser uno más. Era difícil, pues su gracia femenina afloraba cuando se despistaba. Eso la obligaba a estar constantemente en guardia, lo cual resultaba agotador y, sumado a galopar a caballo durante más de seis horas sin quejarse, lo consideraba un gran mérito.

A su alrededor, los soldados guardaban un silencio expectante. Notaba que un sentimiento de comunión los envolvía, como si todos fueran uno, y eso la embriagó. Era abrumador sentirse parte de aquello, algo tan prohibido para una mujer, como si cada cabello de su cabeza recobrara sentido.

Hasta entonces, su día a día había sido cómodo, seguro y bastante insulso. Solo las visitas de Will, una vez cada varios meses, la sacaban de esa rutina incolora. Con él, su mundo recobraba otro matiz, su vida se llenaba de emoción y de color, y la felicidad rebosaba por cada poro de su piel. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de que lo amaba? Sus primas ya fantaseaban con hombres desde los quince años, pero ella, enfrascada en su aprendizaje y en su tranquilo día a día, no había sentido aquella curiosidad. Sí que en alguna reunión se le había acercado algún chico para decirle lo bella que era y su vanidad se había disparado hasta el cielo. Sin embargo, luego se reía de su propia estupidez y seguía sin hacerles mucho caso.

¿Sería porque, sin saberlo, ya había decidido que Will era el elegido?

De reojo miró a Catalina. Le recordaba mucho a su amigo. También observó a Andrew, de quien parecía haber heredado el porte y la fuerte masculinidad. Ellos serían quienes compartirían su vida si la aceptaba como esposa... Un cosquilleo comenzó a subirle por el pecho. Lo quería. Deseaba con todas sus fuerzas que su vida adquiriera otro sentido y, aunque fuera lejos de las comodidades a las que estaba acostumbrada, sentía que podría adaptarse. Todo por calentarle la cama a Will el resto de sus días.

—Soldados —la voz firme de Andrew la hizo contener el aliento—, quiero agradeceros que me acompañéis en este viaje. Sé que

todavía desconocéis nuestro destino y, por eso, quería daros la oportunidad de decidir si deseáis continuar, pese a las reticencias de vuestro señor McCain. Sois parte de su ejército y le debéis obediencia. Lo comprendo y lo comparto. Yo también fui uno de vosotros hace tiempo. Sin embargo, no soy vuestro señor y, por ello, no veo justo obligaros. —Hizo una pausa y el silencio pareció aún más intenso—. Adonde vamos no existe la compasión ni una pizca de honor. Como sabéis, mi hijo ha sido capturado y llevado lejos de la seguridad de estas tierras. Cruzaremos las montañas y tal vez algunos no sobrevivan a las inclemencias del norte. La tierra será inhóspita, yerma de calidez. Solo la tozudez permitirá que sobrevivamos antes de enfrentarnos a... —Andrew se detuvo, sopesando si seguir. A Psique le pareció que nadie respiraba— los gallowglas.

Un inquietante murmullo recorrió a los soldados, como si la mención de aquellos gallowglas los hubiera mermado. Parecían helados, como si el sol que los calentaba hubiese quedado oculto tras nubes negras. La tensión era palpable y hasta Psique tembló un segundo, sin saber muy bien a qué se refería con eso de los gallowglas.

Andrew se irguió en su montura y la luz perfiló la dureza de su rostro.

—Entenderé si decidís regresar —dijo con calma, haciendo más evidente la tempestad que rugía en su interior—. Nadie os llamará cobardes. Pero debo avisaros de que quien elija seguirme no obtendrá gloria ni canciones en su nombre. Solo habrá frío, hambre y muerte.

A su lado, Edward McCain apretaba la mandíbula, conteniéndose para no intervenir. Esos soldados formaban parte de su ejército y, con seguridad, le resultaba difícil no tomarse aquello como un desafío a su autoridad. En cambio, Miles Allan mantenía la serenidad, como si ya conociera a esos hombres y su decisión antes de que contestaran.

Psique no podía apartar la vista de Andrew. Había dolor y furia en sus palabras, y una determinación que la estremecía. No pedía voluntarios, sino la oportunidad de compartir su condena. Por un momento, le pareció oír un sollozo ahogado procedente de Catalina. Ladeó la cabeza hacia ella, preocupada por lo que pudiera estar sintiendo, pero esta mantenía un temple impenetrable. Aquella mención de la muerte debía de ser muy dura de procesar para una madre y, aun así, allí estaba, tan digna como una diosa bajo unos ropajes que ocultaban, gracias al cielo, su indudable sufrimiento.

Nadie habló durante unos instantes. El aire vibraba, cargado de respeto y miedo.

Entonces, Ronald azuzó a su caballo y se colocó delante de ellos.

—Señor McPherson —dijo con voz firme—, no formo parte del ejército del laird McCain, pero creo que estos hombres han sido entrenados para combatir la injusticia. Soy amigo de Will y ellos también lo son, igual que lo son de usted. No me importa lo que fuera en el pasado ni lo que lo uniera a esos gallowglas; lo conozco desde que era niño. Lo respeto como a un padre y lo seguiré hasta la muerte. Su hijo es mi hermano y puede contar conmigo.

La declaración de Ronald sonó como un martillazo. Psique se sintió tan orgullosa de él que casi olvida su papel de soldado. Moría por abrazarlo y estrujarle los mofletes hasta hacerle protestar.

Uno de los veteranos habló, al fin.

—Señor McPherson, si su hijo está en manos de esos demonios, yo iré con usted. Williams es mi amigo.

Otro soldado se unió.

—Y yo, no abandonaré jamás a un McPherson.

La reacción se propagó y pronto muchos alzaban los puños apoyándolos. Nadie se echó atrás.

Edward suspiró, resignado, pero orgulloso. Miles sonrió con suficiencia. Andrew ofreció su brazo a Ronald y entrelazaron las manos con fuerza. Luego se dirigió con gratitud a los demás, que ya reían, presos de la euforia ante la inminente batalla.

—Entonces partiremos juntos. Y volveremos juntos.

Psique tembló de emoción. McPherson actuaba como si siempre hubiera sido un líder. ¿Habría desempeñado ese papel entre los gallowglas en el pasado?

Al fin, los líderes retomaron la marcha y los soldados los siguieron, todavía contagiados por un nuevo entusiasmo. Parecían haber despertado y el cansancio se había borrado de sus semblantes.

Ronald regresó con ellas, muy sonriente.

—No dejaré que Andrew te mate, Ronald —dijo Catalina cuando al fin quedaron apartados del resto. Este giró la cabeza tan rápido hacia ella que Psique juraría haberle oído crujir el cuello—. Vas a ser mi yerno.

—¿Ye-yerno? —repitió con voz muy aguda.

Psique aguantó las ganas de reír con todas sus fuerzas al ver la palidez que adquiría su amigo. Por un momento, pensó que podía sufrir un vahído. En los ojos de Catalina adivinaba la misma diversión.

—No tiene gracia, señora —rumió este después de un controlado carraspeo que no llamara la atención del grupo—. Creo que su hija tendrá algo que opinar sobre eso, ¿no cree?

—Ella no es un problema, cielo. —La mujer rio bajito—. El problema siempre son los hombres. Sois tan básicos que no sé cómo os crece barba.

Psique se mordió el labio para no soltar una carcajada.

—No soy básico —murmuró algo ofendido—. Solo selectivo. Y su hija es muy niña, no entra en mis planes verla como... —La palidez de sus mejillas se esfumó de un plumazo para mostrar un Ronald tan colorado como una amapola— ya sabe.

Psique soltó una risa suave y este la miró con desesperación.

Catalina no le contestó, pero lo seguía observando por debajo del ala de su sombrero como un halcón. Psique estaba segura de que

Ronald se sentía como un ratón cazado.

—Creo que me daré una vuelta —dijo él, muy nervioso. Antes, se inclinó hacia ellas y siseó—. No habléis mucho. Los hombres no somos muy dados a...

—Sois más chismosos que las lavanderas de los McAllen —espetó Catalina, sin dejarlo terminar—. Anda ve con ellos, se nota que los echas de menos.

—Os estoy vigilando —advirtió, ignorando sus palabras.

—Vaya, gracias, nos sentiremos más seguras al saberlo.

Ronald bufó, espoleó su caballo y se detuvo junto al grupo de hombres con los que habían congeniado antes. Psique seguía divertida, pero al mirar a Catalina, vio que sus ojos mostraban una gran preocupación, la misma que había percibido cuando Andrew hablaba con los guerreros.

—No va a pasarle nada a tu hijo, Catalina —dijo con contundencia, intentando apaciguarla a pesar de sufrir la misma opresión en el pecho.

—Eso no lo sabemos —respondió con seriedad—. Ni siquiera sabemos si está...

—Vive, Catalina —cortó Psique apretándose el pecho con el puño —. Yo... lo sé.

Esta la observó con la misma mirada de halcón que había usado con Ronald. Psique no se permitió dudar mientras la otra la evaluaba. Tal vez la vieran como una dama inútil en aquel ambiente, pero contaba con algo infalible: su gran tenacidad para defender que llevaba la razón. Lo había aprendido bien de la mayor experta, su prima Jana.

—¿Sabes jugar al Mendigo a tu vecino? —preguntó la mujer sin venir a cuento.

Pestañeó todavía algo confundida por la pregunta. No dejaba de sorprenderla con sus cambios drásticos de conversación.

—Claro, me enseñó Will —afirmó—. Siempre le ganaba y sigo sin explicarme por qué se empeñaba en pedirme la revancha.

Catalina ahogó una risa suave.

—¿Crees que miento? —añadió molesta.

Catalina le sostuvo la mirada buscando alguna duda. Finalmente ladeó la cabeza, divertida.

—No, no creo que mientas —aceptó con voz afilada—. Pero tampoco creo que entiendas por qué ganabas.

Ella frunció el ceño.

—Porque soy buena —respondió incrédula.

—Serás buena, sí —dijo—. Will... —Sus ojos brillaron con una ternura que le encogió el corazón—. Él es el mejor, te lo aseguro.

Psique abrió la boca para replicar, pero la mujer levantó un dedo.

—Te dejaba ganar, querida —dijo con cariño.

—Eso no es verdad —murmuró ya no tan convencida al notar su fuerte seguridad.

—Claro que lo es —volvió a replicar Catalina, sin piedad—. Los hombres hacen tonterías por las mujeres que les importan.

Psique bajó la mirada muy avergonzada. La duda se coló en las rendijas de su tozudez con el brío de un caballo desbocado e hizo que su corazón galopara al mismo ritmo. ¿Le importaba a Will? ¿Sería verdad que la dejaba ganar para...? ¿Para qué, en realidad?, se preguntó confundida.

La madre de Will se inclinó y le dio un golpecito en el brazo.

—No es malo que alguien quiera hacerte reír —hizo una pausa y le pareció verla pestañear emocionada—. Will siempre ha sido diferente, niña.

—¿Qué quiere decirme con eso? —se atrevió a preguntar a pesar del miedo a descubrir demasiado. Catalina no respondía, parecía ensimismada en sus recuerdos.

Nadie lo conocía mejor que su madre. Podía hablarle del verdadero Will, del que se ocultaba por miedo a parecer vulnerable.

Que la dejara ganar al juego de cartas podía significar muchas cosas, no solo que se divertía con ella…

Se rendía ante ella.

Un sentimiento muy tierno la embargó al pensarlo. Will era su amigo. ¿Podría estar enamorado de ella desde hacía tantos años? Jugaban al Mendigo a tu vecino desde que ella tenía quince. ¿Podía haber estado tan ciega?

—Por favor, cuéntame cómo es —preguntó con ansias por saber más de él.

—Desde pequeño fue distinto. Más sensible de lo que admitía, más seguro que terco y con un corazón tan grande que le faltaba pecho donde guardarlo. —Por un momento, Psique notó su tono muy afectado, pero pronto recobró la firmeza—. Siempre ha tenido esa manía: hacer reír a quienes quiere. Nunca le importó quedar en ridículo con tal de hacer felices a sus hermanos o a un amigo. —Calló un segundo, sopesando cómo continuar—. En los últimos años noté que algo lo preocupaba. Se hacía el duro, el hombre que no necesitaba a nadie, que podía valerse por sí mismo y proteger a los demás hasta del mismísimo Diablo.

—Es cierto; en nuestros últimos encuentros lo vi muy preocupado, incluso más serio —aceptó Psique, pensativa—. Él... era como si pensara más de lo que hablaba.

Catalina asintió, conforme.

—Es igual que su padre. Obsesivo hasta la extenuación.

—A su esposo lo conozco de vista, pero juraría que tiene tu ingenio. No imaginas las excusas que podía llegar a darme para dejarme ganar.

Ella rio bajito.

—Creo que labraba su futuro, Psique.

¿Su futuro? ¿Qué quería decir con eso de labrar su futuro? ¿Qué le ocurría con esa mujer que todas sus respuestas parecían un acertijo? La frustración la corroía y se mordió el labio, contenida.

Justo cuando iba a preguntarle por aquello, el grupo se detuvo de nuevo. Delante, Andrew y los otros decidían algo. Ronald volvió con ellas al instante.

—Quieren adentrarse en el bosque, acortar camino y aprovechar el cobijo de los árboles para dormir esta noche.

—Pareces preocupado, Ronald —comentó Psique al notar su seriedad.

—Oh —respondió, despreocupado—, no me gustan los bosques. Desde que estuve encerrado... —Calló abruptamente.

—¿Dónde estuviste encerrado, Ronald? —Catalina lo observaba en silencio y su amigo, nervioso, parecía habérsele comido la lengua un gato—. Está bien, no me respondas. Tampoco me importa demasiado.

Su tono fue tan resentido que este alzó las cejas. Aun así, no respondió su pregunta.

—Vamos, ya indican que sigamos. Pronto descansaremos.

Las mujeres azuzaron sus monturas para seguirlo. Psique se sintió tan inquieta como preocupada. Poco a poco se daba cuenta de que ignoraba muchas cosas sobre la gente que conocía, lo que la hacía sentirse ingenua.

Siguió sumida en sus pensamientos, sorteando los árboles que encontraron al paso. Agradeció que Ronald llevara la antorcha y que iluminara el sendero, ella se encontraba cada vez más cansada. Le dolía todo y alguna vez pensó que su cadera se partiría en dos antes de terminar la jornada.

Comenzaba a preocuparle no soportar la dureza del viaje. ¿Y si su cuerpo se rendía antes que su mente? En ese caso, sufriría más que si fuera al revés. La acompañaría la vergüenza de ser una debilucha, se echaría en cara su derrota por los restos de su vida.

Debía aguantar; fortalecería sus músculos, endurecería su mente y no desfallecería como una damita insulsa. Will estaría orgulloso de ella, igual que su familia.

Miró a un lado y vio que la otra mujer parecía más derrotada que al principio del viaje. Pensó en su constante preocupación como madre, en su desazón como esposa y en la reacción de Andrew McPherson al descubrirla.

Auguró tormenta cuando llegara el momento, no podía ser de otra forma con esos dos titanes.

Se encogió de hombros.

«No será para tanto», se dijo, aunque por dentro no lo creyera ni un poquito.

XVI



¿Cuándo se detendrían? Parecían haber pasado horas desde que habían entrado en ese espeso bosque. Cada árbol que sorteaba era igual al anterior. Eso, sumado a sus ganas de descansar, hacía que se mordiera en exceso el interior de los carrillos por la impaciencia. Era como haber entrado en un agujero sin fin.

Ronald le iluminaba el paso, pero a veces lo oía resoplar. No se atrevía a hablarle, pues cualquier sonido entre aquella espesura resonaba con estridencia y podía llamar la atención.

¿Se sentiría agobiado a causa de ese encierro que había mencionado antes? ¿Lo habrían apresado esos gallowglas? No le había contado mucho sobre aquello. Fuera lo que fuera, la preocupaba mucho.

Un murmullo procedente de más adelante comenzó a extenderse hasta llegar a ellos. Al fin encontraron un claro donde asentarse y detuvieron la marcha. Al llegar al lugar, comprobó con resignación que tendrían que dormir apretados debido al poco espacio disponible. Era bastante desalentador después de una jornada tan dura.

El silencio cayó sobre el claro. Ella no era la única harta de cabalgar. Llevaron los caballos junto a los demás, a un lado del campamento, y los ataron bien para que no escaparan. Las antorchas seguían encendidas y pronto una hoguera enorme disipó el frío que había comenzado a arreciar con el anochecer. Psique se sentía un poco perdida, pues cada uno parecía tener su rol asignado.

En cambio, ellas andaban mirando a un lado y a otro, sin nada en lo que ayudar. Resultaba frustrante y, a la vez, sospechoso.

Ronald, ya recuperado de su mutismo, les sugirió sentarse junto al tronco de un árbol y aguardar sin llamar la atención. No conversaban mucho; con simples monosílabos les indicaba qué hacer. Por lo visto, esa noche cenarían las raciones que la familia Allan había repartido entre los soldados antes de partir. El problema era que ni Psique ni Catalina tenían la suya y estaban muy hambrientas. Tanto que, a veces, les rugían las tripas, provocando algunas miradas de soslayo de los hombres.

Andrew McPherson, junto a los otros jefes, conversaba en el otro extremo. En algunas ocasiones, lo sorprendía echándoles algún que otro vistazo. Debía parecerle extraño no conocerlos de nada.

Apoyados contra un gran tronco, permanecían sin apenas destaparse. Sí, era raro que no lo hicieran, pero no tenían opción. Psique observó el pequeño trozo de carne que Ronald había compartido con ella. Se sentía tan famélica... ¿Y si se lo metía en la boca de una vez? Nadie se percataría si lo hacía muy rápido. Justo cuando iba a intentarlo, Ronald silbó y la sobresaltó.

—¿No tienes hambre? —preguntó—. Devuélvemelo, anda.

Este echó mano del trozo para arrebatárselo, pero Psique lo apartó de un manotazo.

—Intenta quitármelo y te como a ti de un solo bocado —amenazó, apretando los dientes. Él la observó en silencio, con cara de pasmarote—. No puedo comer, ¿es que no te das cuenta de que Andrew no para de observarnos?

—¿En serio? —preguntó con una voz demasiado aguda.

—Anda que vaya guerrero observador estás hecho —susurró.

Un resoplido de Catalina llamó su atención.

—Yo estoy igual, creo que voy a empezar a comerme mi propia lengua —dijo esta con el mismo trozo intacto entre sus dedos.

—¿Por qué no os levantáis como si fuerais a mear? —propuso este muy preocupado.

—Solo nos falta respirarnos al oído —respondió Psique, poniendo los ojos en blanco—. No, gracias.

—Pues si no os lo vais a comer...

—¡No! —exclamaron ambas al unísono, llamando la atención de Andrew de nuevo.

—Mierda —protestó Ronald—. Es cierto que está pendiente de vosotras.

—¿Y si eructo? —aventuró Psique, desesperada.

—¿Serías capaz? —preguntó Ronald, dándole una palmada en el hombro, como buen camarada. Luego murmuró entre dientes—. Eres tan delicada que quizás sea peor...

De pronto, un fuerte eructo surgió de lo más profundo de la garganta de Catalina, haciendo que más de uno del grupo contuviera el aliento.

Por suerte, funcionó, pues Andrew arrugó el ceño y desvió la vista con asco hacia otro lado.

—Yo no nací entre algodones —soltó Catalina, de repente—. Me guardo lo de rascarme los cataplines para una segunda alarma.

Psique se mordió el labio aguantándose la carcajada. Las mejillas de Ronald eran dos tomates maduros.

—Creo que ya no os mirará en un buen rato —avisó Ronald, asqueado y frotándose la cara—. Eso ha debido dolerte.

Pero Ronald se equivocaba, porque sí la miró, y con más intensidad. Andrew dejó lo que estaba haciendo y levantó la cabeza de golpe. Sus ojos se clavaron en ellos, con una expresión furiosa.

Para su más profundo desconsuelo, se acercó despacio, sin apartar la mirada de Catalina. Ella la fijó en el suelo, intentando evitarlo. Ronald ahogó una exclamación. Psique tembló sin saber qué hacer.

—Tú —dijo con enojo, señalándola—. ¿Has sido tú?

Psique vio cómo la sangre abandonaba el rostro de Ronald mientras Catalina emitía un grave:

—¿Yo qué, señor?

—El que ha sonado como si estuviera muerto. —Le arrebató el trozo de carne de la mano y se lo entregó a Ronald—. Será mejor que tú te comas esto. —Ladeó la cabeza y entrecerró los ojos—. ¿Cómo te llamas?

—David, señor.

Él siguió evaluándolo en silencio durante un instante que a Psique se le hizo eterno.

—A David no le está sentando bien esta ración —le dijo a Ronald. Entonces, reparó en el trozo que Psique mantenía sujeto y señaló—. ¡Tú! ¿Quién eres?

Psique estaba tan asustada que no pudo pronunciar palabra.

—Se llama John —intervino Ronald—. Son... mis primos —se rascó la nuca con tal fuerza que se hizo varios arañazos—. Yo... siento no haberlos presentado, señor.

—No tienen pinta de soldados, Ronald —dijo amenazador.

—Bueno... Ellos nunca han dormido a la intemperie...

—¡No puede ser! —tronó— ¿Has traído contigo a unos inexpertos conejillos como ofrenda para los lobos?

Ronald cerró los ojos con fuerza. Le había gritado tan fuerte que todos estaban pendientes de ellos. La respiración descompasada de Andrew cortaba el aire como un puñal.

—Señor —llamó Catalina con voz muy ronca, pero sin levantar la vista del todo—. Sabemos montar, tirar el arco, usar un puñal... que no seamos tan grandes como otros nos da ciertas ventajas. Pasamos desapercibidos, nos infiltramos... Tal vez parezcamos conejos, pero eso es lo que queremos.

Un murmullo común comenzó a oírse de fondo. Andrew lo observaba de arriba abajo, evaluando cada palabra. Las sienes y el bigote de Catalina traspiraban de forma asombrosa, mientras esperaba la sentencia.

—Señor, siento haberle mentido de esta forma... —comenzó a decir Ronald.

—Ronald —aceptó Andrew, haciendo que callara abruptamente—, tú los has traído; tú serás su niñera. —Pasó la mirada de una a otra y volvió a detenerla en Catalina. Luego continuó con furia—. No consiento eructos ni pedos entre mis hombres. Ser soldado no excusa la mala educación, ¿entendido, David?

—Entendido, señor McPherson —respondió Catalina con rapidez conteniendo la sonrisa que amenazaba con aflorar a sus labios—. No volverá a suceder.

—Ronald —dijo, señalando el trozo de Psique—, cómete también su ración.

Ronald le arrebató la ración y las tripas de Psique rugieron en protesta, haciendo que Andrew alzara las cejas, sorprendido por la intensidad.

—John, ven conmigo —ordenó haciendo un gesto con la mano—. Os buscaré algo que podáis echaros a la boca y llene ese estómago del demonio que tienes.

Psique se puso de pie con las piernas algo tambaleantes, pero logró mantenerse. Dio un paso adelante tras Andrew que había empezado a alejarse.

—Gracias, señor McPherson —contestó Catalina con voz grave, aunque con cierta entonación sensual al pronunciar su nombre.

El guerrero se detuvo en seco al oírla. Psique chocó con su espalda y perdió el equilibrio. Sin embargo, con una rapidez asombrosa, Andrew la sostuvo por los brazos y la enderezó. Ella contuvo el aliento, con los ojos muy abiertos.

Este, tras echarle una afilada mirada a Catalina, quien fingía que no estaba allí, volvió a prestarle atención.

—Por el cielo, estás en los huesos, John —murmuró con el ceño fruncido—. Sígueme e intenta no caerte.

Al oír su tono de fastidio, Psique se mordió la lengua, conteniendo las ganas de echarle la culpa de su tropiezo.

«Solo me falta enredar más la situación sin saber todavía si saldré viva de esta», pensó, y lo siguió, resignada.

Al llegar junto a Miles, evitó cruzarse con él. Temblaba tanto que no entendía cómo se mantenía firme sin romperse a llorar.

—Toma, muchacho —Andrew le ofreció dos hogazas de pan y un buen trozo de queso—. No probarás un queso mejor en ninguna parte. Lo hace mi querida esposa.

Psique asintió, sudando a mares, y cogió los alimentos. Murmuró un simple «gracias» y caminó como un autómata hasta llegar junto a Ronald. Detrás de ella oyó que Miles le preguntaba: «¿Por qué lo has hecho?», y la airada respuesta del otro: «¿Y yo qué sé?».

Cuando se apoyó en el árbol, cerró los ojos y susurró.

—Si me cortáis las venas no saldrá ni gota de sangre, os lo aseguro.

Catalina rio por lo bajo arrebatándole su trozo de pan y el queso. Cortó el pedazo en dos y le devolvió a Psique su parte.

—Come —pidió con urgencia—. No probarás...

—Un queso mejor en ninguna parte. Me ha dicho que lo hizo su «querida» esposa —concluyó. Todavía no sabía cómo podía ironizar sobre aquello.

Catalina asintió sonriendo de oreja a oreja debajo del plaid.

—Si no podéis comerlo, yo puedo ayudar —dijo Ronald salivando y señalando el famoso obstáculo del plaid.

—Para listo tú —respondió Catalina en voz baja e introduciendo el trozo de queso por la parte inferior del plaid. Con un suspiro de satisfacción continuó—, mi panza más. Ya probarás el que hace mi hija.

Psique la imitó y pronto las dos masticaron, satisfechas. Ronald chasqueó la lengua y mordió el trozo de carne, muy sofocado por la idea.

—Ha faltado poco —comentó entre dientes.

—Sí, casi lo sueltas todo, traidor —acusó Psique sin apartar la vista de los jefes que parecían haber perdido el interés en ellos.

—Esto es muy peligroso, primos míos —dijo, enfatizando el trato familiar—. Tanto que comienzo a cuestionarme si estoy en mis verdaderos cabales al seguir con esta farsa.

—Bueno, lo que se dice muy fino... —soltó la pelirroja con sarcasmo.

Catalina rio por lo bajo.

—No sé cómo puedes reírte... —comenzó a discutirle a Catalina.

—¿Desde cuándo me tuteas? —cortó y le guiñó el ojo por debajo del ala del sombrero para que solo lo viera él—. Ya sé, comienzas a tomarme cariño. Es bueno amar a la suegra.

Ronald se ruborizó tanto que no pudo contestarle y murmuró algo para sí. Psique cruzó la mirada con Catalina. No les hacía falta hablarse para saber qué pensaban.

Era cierto que había faltado muy poco, y contar la verdad entraba en sus planes, pero más adelante, tras asegurarse que no tendrían más remedio que continuar con ellas.

El padre de Williams la había sorprendido mucho. Era bastante perspicaz, además de parecer tener un enorme corazón. Si no, ¿por qué les ofrecería a unos pobres desgraciados una porción de comida tan especial? Al referirse a su querida esposa, le confesaba lo mucho que la apreciaba. ¿Echaría de menos tan pronto a Catalina?

Debía de ser bonito amar a alguien sin reservas ni miedo al qué dirán. Sus propios padres eran su mayor ejemplo, pero pensaba que aquello era exclusivo de ellos. ¿Sería que el amor los volvía tiernos? ¿Alguien podría explicarle cómo un antiguo gallowglas podía transmitir tanta nostalgia con una simple palabra?

Mientras masticaba, pensaba en Will. Él siempre era tierno, dispuesto a complacerla, y divertido a más no poder. No podía imaginarlo de otra forma. Era indudable que tenía el carácter afable de su madre, pero fuera de lo que ella conocía... ¿Sería tan fiero como su padre? ¿Podría ser tan letal e irascible?

Se estremeció y, tras terminar su ración, dio las buenas noches y se tumbó sobre las mantas dispuestas. Catalina se acomodó a su lado. Ronald se situaría al otro lado, pero más tarde. De costado, observó el cabello de Catalina, tan oscuro como el de Will, y, por un segundo, se sintió tentada de palparlo para comprobar si tenía la misma textura suave que tanto había disfrutado mientras estaban tumbados en el prado. Poco a poco, fue cerrando los párpados y cayendo en un sueño que se convirtió en un recuerdo de Will:

—Déjame que te haga unas trenzas, anda —rogó ella con voz suplicante.

Will la observaba escandalizado.

—¿Te has vuelto loca? —acusó él con una risa incrédula—. Dirán que soy una chica.

—Nooo, luego te las quitaré —se puso de rodillas y juntó las manos sobre el pecho—. Prometo quitártelas. —Como él le sonrió con picardía, suplicó—: Por favor...

—Solo por esta vez, pero si viene tu prima o Ronald ya puedes deshacerlas rápido.

Will miró a su alrededor, asegurándose de no tener de testigos. Cuando estuvo convencido de que no había peligro, se sentó muy recto de espaldas a ella. Psique, con una risita nerviosa, caminó de rodillas hasta colocarse detrás de su amigo.

Al introducir los dedos en su cabello, un escalofrío extraño la recorrió. Comenzó con cierta timidez, agarrando un mechón con una mano, luego otro con la otra...

—Estás muy tenso, Will —comentó en su oído, y este dio un terrible respingo—. Relájate, ni que te estuviera torturando,

¡válgame el Señor!

Will resopló, pero se abstuvo de comentar lo que pensaba.

—¿Sabes que tu pelo es muy sedoso? —opinó—. Ojalá el mío fuese tan moldeable. Si vieras los enredos que tengo cada mañana...

—A mí me encanta tu pelo —dijo él con una voz tan baja que apenas pudo oírla—. No serías la misma sin él.

—Me encantaría cortármelo —añadió sin hacerle ningún caso y paseó los dedos desde su nuca hasta la coronilla—. Como tú lo llevas, justo por debajo de las orejas.

—Parecerías una coliflor —soltó este con una risita nerviosa.

Psique le tiró con fuerza de las trenzas que ya tenía hechas, haciéndolo aullar.

—¡Serás mala! —gritó dándose la vuelta y echándose sobre ella.

Ella quedó debajo de él, riendo sin parar. Él la observaba con una mirada tan intensa que la hizo guardar silencio y arrugar el ceño. Sus rostros se hallaban tan cerca que pudo percibir su aliento.

Entonces, las risas de Ronald y Jana resonaron muy cerca. Will suspiró con fastidio.

—Quítame las trenzas, rápido —pidió, quitándose de encima y colocándose en la misma posición de antes.

Psique se incorporó con rapidez, pero seguía algo confundida. Por un segundo se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que fuera a besarla.

«¡Qué estupidez!», pensó mientras descartaba la idea y deshacía las trenzas tan rápido como podía.

Cuando sus amigos llegaron, ambos cruzaron sus miradas. Psique con picardía, Will... estaba demasiado serio.

Alguien la mecía insistente, sin darle opción a seguir sumergida en aquel maravilloso recuerdo.

—Para, déjame, por favor. —Notó que volvían a sacudirla, aún más fuerte—. Tengo que hacerte más trenzas.

—Despierta, John —ordenó una voz tan profunda que la arrancó del gozoso limbo—. Deja de murmurar estupideces.

Psique abrió los ojos de golpe. Se restregó los ojos con las manos y al enfocar lo que tenía delante, se encontró con una bota clavada en su costado y la mirada furiosa de Andrew McPherson.

XVII



Will y Aodh no pudieron seguir hablando. Las mujeres irrumpieron en la casa cargando una olla rebosante de comida.

Tras descansar un rato y llenarse el estómago con un buen plato de estofado, Will comenzó a notar dolores en partes insospechadas del cuerpo. Después de un viaje tan duro, sus músculos se relajaron en una especie de dulce tortura, cada vez más embriagadora. No sabía si se debía en parte al hidromiel del demonio o de los dioses, según decía el vikingo. Fuera lo que fuese, le agradaba bastante.

Sorcha y Jork apenas probaron el guiso y, en cuanto oyeron vítores que anunciaban la aparición de Tormod en el poblado, se marcharon a recibirlo.

Era extraño ser acogido en casa de Aodh como si fuera uno más. Él era su rehén; debería estar allí en contra de su voluntad. ¿Qué diablos le ocurría, que no sentía la constante amenaza que lo había acompañado al principio? ¿Cuántas veces lo habían humillado, amenazado o advertido? Ese último mes había sido una auténtica tortura. Y, aun así, sentía que todo era contradictorio, que su corazón comenzaba a dividirse entre el deber y la fascinación por aquella vida salvaje e impredecible.

Era como tener delante el manzano prohibido de las enseñanzas y notar a la serpiente enroscada en la pierna, susurrándole pretextos para no regresar. ¿Quería eso? ¿Renunciar a su hogar y vivir aventuras sin saber si al día siguiente seguiría vivo? ¿Y Psique? ¿La dejaría ir sin más?

Al ver cómo se trataban Aodh y Zahra, sentía un pellizco en el estómago al percibir el amor que se profesaban. Y era tan ilógico... ¿Cómo podía amar tanto un hombre tan fiero?

Las miradas entre ambos eran cada vez más ardientes y los roces, menos accidentales, así que decidió huir de allí con la excusa de visitar a Tormod. Este ya habría disfrutado de una larga y calurosa bienvenida con su Fiona.

Fuera, se rascó la cabeza mientras miraba a su alrededor y se preguntaba dónde encontraría su choza.

Algunos hombres sorbían todavía en sus cuencos junto al fuego, otros reían por trivialidades. Al pasar junto a estos, guardaban silencio. Lo evaluaban, eran cautos ante su presencia. Era razonable, nadie sabía qué papel exacto jugaba allí... ni él tampoco. Él era el intruso.

Pasó rápido junto a ellos, sin atreverse a preguntarles nada. En sus caras no vio cordialidad, solo una prudencia fría. Por primera vez, sin verse bajo el abrigo de sus dos fieros acompañantes, se sintió vulnerable. Estaba desarmado; nada más contaba con sus manos para defenderse en un campamento repleto de guerreros adiestrados y armados hasta los dientes.

Buscó con la vista un lugar donde permanecer sin llamar la atención de nadie y, al fin, se dejó caer sobre una enorme piedra que parecía hacer de trono natural frente a las enormes columnas ancestrales que había descubierto al llegar.

Miró más allá de ellas y vio árboles y más árboles. Era un muro vegetal interminable y oscuro. Un laberinto del que nunca podría salir vivo. Allí todos lo sabían, por eso nadie se molestaba en vigilarlo.

Podía correr, internarse entre los troncos y la maleza, pero no llegaría lejos. El bosque lo devoraría antes de poder arrepentirse.

A pesar de sentirse ignorado, a veces notaba un par de ojos sobre él. Miradas furtivas, como si revisaran si seguía dentro del

cercado. Por primera vez se sentía un animal atrapado y sin opciones, con un destino estipulado por otros.

Apretó los dientes. En su interior, poco a poco, alimentaba un monstruo engañoso: el de la resignación. Un veneno dulce que lo convencía de que no valía la pena luchar. Había bajado la guardia y había sido seducido por esos dos y por su forma de vida intrépida. Era ridículo, imperdonable.

Él ya tenía una vida fuera de ese muro verde. Una vida real, civilizada.

Apoyó los codos en las rodillas y se estrujó la cabeza.

¿Qué querían decir con eso del enemigo común? Inglaterra era fuerte, sofisticada... ¿Acaso pensaban luchar ellos solos contra ese imperio? Y, lo peor, ¿pretendían que su padre apoyara el levantamiento?

Se le escapó una risa amarga. El pensamiento le ardió en el pecho y la rabia lo devolvió a sí mismo. Sin embargo, esa llama se extenuó tan rápido como se había prendido. En el fondo, sabía que ya no era el mismo.

El gruñido, casi un bufido, resonó entre aquellas paredes de piedra y Will levantó la cabeza, interrumpiendo el remolino de pensamientos.

Una sombra corpulenta emergió de la maleza y pasó entre las columnas con paso firme.

El gigante de barba espesa y negra, solo aclarada por algunos hilos de plata, lo miraba con fijeza, estudiándolo. Llevaba el torso medio descubierto, lleno de cicatrices, y en una mano llevaba un pellejo hinchado que supuso que contendría más hidromiel.

Se detuvo delante de él.

—Estás aquí —gruñó Tormod—. Fui a buscarte a casa de Aodh y no fue agradable ver ese culo pelirrojo y peludo, ¿sabes? —Al ver que no sonreía ante la broma, achicó los ojos—. ¿Qué te ocurre, muchacho?

Will apretó los puños, consternado.

—Necesito saber qué queréis de mi padre —señaló el campamento con la cabeza—. Esos hombres no se alegraron al saber que era un McPherson y Aodh me contó algo sobre los ingleses.

Tormod endureció la mandíbula y Will se preguntó cómo no se partía los dientes cuando lo hacía. Tenía la vena de la frente hinchada y el color de su piel había cobrado un tono más oscuro.

Finalmente, tras un largo minuto de silencio, suspiró hondo y se sentó a su lado. Will lo observó de reojo. Su respiración era pesada, algo forzada. Giró el cuello hacia él y reparó en las profundas ojeras que surcaban su cara bajo los ojos. Hacía un segundo su piel era oscura de rabia, pero pronto había recobrado un tono pálido, incluso le pareció enfermizo al fijarse bien.

—Me muero, chico.

Aquellas palabras lo golpearon con tal fuerza que contuvo el aire demasiado tiempo. Cuando lo soltó, le dolía el pecho. Fue el único sonido que se oía, además del canto de los pájaros y el crepitar lejano de la hoguera.

—¿Estás enfermo? —preguntó con voz temblorosa.

Él alzó las cejas. Su expresión incrédula era hasta cómica en ese demonio oscuro.

—No —soltó—. ¿Por qué piensas que puedo estar enfermo?

—Has dicho que te mueres, joder —dijo intentando no parecer ridículo.

—Claro, todos nos morimos, chico. Cada día que pasa es un día menos antes de ir al Valhalla.

Will gruñó furioso.

—¿Me tomas el pelo?

El gigante negó con la cabeza, aunque su mirada burlona no indicaba lo mismo.

—Esto no tiene gracia, Tormod —dijo entre dientes—. Ese viejo acusó a mi padre de traidor.

—Ya, supongo que hablas del viejo Donald —asintió, mirando al frente—. Ese viejo siempre tiene que opinar; es un grano en el culo. No creo que lo dejen en paz ni con Hel cuando expire de una vez.

Tormod pareció advertir su confusión y añadió:

—Es adonde van los viejos, los enfermos y quienes mueren sin combatir por su honor.

—¿Tú irás a ese Valhalla?

—Exacto. Es donde van los más valientes caídos en batalla —dijo con rudeza, retándolo a reírse lo más mínimo—. Los demás irán con Freyja.

—¿Piensas morir combatiendo contra los ingleses?

Guardó silencio unos segundos. Cuando habló, sus palabras resonaron con fuerza.

—Pienso luchar contra ellos —miró al cielo—. Pero solo las valquirias deciden quién seguirá vivo.

—Mi padre... —comenzó a decir algo dubitativo—. ¿Él luchó por eso?

Tormod lo observó con intensidad, sopesando qué contarle. Finalmente, pareció aceptar que era hora de sincerarse.

—Andrew era un lobo solitario, Williams. Un escocés sin hogar. Un alma que huía de sí mismo. Siempre huía.

—¿Era un cobarde? —preguntó con temor, tragándose con dificultad la poca saliva que le quedaba—. Ese viejo dijo...

—Nunca —lo cortó, poniendo una mano sobre su hombro—. Cuando digo que huía, me refiero a que necesitaba comprender su sino antes de enfrentarse a sí mismo. Él luchó contra la culpa y el rencor que lo corroían; incluso, a pesar del odio que les profesaba, colaboró con algunos ingleses para lograrlo.

—Perdóname, pero no entiendo lo que me dices, Tormod —exclamó perdiendo la paciencia y levantándose—. Al parecer mi padre guarda un pasado que deberá explicarme si quiere que vuelva a mirarlo con respeto.

Tormod asintió, conforme.

—Es a él a quien le corresponde contártelo.

Comenzó a dar paseos cortos de un lado a otro con los puños apretados. Quería saberlo todo, pero Tormod se negaba a rellenar ese rompecabezas que lo consumía.

—No quiero que luche contra los ingleses, esa no es su batalla. Ya escogió al abandonarnos.

Se detuvo en seco y lo enfrentó.

—Entonces, si no quieres que luche con vosotros, ¿qué demonios buscas de él? ¿Por qué me trajiste aquí?

—Necesito sus armas —confesó—. Muchas armas, Will. Necesito su ayuda para vencerlos.

Williams quedó mudo por primera vez en mucho tiempo a pesar de los miles de preguntas que burbujeaban en su mente. Ladeó la cabeza después de un largo rato y al fin dejó salir lo que más temía.

—¿Pretendéis sobornarlo? ¿Obligarlo a colaborar a cambio de mi vida?

Tormod no contestó. No hizo falta. Will sabía la respuesta. Una risa amarga y suave emergió de lo más profundo de su garganta y acabó convirtiéndose en unas carcajadas desquiciadas y espeluznantes. Aquello era lo más rastrero que había visto jamás.

Algunos hombres alzaron la vista incómodos e hicieron por acercarse, curiosos, pero la amenazadora mirada de Tormod los amedrentó. El guerrero lo observaba en silencio, con los labios apretados.

Cuando por fin cesó de reír, respiraba con dificultad, como si en aquel arranque se hubiera vaciado y no quedara nada de lo que

arrepentirse.

—Así que ese era el plan —murmuró con una sonrisa que no le llegaba a los ojos—. Soy vuestra moneda de cambio. Como... si no fuera nada.

Tormod se puso en pie y se acercó a él. Will retrocedió de forma instintiva.

—No es tan simple, muchacho.

—Claro, os creéis mejor que los ingleses. Yo lo veo muy simple.

—No nos compares con esos...

—¿Saqueadores? ¿Asesinos? —preguntó levantando el mentón sin miedo—. Créeme, yo os veo como primos hermanos.

Tormod gruñó y lo agarró por el cuello con firmeza. Y, a pesar del temor de que en uno de sus arranques le rompiera el cuello como si fuera un pajarillo, no demostró el mínimo arrepentimiento.

—Mi padre no será cómplice de vuestros asesinatos.

—Lo hará por ti.

—Sois unos bastardos —susurró entre dientes sintiendo que apretaba un poco más—. Y yo soy un idiota por pensar que os movía algo más honorable.

Tormod lo soltó de golpe y lo empujó haciéndolo retroceder unos pasos. Su rostro estaba crispado por la frustración del que guarda todavía demasiado.

—Me trajisteis aquí para obligar a mi padre a daros sus armas. ¿Esperáis que acepte encantado? ¿Qué os dé la mano y os desee suerte en vuestra guerra suicida?

Tormod guardó silencio y Will lo tomó como un sí.

—Según Aodh, mi padre es tan gallowglas. ¿Crees que no luchará por lo suyo como hacéis vosotros? —Tormod gruñó, incómodo—. Lo hará, y cuando te raje el cuello seré yo quien le dé la espada.

—¡Cállate! ¡Maldito seas! —gritó, dándole la espalda—. No tienes ni puta idea de nada. No sabes lo que esos ingleses hacen; no sabes

nada porque eres un niño de papá ignorante.

—Claro, me chupo el dedo todavía, Tormod —espetó y continuó irónico—. Nunca he sufrido sus injusticias, ni conozco sus mentiras. Me importa una mierda cuando me roban mis armas en cada arresto y...

—Saquearon mis tierras, asesinaron a mi hijo, violaron a... —Su voz sonó temblorosa por un segundo—. No queremos hacerte daño, chico, pero necesito las armas. Sin ellas no podremos resistir.

Will se tragó los improperios que luchaban por increparle. Había perdido un hijo a manos de sus peores enemigos. Tenía motivos para odiarlos, y utilizarlos a ellos a su santa voluntad era algo que no podía permitir. Tormod debía buscar otra solución sin implicar a su familia.

—Es por venganza —concluyó.

—Por supervivencia, Williams —respondió con voz áspera—. A veces para salvar a tu gente haces cosas que te destrozan por dentro. Y puedo asegurarte de que haré lo que esté en mi mano para lograrlo.

—¿Esto te da derecho a decidir sobre mi vida? ¿Sobre la de mi familia?

Tormod se volvió hacia él y le sostuvo la mirada.

—Sí —respondió seco—. Porque si no lo hacemos, moriremos todos.

Will sintió una opresión en el pecho y apretó los puños. Tormod creía aquello de verdad. Él quería odiarlo, verlo como un monstruo, un bárbaro sin alma. Sin embargo, lo que tenía delante era un hombre roto, apoyado en la rabia y el dolor.

—Esto es una locura, Tormod —dijo incrédulo—. ¿Piensas hacerlo tú solo? ¿Con nada más que estos hombres?

Señaló al campamento con un gesto brusco de la mano.

—Eso no es asunto tuyo.

Will cerró los ojos un instante. Necesitaba pensar. Tormod parecía ocultarle algo más.

Cuando abrió los ojos este comenzó a alejarse.

—Fiona te espera en mi casa. Tendrás techo, comida y una muda limpia —dijo con cierta pesadez. De pronto, se giró y lo miró con rudeza—. Eres mi rehén y como tal harás lo que te diga. En mi campamento no quiero guarros. La gente es limpia, y nos respetamos. Espero que te haya quedado claro.

El guerrero volvió a girarse y emprendió la ida. Will se quedó allí sin poder creer lo que había escuchado. Al final, eran monstruos de la guerra, pero civilizados y muy disciplinados. Era absurdo, y difícil de asimilar.

Will permaneció allí un rato más, rumiando e intentando comprender cuál era la pieza que le faltaba en ese rompecabezas y que Tormod le ocultaba.

¿Que no era asunto suyo? Lo había decidido ese bruto de Tormod, pero Will no estaba dispuesto a aceptarlo.

XVIII



Se quedó dándole vueltas a todo, buscando una solución que los sacara de ese plan absurdo que los llevaría, a él y a su familia, a ser acusados de traición a la Corona y, con ello, directos a la horca. Sin embargo, no terminaba de encajar ese rompecabezas; le faltaba saber de qué se trataba el asunto del que habló Tormod. Sin eso, se hallaba perdido.

Aodh dejó caerle encima el abrigo de piel y se sentó a su lado, junto al árbol contra el que se encontraba acurrucado. Sin darse cuenta, el cielo se había oscurecido sobre las copas de esos altos árboles.

—Deberías comer algo, muchacho.

—¿Ahora vuelvo a ser un muchacho? —respondió con sarcasmo mientras se envolvía en el pesado abrigo.

Un escalofrío lo recorrió de arriba abajo y cerró los ojos, alegrándose de saber que no moriría de frío. A su lado, el guerrero bufó y, en lugar de soltar su broma habitual, guardó silencio. Abrió un poco los párpados, lo suficiente para percibir en su rostro una seriedad mortífera. Pasaron unos pesados segundos en silencio.

—Sé que has discutido con Tormod. —Su voz era pausada, lo suficiente para darle cierto dramatismo—. Al contrario de lo que piensas, nos importa que quieras matarte de hambre o de frío. Además, me apuesto el cuello a que tu padre espera abrazarte una última vez —otra pausa le removió las entrañas—. Yo daría lo que fuera por tener un último momento con el mío.

Will cerró los ojos de nuevo; le era insoportable la nostalgia que lo atenazaba al pensar en aquello.

—¿Intentas hacerme sentir culpable cuando sois vosotros los que me separasteis de mi familia y de...?

Ahogó sus palabras que siempre convergían en el mismo punto.

—La pelirroja —adivinó Aodh con cierta sorna. Will gruñó disgustado ante lo pronto que Tormod había soltado la lengua—. Vaya, debe importarte mucho esa muchacha cuando la priorizas junto a tu familia. ¿Vas a pedirle matrimonio? Sí... debe ser eso. ¿Es guapa? Espero que al menos conserve todos los dientes...

—Es preciosa y no le falta ningún diente.

—¿Cómo lo sabes? A primera vista puede que no se note, pero... ¿llegaste a besarla? —Como Will guardó un silencio sospechoso, Aodh abrió los ojos de par en par—. ¡No la has besado!

Will se incorporó de golpe, pero mantuvo el abrigo bien sujeto sobre él. Apoyado en el tronco lo miró furibundo.

—En serio, chico. Estás atontado. Nadie compra género sin catar la mercancía primero.

A Will se le subió la sangre a la cabeza, sintiendo ese comentario como un tortazo certero en la cara.

—No tienes idea de lo que dices —escupió, clavándole una mirada glacial, a pesar de sentirse más expuesto que nunca, pues no haberla besado al despedirse era lo que se reprochaba todos los días desde hacía dos años.

Aodh soltó una carcajada ronca.

—Te aseguro que sí lo sé. —Will apretó los dientes—. Vamos, chico. Estás más perdido que un cordero en un bosque de lobos.

Will alzó las cejas. Era la descripción de su actual situación con ellos. Aodh carraspeó al darse cuenta.

—No estoy aquí para hablar de eso.

—Claro que no. —Aodh ladeó la cabeza estudiándolo con preocupación—. Estás aquí porque te hicimos nuestro rehén y nos odias. O deberías odiarnos... Pero mírate —alzó un dedo y señaló el pecho de Will sin tocarlo—. Estás hecho un lío.

—No lo estoy. —Hervía de rabia por dentro—. Os mataría sin remordimientos si eso me permitiera salir de aquí.

—No lo creo. Tú no eres como nosotros, chico —negó con la cabeza, mostrando media sonrisa—. Escúchame. Sé que, en parte, entiendes nuestra rabia hacia los ingleses. Yo perdí mi infancia y a mis familiares; Tormod perdió a su hijo; nuestras mujeres... —Will giró el cuello de golpe hacia él. Aodh calló. Su mirada era la de un muerto, sin un ápice de debilidad—. En una guerra esas cosas pasan, pero ¿sabes qué es lo peor? Morir sin defender aquello. ¿Qué harías si alguien arrasara tu casa y matara a tu familia alegando que todo es suyo por derecho? ¿Y si se llevaran a tu pelirroja a su campamento...?

—¡Basta! —protestó Will, apretando tanto los puños que se clavó las uñas en las palmas.

—Créeme, solo vivirías para matarlos —soltó con rotundidad, ignorándolo—. Estamos muertos, Will. Sabemos que no tenemos nada que hacer contra ese enorme ejército que nos convierte en proscritos. Tememos ser capturados o ahorcados un día sí y otro también, pero lo que nos aterra es conformarnos. No vamos a quedarnos de brazos cruzados sin plantarles cara. Queremos conservar nuestras tradiciones; es lo único que nos queda.

—Mi padre no se suicidará con vosotros —susurró entre dientes, para terminar explotando y agarrándolo con fuerza por el cuello de la camisa—. Pretendes que acepte sin más y llevar a mi familia a la horca.

Aodh era tan fuerte que se lo quitó de encima de un tirón, como si espantara una simple mosca.

—No tienes opción, chico.

—No dejaré que nos mates.

—Te aseguro que si hubiera otra solución ya la habríamos considerado. No deseamos obligar a nadie a luchar, y menos a un antiguo compañero, Will. Tu padre fue...

—¡No lo digas! No es vuestro hermano; si fuera así, seguiría a vuestro lado. Él no es un traidor, como dijo ese anciano. Es orgulloso, el que más.

—No, no es un traidor. Pero ese anciano luchó con él y le duele demasiado su partida. Puedo asegurarte que lo echamos de menos por aquí. Fue nuestro líder antes de Tormod.

Will notó que su garganta se secaba de golpe. Eso no podía ser cierto.

—Sí, fue nuestro líder —confirmó la voz del viejo Donald, quien se hallaba a solo unos pasos de ellos. Will tenía un nudo en el pecho —. Y te puedo asegurar que todavía lo quiero más de lo que lo odio por abandonarnos.

—Él tenía otra lucha pendiente, viejo —respondió Aodh, tajante —. Ya lo sabes. Nunca nos mintió. Nos guio con sabiduría, nos mantuvo vivos, hasta que encontró su camino.

—Claro, y por eso lo obligas a volver —dijo con sorna. Will se mantuvo atento—. Lo defiendes para luego empujarlo por un acantilado.

—¡Es necesario, joder!

—Podemos rendirnos.

Aodh soltó una risotada que los dejó medio sordos. El anciano apenas cambió su expresión templada.

—Donald, estás perdiendo la cabeza.

—Puede ser —dijo, y una arruga apareció al fin en su entrecejo —. La edad nos hace mirar las cosas de otra manera. Desde la lejanía, donde todo es más calmo, se reflexiona sobre lo que dejas atrás o sobre lo que depende de uno. Nunca había sopesado rendirme hasta que descubrí vuestro ridículo plan de uniros a los jacobitas.

El corazón de Will se disparó en su pecho.

—¡Cállate, maldito bocazas! —gruñó Aodh levantándose de golpe y agarrando al anciano por el brazo. Prosiguió arrastrando cada asfixiante sílaba—. Cállate.

Donald había perdido el color de sus mejillas, parecía sorprendido al descubrir que no habían confiado la totalidad de su plan a Will. Negó con la cabeza.

—No lucháis por vuestro pueblo —repitió el anciano con la voz más firme, y Aodh apretó el agarre. Will corrió a separarlo y, tras un leve forcejeo, logró soltarlo. Aun así, el viejo continuó sin amilanarse —. Lucháis por fantasmas, por vuestros muertos, por una infancia robada y por un honor que no os será devuelto. Las armas de McPherson y unos pocos patriotas no son suficientes para ganar una guerra. No estáis preparados, Aodh.

—No vamos a rendirnos, viejo —escupió el otro bufando rabioso. Este asintió, conforme, pero en su expresión todavía se adivinaba que no había dicho todo lo que deseaba—. No tenemos tiempo.

—Siempre hay tiempo para suicidarse, guerrero. Lo importante es encontrar el momento adecuado para ganar. Estás tan aferrado al pasado que no ves lo que tienes delante, porque usas esto —se llevó la mano al pecho. Luego se señaló la frente—. El corazón siente; la mente advierte. Úsala: es tu mejor aliada en la batalla.

Se giró hacia Will.

—La tuya es joven. No está corrompida por la venganza. Busca una solución ahí.

—Eres un hombre cansado que ya no recuerda cómo se lucha, viejo —añadió el guerrero con tristeza.

—Te asombrarías de lo que todavía puede hacer este viejo — espetó sin titubeos, pero sin apartar la vista de Will—. Ni el tiempo vuelve, ni la vida se repite. Busca la felicidad, McPherson.

—Cuando la encuentres, cuídala —terminó de susurrar Will.

Reconoció la frase de su padre. La había escuchado desde niño, repetida como un mantra para no perderse en la rabia o la ambición. Entendía que no era un proverbio familiar, sino un legado. El recuerdo de otro tiempo, de otro hombre y de otra vida.

El anciano apenas curvó los labios, y Will creyó adivinar su sonrisa en el brillo de sus ojos. Ese hombre amaba a su padre; lo había seguido y respetado. Y en ese instante, sin decirlo abiertamente, le pedía que actuara. Le pedía que no se conformara con ser el rehén y que buscara una salida que los salvara de una muerte segura. Le pedía tiempo.

Ni el tiempo vuelve. Ni la vida se repite. Sé feliz.

Tras pronunciar aquello, Donald se alejó despacio.

—En mi choza no hace frío ni se pasa hambre. No me importa compartir la poca vida que me queda con el hijo de un traidor.

¿Por qué esa palabra no sonaba a resentimiento, sino a añoranza?

Era un fantasma del pasado, pero sus ojos estaban cargados de historias, batallas y muertos. ¿Estaría arrepentido? Tal vez. O no. Era orgulloso, testarudo. Seguía insultando a su padre. Era demasiado sabio. No se rendía, usaba lo que sabía, lo empujaba a pensar y encontrar una solución. Lo instaba a no dejarse arrastrar por la desesperación de Aodh y la obstinación de Tormod. A salir de ese círculo vicioso que lo hacía un preso de los tormentos de otros.

Luchar en esos momentos era un suicidio. Eso era indiscutible. Debía romper el círculo si quería encontrar una razón para seguir respirando.

Los partidarios de Jacobo estaban desperdigados, debilitados y vigilados por los ingleses y por los propios escoceses leales a la Corona. Los clanes estaban divididos y muchos jefes habían sido ejecutados o exiliados tras el levantamiento de 1715. La Black Watch, o Guardia Negra, los ojos y oídos del Gobierno británico, patrullaba las Highlands sofocando cualquier chispa de rebelión.

Sin duda, era una locura apoyar cualquier levantamiento en ese momento. Los grupos que aún apoyaban a Jacobo o a su hijo, Carlos Eduardo, eran pocos, estaban mal armados y carecían de coordinación. Unirse a ellos significaría morir por adelantado.

Will no era tan ignorante como creían esos guerreros. Había vivido el desprecio en su propia piel. Había visto cómo trataban a los suyos, cómo confiscaban tierras, cómo imponían leyes y aranceles asfixiantes a su padre. Sabía lo que era ser humillado, vigilado y desarmado.

Además, sabía algo que ellos habían olvidado:

Una guerra sin estrategia no era de valientes, sino de estúpidos.

Si su padre había dejado ese mundo, lo sabía mejor que nadie. Y de algo estaba completamente seguro: no dejaría que volviese.

¿Qué debía hacer? ¿Cómo debía actuar? Según el anciano, tenía que salir del círculo, verlo todo desde fuera, sin romperlo, dejando el corazón a un lado. Lo invitaba a seguir con ellos, pero a mirar con los ojos de un verdadero estratega. Los ojos de un líder que anteponía el raciocinio para salvar a un pueblo. Dar una de cal y otra de arena. Ser más listo que ellos.

—Comeré contigo, pero dormiré con Donald —decidió Will con firmeza. Aodh soltó un lento suspiro—. No quiero ver tu pelirrojo culo mientras duermo.

Aodh soltó una fuerte carcajada. Luego le dio unas palmadas en la espalda que casi lo devolvieron al suelo.

—Sabía que nos entenderías, muchacho. Se lo dije a Tormod, pero ese bruto no confía ni en su propia sombra —con un empujón lo instó a caminar—. Vamos, te guardé un buen trozo de carne asada. Me muero por ver la cara de Tormod cuando sepa que aceptas apoyarnos.

—¡Y una mierda! Ese chico no es uno de nosotros ni de lejos —gritó Tormod a Aodh. Will guardaba silencio, apoyado en la pared de la choza—. No viste la rabia con la que me habló...

—Eso era antes, Tormod. Cuando no sabía nuestro plan —insistió con cansados aspavientos el pelirrojo—. ¿Verdad, Will? Díselo.

Will disimulaba la sonrisa, satisfecho. Eran como dos troles estúpidos que se peleaban por resolver un acertijo. Notaba cierta duda en Tormod, a pesar de su reticencia a creerlo; en cambio, Aodh se mostraba más confiado.

Ambos clavaron sus pupilas en él. Eran como puñales que le advertían que tenía una opción: contestar.

Optó por no hacerlo y confiar en que Tormod no le rompería la mandíbula de un puñetazo.

—Arrgh, voy a matar a ese viejo.

—Will tiene un sentido del humor muy negro, hermano. Solo está haciéndote pagar que no confiaras en él como yo. Te aseguro que hemos hablado de ello y está de acuerdo.

—Si va a ser uno de nosotros tendrá que demostrarlo.

—No habrá problema con eso. —Su mirada amenazante lo hizo temblar—. ¿Cierto?

Asintió, sin entender muy bien a qué se refería, pero su aceptación amilanó a Tormod. El enorme guerrero sonrió con tanta malicia que le provocó un escalofrío. ¿Qué demonios querían que demostrara?

—Comenzará mañana al alba —sentenció y Will lo sintió igual que un puñetazo en el estómago.

Más tarde, ya en la choza del viejo Donald, no pudo resistirse a preguntarle antes de dormirse. Sin embargo, este lo ignoró y al segundo de tumbarse sobre su lecho roncaba como un oso moribundo. Aun así, prefería aquello antes que ver el culo de Aodh.

No durmió tranquilo. La incertidumbre lo mantuvo bastante nervioso. Incluso hizo un sobreesfuerzo por recordar cualquier conversación con su padre que aportara alguna pista.

¿Consistiría en hacer un ritual de iniciación? Podía ser y rogó porque así fuera. Unas palabritas aceptando ser uno más y listo.

No obstante, a su cabeza acudió un bonito recuerdo de sus hermanos y de él superando obstáculos, compitiendo por ser el más fuerte, por ver quién aguantaba más bajo el agua y quién era capaz de permanecer más tiempo encerrado en un estrecho cubículo sin protestar lo más mínimo...

Sonrió, ensimismado. Al fin tenía un pensamiento dulce después de un día de intensa amargura. Poco a poco, cayó en un profundo sueño.

Entonces, unos fuertes golpes sonaron en la puerta y el cegador brillo dorado de una antorcha atravesó las rendijas de la desvencijada madera.

—Comienza tu iniciación —susurró el anciano.

XIX



Esa mañana, tras despertarla con su bota clavada en el costado, le había ordenado recoger sus cosas y acompañarlo a inspeccionar, junto a dos rastreadores, que no hubiera ningún peligro acechando en el bosque. En otras palabras: buscar señales de emboscada.

¿Por qué un líder de una expedición la querría con él?, se preguntaba Psique, temblorosa como un pastel de gelatina.

La estaba poniendo a prueba y debía estar a la altura para no ser descubierta.

—¿Por qué tu hermano y tú no os destapáis el rostro? —preguntó McPherson desde la montura.

Psique tomó aire y se obligó a elegir un pretexto verosímil de los cientos que había preparado para ese momento.

—Somos muy feos —respondió con la mirada al frente, intentando sonar convincente—. Nos atacaron las abejas cuando éramos niños. Nos dejaron tales cicatrices que... —Hizo una pausa dramática que usó para darse valor a sí misma—. Es mejor así, créame.

McPherson guardó silencio. Ella lo miró de reojo y maldijo al percatarse de la cicatriz que cruzaba su rostro.

Aun así, parecía haberse quedado satisfecho...

—Entre hombres no creo que importe mucho eso —añadió, sobresaltándola—. Hasta os vi comer con esos paños en la cara. He visto a hombres con media cara arrancada comer sin cubrirse. Es absurdo.

¿Había pensado en algún momento que las había dejado de vigilar?

—Las abejas...

—Sí, sí, las abejas —la interrumpió con hartazgo—. No te preocupes, me importa una mierda tu careto. Sin embargo... —Andrew clavó sus ojos entrecerrados en ella y Psique apretó las riendas, nerviosa— lo que sí me preocupa es que seas inexperto y no sepas dónde te has metido.

—Señor, no sé por qué dice...

—No sabes montar, John —soltó, tajante—. Es evidente que no sujetas las riendas como debes ni estás atento a tu alrededor como un soldado. Cualquiera te rajaría el cuello sin que apenas te inmutaras.

Psique intentó tragar saliva, pero no le quedaba.

—Tendré que cuidarte yo mismo —dijo, exasperado—. A no ser que te des la vuelta ahora. Todavía estás a tiempo.

El pánico la invadió al ver en peligro su misión. No podía permitirlo. Flaquear significaba no volver a ver a Will.

—No me hace falta un niñero, señor. Soy más de lo que aparento; ese es mi juego. Ya se lo dijo mi hermano David: somos conejillos...

—Quizás tu hermano sea algo más espabilado y mejor jinete —gruñó—, aunque no las tenga todas conmigo. Pero tú... no quiero ser responsable de más muertes, chico.

¿Más muertes? ¿A quién había perdido?

—No moriré, señor —recalcó igualando la firmeza de su tono.

Andrew la miró con irritación; quizás fuera preocupación... o culpa.

—Eso dicen todos antes de morir —murmuró. Psique tembló por dentro—. Todavía no me has contestado por qué estás aquí.

¿Por qué estaba allí? Por Will, porque necesitaba verlo, comprobar con sus propios ojos que todavía podían tener una vida juntos. Porque estaba loca por él, no le importaba arriesgarlo todo.

—Quiero casarme.

Andrew tiró de las riendas y detuvo el caballo que resopló en protesta.

—Explícate —ordenó.

Psique sintió que el corazón le palpitaba con fuerza contra las costillas. No podía decir la verdad; quizá solo a medias...

—Necesito demostrar que soy digno de... —carraspeó— ella.

Él la miró con incredulidad.

—¿Y vienes a una expedición en la que lo más probable es que mueras? ¿Por impresionar a una mujer?

«Miente a medias, miente a medias», se repitió.

—No es cualquier mujer —improvisó—. Es alguien importante. Alguien a quien confundí durante años con una profunda amistad. Necesito demostrarle que soy un hombre, no un cobarde, y que no me da miedo arriesgarme por ella.

—Dirás por ella —corrigió Andrew con una ceja alzada.

—Eso, por ella —se apresuró a afirmar. Ya sudaba como un cerdo.

Andrew soltó un suspiro cansado y resignado.

—Eres un idiota enamorado, John —dijo—. Créeme, sé bien de lo que hablo.

Psique sintió un pinchazo en el pecho al ver lo rápido que había acertado. Al no decir nada, el guerrero siguió hablando:

—Mi hijo también lo es —dijo pensativo.

Psique casi sufrió un colapso. ¿Lo era? ¿Will estaba enamorado cuando se fue?

—¿Su hijo Williams? —preguntó conteniendo su creciente ansiedad.

Andrew arqueó una ceja con sorpresa.

—Por la familiaridad con que lo nombras, pareces conocerlo.

El sudor le empañaba la frente. Si seguía tan nerviosa la descubriría. Debía serenarse y... mentir a medias. Al menos de esa forma se sentía menos horrible.

—Nos conocimos en la Fiesta de la Estrella —resolvió, clavando la vista en la crin de su caballo y jugueteando con ella entre sus dedos —. Ronald nos presentó. Es un buen hombre.

Andrew ladeó la cabeza.

—Era un buen muchacho, volverá hecho un hombre —dijo cabizbajo.

Una sombra de tristeza cruzó los ojos del guerrero. Psique temió que el hilo de lo que realmente le interesaba se perdiera por otros derroteros. Y era su oportunidad de probar su ingenio para averiguar más.

—¿Por qué su hijo se fue si estaba enamorado, señor?

Este parpadeó al escucharla y sonrió con tristeza.

—Es joven e inseguro, John. Como tú, necesita demostrar que es merecedor de ella.

Psique sintió una fuerte presión en el pecho que casi no la dejaba hablar.

—¿Por qué? ¿Acaso ella no lo corresponde?

Andrew negó con la cabeza.

—No lo sé, lo único que sé es que su familia no es como la nuestra.

¿Por qué era tan difícil hablar con ese hombre? Si fuera como Ronald, ya lo habría largado todo. No podía insistirle; sería muy indiscreta. Era arriesgado, pero...

—¿Cómo la suya? ¿A qué se refie...?

Su pregunta se perdió entre los cascos de varios caballos cerca de ellos y su propia maldición. Los rastreadores aparecieron de pronto.

—Despejado, señor McPherson —indicó un soldado con el casco en la mano. Tenía un corto flequillo y las patillas húmedas por el esfuerzo—. Podemos avanzar sin riesgo.

—Bien, Douglas. Volved vosotros al campamento para avisar a los demás —ordenó—. Nosotros seguiremos adelante y os esperaremos junto a la linde del bosque.

Atravesaron la espesura hasta llegar a su fin. Delante de ellos se abría un valle interminable de hierba salvaje y ondulante. Al fondo, las montañas se erguían imponentes; las cumbres nevadas anunciaban el frío gélido hacia el que se dirigían.

—¿Conoce dónde vamos? —preguntó guardándose de demostrar la mínima inquietud que le provocaban los altos picos—. Ese lugar de encuentro... la Cascada del Hacha.

McPherson sonrió con tristeza y asintió.

—Fue mi hogar un tiempo.

Su curiosidad se incendió y fue imposible de contener.

—¿Su hogar? ¿Fue un gallowglas como ellos?

Andrew la observó con intensidad. Parecía mantener una batalla en su interior.

—Nunca se deja de serlo, John —dijo al fin, con un orgullo inesperado.

—¿Se siente todavía parte de ese mundo?

Andrew sonrió con melancolía y negó despacio.

—Mi mundo son mi esposa y mis hijos, nada más. Sin ellos no existiría hoy. —El brillo feroz en los ojos la estremeció—. Y pagarán por haberlos puesto en peligro, pero eso ya lo saben. —La frase cayó cortante como un tajo peligroso—. Rezo todos los días por que no hayan dañado a Will, pues no dejaré nada de ellos si fuera así.

Psique contuvo el aire ante la posibilidad de que Will estuviera malherido. No pudo evitar que su voz saliera temblorosa.

—¿Usted cree...?

—No —cortó, tajante—. Un gallowglas solo mata por deber.

—¿Por qué los dejó? —preguntó intuyendo que Andrew era un hombre de honor.

Él parpadeó, como si de pronto hubiera despertado de un recuerdo demasiado vivo. Su expresión se endureció un momento, luego se quebró.

—Yo no era el adecuado para dirigirlos. No soy nadie para cargar en otros mis demonios. —Suspiró con cansancio—. Es una larga historia a la que logré sobrevivir, John. A veces, pedir perdón nos cuesta más que condenarnos a...

Se detuvo. Sus palabras quedaron suspensas. Se arrepentía de contar demasiado.

Psique lo observó de reojo. Andrew no parecía un hombre que mostrara su vulnerabilidad. Sin embargo, por un segundo no se había ocultado. Parecía arrepentido de haber estado demasiado tiempo perdido, huyendo de sí mismo, arrastrando a otros con él.

Apretó las riendas y recuperó su dureza habitual.

—A vivir con lo que hicimos —terminó Psique con voz firme.

La miró, incrédulo. Ella no conocía su historia, pero supo que había dado en el clavo. Por lo que intuía, Andrew se había sentido culpable durante mucho tiempo, pero había rehecho su vida. Luego, cuando pensaba estar a salvo, el pasado volvía a atormentarlo de la forma más cruel, atentando contra lo que había forjado, su tesoro más preciado: su familia.

—Will no pagará por mis errores, John —dijo, apretando los dientes—. Lo juro.

Psique asintió, conforme. Ella también se encargaría de ello, pues tampoco cargaría con ese saco de culpa que la asolaba por no

haberse percatado antes de sus sentimientos hacia él. Le pediría perdón por haber sido tan... infantil.

Tras unos largos minutos de silencio, al fin oyeron los cascos de los caballos del grupo. Emergieron como una nube resplandeciente a la luz de la mañana que se reflejaba en sus escudos y cascos. Vio a Miles junto al otro jefe asomar por un lateral. Con prisa, pidió permiso para retirarse junto a su supuesto hermano y espoleó su montura para alejarse de Andrew. Por suerte, este no se lo impidió. Buscó a sus amigos, a quienes encontró un poco más atrás. Ronald la observaba con preocupación. Los ojos de Catalina reflejaban un nerviosismo palpable.

—Todo bien. —Ambos suspiraron a la vez y Psique sonrió—. Solo quería evaluarme. También creo que se siente responsable porque soy inexperto.

—Y tiene miedo de que te ocurra algo —completó Ronald.

—Andrew, siempre tan protector —añadió Catalina. En sus ojos se leía orgullo y admiración.

Siguieron adelante y pronto Ronald las dejó atrás. Catalina le echaba furtivas miradas de vez en cuando. Sabía que ocultaba algo más, pues Andrew no paraba de dirigir la vista hacia ellas.

—¿Por qué no me dices lo que te inquieta tanto?

Catalina alzó una ceja, sorprendida. Luego, carraspeó.

—Andrew suele cargar con todo sobre sus hombros, hasta con lo de los demás —confesó al fin—. Temo que nunca me perdone por mentirle.

—¿Ahora te preocupa eso? Es un poco tarde, ¿no crees?

Ella se encogió de hombros y se concentró en el camino, guardando un mutismo esquivo.

—Su familia es lo más importante para él, Catalina —dijo y esta ladeó la cabeza hacia ella de golpe—. Tú eres su mayor pilar por lo que me dio a entender. No debes temer...

La mujer cerró los ojos un segundo y, cuando los abrió, los fijó de forma penetrante en su marido. Este, como si hubiera percibido la intensidad de su mirada, volvió la cabeza hacia ella y frunció el ceño. De repente, una nube oscura tapó el sol y un viento gélido atravesó al numeroso grupo. Él desvió la vista hacia el cielo y dijo algo a sus acompañantes.

—Creo que se avecina una tormenta —opinó Psique con un estremecimiento.

La mujer asintió con una mirada divertida, casi tierna.

—Vivo en ella desde hace años, Psique —respondió—. Pero esta se queda en bruma si una sabe caminar dentro.

¿Qué significaba eso? Algo le decía que no tenía nada que ver con ese nubarrón amenazante en el horizonte.

Frunció el ceño y Catalina continuó:

—La tormenta a veces la porta uno mismo. Y cuando eso pasa no importa cuánto truene el cielo. Lo que importa es no perderse en el ruido. No le temo a Andrew, temo que se sienta aún más responsable.

—Pero él no tiene la culpa de que tú...

—Da igual que no la tenga; se sentirá responsable. —Entonces suspiró con resignación—. Yo le ayudaré a respirar y a confiar en sí mismo.

Aunque Andrew no le pareciera alguien inseguro, intuía que Catalina no hablaba todo lo que pensaba y que sus palabras guardaban cicatrices todavía latentes.

Una gota fría cayó sobre su nariz y la arrancó de sus pensamientos. La lluvia comenzó a descargar sobre ellas de pronto, cada vez con más intensidad. Con rapidez, se colocaron las capas, como los demás soldados, tratando de resguardarse del agua. Los relámpagos atravesaron el cielo con sobrecogedoras ramificaciones blancas, iluminando el valle con su intensa luz. Psique reparó en que Catalina había cerrado los ojos y apretaba con fuerza los puños, pero

mantuvo a su caballo a paso firme, desafiante, como si la tormenta solo fuera un viejo enemigo al que ya no temía.

Psique, en cambio, apretó unos segundos la daga de Will contra su pecho, como hacía desde que se la regaló y tronaban los truenos.

Avanzaron sin pausa durante mucho tiempo, siguiendo a esos guerreros como uno más del grupo. La lluvia empapaba sus ropas y les calaba los huesos, haciéndoles castañetear los dientes. Habían atravesado el valle y ahora avanzaban por una zona más escarpada, con árboles y pequeños salientes rocosos. Se habían quedado atrás, separadas del grupo. Psique se sentía exhausta y Catalina era consciente de ello. Lo supo por la frecuencia con que le preguntaba cómo se encontraba. Ella asentía; apenas podía articular palabra.

De pronto, un trueno retumbó tan cerca que el suelo vibró bajo ellas y, enseguida, una voz resonó delante.

—¡John!

La voz de Andrew cortó el aire entre la cortina de lluvia. Justo enfrente apareció él, empapado hasta los huesos, pero con una presencia imponente que ni la tormenta podía apagar. Su caballo bufaba inquieto. Sus ojos oscuros se clavaron primero en Psique y luego en Catalina.

—¿Qué demonios hacéis tan atrás? —gruñó acercándose.

Catalina enderezó la espalda y Andrew la miró un segundo más de lo necesario. Había algo en su expresión que no alcanzaba a descifrar. ¿Fastidio? ¿Preocupación? ¿Acaso sospechaba quién era?

Volvió la vista hacia Psique y eso alivió su ánimo.

—Mantente cerca —ordenó—. No pienso recoger vuestros cadáveres cuando caiga el siguiente rayo.

—Claro, mi señor —respondió Catalina con voz grave antes de que ella pudiera hacerlo.

Andrew volvió a mirarla a los ojos y, por su expresión huraña, Psique supo que gruñía bajo la ensordecedora lluvia.

—Buscaremos donde resguardarnos hasta que pase todo —gritó con furia.

Luego, espoleó su caballo y se colocó delante de ambas, marcando la dirección.

—Lo sabe —murmuró a Psique.

XX



—¿Por qué lo provocaste? —acusó Psique con gran esfuerzo, al saber que sus horas estaban contadas en esa misión.

Catalina reflejaba en su rostro un cansancio extremo. El agua chorreaba incómoda por su cara, pero no parecía notarla, mientras clavaba la vista en la espalda de su marido.

—Hemos avanzado lo suficiente. No podrá deshacerse de nosotras —le dijo en un intento de tranquilizarla.

—Yo no estaría tan segura, Catalina —escupió bajo la tela, mientras el aguacero le inundaba el rostro—. ¿Sabes que tendremos que enfrentarnos a él?

Catalina respiró hondo mientras la tormenta rugía a su alrededor.

—Prefiero soportar eso a dejarlo solo luchando con sus demonios, Psique. Soy su esposa, tengo que estar a su lado. —Luego agarró su brazo y lo apretó un poco para asegurarse de llamar su atención—. Además, debemos aceptar que no somos guerreros, cariño. Jamás me perdonaría a mí misma que te ocurriera algo... ni él tampoco.

Tenía razón. Psique estaba al límite de sus fuerzas. Caer de la montura sería su fin bajo esa tormenta helada, pues dudaba que Catalina pudiera alzarla, y más de una vez había estado a punto de caer.

Andrew avanzaba delante de ellas. Llevaba la capa pegada al cuerpo y su enorme espalda imponía con solo verla. Catalina no le quitaba ojo, en silencio y con la mandíbula apretada. No parecía

tener miedo; se erguía con una determinación tenaz, digna de cualquier reina que cabalgara hacia su destino.

Andrew giró la cabeza lo justo para comprobar que lo seguían. Sus ojos, por un instante, se volvieron a cruzar con los de su esposa. La tensión entre ellos era palpable y Psique pensó que de un momento a otro saltarían chispas entre ambos. Al fin, vislumbró un saliente rocoso bastante grande que conformaba un profundo hueco en su interior.

—Una cueva —susurró Psique, agotada de luchar por mantener los párpados abiertos.

Andrew siguió su mirada y asintió.

—Vamos —gruñó con brusquedad.

Los tres se dirigieron hacia el saliente, llevando consigo lo que cada uno arrastraba por dentro. El viento golpeaba con furia cuando alcanzaron la cueva. Andrew desmontó primero y evaluó el hueco con una mirada rápida. La lluvia resbalaba por su rostro endurecido, pero sus ojos no perdían detalle, atentos a cualquier movimiento en el interior.

—Dentro —ordenó con voz tan calmada que le erizó el vello de la nuca.

Su mujer obedeció sin discutir, aunque mantenía la espalda rígida. Psique la siguió, aliviada al poder abrir los ojos sin esfuerzo. Miró a su alrededor y vio que era un lugar húmedo, no muy profundo, pero suficiente para resguardarlos a ellos y a los caballos. Psique se dejó caer contra la pared, temblando. Catalina permaneció de pie, aguardándolo. Andrew se quedó en la entrada sin apartar la mirada de ella. Sus ojos descendieron por su figura empapada. La capa la cubría por completo, pero a Psique le dio la sensación de que él podía ver a través de ella. Entrecerró los ojos y negó con la cabeza.

—¿Cómo demonios has podido hacer esto?

Su voz era afilada y Psique se estremeció. Catalina, en cambio, no retrocedió.

—Andrew...

—No —la cortó él, avanzando un paso dentro de la cueva. Ella apretó los labios—. No te atrevas a contrariarme, Catalina. ¿Te disfrazas de hombre y te infiltras entre soldados? ¿Cruzas medio valle bajo la tormenta... así?

La furia de Andrew era fría y peligrosa mientras la señalaba con un gesto brusco. Su esposa le sostenía la mirada sin vacilar.

—Tenía que...

—¡No! —gritó con rabia—. Calla o no podré controlarme. Soy un estúpido por confiar en ti.

—No me habrías dejado venir.

La miró incrédulo.

—Ningún loco dejaría que una mujer viniera —rugió ya sin contención y se acercó para sujetarla por los hombros—. ¡Esto no es un paseo por el campo ni un juego! ¡Es una misión de rescate!

Ella seguía mirándolo desafiante, pero Psique sintió miedo por ella. ¿Y si la golpeaba? Era su marido... ¿Sería capaz de ello? No pudo soportar la idea.

—¡Señor McPherson, ella no quiere dejarlo solo! —gritó reuniendo lo que le quedaba de valentía.

Andrew no se giró hacia ella; miró a su esposa como si esta le hubiera propinado un golpe.

—No soy un niño al que haya que vigilar —dijo con voz más baja —. No soy tu carga. Y tú —apoyó la frente contra la de ella—, tú no eres un soldado, mujer. No puedo arriesgarme a perderte.

Se miraron con intensidad. El brillo en los ojos de Catalina fue la primera señal de que la había conmovido; aun así, no cedió.

—Tenía que venir, Andrew —dijo al fin con voz algo quebrada—. No soporto pasar un día sin verte, sin saber, o pensar que esos gallowglas pueden matarte... —soltó un sollozo, pero continuó—. Soy tu esposa, juraste estar a mi lado siempre.

—¡Precisamente! —estalló Andrew agarrándole el rostro—. Eres la mujer a la que juré proteger. Eres la mujer que debería dejar a salvo, no aquí, disfrazada y siguiéndome como si esto fuera un juego.

Catalina no pestañeó.

—Sé que no es un juego. Mi hijo corre peligro y por eso es mi lugar.

Andrew cerró los ojos un instante, contenido.

—No entiendes lo que has hecho —murmuró—. ¡No puedo protegeros a los dos!

—No tendrás que hacerlo, amor mío. Me mantendré al margen, yo...

—Por supuesto, volverás con... —Andrew miró a Psique con dureza— quienquiera que sea realmente John.

—¡No! —gritaron las dos a la vez. Catalina prosiguió soltándose de su agarre—. ¿No lo entiendes? No voy a volver. No voy a poner en peligro a mi hijo retrasando el viaje.

—Volveréis con Ronald. Él ha sido vuestro cómplice y cuando yo regrese pagará por ello. Te juro que voy a... —amenazó cerrando el puño con violencia, pero no pudo terminar la frase.

—Él no es culpable de nada, señor McPherson —saltó Psique—. Lo obligué a ayudarme. Lo amenacé con seguirlos; él solo me protegía.

—Es cierto, Andrew —secundó Catalina con voz cansada—. Lo amenazamos ambas.

—¡Tú! ¿Quién demonios eres? —preguntó girándose hacia Psique, hastiado.

Psique avanzó un paso tambaleante por el miedo, pero se obligó a mantenerse firme.

—Soy Psique, hija de Irving McAllen —dijo, destapándose el rostro y quitándose el gorro.

Su melena, oscurecida por la humedad pero inconfundiblemente pelirroja, cayó sobre su pecho y lo hizo boquear como un pez.

McPherson le pidió confirmación a su esposa. Ella asintió y el color de las mejillas del guerrero desapareció. Cubrió su rostro con sus manos unos segundos y luego gruñó tan fuerte que Psique dio un paso atrás. Al bajar las manos, sus ojos estaban inyectados de miedo.

—Debo estar viviendo una pesadilla —dijo con voz ronca—. Una maldita pesadilla. —Ella abrió la boca para hablar, pero Andrew la detuvo con un gesto de la mano—. McAllen, ¿sabes en qué nos has metido?

Psique tragó saliva y cerró los ojos al deslumbrarla un relámpago.

—Necesito encontrar a Will.

—¡Will! —gritó, golpeando la pared con el puño. Se giró de nuevo hacia ella—. Tú eres... —Psique no dijo nada, extrañada por su sorpresa— la pelirroja.

Un trueno retumbó y él comenzó a reír. Catalina arrugó el ceño, incrédula.

—Señor, yo...

—¿Crees que él querría que te arriesgaras, te disfrazaras, que mintieras a tus padres?

—Vine porque lo amo —confesó sin miedo.

Andrew se quedó helado. Catalina cerró los ojos un instante.

—Lo amas, dices —repitió el guerrero con una calma fría—. ¿Por eso pones en riesgo tu vida y la nuestra?

Psique apretó los puños, negándose a sentirse culpable.

—Él hubiera hecho lo mismo por mí.

El fogonazo los iluminó otra vez, y Andrew soltó una carcajada amarga.

—¡Claro que lo habría hecho! ¡Porque es joven, estúpido y aún no sabe que el amor mata!

Catalina se interpuso entre ellos.

—Andrew, basta.

El estrepitoso trueno reverberó en las paredes, pero menos violento.

Él la miró y Psique vio algo romperse en su interior.

—¿Basta? —susurró— ¿Sabes lo que me estás pidiendo? Mi hijo está desaparecido y ella...

—Sí, amor mío —dijo sin vacilar—. Pero gritar no hará que nuestro hijo regrese. —Colocó una mano sobre su rostro sin dejar de mirarlo—. Él ya decidió su destino lejos de nuestro abrigo antes de caer en manos de esos gallowglas.

—Está solo, Catalina. —Su mujer contuvo las lágrimas.

—Lo traeremos de vuelta —dijo con tanta seguridad que Psique sintió un pellizco en su pecho—. Juntos.

Andrew apretó los dientes y su respiración se agitó. Cubrió la mano de la mujer con la suya.

—No puedo protegeros a todos —murmuró—. No puedo. Si algo os ocurriera, yo...

—Déjame estar contigo, cariño.

Andrew cerró los ojos durante unos segundos eternos para Psique. Al abrirlos reflejaban la peor de las batallas.

—Esto no debería estar pasando.

Contuvo el aliento cuando Catalina lo abrazó. Él se dejó hacer, como si esos días separados hubieran sido los más largos de su vida. Andrew McPherson se rindió ante su mujer y Psique...

Psique sollozó por ellos, por ella misma, pues era mucho lo que se jugaba en ese camino. Porque su corazón también se hallaba en riesgo y no sabía si Will le correspondería. Porque lo añoraba y sabía que él era su felicidad, aunque solo la quisiera como amiga. Ella siempre estaría a su lado, aunque muriera por dentro.

—Will volverá, señor McPherson —dijo Psique entre lágrimas silenciosas. La pareja la observó en silencio y, por un momento, sintió que las piernas le fallaban. Haciendo un esfuerzo enorme por no caer, continuó—: Vamos a encontrarlo y lo traeremos a casa.

En los ojos de Andrew ya no había rabia, sino una determinación feroz.

—El clan McAllen me colgará por esto.

Psique se llevó una mano al pecho. No podía hablar. La felicidad, la culpa, el remordimiento de lo que sentirían sus padres por su desaparición... Todo se le agolpaba en el pecho con una emoción agridulce que la ahogaba.

Catalina dejó a su esposo y la abrazó. Psique se aferró a ella con fuerza y lloró las lágrimas que contenía, tantas como la lluvia que caía del cielo sin piedad. Por fin era libre de poder expresarse, era feliz de confesar que lo único que temía era que la muerte la alcanzara antes de declarar sus sentimientos a Will.

—No seré una carga, señor McPherson —dijo entre sollozos—. Nadie sabrá que estoy entre ustedes, se lo juro.

—Creo que Miles y tú os conocéis. —Ella asintió—. Él se encargará de ti.

—Pero Ronald...

—Ronald y yo hablaremos de todo esto —soltó tajante.

—Andrew...

—No, Catalina —replicó con aspereza—. Soy responsable de todo lo que sucede en este grupo desde que parte hasta que regresa. Ronald, como cualquiera, tendrá que responder por sus actos. —Las miró con severidad. Ellas, por instinto, se abrazaron con más fuerza —. Desde ahora obedeceréis todo lo que os pida. Me debéis el mismo respeto que mis hombres; no quiero vacilaciones delante de ellos.

Ambas asintieron al unísono. Andrew se pasó la mano por la cara húmeda. Luego soltó el aliento poco a poco, tratando de calmarse.

La tormenta seguía sobre ellos, pero los resplandores ya eran escasos.

Después de unas horas bastante tensas para Psique en compañía de la pareja, al fin dejó de llover. Andrew salió a comprobar el estado del grupo y las mujeres al fin pudieron hablar con tranquilidad.

—Lo conseguimos —dijo Catalina, sentada a su lado, con una sonrisa satisfecha y sin rastro del dramatismo que la había acompañado mientras duró la tormenta—. Los hombres son muy simples.

Psique la observaba patidifusa. Catalina rio ante su pasmo.

—Querida niña —dijo, acariciándole el cabello con ternura—. Aunque queramos cruzar el mundo detrás de ellos, son tan fáciles de manejar como un caballo testarudo. Solo necesitan unas palabras al oído para calmarse.

Psique parpadeó, sorprendida por la comparación. ¿Comparaba a su marido con un caballo? Catalina sonrió con picardía.

—Andrew no entiende sus propios sentimientos, pero sí los nuestros, y eso lo desarma. —La mujer apoyó la espalda en la roca —. Tú eres importante para Will, por eso también lo desarmas, no lo olvides.

Abrió la boca para responder, pero no supo qué decir. Sentía las orejas ardiendo de vergüenza, algo que antes apenas había dejado que la invadiera con tanta intensidad. En ese instante, se sentía muy vulnerable. Catalina le dio un golpecito cómplice en la rodilla.

—Y ahora que lo hemos calmado... —sonrió—, mañana podremos dirigirlo.

—¿Dirigirlo?

—Claro, niña, ¿acaso crees que los hombres son los que ganan las guerras?

La cueva comenzó a llenarse de una nueva energía revitalizante, esfumando toda tensión generada con anterioridad. Psique dejó

escapar la risa que contenía y Catalina la acompañó un momento, antes de llevarse un dedo a los labios indicándole con un guiño que guardara silencio.

XXI



Se asombró al ver a tanta gente aguardándolo. Tormod lo recibió antes que nadie frente a la puerta de la choza de Donald. Su expresión hermética lo inquietaba. Ni por asomo podría sacar nada en claro que aliviara su ansiedad. Su pecho latía rápido y los nervios lo hacían transpirar a pesar del frío matutino. La voz de Tormod resonó en medio del silencio expectante que los rodeaba:

—MacPherson —dijo—. Hoy sabremos si eres un hombre que puede caminar entre nosotros o si eres un rehén con suerte de seguir respirando. Todavía estás a tiempo de echarte atrás.

Sintió un nudo en la garganta. Aun así, le mantuvo la mirada sin titubeos. Al ver que no se amedrentaba, Tormod prosiguió:

—La iniciación se basa en cuatro pruebas de supervivencia. En tu caso, al no contar con las condiciones físicas que suelen alcanzarse a estas alturas, no tendrás que superarlas todas, pero tres de ellas serán esenciales. —Will frunció el ceño—. Si notamos la mínima artimaña en tu proceder, la iniciación será interrumpida sin derecho a repetirla.

Will asintió, confundido. ¿Pruebas? ¿De qué iba todo aquello? Pensaba que la iniciación consistiría en un ritual antiguo, en unas palabras solemnes, no en pruebas de supervivencia. Notaba los latidos en los oídos y su respiración se volvió más desacompasada. Aquello pintaba mal. Presentía que esas pruebas no serían como las que practicaba con sus hermanos.

El enorme vikingo se apartó para dejarlo pasar. Mantenía la expresión más seria que le había visto hasta el momento, y un

hormigueo le recorrió la nuca al pasar por su lado. Un numeroso grupo de veinte gallowglas lo esperaba formando un pasillo humano. Sus rostros reflejaban una solemnidad abrumadora. Aodh aguardaba al final con otra mirada cauta. Al llegar hasta él, este le ofreció el brazo.

—Sabemos que eres un enclenque y que tu fortaleza reside en tu corazón. —Will le estrechó el brazo y soportó a duras penas su tosco zarandeo—. Creo en ti.

Tragó saliva sin apartar la mirada de sus ojos, que destilaban algo parecido al orgullo. Otra vez aparecía la seducción que ejercía sobre él aquel mundo salvaje. No obstante, se mantendría firme en sus convicciones y no se dejaría llevar por el corazón. Usaría, como le había aconsejado el viejo Donald, el raciocinio.

Aodh le indicó que caminara. En una solemne peregrinación, recorrieron el campamento. Los rayos de sol comenzaban a anunciar el alba de un hermoso día, aunque él ya preveía que acabaría siendo tormentoso. Todo se hallaba en calma; la quietud los envolvía, interrumpida por las numerosas pisadas que lo seguían. Inspiró profundamente y soltó el aire, intentando tranquilizarse. Aodh, a su lado, irradiaba una seguridad asombrosa. Llegaron hasta el recodo de las enormes piedras donde había mantenido su última discusión con Tormod.

Este llegó el último y se sentó en una de las piedras, con las palmas apoyadas sobre ella, una a cada lado del cuerpo. Cerró los ojos y rezó algo en voz tan baja que le resultó ininteligible. Entonces los abrió y los clavó en él. No adoptó un tono solemne; habló como quien anuncia algo inevitable.

—McPherson —lo llamó—, no te vamos a pedir que luches con un hacha; no todavía. Lucharás contra ti mismo. No todos aprenden a callar.

Will alzó las cejas con sorpresa.

—¿Callar?

El vikingo asintió.

—La prueba que vas a realizar es antigua. Más que nosotros, más que tu padre, más que todos los clanes. Los gallowglas la trajeron de Irlanda hace siglos. La llaman *Tost na Gallogliagh*, lo que viene a significar en escocés «la Prueba del Silencio» —explicó.

Will asintió, intentando comprenderlo. Aodh se colocó al lado del otro y continuó con respeto.

—Nuestros antepasados eran hombres que servían a reyes y jefes de clan. No podían permitirse temer nada, ni dudar, ni hablar de más. El que lo hacía, moría.

Tormod se puso en pie y señaló el bosque detrás de él.

—Pasarás la noche ahí. Solo, sin fuego y sin moverte más de unos pasos de donde te indiquemos. No podrás pronunciar una sola palabra hasta el amanecer.

Will abrió la boca para protestar, pero Aodh levantó la mano.

—Si hablas, fallas. Si corres, fallas. Si enciendes un fuego, fallas. Si vuelves antes del alba... —anunció, y se encogió de hombros ante lo evidente.

Will notó que tenía la garganta seca. Le aterraba entrar en ese bosque indefenso, sin nada más que sus manos para defenderse de cualquier animal. Sin embargo, estaba seguro de que los animales salvajes no eran el único peligro que acechaba. En la oscuridad siempre aguardaban muchos fantasmas.

—No es una prueba de fuerza —añadió Tormod con voz grave—. Tendrás que demostrar obediencia, disciplina y control del miedo. Si no superas eso, no podrás sobrevivir a lo que viene.

Apretó los puños, intentando no pensar en lo que implicaba ese «lo que viene».

—¿Y si la supero?

Aodh sonrió con sinceridad.

—Entonces comenzaremos a verte como un hombre capaz de llevar el peso del mundo.

Lo llevaron hasta el comienzo del bosque. Sin antorcha ni explicaciones, avanzó mientras el escalofriante crujido de las ramas bajo sus botas rompía el silencio y el aire helado inundaba sus pulmones. La oscuridad comenzó a envolverlos; allí no llegaba la luz del sol y cada vez le costaba más distinguir lo que tenía delante.

Al fin, Aodh se detuvo. Estaban en un pequeño claro. Will miró hacia arriba. Las ramas parecían cuchillos negros. Por suerte, allí las copas de los altos pinos permitían que se filtraran algunos destellos y la opresión no resultaba tan asfixiante.

Alrededor no había nada. Ni un recodo donde resguardarse, ni siquiera un tronco caído donde sentarse. Solo un pequeño claro de dos pasos de ancho.

—No te moverás de este círculo —dijo Tormod, marcando el espacio en el suelo con la punta de su espada—. Cuando salga el sol, volveremos.

Sin más, se marcharon. Ni siquiera Aodh le dedicó una rápida ojeada. Poco a poco, el silencio cayó sobre él como una lápida, helado, pesado e inquietante.

Al principio, sentado en el centro de aquel minúsculo espacio, Will intentó mantener la calma. Respiraba profundamente y procuraba no pensar en lo que se escondía tras las rejas que formaban los troncos a su alrededor. El bosque no guardaba silencio y su imaginación comenzó a desbocarse.

Los crujidos en la espesa oscuridad lo sobresaltaban. El susurro del viento en las copas le erizaba la piel. El ulular lejano de un búho lo mantenía alerta. Aguzó el oído y juraría que percibía el goteo del agua entre las rocas. ¿Podría haber un arroyo cerca?

Su curiosidad aumentaba con cada largo minuto. Lo que al principio era un suave murmullo de agua resonaba en su cabeza como una cascada. Ni siquiera podía hablar en voz alta consigo mismo. Pero, si lo hacía, ¿quién lo sabría? Estaba solo... o no.

Se puso de pie y se acercó a la línea dibujada por Tormod en el suelo. Entrecerró los párpados y observó con fijeza la oscuridad.

Nada. Nadie. Si algo existía allí, era una angustiante soledad. Volvió al centro y se tumbó en el suelo, mirando el cielo verde. Se concentró en los diferentes matices oliva y, sin darse cuenta, una sonrisa afloró a sus labios ante la pincelada de un hermoso recuerdo: el día en que se conocieron, cuando volvieron a verse tras la representación de ella en el escenario.

La vio tal como era a sus doce años. Con las trenzas rodeando su cabeza y las flores enredadas en su pelo de fuego. Un corto mechón rebelde se empeñaba en romper ese equilibrio que le daba el aspecto de un duende.

Su expresión disgustada lo divertía; sus mejillas, muy sonrosadas, lo conmovían.

—Eres un desastre cortando el pelo, McPherson —se burló ella.

Su ceño fruncido contrastaba con la incipiente sonrisa que amenazaba con escapársele. Se mesaba el mechón de cabello con reiteración para lograr peinarlo.

—Ya crecerá, niña.

Ella boqueó un par de veces y arrugó su nariz de conejito.

—Ya sabes mi nombre —contestó con los brazos cruzados—. Además, no creo que me saques muchos años.

Will puso los ojos en blanco, fingiendo cansancio, pero, muy en el fondo, había sentido algo que no sabía nombrar.

—Te llamabas... —Se hizo el pensativo durante un par de segundos, aunque en realidad contenía la risa—. Prudence.

Ella, muda de asombro, parpadeó. Por un segundo brilló la desilusión en sus pupilas y su barbilla tembló.

¿Por qué notaba ese extraño nudo en su estómago al verla sufrir? Solo era una tonta broma.

—No tiene gracia —dijo tras una calculada pausa—. Sé que no soy nadie importante para ti —añadió, jugando con una hoja seca entre los dedos—. Aunque tú, para mí, seas un gran guerrero.

¿Notaría ella que su corazón latía más fuerte? ¿Un gran guerrero? ¿Por cortarle un mechón de pelo?

—Tienes una imaginación desbordante, Prudence —repitió mal el nombre a conciencia.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Y tú tienes la lengua muy larga —dijo, sacándola todo lo que pudo.

Will estalló en carcajadas mientras la veía hacer el gesto de cortarse la lengua, acompañado de ridículas expresiones de fastidio.

—No quiero ser un gran guerrero, Psique —dijo tras calmarse—. Pero me encantaría ser tu amigo.

Ella le sonrió de oreja a oreja, soltó la hoja y, de rodillas, lo abrazó sin reservas. Su olor a flores lo embriagó; su dulzura lo derritió. Por nada del mundo dejaría escapar a esa niña. Haría lo que fuera por volver a verla. En ese dulce instante lo supo. Supo que era ella.

Parpadeó al notar una gota de lluvia en la frente y despertó de recuerdo que casi se había convertido en un dulce sueño. «La lengua muy larga», le había dicho Psique. La frase cayó sobre él como las cientos de gotas que siguieron a la primera. Maldijo por dentro con tanta fuerza que temió que se oyera. Usar la lengua para soltar improperios era justo lo que necesitaba: desahogar la frustración de tener que pasar por esa prueba para demostrar algo que, en realidad, no sentía.

Él no quería ser un guerrero, como le había dicho a su ángel; deseaba desposarla, amarla y cuidarla hasta el fin de sus días. Darle un hogar digno de una dama y muchos hijos, como había hecho su padre. Estaba seguro de que su padre lo había dejado todo por su madre. Porque por amor, por ese amor que vivía en su interior y pugnaba furioso por expresarse, se podía lograr lo imposible. No obstante, si no sobrevivía a la humedad que comenzaba a calarle el abrigo, no podría preguntárselo.

Luchó contra la impotencia. El frío lo mermó y acabó acurrucado de lado, con un dolor en el pecho como jamás había sentido.

Siguió luchando contra la necesidad de llenar el silencio y solo lo colmó de gemidos roncos. Rezó a Dios para que dejara de llover; sin embargo, recibió aún más tormenta. Al fin, sin saber cuánto tiempo había transcurrido mientras permanecía perdido en la soledad del bosque, dejó de llover. Entonces llegó la oscuridad total. La espesa manta de la noche se le echó encima, fría como el hielo. Rodeado de sombras vivaces, Will sintió que el recuerdo de Psique volvía a entrelazarse en su mente.

Debía callar. Debía permanecer. Debía dominarse. Como siempre había hecho con ella. Guardar sus sentimientos y convertirse en piedra. Sobrevivir. Respirar. Amar en silencio.

Oyó el viento soplar entre los pinos. Le susurraba burlón:

La lengua muy larga... muy larga...

Eres mi gran guerrero...

No me dejes, Will...

Apretó los párpados y cubrió su rostro con sus manos. Respiró hondo y dejó de oírla. El silencio regresaba para envolverlo como un abrigo áspero.

De repente, contuvo el aliento. No tenía que hacer nada. Solo comportarse como siempre. Por primera vez desde que lo dejaron en el claro, sintió que podía soportarlo. Al fin comprendía que su mutismo había sido una forma de hablarle, una forma de amarla. El silencio y el miedo ya no eran un problema. Solo tendría que luchar contra el castañeteo de sus dientes y resistir el frío gélido mientras soñaba con su próximo encuentro con Psique.

Un rayo de luz se filtró entre los pinos y le dio de lleno en el ojo izquierdo. El tenue calor sobre el párpado lo arrancó de su sueño. Abrió los ojos lentamente. Seguía castañeteando los dientes; a ese paso se quedaría sin ellos. Sin embargo, el aire había cambiado. El bosque, al fin, amanecía.

Intentó incorporarse, pero le dolía todo. Seguía temblando, pero seguía vivo. Pudo sonreír un instante, hasta que la tos le desgarró la garganta. Si no moría helado, lo haría de un resfriado. Logró sentarse. El silencio lo seguía envolviendo y se había convertido en un aliado. Ya no lo aplastaba: lo sostenía.

Entonces oyó pasos. No eran las torpes pisadas de un animal ni el crujido errático de las ramas bajo el viento. Eran los pasos firmes de un gallowglas. Will enderezó la espalda, aunque le dolía como si se hubiera convertido en piedra. Fijó la vista en los árboles.

Aodh apareció primero con el hacha en la mano y el rostro inexpresivo. Tormod lo seguía con calma, sin revelar lo que pensaba. Ambos se detuvieron frente a él y lo observaron largo rato.

—No hablaste —dijo Aodh al fin.

Will negó con la cabeza.

—No huiste a resguardarte.

Volvió a negarlo.

Tormod se colocó en cuclillas y lo estudió con esos ojos grises acerados que podían cortar el aire como cuchillos.

—No encendiste fuego —añadió con voz profunda—. Ya puedes hablar.

Will se encogió de hombros.

—Ya sabes que no es lo mío.

Aodh soltó una breve carcajada. Tormod no sonrió, pero su expresión se suavizó.

—McPherson, has pasado la prueba.

Will asintió y notó que el aire volvía a llenar sus pulmones.

El líder continuó hablando:

—Hoy no serás un rehén. Serás el hombre que dominó el miedo para salvarse, convirtió el silencio en un amigo y calentó su corazón con...

—Con buenos recuerdos —interrumpió él.

Tormod asintió con la cabeza, aceptando aquello.

—El pasado no te hace débil, chico. Te dará fuerzas para sobrevivir —dijo y, sujetándolo por los brazos, lo ayudó a levantarse.

Will respiró hondo al verse en pie; le dolía cada músculo del cuerpo. Tormod se dio media vuelta y se alejó bajo su mirada desconcertada.

Entonces Aodh le tendió una bota de cuero.

—Dale un trago y desnúdate —ordenó con una amplia sonrisa. Luego le tendió un plaid grande y seco—. Creo que nadie, aparte de Tormod, había pasado esta prueba bajo una tormenta.

Bufó, pero aceptó la bota y el plaid. Tras un largo trago de hidromiel, comenzó a sentirse vivo de nuevo.

XXII



Había pasado una semana desde que superó la prueba del silencio. Fue curioso que, tras superarla, los gallowglas y sus familias comenzaran a tenerlo en cuenta. Todavía le dirigían alguna que otra mirada desconfiada, pero lo instaban a participar en las tareas del clan al verlo indeciso.

Notaba que, poco a poco, lo iban aceptando como a un igual. Parecían olvidar que en realidad era un rehén. Los días pasaban entre maniobras de combate y charlas grupales que acababan en entretenidas borracheras. La actitud de Tormod hacia él seguía siendo cauta. Lo que había comenzado a germinar entre ellos parecía haberse quebrado de algún modo tras la discusión. Sabía que, aunque superara las pruebas restantes, si no obtenía la confianza de todo el grupo, no volvería a ver a Psique. Y eso no podía permitírselo.

El calor que desprendía su cuerpo no provenía de la hoguera que tenía enfrente. Había cenado bastante y comenzaba a notar la embriaguez que le provocaba el regusto dulce del hidromiel. Aodh se había largado hacía rato a su cabaña y a su alrededor quedaban unos pocos guerreros. Uno de ellos le llenó el vaso sin preguntarle siquiera. No le importó: cuanto más borracho estuviera, menos escucharía los ronquidos de Donald.

El crepitar del fuego lo hipnotizaba. Apreciaba más el calor tras el frío sufrido en esa prueba infernal. Le había llovido tanto encima que su cuerpo a veces temblaba al evocar todavía la humedad en los huesos. Verse impotente y aceptar ese camino, pese a que representara la muerte, había sido devastador. Sobrevivir gracias al

recuerdo de Psique significaba no abandonarla. En cambio, Tormod pensaba que aquello había sido una prueba de obediencia y respeto.

¡Qué equivocado estaba! Él jamás podría formar parte de ese mundo; no era como ellos, a pesar de que Aodh se empeñara en decir lo contrario. Solo el viejo Donald parecía ver más allá de su bigote. Todas las mañanas le repetía:

«A mí no me engañas: eres igual que tu padre».

Will sonreía al oírlo. Al parecer, Andrew había sido para él algo más que un líder, o eso intuía tras varios días de convivencia. Compararlo con su padre no era para el viejo una deshonra, como le había parecido al principio.

La vida en el campamento era tranquila, pero disciplinada. Cortaba leña todas las mañanas para abastecer de calor a la comunidad durante toda la jornada. Al fin hacía algo a lo que estaba acostumbrado. En su hogar, junto a su hermano Callum, se encargaba de esa tarea para calentar las habitaciones en invierno.

El pequeño Jork se escapaba siempre que podía y lo acompañaba, contagiándole su alegría. A veces, Tormod lo regañaba por ser demasiado insistente. Luego, Will veía cómo sonreía a escondidas, procurando no parecer un blando. Su madre, preciosa y tan digna como su hermano, simplemente se lo llevaba de la oreja con una sonrisa a modo de disculpa.

Su belleza destacaba entre las mujeres del campamento. No obstante, su semblante era triste y apenas interactuaba con las demás. Solo parecía encajar con Fiona, Zahra y su hijo. Tampoco tenía pareja, e imaginaba que sería viuda. Lo más curioso era que su hermosura no parecía ayudarla con los hombres, quienes apenas le dirigían la palabra. ¿Ser la hermana del líder los acobardaba? Sería lo único que temieran en ese lugar. Lo más intrigante era que, cuando sacaba el tema, lo ignoraban. Percibía que algo ocurría allí, pero no podía imaginar qué.

Uno de los guerreros lo invitó a colaborar en la reparación de una choza y, aprovechando que Donald estaba distraído, Will decidió

arreglarle el techo sin pedir permiso. No esperaba que se lo agradeciera, y tampoco lo hizo. Pero no lo detuvo ni protestó. Solo lo observó desde la distancia, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

Bajo la continua mirada de reproche de Donald, terminó de reparar el techo de turba de su choza. Aquel viejo tenía un orgullo tan manifiesto que era incapaz de reconocer que ya no podía encargarse de esas tareas. Prefería dormir bajo goteras antes que pedir ayuda para taparlas.

Todas las mañanas revisaban las trampas para conejos colocadas en el bosque. Esto le permitió aprender algunos senderos que ni por asomo habría identificado de otro modo en aquel laberinto vegetal. A la vuelta, recolectaban raíces y setas para los estofados.

Además, ayudaba a las mujeres a cargar la leche ordeñada de las cabras, lo que le ayudaba a congeniar con ellas también.

—Eres fuerte para lo delgado que estás, McPherson —le dijo el guerrero con mejillas coloradas tras darle un largo trago a su vaso frente a la hoguera—. Y no se te ve muy perdido con la espada como pensábamos.

—¿Creíais que fabricaba armas sin probarlas? —preguntó—. Sería ruin, ¿no crees?

—Tienes razón, supongo que tu padre te enseñó bien. —No le dejó responder y continuó—. Era el mejor, muchacho.

—¿Por qué todos me llamáis muchacho? —protestó.

—Porque lo eres —soltó, y le dio una palmada en la espalda con camaradería—. Llegarás a ser un hombre cuando superes todas las pruebas.

«¿Acaso ser un gallowglas significaba no tener criterio propio?», pensó con fastidio.

—¿Y si no las supero? ¿Aunque tenga la edad de Donald, seguirás llamándome así?

—Si no las superas... —Hizo una ligera pausa, sopesando sus palabras—. Me temo que no llegarías ni a los treinta entre nosotros. Aquí, o eres capaz de defenderte o no tienes futuro. Somos hermanos, pero también tenemos riñas entre nosotros. —Levantó el dedo—. Ten clara una cosa: ganará el más fuerte, el más listo, el más rápido. En la lucha cuerpo a cuerpo deberías concentrarte más. Te noto disperso, temeroso de quedarte atrás. Siempre atacas primero, impulsivo y sin calcular. No sé si lo tienes claro, pero un gallowglas no es un soldado cualquiera. Somos técnicos, disciplinados, resistentes... los mejores soldados de infantería en una batalla.

—¿Crees que cualquiera podría usar el hacha como nos has visto hacer estos días? —preguntó un segundo guerrero a su lado—. Se necesita mucha pericia. Nos criamos para ganar, no solo para luchar.

Will los escuchaba con atención. A veces, un escalofrío le recorría la espalda debido a la pasión que reflejaban sus voces. Se aferraban a un pasado glorioso, a una identidad temida y respetada. No obstante, esos hombres se hallaban mermados, ocultos, hambrientos, vigilados. ¿Cuánto aguantarían allí hasta ser descubiertos? El tiempo se les había acabado y por eso querían luchar. Estaban desesperados.

—Os entiendo, pero ¿por qué os casasteis? ¿Por qué tuvisteis hijos? Esta vida es demasiado injusta para ellos. ¿No veis lo egoístas que habéis sido al permitirlo?

El mutismo cayó como un peligroso mazazo entre los tres.

Uno de ellos entrecerró los ojos. Luego, sin esperarlo, su expresión se llenó de tristeza.

—Porque incluso un guerrero quiere un hogar —respondió—. Porque creemos que habrá futuro para ellos.

El segundo guerrero añadió, alzando su vaso:

—No luchamos solo por nosotros, muchacho. Si no lo hacemos, nuestros hijos crecerán sin nombre, sin tierra, sin nada en lo que creer. Serán sombras, como somos ahora.

—Un gallowglas no trae hijos al mundo para ser sombras —concluyó el primero.

A Will se le hizo un nudo en la garganta. Entendía qué era lo que los movía a seguir luchando con desesperación. No era la rabia lo que los conducía, sino el miedo. El miedo a desaparecer.

Una idea comenzó a germinar en su cabeza. Era absurda, pero era algo, al fin y al cabo. Terminó el vaso de un trago y se despidió de ellos. Entre risas cómplices, los guerreros le desearon suerte para la prueba de la mañana siguiente.

Apenas despuntaba el amanecer en las crestas de las enormes piedras cuando Aodh, sin previo aviso, dejó caer un tronco enorme frente a Will, levantando una ligera nube de polvo.

Él lo miró desconcertado.

—Has pasado la prueba del silencio —dijo—. Ahora veremos si puedes cargar con algo más que tus pensamientos.

Tormod se acercó despacio.

—Esta es la *Ualach na nGalloglaigh* —explicó—. La Prueba del Peso. Nuestros antepasados la realizaban antes de entrar en batalla. —Aquella referencia al pasado lo conmovió—. No para medir su fuerza, sino su resistencia.

Aodh señaló el gran tronco en el suelo.

—Levántalo y cárgalo sobre tus hombros —ordenó—. Luego camina.

—¿Cuánto? —preguntó, apenas disimulando su temor a no poder cargarlo, pues era casi tan grande como él.

—Hasta que te lo digamos —respondió con una sonrisa maliciosa.

Will miró con reserva el tronco. Era grueso y estaba húmedo por el rocío.

—Un gallowglas no lucha únicamente con los brazos, lo hace con la espalda, las piernas, el corazón... y sobre todo con la voluntad.

Se agachó a tocarlo. Estaba frío. Cuando intentó levantarlo, falló. El tronco apenas se había movido. Los guerreros allí reunidos no dijeron nada. Guardaban un respetuoso silencio a la espera de un siguiente intento.

Will apretó los dientes, cambió el agarre y recordó las palabras de aquellos mismos hombres la noche anterior:

«Somos técnicos, disciplinados, resistentes. Se necesita mucha pericia. Nos criamos para ganar, no solo para luchar. Creemos que habrá futuro».

Él también creía en un futuro. Uno junto a Psique.

Respiró hondo, colocó el tronco de lado, lo rodó hasta apoyarlo en su muslo y desde ahí lo impulsó hacia el hombro. Soltó un gruñido por el esfuerzo, pero lo consiguió, a pesar de sentirse aplastado por su peso.

Aodh sonrió, satisfecho.

—Camina.

Dio el primer paso y el tronco se tambaleó; el segundo fue peor y el tercero casi lo derribó. Siguió caminando y los gallowglas lo acompañaron, observándolo con incredulidad. Seguro que ninguno había apostado a que lo alzaría sobre el hombro. Sin embargo, Will era fuerte como su padre y testarudo como su madre. Jamás permitiría que un simple tronco, por muy pesado que fuera, dejara su orgullo a la altura de la turba.

El recorrido se le hizo largo; cada músculo de su cuerpo ardía. Bufaba por el esfuerzo y el tronco casi se le resbaló en un instante. Aun así, lo sostuvo y reajustó la carga entre jadeos. El sudor le nublaba la vista y las piernas comenzaban a temblarle.

Tormod habló por fin:

—¿Sabes por qué hacemos esto? —Will no podía responder mientras se concentraba en no desfallecer—. Un gallowglas no solo carga con su arma: carga con su historia, sus muertos y sus hermanos.

Will apretó los dientes y pensó en su familia, en su amigo Ronald y en el padre Elliot. Pensó en ella, en sus trenzas y en su mechón rebelde mientras se burlaba de él. Siguió caminando.

Entonces los guerreros comenzaron a silbar y a aullar; otros aplaudían y jaleaban. Siguió adelante hasta que, al fin, oyó la voz de Aodh.

—Basta.

Will cayó de rodillas y soltó el tronco. El suelo tembló. Aodh se agachó frente a él.

—No eres el más fuerte, ni el más rápido. —Will levantó la vista, ceñudo y sin apenas resuello—. Pero has demostrado que no te rindes. Eso es lo que hace un gallowglas.

Miró a Tormod. Este asintió, conforme, y se alejó en silencio, caminando con paso firme. Había superado la segunda prueba.

Los guerreros lo vitorearon y se acercaron a darle la enhorabuena. Incluso Aodh lo besó en la cabeza. Y él... Él se sintió feliz. Su corazón latía rápido, el pecho le ardía de tanto resoplar y, entre el sufrimiento, notó que lo invadía un sentimiento de unión. Rio con ellos y, por una vez, se permitió sentirse parte de aquella comunidad.

Ese mismo día, mientras almorzaba junto a sus compañeros, Jork se sentó a su lado. Lo observaba con una expresión renovada; juraría que era admiración. Sin decir palabra, no apartaba la mirada de él y llegó a incomodarlo.

—¿Qué pasa, Jork? ¿Tengo monos en la cara?

El niño masticaba un trozo de carne y abrió mucho los ojos.

—¿Monos? ¿Qué son monos? —preguntó con urgencia.

—¿No has visto ninguno? —El niño negó con la cabeza—. Es un animal pequeño y travieso.

—¿Dónde hay? En el bosque no los he visto y me lo conozco como la palma de mi mano. —Soltó una exclamación, como si

acabara de caer en la cuenta—. ¿En la ciudad hay monos? Nunca he ido, pero me encantaría, señor.

Los guerreros prestaban atención y alguno había apartado la mirada, como si participar en aquella conversación le causara desasosiego. No se le había pasado por la cabeza lo desconocido que era el mundo para ese niño, encerrado en ese bosque la mayor parte de su vida.

—Llevamos en este asentamiento siete años —comentó uno de ellos, respondiendo lo que sospechaba.

—Los monos no viven en Escocia, pero algunos artistas los muestran en teatros.

—Tampoco sé qué es un teatro —dijo Jork algo frustrado—. Un día iré a la ciudad y veré todo eso.

Uno a uno, los hombres comenzaron a alejarse hasta dejarlos a solas. Will los observó extrañado, hasta que reparó en Sorcha, que estaba justo detrás de ellos.

—Jork, ya te advertí que debías dejar tranquilo al señor McPherson —regañó esta con las manos en las caderas.

Will quedó eclipsado al verla tan cerca. Sus ojos azules, tan claros, parecían los de una criatura de otro mundo; su cabello competía con los rayos del sol y sus rasgos... Cualquier mujer en edad casadera moriría de envidia por parecerse a ella.

—No lo estoy molestando, madre —refunfuñó el chico.

—Es verdad, no me molesta. Hablábamos de... —Se encogió de hombros, algo avergonzado— monos y teatros.

—¿Me llevarás a verlos cuando matemos a los ingleses, madre?

Sorcha se tensó y Will decidió intervenir.

—Te prometo que te llevaré a ver una obra de teatro con monos, chico.

El niño quedó tan patidifuso que ni respiró durante unos segundos. Luego, como loco, comenzó a gritar de emoción.

—¡Jork! —La voz de Sorcha sesgó el aire con autoridad—. Tu tío te espera para practicar con el arco. Ve con él. —Al resistirse a marcharse, insistió con dureza—. ¡Ahora!

El niño bufó, pero salió corriendo, no sin antes sonreírle a Will con ilusión. El silencio cayó de golpe y, justo cuando pensó que ella se marcharía tras su hijo, su voz lo cortó como un cuchillo.

—No deberías haberle prometido nada —dijo con una severidad más propia de su hermano Tormod.

—No es malo —replicó—. Lo hice feliz.

—¿Tú crees? Él ya es feliz. No necesita que nadie le llene la cabeza de pájaros. Nunca saldrá de aquí. Su futuro está... —su voz tembló un instante— condenado.

Aquella forma de referirse al futuro del niño le pareció terrible viniendo de su propia madre. ¿De qué demonios hablaba?

—Sorcha, no sé a qué te refieres con eso, y no me parece adecuado...

—Su padre fue un soldado inglés.

La frase lo atravesó con un escalofrío. Destilaba veneno en cada una de sus letras.

«Violaron a nuestras mujeres», recordó que había dicho Tormod en una ocasión.

Lo había dicho con rabia, vergüenza y dolor, el mismo que mostraba Sorcha.

Para su sorpresa, era la madre de un niño que crecía en un mundo que lo odiaba por su sangre. Un niño que no tenía culpa y cargaba con un estigma que podía costarle la vida. Todo encajó en ese instante y entendió por qué los demás los apartaban. Sorcha y Jork se amparaban allí por ser familia del líder, a pesar del trato esquivo y arisco del grupo.

Will abrió la boca para responderle, pero no encontró palabras. Ese descubrimiento lo había sacudido. Ella no solo lo protegía de los ingleses, lo protegía de los suyos.

—Deberías descansar, pronto tendrás que superar otra prueba —dijo ella cabizbaja.

La observó alejarse tras los pasos de su hijo. Era absurdo. ¿Pretendía quedarse en ese bosque para siempre, aunque su gente emigrara? No era vida para un niño; no era vida para nadie.

Al fin se levantó y se dirigió a la cabaña de Donald. Con mucha suerte, el viejo podría darle respuestas sobre cómo había sucedido el ataque que mermó a aquel grupo de supervivientes.

XXIII



Para su más absoluta congoja, Ronald fue apartado de la misión y obligado a regresar sin siquiera despedirse de Psique y Catalina. Psique lo vio alejarse entre los árboles con la espalda rígida y la cabeza gacha. Le sorprendió que no la enviaran de vuelta con él. Quizá fuera porque Andrew no confiaba lo suficiente en Ronald para protegerla. Y esa idea la martirizaba.

No podía imaginar lo humillante que habría sido para su amigo la discusión mantenida con Andrew. El nudo en su garganta por sentirse culpable apenas la dejaba respirar, a pesar de llevar el rostro destapado. Ni el aire frío en sus mejillas lograba despejarle la mente.

La actitud del grupo cambió de forma radical tras descubrirse las verdaderas identidades de Psique y Catalina. El ambiente se volvió enrarecido. Las bromas y la camaradería cesaron, y Psique percibía el reproche en cada mirada. Se sentían estúpidos por haberse dejado engañar por ellas y las culpaban de la partida de Ronald. Ya no confiaban en ninguna de las dos, y Psique lo llevaba bastante mal.

Avanzaba en silencio y sin el ánimo de un principio.

Catalina, en cambio, erguía la cabeza, como si nada pudiera tocarla. Aun así, Psique notaba su contención cada vez que un soldado murmuraba algo a su paso.

—No les hagas caso —susurraba Catalina en alguna ocasión—. Los hombres odian sentirse más tontos de lo que ya son.

Psique asintió, pero no la consoló.

—Ronald ha pagado por nosotras y merecía estar aquí tanto como cualquiera. No es justo, Catalina.

La mujer suspiró, cansada.

—Ronald es fuerte y... —Hizo una breve pausa—. Andrew no lo castigará más de lo necesario. Lo quiere como a un hijo y lo ha obligado a volver para protegerlo.

Psique ladeó la cabeza. No estaba del todo de acuerdo con eso. Ronald era el mejor amigo de Will y estaba segura de que se tomaría como una deshonra imperdonable ser apartado de la misión. Algo le decía que, a partir de ese momento, su relación con Andrew ya no sería tan cálida y amistosa como antes. Y sí, claro que era fuerte, pero ella sabía que su tierno corazón debía de habérsele roto en mil pedazos por haberlo obligado, con artimañas, a apoyarla.

¿Debía haberse quedado en casa esperando noticias? Claro, si hubiera sido una damisela conformista y temblorosa. Pero no era el caso.

Tras pensarlo, se replanteó muchas cosas. ¿Qué esperaría Will de su matrimonio? En su casa, Catalina rompía todos los moldes con su temperamento impetuoso y su gran fortaleza. No era débil y participaba en las conversaciones con los líderes como una más.

Psique no era tan valiente, pero sí rebelde. Había crecido en un hogar apacible, alejada de las tareas mundanas y rodeada de unas comodidades dignas de una reina. Y tan aburridas...

Era emocionante pensar que, tal vez, una vida más simple y sacrificada pudiera llenar el hueco insulso que la asolaba. Puede que acabara con esa sensación de no pertenecer a ningún lugar. Pero... ¿y si estaba confundida? Esa era su gran duda. Aun así, estaba dispuesta a dejar su vida privilegiada por Will. No obstante, ¿él lo aceptaría? ¿La aceptaría como una pareja capaz?

Andrew la había reconocido como la pelirroja. ¿Will le habría hablado de ella? ¿Cómo amiga o posible prometida? Andrew sabía algo más, algo que no había querido revelarle, y Psique presentía que era importante.

Nada indicaba una intención romántica, por mucho que lo deseara. Quizás...

¿Y si ella lo había seducido durante esos años sin darse cuenta?

Si lo pensaba bien, en sus reuniones había dejado señales casi imperceptibles, pero muy reales, de que quizás quería a Will de una forma sentimental...

Por ejemplo, la intensidad con que lo miraba o aquel nerviosismo repentino cuando lo abrazaba o le plantaba un beso, o varios, en la mejilla.

¿Y si se había tomado muchas libertades bajo el pretexto de la amistad? En realidad, no lo sabía. Sus únicos amigos eran sus primos, y ninguno le provocaba aquella necesidad de contacto constante. Tal vez se debía a la confianza entre ellos, o quizá, en lo más hondo de su subconsciente, lo amaba desde el principio sin saberlo.

¿Y si era ella a quien Will pretendía desposar?

Pensar eso la sonrojó tanto que Catalina entrecerró los ojos mientras montaba a su lado.

—Hace más calor hoy, ¿no crees? —comentó Psique, mientras se abanicaba con la mano.

Sin embargo, la mujer no le contestó ni le quitó ojo de encima.

«Catalina la Terrible deberían llamarla», pensó mientras disimulaba con dificultad su incomodidad.

—Creo que iré a hablar con Miles, tenía algo importante que contarme —añadió con prisa.

Azuzó su caballo y, con la rapidez de quien huye como un conejo bajo la atenta mirada de un halcón, se plantó junto al guerrero más imponente de la partida.

El pelirrojo montaba con parsimonia en su caballo, igual de imponente que él. Al verla, interrumpió su silbido melódico y tensó los hombros, adoptando la rigidez de una estatua.

—¿Y ahora qué quieres? —gruñó Miles sin mirarla.

—¿Ni siquiera te atreves a mirarme? ¿Acaso traigo mala suerte? —preguntó con inocencia. Él resopló tan fuerte que hasta su caballo movió las orejas—. Pensé que... ya que te ocuparás de mí durante el viaje, sería de mala educación no venir a saludarte.

—Ocuparme de ti —dijo como si probara vinagre—. ¿Qué remedio me queda?

Psique se irguió un poco más en la silla, fingiendo una dignidad de la que carecía.

—No tienes que hacerlo si no lo deseas, soy muy capaz de defenderme sola.

—Ah, claro. La dama fugitiva ha adquirido en pocos días una pericia admirable en artes militares —soltó con sarcasmo—. Te quedaba bien ese disfraz de leprosa que llevabas; deberías plantearte ponértelo de nuevo. Al menos, los soldados no te mirarían como si fueras un plato caliente.

Psique lo fulminó con la mirada.

—Ya fue suficiente con que Andrew me descubriera, no necesito que me lo recuerdes cada día.

—Oh, claro que lo haré —respondió el guerrero mirándola con una fijeza inquietante—. Será tu escarmiento hasta que tu padre y tu tío te encuentren. Disfrutaré mucho de ver cómo los enfrentas.

Tragó saliva y, cuando habló, su voz sonó temblorosa.

—Ellos no...

—Ellos sí —la cortó con aspereza el pelirrojo.

Sus ojos azules parecían haberse oscurecido, mostrando el humor sombrío del dragón cuya fama lo precedía.

—No sabrán dónde estoy —insistió trémula.

El pelirrojo rio sin alegría.

—Estoy seguro de que lo averiguaron pronto y vienen de camino. Mandé un mensajero para avisarlos de que estás conmigo.

A Psique se le secó la garganta y ahogó un sollozo. Se sentía tan culpable que creyó romperse.

—No se te ocurra llorar, Psique —añadió el gigante con calma, a pesar de su tono afilado—. Si te pasara algo, no dejaría que tu familia me arrancara la piel; lo haría yo mismo. —Psique lo miró con pavor—. ¿Sabes lo que más me recrimino?

Psique negó con la cabeza.

—No haberte reconocido antes. No me lo perdonaré.

El silencio que siguió fue tan denso que a Psique le daba miedo respirar demasiado fuerte.

—No creas que no entiendo lo que sientes, lo sé bien, también fui joven. Pero al ser padre no puedo evitar pensar en lo que debe estar sufriendo tu familia. —La miró encendido de furia—. ¿Por qué has hecho algo así? ¿No comprendes que con eso puedes haberlos destruido?

La cruda verdad le cayó encima como un jarro de agua helada. Sin poder contenerse, lloró, sintiéndose la persona más miserable. A Miles no parecía importarle y continuó hablando con voz más grave.

—Tu padre, tu tío... —Sacudió la cabeza—. Tu madre, Psique. Estarán desesperados. ¿Sabes el desconsuelo que provoca en una familia la pérdida de un hijo?

El gigante calló al ver su terrible estado. Enseguida, apoyó la mano en su hombro, arrepentido. Sin embargo, Psique siguió llorando desconsolada sin percatarse de la presencia de Catalina a su lado.

—¿Qué demonios le dijiste, bruto insensible? —acusó Catalina.

—Yo... —El gigante frunció el ceño—. Solo le dije lo que pienso sobre esto. Actúa como si nada tuviera importancia, y sus actos tendrán malas consecuencias para su familia... y la tuya —murmuró —. Ella es una dama.

—¿Y? —preguntó desafiante—. A ti eso no te importó mucho en tus tiempos.

—No es lo mismo —expresó con las mejillas ardiendo de vergüenza.

Catalina entrecerró los ojos, pero no añadió nada más. Sabía reconocer cuándo un hombre recibía su propia medicina. Psique seguía encogida, respirando de forma desacompasada y sin prestarles atención.

El pelirrojo apretó el hombro de Psique, llamando su atención.

—No quise hacerte daño —murmuró, inclinándose hacia ella—. Pero cuando uno pierde a alguien... —Se le quebró la voz sin remedio— no vuelve a ser el mismo. Esto no es un juego. Podemos morir en el camino, incluso antes de llegar hasta esos mercenarios, ¿entiendes?

Psique asintió. Entendía que a sus ojos había actuado como una inconsciente, sin embargo, su deseo de comprobar por ella misma que Will seguía vivo lo podía todo. Había esperado dos años enteros junto a ese árbol, reviviendo cada recuerdo compartido. Tal vez fuera egoísta, pero las palabras de su madre habían calado su alma: debía seguir su corazón y sacrificarlo todo por lo que amaba.

—¿Alguna vez dudaste de tus sentimientos hacia tu esposa? —preguntó al gigante con voz rota, reteniendo un sollozo. Este no contestó, pero en su mirada leyó la devoción que sentía por ella—. Él es mi mundo. Volvería a hacerlo las veces que hicieran falta, Miles.

—Cada día me gustas más como nuera, niña —dijo Catalina, enseñando los dientes con descaro—. No te preocupes, los hombres como él ladran cuando tienen miedo, ya se le pasará.

Miles gruñó algo ininteligible. Catalina le lanzó una mirada que lo silenció. Psique, por primera vez en días, soltó una risa temblorosa.

Con rapidez, la muy digna se interpuso entre ambos con su caballo y obligó a Psique a separarse del gigante. Luego, ya solas, se inclinó sobre su montura y le ofreció un pañuelo para secarse las lágrimas. Esta lo tomó y, al limpiarse, arrastró la mugre que el polvo del camino había dejado pegada a su piel.

—Debo estar horrible —sollozó, imaginando lo espantosa que la vería Will.

—Bueno, no estás en tu mejor momento, pero con un poco de agua limpia y algo de dignidad podrías estar presentable.

Sonrió al oírla. En su mirada halló un brillo de preocupación apenas perceptible. Las palabras de Miles debían haberla removido. Catalina era consciente de que su hijo tenía un pie en la tumba. No obstante, no lloraba ni se permitía flaquear. Y además, le ofrecía a Psique un pañuelo y una broma para sostenerla.

La protegía, la cuidaba y la acogía como... pareja de Will. Sin palabras solemnes ni ceremonias ridículas.

Catalina se acercó un poco más con su caballo y le susurró:

—Escúchame bien —dijo y su voz adquirió su habitual tono cariñoso—. No dejes que Miles te haga creer que sobras. Si estás aquí es porque tienes más valor que muchos guerreros.

—Solo quiero llegar hasta Will.

—Lo sé. —Catalina acompañó sus palabras con una sonrisa cálida que la confortó—. Y por eso voy a ayudarte. Cuando mi hijo te vea, no quiero que vea a una niña rota, sino a la mujer que cruzó medio mundo por él.

—No sé si él sentirá lo mismo, Catalina —dijo con un hilo de voz.

—Eso solo puede decírtelo él, pero, como madre, siento que tú eres quien mantiene a mi hijo vivo.

Psique parpadeó sorprendida. Sin haberlo buscado, sentía una fuerte conexión con ella, con su fuerza y empatía. Era una amiga incondicional y agradecida.

La mujer le quitó el pañuelo y terminó de limpiarle el rostro con una paciencia inigualable.

—Así está mejor —dijo con un gesto indiferente de su mano—. Ya no pareces un animalito del bosque.

Psique rio entre dientes y Catalina le sonrió, satisfecha. A lo lejos, Miles mascullaba algo, fingiendo que no las miraba cada pocos

segundos. Catalina bufó al verlo.

—Si por él fuera, no te rozaría ni el aire.

Psique parpadeó, curiosa.

—Se preocupa demasiado, ya no soy una niña —contestó.

—Es gruñón, pero a su manera torpe te quiere. —Una sonrisa inundó su encantador semblante mientras guiñaba un ojo al gigante, quien enderezó la espalda al verla—. Da igual que ya no seas una niña; necesita asegurarse de que no te metes en más líos. En el fondo, sus regañinas son su forma de decirte que le importas.

—Pero...

Calló al recordar la íntima conversación entre Catalina y su marido. Esos guerreros con apariencia de osos insensibles albergaban un corazón enorme, capaz de lo que fuera por proteger lo que amaban. En la intimidad eran simplemente hombres, niños en muchas ocasiones y amigos leales, dispuestos a romperse o sacrificarse para proteger a los suyos.

Psique respiró hondo. Olía a tierra mojada, a invierno. Las montañas estaban cerca; muy pronto atravesarían el infierno gélido y, con seguridad, en algún instante añoraría la comodidad de su hogar. No obstante, quería disfrutar de esa «libertad» enmascarada que le permitiría madurar hasta convertirse en una mujer diestra.

Removió su melena pelirroja, dejándola caer libre sobre la espalda.

—Vamos, Catalina —dijo con una sonrisa ladeada—. El camino no se anda solo. Reclamemos nuestro sitio.

Catalina asintió y ambas azuzaron las monturas hasta colocarse al lado de los líderes. Por primera vez, Psique no sintió miedo, sino una profunda gratitud por permitirles acompañarlos a pesar del peligro. De alguna manera, creían en ellas, y Psique sintió que podía estar a la altura. Ya no agacharía la cabeza ante las miradas acusadoras: las enfrentaría con la misma fuerza. Porque una mujer podía ser más débil físicamente, pero no menos capaz, ni menos valiente, ni menos digna de luchar por sus anhelos.

Levantó la barbilla con firmeza. Ella no sería una gallowglas ni una soldado, pero sí una persona digna de amar sin garantías y con una terquedad insuperable. Una persona que sabía por qué seguía adelante.

Catalina, a su lado, la miró de reojo y sonrió como si pudiera oír sus pensamientos.

—Así me gusta —comentó—. Con la cabeza alta.

Psique le devolvió la sonrisa justo cuando el sol asomó entre las nubes, iluminando el polvo del camino. Por primera vez desde que emprendió el viaje, sentía que avanzaba no solo hacia Will, sino hacia una versión de sí misma más segura y fuerte.

Mientras las monturas avanzaban, Psique supo que, pasara lo que pasara, no volvería a agachar la cabeza. Defendería sus ideas, aunque otros no las compartieran.

XXIV



—Lo que sucedió encendió entre los nuestros la chispa del odio. Una chispa que no se apagará hasta que nuestras hachas prueben la sangre de los culpables, muchacho.

—Tormod habló de violaciones. Dijo que mataron a su hijo —insistió.

El viejo Donald era un hueso duro de roer. Asintió y se acomodó en la butaca junto al fuego. Con calma, encendió su pipa y soltó el humo en una densa nube blanca. Will esperó sentado a su lado mientras bebía un sorbo de hidromiel.

—Fueron muchos los hijos que perdieron la vida ese desafortunado día. Vivíamos más al este, a pocas millas de la Cascada del Hacha. —Will frunció el ceño. Allí era donde dijo Tormod que había citado a su padre—. Yo todavía podía montar, no como ahora, que apenas me mantengo en pie por culpa de esta maldita pierna.

—¿No pudisteis defenderlos? —preguntó impaciente.

El viejo lo notó y gruñó malhumorado.

—Salimos de caza —dijo al fin—. Seguíamos el rastro de un oso que había matado a uno de los nuestros tras sorprenderlo durante una de sus guardias. —Sus palabras quedaron suspendidas y su rostro se crispó durante un segundo, como si recordara algo doloroso—. No imaginábamos que hubiera una cuadrilla de soldados por estas tierras. Los ingleses no suelen adentrarse en territorios tan salvajes, a menos que busquen algo determinado. —Volvió a fumar de su pipa y, tras unos segundos, continuó con rudeza—. Cuando

regresamos, habían masacrado el poblado, violado a nuestras mujeres y, como te dijo Tormod, matado a su hijo. A todos los niños del poblado.

Will trató de imaginar una escena que ni en sus peores pesadillas habría podido soportar.

—¿Qué buscaban? —preguntó con voz quebrada, sintiendo un nudo en la garganta.

—Alguien nos denunció ante la Guardia Negra. ¿Por unas monedas, por ideas contrarias a las nuestras...? Nunca lo supimos. Esa escoria apareció bien armada y al mando de un factor. Buscaban exterminar posibles amenazas contra ese usurpador alemán.

Will contuvo el aliento al oír cómo se refería a Jorge I, quien reinaba desde pocos años después de la firma del Acta de Unión con Inglaterra en 1707. Lo llamaban el «usurpador» del trono legítimo y suponía un obstáculo para el regreso de los Estuardo. Era, por excelencia, el carcelero de las Highlands y, para ello, había intensificado la presencia de su Guardia Negra. Los factors eran los ojos del rey, encargados de vigilar cada rincón de Escocia en busca de posibles amenazas jacobitas. Era habitual que marcharan en silencio, vestidos de negro como fantasmas amenazadores. Eran disciplinados y eficaces. No bebían, no aceptaban sobornos ni tenían vínculos con los clanes vigilados, pues pertenecían a otros clanes aliados de los hanoverianos. Enviaban informes a Inveraray, a Fort William o a Edimburgo. Sus denuncias terminaban en arrestos, confiscaciones, castigos o acusaciones de traición.

—Esos traidores nos masacraron como si fuésemos ratas —escupió con rabia—. Y todo por disfrutar de un cargo de ese cabrón afeminado y vestir un tartán oscuro como su alma. Me avergüenza haber compartido compañía con ellos.

—He conocido a unos pocos durante estos dos años, Donald. Confiscaron muchas de mis armas... —Calló. Después de eso, su historia no parecía tener relevancia—. Siento vuestro dolor; no merecen compartir nuestra sangre.

—¿Nuestra sangre, dices? —preguntó este con ansiedad—. No, muchacho. Ellos fueron paridos por perros sin clan, y criados por hombres que vendieron su honor por una miserable paga. Tienen agua sucia en sus venas, no merecen que los nombremos entre los muertos.

—Dijiste que luchaste al lado de esos clanes. No puedo imaginar el infierno que sería regresar ese día y encontraros con...

—No, Will. No puedes porque tu corazón todavía sigue latiendo. El nuestro se pudrió ese día y solo nos queda luchar y honrar a nuestros muertos.

—Por venganza. —El viejo negó con la cabeza y Will recordó las palabras de Tormod—. Por liberar vuestra tierra y poder vivir en paz.

El anciano asintió disimulando el brillo en sus ojos mientras golpeaba la pipa contra la humilde chimenea.

—Únicamente queremos vivir en paz, trabajar la tierra, conservar nuestra cultura como nos enseñaron los ancestros, hacer de nuestros hijos hombres de bien. —Su tono era tranquilo, pero Will notaba la tensión de su espalda mientras hablaba—. Ellos destruyen, imponen, no respetan ni a su propia sangre. Son perros hambrientos de poder.

El recuerdo no llegó como una imagen nítida, sino como una sensación enterrada en el olvido de su niñez. Mientras Donald seguía con su perorata llena de amargura, Will apenas lo oía. Su mente retrocedió muchos inviernos, a un amanecer gris que contemplaba desde la ventana de la cocina de su hogar en Pretty Poppies:

Oyó el crujido de la nieve bajo las botas. Unas pisadas profundas llegaron hasta el piso del porche. La oscuridad de sus ropas fue lo primero que le impactó; luego tragó saliva ante la presencia de un rostro sombrío y mal afeitado. Y sus ojos... unos ojos que miraban como si nada les importara.

—Will, no salgas y quédate con el padre Elliot —le ordenó Andrew en voz baja, pero tensa para después salir al encuentro de

ese demonio.

Por suerte, su madre había salido a visitar a su cuñada junto con sus hermanos. Su padre, el sacerdote Elliot Graham y él se habían quedado en casa, conversando después de almorzar los famosos haggis que tanto adoraba el viejo.

Will tenía cinco años. Para él, la presencia de un grupo de soldados de aspecto perturbador en su casa era terrorífica. Con los ojos brillantes, vio cómo registraban la casa, cómo tiraban al suelo la espada familiar de su abuelo y cómo uno de ellos la pateaba con desprecio, como si fuera solo un hierro inservible. Elliot, aunque débil por haber padecido un reciente resfriado, lo sujetaba con firmeza para evitar que la recogiera y la blandiera en defensa de su padre, a quien propinaban una fuerte paliza.

—Sé que te traes algo entre manos, McPherson —dijo el hombre oscuro, agarrando por la pechera a su padre—. No engañas a nadie con esta nueva vida que llevas ahora. ¿Crees que voy a creer que eres un hombre respetable? —Andrew guardaba silencio y lo miraba con una sonrisa maliciosa. El factor lo soltó de un empellón y le escupió encima—. La escoria como tú nunca cambia. Algún día te tendré en mis manos, maldito traidor.

La mirada llena de rabia contenida y humillación de Andrew McPherson se repitió en forma de pesadillas para Will durante muchas noches.

Esa misma furia ardía en Donald.

Will respiró hondo antes de recuperar la voz.

—Donald —susurró, silenciando al anciano, que le devolvió una expresión ceñuda—. Sé lo que es ser humillado por ellos. Los he visto despreciar lo que amas. No con sangre, como a vosotros, sino con extorsión e injusticia.

El viejo no respondió; se limitó a chasquear la lengua.

—Sé que hay heridas que no se cierran —continuó—. Y que un hombre puede perdonar muchas cosas, pero nunca que te

arranquen el honor y la vida de tus seres queridos.

Donald se sorprendió al notar el temblor de su voz. Luego, el silencio volvió a caer sobre ellos. El crepitar de la hoguera rompía la quietud que los mantenía unidos entre las sombras de recuerdos dolorosos.

—Veo que también te pesa cuando algo no es justo —dijo el viejo al fin con una media sonrisa complaciente. Luego le dio otra profunda calada a su pipa—. Cuánto añoro a tu padre, él siempre sabía qué decir entre los silencios.

—Donald —lo llamó—, tengo una pregunta más que hacerte. —El anciano asintió, a la espera—. ¿Por qué solo mataron a los niños?

El viejo cerró los ojos con fuerza, sopesando cómo responder a eso. Cuando los abrió volvía a librarse una fuerte tormenta en ellos.

—Al matar a nuestros hijos extinguían nuestro legado y se aseguraban el suyo en el vientre de nuestras esposas.

La revelación golpeó a Will como un terrible mazazo en el pecho. Por un momento, pensó que el corazón se le saldría. Aquello dolía tanto que apenas podía seguir hablando. Era demasiado espeluznante.

—Las que se quedaron encinta abortaron para no traer la vergüenza al poblado.

Una idea descabellada cruzó su mente, llenándolo de una intensa furia. Jork era el único niño de ocho años en el poblado; los demás eran más pequeños.

Su padre era inglés...

Madre e hijo sufrían el rechazo de su propio clan. No tenían dónde ir. No pertenecían a ningún lugar.

—Todas abortaron menos...

—Sorcha.

Tras una larga reflexión con la que concluía que la libertad era lo único que podía salvarlos, los gallowglas no se hicieron esperar.

Pronto se presentaron en la casa del anciano para llevarlo a las grandes rocas donde expondrían la tercera prueba que debía superar.

Will observó el círculo de piedras y ceniza trazado en el suelo. Fuera de él, poco a poco, se congregó todo el poblado; incluso Sorcha y Jork se encontraban entre ellos. El niño mostraba una intensa emoción; en cambio, su madre solo evidenciaba una gran preocupación.

El enorme guerrero y líder del grupo se colocó en el centro del círculo y clavó la mirada en Will. El corazón le latía deprisa mientras aguardaba el siguiente movimiento. La incertidumbre había carcomido su paciencia como un roedor devora un trozo de carne. Sabía que los nervios eran el principio de cualquier fin; por ello, respiró hondo y sostuvo con firmeza la mirada de Tormod.

Aodh y otro guerrero colocaron dos espadas cruzadas en el centro del círculo y luego el rubio se volvió hacia él.

—Esta es la tercera prueba, Will —pronunció con voz grave, y le indicó con un gesto rápido de la mano que entrara en el círculo—. Suerte, muchacho.

Will avanzó unos pasos a la vez que Tormod, quien lo medía de forma intensa con la mirada.

—Esta prueba la llamamos *Calideamh Beo*, el Acero Vivo.

—¿Acero vivo? —preguntó tragando saliva.

—El acero cobra vida cuando lo empuñas y se convierte en parte de ti. Es una extensión de tu brazo y de tu corazón. Si no sabes dominarlo, él te dominará a ti.

—¿Tendré que luchar con uno de vosotros?

—Sí, pero no consistirá en ganar la batalla, sino en lograr detenerte cuando te lo indique.

—Es una prueba de obediencia y control —continuó Aodh a su lado—. Cualquiera puede atacar o dejarse llevar por la furia. Un gallowglas debe saber frenar un golpe cuando ya esté en el aire.

Will bajó la mirada hacia las espadas. Cuando uno combatía, la sangre hervía, el cuerpo entraba en modo de supervivencia y detener ese instinto de arremetida sería casi imposible. Él había luchado con su padre y sabía cómo sorprender y reducir con rapidez al enemigo; sin embargo, nunca había luchado a muerte y dudaba de si sería capaz de dejarse herir.

—¿Y si no puedo?

Tormod se acercó a él y le tomó del mentón, obligándolo a mirarlo a los ojos.

—Entonces, serás un rehén.

La sangre le calentó las venas. Esa palabra le molestaba como cualquier golpe. Necesitaba dejar de ser vigilado para poder escapar de allí. Ser considerado uno más para acceder a esos senderos que le llevarían fuera de esa prisión vegetal. Ganarse la confianza de esos gallowglas a toda costa.

El silencio era pesado; solo su respiración acelerada delataba la impaciencia.

El guerrero soltó su rostro y señaló el círculo.

—Entrarás aquí con uno de los nuestros. No te matará, pero te llevará al límite. ¿Sabes lo que es el temple? —Will asintió—. Lo necesitarás más que nunca, te lo aseguro. Somos expertos no solo en técnica, sino también en hacer creer al enemigo que es un crío de teta.

Tormod sonreía con sorna al referirse a eso último. Parecía impaciente por comenzar a provocarlo. Will apretó los dientes, conteniendo el impulso de mandarlo a la mierda.

—Lo dicho, muchacho —dijo Aodh entregándole una de las enormes espadas que Will empuñó con ambas manos—. Guarda tu sed de sangre para un combate real. Ahora deberás conservar el juicio y no bajar la guardia.

—Cuando escuches gritar «¡alto!», tendrás que parar —añadió Tormod.

—¿Y si no la escucho?

—La escucharás —replicó el líder con dureza—. Tu vida dependerá de detenerte. Recuerda que él está también armado, si se ve en peligro te matará sin dilación.

Will respiró hondo, intentando calmarse. Aodh se inclinó hacia él y le puso una mano en el hombro.

—Esta prueba no mide si puedes matar —calló un segundo para asegurarse de que entendía—. Un gallowglas que no sabe detener su acero es un peligro para todos.

Will asintió y aguardó en el centro del círculo. Apretó la empuñadura y adoptó una posición de combate, invitando a su oponente a luchar.

—Comencemos —pidió muy serio.

El murmullo del clan cesó y su oponente salió al fin de entre los congregados. Decidido, se detuvo unos pasos delante de él. Se lo había cruzado alguna vez durante esos días, pero no habían hablado. Era un guerrero que lo miraba con desconfianza y le negaba el saludo. No era mucho más alto que él ni demasiado corpulento. Desnudo de cintura para arriba, mostraba un torso atlético que, junto con su postura erguida, irradiaba una seguridad envidiable. Su cabello gris como la plata vieja caía sobre sus hombros, y sus facciones angulosas y su nariz aguileña le daban el aspecto de una rapaz inquisitiva. Le provocaba cierta inquietud, pero, tras examinar sus posibles debilidades, se dijo que no debía ser difícil enfrentarlo, pues eran de complexión similar. Su padre e incluso su amigo Ronald lo doblaban en tamaño. Aun así, había luchado muchas veces con ellos y había vencido.

¿Qué trampa podía ocultarle ese hombre de mirada penetrante?

«Nada más y nada menos que un gallowglas con una misión encomiable: no dejarte vencer», se contestó a sí mismo, sin dejarse engañar por la primera impresión.

—Domhall Mac Ruaidhri —saludó con una sonrisa torcida, inclinando la cabeza gris en señal de respeto. Luego se agachó para

recoger la otra espada del suelo. Durante unos segundos la blandió con movimientos rápidos, tal y como había hecho Will para probar su peso y agilidad entre los dedos. Tras apoyar la yema de un dedo en la punta, fijó la atención en él—. Será un placer acabar con tu farsa.

Todavía no habían comenzado a luchar y ya sentía sus palabras como una estocada directa a la garganta. Haciendo un enorme esfuerzo por no mostrar lo mucho que le había molestado, le devolvió la misma sonrisa.

—Para mí sería un gusto meterte esto por el culo —dijo levantando el arma—, pero hoy te quedarás con las ganas. —El guerrero bufó—. Ándate con ojo, pájaro de mal agüero.

Las risas prorrumpieron entre los presentes y no le permitieron oír las carcajadas del incrédulo Domhall. Pronto los espectadores comenzaron a aullar y silbar de buen ánimo. Se notaba que hacía tiempo que no disfrutaban de un buen espectáculo, y Will prometía ofrecerlo.

—Will —llamó Tormod, callando a todos—. Si puedes detener tu acero ante él, podrás hacerlo ante cualquiera.

Asintió y se colocó en posición de defensa, empuñando la espada con las dos manos. Mantuvo las piernas semiflexionadas y separadas para conservar el equilibrio ante un ataque imprevisto.

Domhall se inclinó con la mano en el pecho, en un gesto cargado de simbolismo.

—Te trataré como a uno de los nuestros si sales entero.

Tras esa promesa de respeto y aceptación, se colocó en posición y, pocos segundos después, atacó con un golpe limpio de espada. Will, preparado para cualquier movimiento, lo bloqueó sin problemas; sin embargo, el impacto reverberó en sus brazos como si lo hubiera golpeado un tronco.

Domhall no sonrió ni gruñó. En cambio, mientras adoptaba una nueva posición de guardia, le dijo:

—Respira.

Le estaba demostrando que no hacía falta ser un hombre grande para partirlo en dos de un solo golpe de mandoble.

Will respiró y en ese instante supo que el combate comenzaba de verdad.

Domhall atacaba como alguien que no buscaba humillar ni impresionar, sino revelar sus puntos débiles para enervarlo. Mantenía un ritmo irregular: combinaba un golpe lento con un giro rápido, y lo que al principio parecía un gesto torpe se convertía en un rayo capaz de partirlo en dos. Will intentaba seguirlo, pero, cuando parecía tenerlo acorralado, el guerrero lo golpeaba con el hombro, la barbilla o le propinaba un fuerte codazo, desestabilizándolo. Así, una y otra vez, le hacía sentir que lo ponía a prueba todo el tiempo, que jugaban al ratón y al gato. Un juego en el que él era el roedor a punto de ser devorado.

Un impacto en las costillas lo dobló en dos; otro en el antebrazo casi le hizo soltar el arma. Ningún golpe era mortal, pero todos encendían su sangre y llevaban su ira al límite.

Durante unos segundos, ambos se midieron con las miradas mientras exhalaban con profundidad. El guerrero también se mostraba cansado, no obstante, todavía podía soltarle alguna puya.

—No olvides que no luchas contra mí, sino contigo —soltó con una sonrisa.

Era cierto y sabía que lo invitaba a enfriar su rabia. Aun así, saber que lo trataba como a un niño y que además era tan fácil sacarlo de sus casillas lo enfurecía el doble.

De pronto, Domhall dejó su flanco derecho al descubierto. Era un reclamo y, por un instante, Will dudó. Solo por un instante, pues avanzó con el acero vibrando entre sus manos, decidido a asestarle el golpe definitivo. Domhall lo percibió, retrocedió un paso y se tensó. El mandoble se dirigía al hombro del guerrero como un martillazo sobre el yunque. Will sintió que la espada se prolongaba en sus manos y formaba parte de él, capaz de cortar las alas de

aquel pajarraco gris para siempre. Sabía que la victoria era suya. Y entonces...

—¡Alto!

La voz de Tormod llegó como un cuchillo que cortó el aire. Domhall no se movió. Confiaba en él. El pájaro daba por hecho que se detendría. Después de haberlo puesto al límite, y aun sabiendo que era un toro enfurecido, lo consideraba uno más de los suyos.

Se frenó con los músculos y con una voluntad tan obstinada que cayó al suelo de costado, desviando la trayectoria de su golpe certero. El filo pasó rozando la cabeza del guerrero, lo justo para dejarlo vivo.

—Bien —dijo el hombre, soltando el aliento, consciente de que no cualquiera habría podido detener aquella acometida.

Solo un guerrero con la cabeza fría podría haberse detenido, y ese era él.

Domhall se acercó con la espada baja y le tendió la mano.

—Tienes mi mano, pero sobre todo mi respeto, hermano.

Will miró la mano con gran emoción. Había pasado la prueba, era reconocido por el pájaro gris.

Aceptó su ayuda y, apoyado en su propia espada, logró ponerse en pie. Las piernas le temblaban, aquello había sido demasiado.

La certeza de que la ira lo había rozado, de que un solo latido habría bastado para hacerle perder el control y morir allí mismo a manos de Tormod, le atravesó el pecho.

La muerte no solo había pasado de largo para Domhall; también lo había ignorado a él en aquella prueba.

—Superaste la prueba del Acero Vivo, McPherson.

XXV



Llevaban días de viaje. Cruzaron las montañas y, en lugar de ir al norte como Psique pensaba que harían, viraron hacia el este. No solo ellas notaban el agotamiento del camino: los soldados habían dejado de bromear entre sí y sus ojeras, cada vez más pronunciadas, revelaban el esfuerzo al que se sometían.

Andrew permanecía junto a su esposa como un perro guardián. Se notaba que la adoraba, aunque frente a los demás la tratara con cierta aspereza. Ella, por su parte, le replicaba con una desfachatez soberbia y parecía disfrutar provocándolo. Él fingía ignorarla, salvo por algún leve gruñido que lo delataba. Y claro, ella volvía a hostigarlo.

Ante ese comportamiento, los soldados mostraban una incredulidad pasmosa. Cualquiera de ellos habría castigado a su mujer... Sin embargo, no se habían percatado de que todo formaba parte de un juego pícaro entre esposos, por el que Psique sentía una morbosa curiosidad. Sobre todo cuando ambos regresaban de sus supuestas discusiones con las mejillas arreboladas, los labios hinchados y ese brillo especial en los ojos.

Catalina no era la única vigilada. Miles se había convertido en su sombra y, gracias a ello, Psique había podido conocer su camaradería con Edward McCain, futuro laird de los McEwen.

—Mi viejo suegro está sufriendo mucho últimamente con esa pierna suya —comentó el gigante pelirrojo—. Al menos, nuestras esposas se ayudarán en la ardua tarea de aliviarlo.

—Sí, ha sido una buena idea que Daviana se haya mudado con vuestros hijos a Dalness hasta que volvamos. Su compañía le hará mucho bien. Elizabeth hace cuanto puede para mitigar su dolor, pero acaba agotada. Te juro que, si no fuera por ella, él mismo se habría cortado la pierna en uno de sus arrebatos.

—Tu mujer sabe lo que se hace, amigo —opinó sin titubeos. Luego gruñó al continuar—. Estoy deseando encontrar a esos gallowglas y terminar con todo esto.

—Yo tampoco veo la hora de volver a abrazar a mi familia —acordó Edward.

Psique sintió un fuerte pellizco en el estómago. Esos guerreros añoraban a los suyos. En su caso, sería inevitable un enfrentamiento con su padre, su madre y sus hermanos... Tendría que dar muchas explicaciones. La sonrisa afloró a sus labios al acordarse de su incansable prima Jana. Estaba segura de que tendría que soportar sus reproches hasta llegar a anciana.

—Tú también lo harás dentro de poco, muchacha. —Psique levantó la vista con rapidez hacia Edward—. No tardarán en alcanzarnos.

Ella negó con la cabeza, desconcertada. ¿Cómo podrían encontrarla tan rápido? Sucedería lo que más temía, le impedirían seguir adelante. No podía permitirlo.

—No volveré con ellos, si es lo que queréis —dijo con decisión.

—Tú harás lo que te ordene tu padre, maldita sea.

—No pienso volver sin encontrar a Will. Tendrán que amarrarme...

—Claro, no habrá ningún problema con eso —cortó Miles—. Depende de ti conservar la dignidad delante de tanta gente.

Psique entrecerró los ojos, furiosa. Desconfiaba de las medidas adoptadas por su padre, pero también tenía la esperanza de que la escuchara. Irving era un hombre diferente. Jamás le había levantado la voz y siempre había razonado con ella cualquier problema antes de tomar una decisión. ¿Tomaría una solución tan drástica y

temible? No, Irving no era como ese oso. Aunque tal vez su tío Cameron...

Después de esa conversación, no estuvo menos intranquila. Catalina notó el cambio de humor unas horas más tarde, cuando hicieron una breve parada para dar de beber a los caballos y llenar las botas de agua en el río.

—¿Se puede saber qué demonios te ha vuelto a decir ese gigante con cerebro de mosquito?

—Nada que no sea cierto, Catalina. —Esta alzó las cejas—. Temo que mi padre o mi tío me obliguen a regresar.

La mujer se rascó la cabeza, pensativa. Finalmente, le cogió una mano y se la apretó.

—Hablaré con ellos y, aunque no te prometo conseguirlo, debo admitir que tengo un as en la manga.

Psique parpadeó.

—¿Qué as es ese?

—Tu tío me debe una bien grande o eso me juró hace mucho tiempo —confesó con una pícara sonrisa.

—¿Qué conspiráis, hermanos David y John? —preguntó con sorna Andrew, haciéndolas dar un respingo.

—Al parecer, mi tío Cameron le debe un gran favor a Catalina —comentó sin pensar.

Esta cerró los ojos al segundo y Psique sintió que, sin entenderlo, había metido la pata hasta el fondo. Andrew se irguió y cruzó de brazos.

—Ese hombre no le debe nada a mi mujer —dijo con tono amenazante, sin dejar de observar a Catalina—. ¡Nada!

Psique volvió a sobresaltarse. El silencio había vuelto el aire espeso. No entendía ese mal humor y algunos soldados los observaban de soslayo, disimulando con torpeza.

—Será mejor que dejemos esta discusión para más tarde, esposo mío —dijo entre dientes la mujer.

Andrew gruñó con rabia y se alejó de ellas a paso rápido.

—Siento haber dicho... lo que sea que haya dicho...

—No tienes la culpa de nada, cariño —la cortó Catalina y besó el dorso de la mano que todavía mantenía entre las suyas—. No solo mi esposo tiene deudas pendientes y, quiera él o no, tendrá que aceptarlo.

—Perdona, no te entiendo.

—Es una larga historia, niña —dijo soltándola y agachándose en la orilla para mojarse la nuca—. Conocí a tu tío en circunstancias muy especiales, y mucho antes que a mi esposo. Andrew parece que nunca logrará enterrarlo.

Psique boqueó mientras la mujer comentaba aquello con una naturalidad que no acompañaba al sentido retorcido de esas confesiones. Seguía humedeciéndose los brazos, el rostro e incluso el cabello con el agua del río. En el escote, que había abierto un poco, llegó a advertir una cicatriz antigua.

—Tienes una marca —comentó, pero ella no parecía oírla, afanada en su concienzuda limpieza. Movida por una curiosidad incontenible, hizo la pregunta que le picaba en la punta de la nariz —. ¿Mi tío y tú...?

La mujer detuvo su aseo de golpe y la miró de frente. Si con su madurez conservaba una belleza exultante, no podía imaginar lo que habría sido con veinte años menos. Ningún hombre se resistiría a los encantos de la joven y hermosa Catalina.

—Es un buen amigo —se apresuró a decir—. Viví en su castillo muchos años, hasta que me casé con Andrew.

Psique suspiró con alivio. ¿Cómo había pensado algo tan descabellado? Tal vez la actitud celosa de su esposo la había hecho imaginar más de la cuenta y, después de su aclaración, podía quedarse tranquila. Sin embargo, percibía cierta inquietud en su mirada. Era mínima, pero existía.

La situación resultaba incómoda y, después de aquello, Psique no comentó nada más y la imitó en su aseo. El agua gélida del río logró despejarla y, cuando levantó la cabeza, se encontró de nuevo a solas. Catalina había acudido al lado de su esposo, quien continuaba con el mismo rictus severo de antes.

Los observó en silencio unos minutos más hasta que Miles apareció a su lado.

—Nos iremos pronto, deberías montar.

—Gracias por avisar, Miles —contestó afable.

—¿Qué mirabas tan callada? —preguntó, achicando los ojos—. Si algo he aprendido estos días a tu lado es a averiguar cuándo tramas algo.

Frunció los labios. No la sorprendía ser tan transparente, pero le fastidiaba ponérselo tan fácil. Con un gesto de la cabeza señaló a la pareja.

—¿Por qué odia Andrew a mi tío Cameron?

El gigante carraspeó tanto que le dio un golpe de tos. Pronto tuvieron todas las miradas encima, incluida la del aludido.

—Será mejor que partamos —respondió en voz alta para que todos lo oyeran.

Enseguida, fue hasta su caballo que se hallaba atado a un árbol unos pasos más allá.

Ella lo siguió con la mosca todavía zumbando en su oreja.

—¿Qué me ocultas, grandullón? —volvió a preguntarle en voz baja—. Tú me leerás la mente, yo puedo oler tu miedo.

—Es un tema delicado, niña —le dijo entre dientes mientras la ayudaba a montar—. Será mejor que lo olvides si no quieres volver a tu hogar ahora mismo.

Psique lo fulminó con la mirada y no le contestó.

—Me recuerdas a mi hija Meredith —añadió con una leve sonrisa.

—Vaya, va a resultar que al final me vas a coger cariño —soltó ella, mordaz.

—No he dicho eso.

—Pero lo adivino en tu sonrisa —susurró inclinándose hasta él para que nadie más la oyera—. La añoras, ¿verdad?

Asintió, cuidándose de no demostrar más emociones de las necesarias.

—No se cansa de preguntarlo todo.

Psique rio. Conocía a su hija: habían coincidido en alguna que otra reunión familiar. Incluso su tío Cameron era el padrino de Meredith. Era mayor que Psique, pero habían hecho buenas migas, precisamente por eso que su padre exponía.

Partieron a la orden de Andrew y el grupo siguió avanzando al este.

—¿Adónde nos dirigimos, Miles? ¿Queda mucho? —Él la miró de reojo y, para su frustración, no respondió—. ¿Acaso está prohibido saberlo? Me gustaría descansar...

—¿Descansar? —repitió él, casi riendo—. Por mí, ya estarías de vuelta con tu familia. Andrew se ha ablandado con los años.

—No soy tan inútil como piensas —replicó—. Sé tirar con arco, hacerme invisible en el campo y correr más rápido que un ciervo...

—Nada que sirva contra esos gallowglas.

—Ni que fueran dioses invencibles.

—Casi —contestó y, con una seriedad impactante, continuó—. Créeme, corres peligro con nosotros. Tendrás que volver con tu padre antes de que lleguemos hasta ellos.

Cada palabra pinchaba como un alfiler. No temía por ella, sino por el peligro que corría Will. ¿Seguiría vivo? Lo sentía con fuerza en el pecho, y eso era lo único que la empujaba a avanzar sin quejarse. No aceptaría regresar sin él.

—¿Puedes decirme al menos cuánto nos queda de camino?

—Poco. A ti menos, tu padre no tardará en alcanzarnos.

Lo miró con sorpresa. Su padre podía estar mucho más cerca de lo que había imaginado. Rezó para que Miles se equivocara y solo tratara de inquietarla. No obstante, ese gigante no solía mentir.

Pasó los días devorada por la inquietud. Cada grito de cualquier soldado la sobresaltaba, convencida de que su tío los había alcanzado. Dormía mal, comía peor y, aun así, avanzaba con una determinación que no le pasaba inadvertida a Miles, quien la observaba siempre en silencio.

Fue en mitad de la noche cuando llegaron.

El grupo dormía todavía bajo el resplandor de los fuegos. Ella se había levantado hacía apenas un rato, muy inquieta. Sentada y abrazada a sus pies, junto a una de las hogueras, pensaba en Will y lo mucho que lo añoraba. Si en dos años lo había echado en falta, en esas últimas semanas, sabedora de su cautiverio, apenas contenía las lágrimas al recordarlo.

Unos pasos pesados sonaron entre los árboles. Eran pisadas firmes de hombres, sin ninguna duda. Miles, unos pasos más allá, se incorporó de un salto con la mano en la empuñadura. La buscó con la mirada y, en un santiamén, ya estaba a su lado.

—Quédate detrás de mí —ordenó.

De la oscuridad surgieron siluetas enormes de guerreros armados, acompañados por la guardia del grupo. La luz de la luna dibujó sus rostros extenuados y mostró el color del tartán de los McAllen. El corazón de Psique dejó de latir al asomarse por detrás del gigante pelirrojo.

—¿Estás bien? —preguntó Miles, girándose hacia ella—. Estás muy pálida. No irás a desmayarte ahora, ¿verdad? —Se agachó un poco y susurró en su oído—: Muestra a la mujer en la que te has convertido, no a la niña que esperan encontrar.

Ella lo miró con sorpresa. ¿Miles Allan la animaba a luchar por su sueño? Asintió, muy seria. De pronto, sintió que el miedo que la

había acompañado durante esa última semana se esfumaba de golpe. Por primera vez enfrentaría a su familia, con la verdad y con toda su voluntad.

Catalina se colocó a su otro lado y la agarró del brazo con firmeza. No le dijo nada, pero ese gesto apuntaba que podía contar con ella. Su amistad se había forjado sólida, nacida del amor compartido por Will.

Miles, Edward y Andrew adelantaron unos pasos, formando un muro de espaldas anchas que apenas le dejaba ver a quiénes saludaban. Entonces la cabeza dorada de su padre emergió por detrás de los guerreros. Sus ojos, esos que siempre habían sido un refugio para ella, se clavaron en los suyos con una intensidad que la dejó sin aliento.

No había sorpresa, había reconocimiento, reproche y un alivio feroz que le llegó al alma.

Catalina apretó un poco más su brazo.

—Respira —murmuró sin apartar la vista del guerrero de ojos azules y furiosos que, con cada paso, anunciaba que nada volvería a ser igual.

No esperaron más. Padre e hija avanzaron, dejando atrás el miedo y el reproche, atraídos por el cariño. Irving la atrapó entre sus brazos con fuerza. No había calidez ni suavidad en el gesto, sino la desesperación de un hombre que había temido lo peor. Ella sintió que su pecho temblaba contra el suyo.

—Por todos los santos... —murmuró él, hundiendo el rostro en su cabello—. Pensé que te había perdido.

Psique cerró los ojos. Las lágrimas brotaron sin permiso, silenciosas, olvidando todo. Él la apretó aún más, como si lo hubiera necesitado toda una vida.

Pero el alivio apenas duró un instante. Su padre la separó de golpe y la sujetó por los hombros. La miraba con furia y miedo, conmovido por tenerla delante.

—¿En qué estabas pensando? —Su voz se quebró, aunque intentó ocultarlo—. ¿Meterte entre guerreros y desaparecer dejando una estúpida carta? —La sacudió por los hombros con rabia—. No te atrevas a mentirme más. Ronald me lo ha contado todo.

—¿Ronald está aquí? —preguntó, buscándolo con desesperación detrás de su padre.

Entonces lo vio junto a su tío. Discutía con Andrew, apartado de los demás. Sus piernas flaquearon, pero su padre la agarró antes de que cayera al suelo.

—Gracias por traerlo contigo, padre.

XXVI



Will sentía que algo importante había cambiado desde que el pájaro gris, Domhall, le había estrechado la mano. La euforia rivalizaba con su vanidad. No debía recrearse; es más, debía ignorar todo aquello. Sin embargo, tantas felicitaciones lo abrumaron. Que lo llamaran hermano y lo consideraran uno más resultaba muy placentero.

Aquello era bueno, y se repetía a sí mismo que solo era su forma de ganarse la confianza del poblado. Desde ese momento podrían incluirlo en las partidas de reconocimiento o vigilancia, y eso le permitiría encontrar un camino seguro para escapar de ese bosque.

La cabaña de Donald olía a humo y a alguna especia que no reconocía. Afuera todavía sonaban risas y silbidos. Al cerrar la puerta tras él, por fin pudo soltar el aire, sumido en un silencio reconfortante.

El anciano no le preguntó cómo le había ido; no hacía falta. No era propenso a regalar cumplidos. ¿Por qué habría de hacerlo ahora? Sin pretenderlo, a Will le habría gustado recibir de él alguna felicitación, no una mirada curiosa.

—Parece que no te alegras de mi triunfo, Donald.

El hombre se acercó hasta quedarse a un paso. Luego cogió con sus huesudos dedos su barbilla y movió su cabeza buscando algo que no llegaba a adivinar.

—Tus ojos siguen siendo los de un niño que juega sucio.

Will arrugó la nariz. No le gustaba que lo tratara como a un crío por muy anciano que fuera. Ya era un hombre, no tan forzudo como esos gallowglas, pero pronto comenzaría a ensanchar su espalda y a

abarrotar las ropas con músculos. Superaría la envergadura de muchos si seguía así.

—No sé por qué te empeñas en hacerme sentir que no doy la talla. Pensaba que tras superar las tres pruebas sería más digno de pertenecer a tu poblado, viejo.

—Lo haría si este corazón fuese nuestro —dijo, posando un dedo de la misma mano sobre su pecho.

Will tragó saliva. Era cierto, su lealtad estaba con su familia, sus amigos y, sobre todo, con Psique. No obstante, también había empezado a encariñarse con ese pueblo.

—Ya no os veo como mis captores. Poco a poco...

No pudo terminar la frase. Si era difícil reconocérselo a sí mismo, aún lo era mucho más verbalizarlo.

Donald lo observaba con calma, como si pudiera leer su mente. Entonces, al fin, sus labios temblaron, anunciando una verdad que, adivinaba, no iba a gustarle.

—¿Qué, muchacho? —murmuró—. ¿Crees que poco a poco me convences de que perteneces aquí? ¿O poco a poco te convences de que puedes engañarnos?

No esperaba ese golpe bajo. No lo acusaba abiertamente, pero tampoco le hacía una pregunta fácil ni inocente. Lo probaba, no con acero vivo, sino con algo más ingenioso: la sinceridad.

—No intento engañaros —respondió titubeante.

Donald había leído al verdadero Will. Ladeó la cabeza y lo estudió de arriba abajo.

—Tu cuerpo lucha como un oso —dijo—, pero tu corazón lucha como un ciervo huidizo. —Dio un paso atrás y lo dejó respirar al fin, o eso creyó—. Un hombre puede aprender nuestras costumbres, manejar nuestras armas, andar nuestras sendas... Si no aprende a quedarse, jamás será uno de los nuestros.

Will se sintió muy cansado de repente. Mantener esa mentira lo tenía exhausto. Ni siquiera sabía qué deseaba en realidad tras

superar esa última prueba. Aunque su corazón seguía en otro lugar, la duda se había instalado sin pedir permiso en su cabeza.

—No puedo quedarme —confesó sin darse cuenta—. Pero sí sé que tampoco quiero irme como llegué.

Donald lo observó con gravedad.

—Entonces, empieza a luchar por algo que no sea encontrar una salida.

—¿Temes echarme de menos, viejo? —preguntó con cierta ironía.

Su mirada se volvió, si cabía, más incómoda para Will. No quería mentirle.

—Puedo decirte que he olvidado a mi familia y que deseo quedarme, pero seré sincero contigo, igual que tú lo eres conmigo. Mi deuda no está con vosotros. Aun así, las injusticias que habéis sufrido me remueven por dentro. Poco a poco —dijo de nuevo, clavando la mirada en él—, os habéis ganado un lugar aquí. —Se señaló el pecho y apoyó la misma mano en el hombro del anciano—. Y mira que tú no has hecho méritos para merecerlo. Encontraré mi salida, Donald... y también la vuestra.

Este levantó una ceja, pero no dijo nada.

—¿Te he sorprendido? —preguntó Will con sorna—. Me importas un poco. Acabo de descubrirlo y créeme, no es fácil asimilarlo.

El anciano gruñó en un intento de esconder que aquello le tocaba más de lo que quería admitir.

—Maldito tunante —lo acusó, sacudiéndose su mano de un manotazo. Con media sonrisa, continuó—: Debería dejarte dormir a la intemperie, como el ciervo mentiroso que eres.

—No disimules, me echarás de menos —dijo Will y sonrió travieso.

El viejo le dio la espalda con un aspaviento. Se dirigió hasta la silla junto a la chimenea y se sentó. Cogió su vaso medio lleno de hidromiel y sorbió.

—Solo cuando necesite arreglar el techo.

Will soltó una carcajada.

Los días pasaban envueltos en la consoladora calma de aquel bosque. Nadie hablaba de la prueba pendiente, sin embargo, actuaban como si Will ya fuese uno más de ellos. Lejos de aburrirse, esa rutina le proporcionaba un bienestar que jamás habría imaginado encontrar allí.

Los gallowglas, conducidos siempre por Aodh, lo llamaban para los ejercicios de fuerza al amanecer, le enseñaban y lo corregían con gruñidos cuando fallaba en algo. Le ofrecían hidromiel sin esperar nada a cambio y acababan contando chistes malos junto a la hoguera hasta altas horas de la noche.

Will se sorprendió riendo con Domhall y los demás como hacía tiempo que no lo hacía.

Esa risa le pesaba en el pecho. La vida allí comenzaba a gustarle más de lo que hubiera deseado. Ya no tenía presiones de ningún recaudador de impuestos, ni la sombra de un *laird* exigente, ni el miedo de fallar a los suyos. Nadie esperaba que fuera más de lo que veían. Y lo más agridulce de todo: las mujeres no esperaban que fuera solo un amigo.

Alguno había bromeado con buscarle una mujer entre ellos. No obstante, si su familia no lo esperara, si no hubiera prometido volver a...

El corazón le regalaba esa tregua, pero no debía olvidar que fuera existía una realidad muy distinta.

Jork lo perseguía a todas partes, como un cachorro leal, curioso e incansable. No le molestaba; al contrario, disfrutaba de su sonrisa y de su inocencia. Por absurdo que fuera, lo hacía sentirse como un hermano mayor o un compañero de aventuras. Su madre ya se había resignado a soltar la soga, sabiendo que, si lo frenaba, volvería a intentarlo con más tenacidad. Incluso el viejo Donald dejaba que entrara en su cabaña, le daba un trozo de pan duro y compartía con él alguna que otra broma.

Hasta el momento, nadie sospechaba que Jork era más que un amigo fiel para él. Era la llave que lo sacaría de allí.

Will no le pedía directamente que lo guiara; habría sido demasiado transparente. Si Sorcha o Donald sospechaban, lo vigilarían o, peor aún, lo detendrían.

Tuvo que emplear la sutileza, trabajar la paciencia y demostrarle un cariño sincero.

Al principio lo llevó a dar paseos cortos, luego vinieron otros más largos. Will preguntaba y él respondía encantado, orgulloso de sentirse importante por primera vez.

Después de una semana, con cada respuesta a sus preguntas hilaba un mapa mental. Contaba los pasos, estudiaba la luz entre los árboles, reconocía rocas, raíces y troncos marcados. Hasta que un día lo llevó fuera del bosque.

—¿Vienes mucho por aquí, Jork? —preguntó intentando ocultar la emoción que le llenaba ese descubrimiento.

El niño asintió con la vista clavada en el horizonte que se abría delante de él. En su expresión, Will percibía una curiosidad enquistada y la frustración de su sueño.

—Mi mamá dice que no debo hacerlo, pero no hago daño a nadie, ¿verdad?

—Es peligroso, tu madre quiere protegerte —respondió Will, conmovido.

—¿De qué? —sacudió las manos al aire, impaciente—. Aquí no hay nada peligroso y se está bastante bien. Me gusta, Will. Siento que soy más libre.

—Chico, no tienes idea de lo que hay allá. Puede que sientas ese deseo de conocer, de descubrir lo diferente. El mundo es maravilloso, pero, por desgracia, también es peligroso. Y el peligro no reside en las montañas ni en los animales. —Will bajó la voz hasta adoptar un tono más grave—. El verdadero riesgo está en la gente.

—¿Por qué? ¿No me querrían? —Sus ojos azules estaban tan limpios de maldad que Will tardó en responder. La voz del niño era casi una súplica—. Yo me esforzaría por agradarles.

Si los suyos no lo querían, menos lo haría un pueblo que despreciaba la sangre inglesa.

Entonces, el niño lo abrazó por la cintura y Will se rompió por dentro.

—Tú eres mi amigo, ¿verdad?

Le revolvió el pelo con cariño y le devolvió el abrazo. Ese niño no era su sangre, pero sin quererlo, ya era uno más en su camino.

—Así es, pequeño. Sin embargo, muchas veces, la gente tiene miedo a los que no conocen. Eres una amenaza para ellos, aunque no sea tu intención. Y prefieren apartarte... o aniquilarte.

—Eso dice mamá. A pesar de ello, no paro de soñar con lo que hay más allá, con correr sin que nadie me obligue a regresar.

Will carraspeó, emocionado.

—Es normal que quieras eso —dijo, poniéndose en cuclillas a su lado—. Todos los hombres quieren ser libres.

—Ni tú ni yo lo somos —dijo frunciendo el ceño.

Suspiró antes de responderle con sinceridad.

—Prométeme algo. Si alguna vez vuelves aquí con intención de marcharte, avísame. Yo te acompañaré.

Jork abrió los ojos, incrédulo.

—¿De verdad vendrías conmigo?

—Claro que sí —respondió, sonriendo—. Nunca dejaría que un chico valiente como tú explorara nuevas tierras sin un compañero.

El miedo a que un día no pudiera resistirse y partiera en busca de una libertad efímera lo obligó a engañarlo. Maldijo a los ingleses y a su pueblo por no darle el cariño que reclamaba con tanto ahínco.

Otra vez había dado su palabra y volvía a sentirse miserable. Tarde o temprano, lo abandonaría.

De vuelta intentó no imaginar la desilusión en su rostro cuando partiera. Se repitió con fiereza que ese no era su pueblo ni su misión o destino. No era responsable de él, solo su madre y su tío... el cual los guiaba en silencio hacia una muerte segura al levantarse contra los ingleses.

Después de ese día, Will no volvió a recorrer el bosque. Se limitó a convivir con los gallowglas. No obstante, la culpa por no encontrar una solución distinta de la lucha lo corroía. Donald lo notó; era el único que parecía conocerlo bien. Lo observaba en silencio, como si supiera mucho más que él.

Y entonces, Tormod lo hizo llamar para que fuera a su cabaña.

—Buenos días, Fiona. ¿Cómo estás? —saludó mientras ella lo hacía pasar—. Hoy te veo radiante... Ya sé: probaste la pomada que hizo Sorcha con las hojas que Jork y yo trajimos ayer.

Fiona alzó una ceja y miró de reojo a su cuñada Sorcha, que se tapó la boca para contener una risotada. Jork, en cambio, rio a carcajadas. Will los contempló, desconcertado.

—Buenos días y... gracias —respondió Fiona, manteniendo una actitud indiferente, aunque juraría que sus mejillas habían adquirido un sonrojo inusual—. Te dejamos a solas con los hombres.

—Vamos, Jork —instó Sorcha.

Sorcha lo empujó con impaciencia, todavía apurada por algo que él no llegaba a entender.

—Yo ya soy un hombre —replicó el niño a su madre y luego se dirigió hacia él—. ¿Verdad, Will? ¿No fue eso lo que me dijiste hace unos días?

Sonrió al recordar la conversación que habían tenido sobre cuándo se alcanzaba la madurez.

—Claro, ¿y recuerdas en qué quedamos? —preguntó, inclinándose un poco hacia él.

Jork infló el pecho y se irguió, orgulloso de conocer la respuesta, pero, al comprender a qué se refería Will, calló.

—Un hombre siempre acompaña a su madre cuando ella lo llama —anunció Will e hizo una pausa para observar su cara de fastidio—. ¿Te acuerdas de lo que harán los gallowglas con él si no obedece?

Jork bufó y salió de la cabaña a regañadientes, dejando atrás a las mujeres.

—¿Cuál es el castigo? —preguntó su madre en un susurro, muy sorprendida por lo fácil que había parecido.

—Ponerlo a limpiar los calzones de Tormod durante una semana entera.

Sorcha soltó una risa sincera, sin tapujos ni vergüenza. Era la primera vez que la veía reír así y le pareció algo digno de recordar.

Tormod, que estaba bebiendo a la mesa junto a Aodh, escupió el hidromiel sobre su amigo, y este se sacudió con asco. Cuando volvió el rostro hacia la puerta en busca de la mujer, esta ya no estaba.

—¡Eh, no me dijiste por qué os reíais! —gritó desde la entrada a las mujeres.

Estas volvieron a reír, pero no le contestaron y siguieron adelante.

—Algún día Jork descubrirá que mientes más que respiras —murmuró Tormod, limpiándose la barba.

Esa frase lo pinchó unos segundos, pero decidió tomárselo a bien. Tormod no tenía por qué conocer sus verdaderos planes, ¿verdad?

—Para entonces ya será un hombre y como tal sabrá perdonar —respondió con indiferencia, acercándose a Aodh para saludarlo como le habían enseñado en ese campamento.

Aodh entrelazó sus brazos con los suyos y ambos chocaron los torsos. Tormod prefirió seguir sentado y asentir con la cabeza.

—¿Para qué era esa pomada? —preguntó, sentándose a la mesa con confianza.

—Para mi culo peludo, Will —respondió Aodh con un gruñido y él parpadeó—. Zahra y yo... buscábamos setas y caímos encima de

unas ortigas.

Tormod volvió a reír.

—Siempre va enseñando el culo, hijo —explicó su amigo, negando con la cabeza y ofreciéndole un vaso.

—Con razón Fiona... —concluyó con un fuerte resoplido—. ¿Por eso no te sientas? Debería caérsete a trozos, cabrón.

Aodh lo miraba con inquina, pero ya no le daba miedo ese rubio del demonio.

Sin embargo, enmudeció al notar la seriedad que había adquirido Tormod.

—Bueno, por fin estamos los tres reunidos. —Sacó de una caja grande que había sobre la mesa unos pocos pergaminos y los esparció sobre ella. A un lado dejó una pluma y un tarro de tinta—. Al fin tengo novedades que anunciarte.

XXVII



La tensión se concentraba en su nuca cada vez que echaba un vistazo al grupo reunido unos pasos más allá. Desde que Ronald había llegado, ni siquiera habían cruzado una simple mirada. Psique aguardaba sentada junto a la hoguera, con las uñas carcomidas. A su lado, su padre no le dejaba escuchar lo que hablaban esos tres.

—A tu madre casi la entierras al descubrir tu carta, y tus hermanos... no sé cómo logré disuadirlos para que se quedaran junto a Charlotte. Quizás quieras saber cómo está...

—Shhhsss —lo acalló, dejándolo boquiabierto.

—¿No quieres oír lo que has provocado con esta locura? —preguntó y continuó con su tono más severo—. Lo harás o te lo haré copiar cien veces cuando lleguemos a casa.

Tal vez, antes de ese viaje, se hubiera echado a temblar ante una amenaza como esa; sin embargo, después de haber convivido con hombres de una sensibilidad semejante a la de un jabalí, aquello le sonó como una sonata al piano de su primo Andrew.

—No soy uno de tus alumnos, papá —replicó incrédula—. Ni tampoco una niña a la que amenazar con eso. Trátame como la adulta que soy, por favor.

Su padre quedó mudo, sorprendido por su respuesta. Ese breve lapso la ayudó a distinguir algunas palabras de Ronald, como "factor" e "ingleses".

—Está bien, si eso es lo que quieres, desde ahora te buscaré un esposo influyente y rico que te ate en corto. —¿Había imaginado que

Ronald había pronunciado la palabra "trampa"?—. ¡Psique, no me estás escuchando!

El feroz grito hizo que varios soldados los miraran curiosos. Psique puso cuatro sentidos y medio en él. Medio lo dejaba para su oreja izquierda que apuntaba hacia Ronald.

Su padre rara vez le había levantado la voz; ni siquiera lo hizo cuando se enteró de sus escapadas a escondidas con Will durante años. No era un hombre de estallidos y por eso le extrañaba esa ferocidad atípica en él. Aun así, no debía mostrar debilidad. Durante el camino había aprendido que cualquier indicio de esta podía utilizarse en su contra. Irguió la espalda y cerró los dedos sobre sus rodillas.

—Te escucho, padre —dijo conteniendo el temblor de su labio, sonriéndole con desvergüenza. Algo también aprendido de la maravillosa Catalina—. Eres un hombre sensato, no es necesario que me grites ni me hables como si tuviera diez años.

Irving, cuyo rostro de perfectas líneas griegas solía mostrar una expresión reflexiva y templada, reflejaba una incredulidad inusual. Abrió la boca, dispuesto a replicar; sin embargo, algo en él cedió. Al fin pudo hablar con calma.

—No te reconozco, hija mía.

—Sigo siendo la misma, pero con el corazón roto. Debo buscar a Will, tengo que verlo de nuevo. No puedo quedarme en casa esperando que me lo traigan para enterrarlo.

—No depende de ti lo que deba ocurrirle o no, cariño.

—Eso no es cierto, padre. —Un sollozo inesperado la rompió, pero continuó con fiereza, decidida a no dejarse convencer—. Si me hubiera dado cuenta antes, Will no habría hecho ese viaje. Tengo la culpa de que lo hayan secuestrado...

La frase quedó ahogada en su garganta. Irving cerró los ojos un instante. Al abrirlos, su mirada no reflejaba ira ni decepción, sino dolor.

—Eso no es cierto, Psique —replicó con la misma frase que había utilizado ella—. Tú no eres responsable de las decisiones de otros.

—Sí lo soy. Partió por mí, por mi silencio, por no haberle dicho... —Negó con la cabeza, incapaz de terminar.

—¿Él te dijo eso? —preguntó muy serio, exigiéndole sinceridad. Ella negó de nuevo la cabeza, confundida. La mirada de su padre se volvió tierna—. No puedes cargar con la culpa de algo que no sabes si es real.

—Pero él...

Él la miraba con adoración. Le decía cuánto la añoraba cuando no estaba con ella. Will...

Era cierto. Nunca le había dicho que hacía ese viaje por ella, ni le había pedido su mano. Sin darse cuenta, durante todo ese tiempo, ella había alimentado una ilusión, convirtiéndola en un idilio donde lo único seguro era una cosa: ella amaba a Will.

¿Por qué había dejado que pasara?

—Hija mía —dijo con una voz cargada de paciencia, de años conociéndola, de cariño y comprensión—. No puedes cargar con lo que no te pertenece. Will eligió su camino con plena conciencia, sabiendo que tal vez no volvería. Pero si lo hizo por ti —respiró hondo antes de seguir—, volverá allí donde te encuentres. Te buscará en cualquier rincón del mundo para decírtelo.

—Yo lo amo, padre —dijo con lágrimas en los ojos.

Ya no le importaba que la viera hecha un trapo, que era justo como se sentía.

—Lo sé, cariño —dijo y la refugió en sus brazos, como cuando era una niña y discutían por algún problema matemático mal planteado.

—Pero ¿y si mi amor lo mata? —preguntó en su oído, apenas sin aire ni valentía.

Irving se tomó su tiempo para contestarle mientras la mecía contra su pecho. La hoguera crepitaba; los hombres guardaban un

silencio expectante.

—Si muere será porque vivió como quiso, no porque tú lo empujaste. Tú no quisiste que se fuera.

—Padre... —Necesitó mucha fuerza para poder responderle, pues pensar en Will muerto le era insoportable—. Él me prometió que no moriría.

—Si eso hizo, así deberá ser —respondió plantándole un beso en la mejilla.

—Debo llegar hasta él.

Los músculos de Irving McAllen se tensaron al instante, como si no creyera lo que había oído. ¿Su padre no se había dado cuenta de que no iba a quedarse de brazos cruzados?

—Ya hablaremos de eso, cariño.

Sonrió, porque Irving era incapaz de negarle nada. Porque, por mucho que creciera, ella sería su niña mimada y, aun así, tendría en cuenta su corazón ante cualquier razón.

—Lo traeremos de vuelta y vivo, padre.

—Psique... —regañó en su oído y volvió a sonreír.

Esa era su forma de decir sí. Se abrazó a él con fuerza, como si pudiera perderse en una de las mil pesadillas de esos últimos días. Porque necesitaba reforzar su coraje, sentirse amada.

—Señorita, lo traeremos de vuelta —oyó una voz que no conocía a su lado—. Vivo.

Ella se separó de su padre para ver quién le decía aquello. Cuán grande fue su sorpresa al encontrarse con siete soldados de Andrew mirándola con el coraje que tanto necesitaba.

Por primera vez, los soldados la miraban de verdad y la incluían en su misión.

—Claro, pero le advierto que, si él no la ama, yo podría... —La frase quedó interrumpida por un fuerte grito de dolor.

Otro soldado le había propinado un fuerte golpe y lo miraba con furia.

—¿A dónde vas tan sobrado? Habíamos echado a suertes que yo sería el primero en proponérselo.

Psique contuvo la risa que luchaba por escaparse de sus labios.

—¿Acaso no sabéis quién soy? Soy su padre y quien tiene la última palabra aquí. ¿No tenéis nada que hacer a dos millas de distancia? —tronó Irving con una voz que parecía salir de lo más hondo de una cueva, justo como la de Miles.

Fue entonces cuando comprendió que lo que verdaderamente desataba su carácter de mil demonios no era otra cosa que la defensa de los suyos y que su padre estaba lejos de ser una excepción, como siempre había pensado.

Bufó con hartazgo. ¿Todos los hombres eran iguales?

Los soldados se desperdigaron, todavía reticentes. Algunos miraban atrás y le dedicaban una sonrisa; uno se masajeaba el cogote y otro le guiñaba un ojo con descaro, ignorando la amenaza de su padre.

Will

—¿Habláis de la Cascada del Hacha? —preguntó Will, estampando el puño sobre la mesa.

El pergamino que Tormod había extendido volvió a enrollarse al rebotar contra la madera. El guerrero atrapó el tarro de tinta antes de que pudiera volcarse por otro inesperado golpe.

—O te calmas, muchacho —advirtió, alzando su enorme puño—, o te calmo.

—Uno de los nuestros avisó de que tu padre ya se dirige hacia allí. Llegará pronto —intervino Aodh, posando una mano firme en su hombro para contenerlo—. Saldremos en dos semanas.

—¿Vamos a quedarnos aquí cruzados de brazos y esperando a que lleguen? ¿Por qué partimos en dos semanas?

—¿También vas a decirme cómo organizar mi plan? —gruñó el líder, irritado.

Will respiró hondo hasta tres veces. Clavó las uñas en su palma, tratando de controlar el temblor de su cuerpo. Saber que su padre estaba tan cerca le arrancaba un impulso feroz, casi animal, de salir a buscarlo. Hasta el momento, todo parecía tan lejano... Pero la idea de poder abrazarlo pronto lo desgarraba por dentro.

—Te hice venir porque confío en ti, en el gallowglas que te estás convirtiendo.

Will lo miró confundido. ¿Por qué, justo en ese instante, hablaban de eso?

—Si tu padre decide no cooperar con nosotros... habrá lucha, muchacho. —Su voz era tan fría que Will sintió que se le helaba la sangre—. Me gustaría saber si tienes algún otro plan.

Lo miró en silencio durante un minuto, pero a él se le hizo un siglo de tortura.

Will apartó de un empujón a Aodh y se puso en pie.

—¿Me preguntas a mí? —escupió con rabia—. ¿Al hijo del hombre al que estás dispuesto a degollar si no te entrega lo que quieres?

Tormod no se inmutó y sus palabras daban la sensación de estrellarse contra un muro. Al fin sus labios se movieron.

—Tu padre no es el problema —dijo con una calma que le resultó más peligrosa que una estocada de mandoble—. El problema es el tiempo. Hay muchos clanes esperando que les conteste para decidirse a atacar Edimburgo.

Will respiró hondo. Necesitaba pensar y en ese estado de nerviosismo se bloqueaba. ¿Tomar Edimburgo? Sospechaba que se movía entre jacobitas, pero aquello significaba más que un simple movimiento.

—Si quieres que te ayude con alguna idea, deberías contarme cuál es exactamente tu plan. Sin verdades a medias. Necesito saberlo todo.

Tormod asintió, conforme.

—Siéntate —ordenó—. Te lo contaré todo. No dejaré ninguna sorpresa sobre la mesa.

Will obedeció sin titubeos. La gravedad del asunto merecía tomarse aquello con mucha calma. Aguardó paciente a que comenzara a hablar. Notaba sus músculos tensos. Aodh, tras la sorpresa del empujón, se colocó a su lado, alerta.

—Eso de tomar la capital no es del todo cierto —comenzó aclarando—. Pero es lo que desean. —Will sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Tormod continuó—: Con esta represión, los clanes ya no tienen hombres entrenados, ni pólvora ni caballos. De eso se ha encargado la Guardia Negra —pronunció el nombre de la organización del rey con asco—. Apenas les queda esperanza.

—Entonces, ¿por qué hablan de atacar? —preguntó sin entender.

Era la primera vez que veía a Tormod tan derrotado. ¿Quizá porque sabía que al fin terminaría su tortura? ¿Un vano intento de venganza capaz de permitirle una entrada segura en su Valhalla? Él siempre había querido eso. Se lo había dejado bien claro al poco de llegar al campamento.

Tormod soltó un suspiro cansado.

—Porque están desesperados y porque creen que si hacen ruido, Francia o España volverán a mirar hacia aquí.

Will negó con la cabeza, pero no exteriorizó lo que pensaba. Allí el más desesperado parecía ser él, el líder de un pueblo al que había condenado a una muerte «digna» a manos de unos pocos soldados. Para Will era injusto. Que fuera su líder no le daba derecho a condenarlos. En lugar de aprender a vivir en paz, prefería llevarlos a la muerte.

—Lo que quieren no es tomar Edimburgo —continuó Tormod—. Lo que realmente quieren es simular que pueden hacerlo. Hacer

creer a los ingleses que hay un gran levantamiento en marcha. Obligarlos a negociar algunos impuestos, algunas tierras confiscadas... y permitir que ciertos clanes vuelvan a sus valles.

—¿Un farol?

—Exacto.

—Es una locura —dijo con un nudo en el estómago.

—Lo es —afirmó el guerrero.

—Retírate antes de que mates a todos.

—¿No piensas que podría funcionar? —preguntó con la cautela de quien ya sabe la respuesta.

—Eres un maldito cobarde que quiere morir para no ver cómo lo hace su pueblo —escupió, reprimiendo las ganas de darle una paliza —. ¿Sabes lo que veo ahora mismo? —preguntó, provocador. Sus ojos eran los de un hombre triste y vencido—. Veo a un muerto. —Clavó la mirada en Aodh, quien se tensó al instante—. Tú también estás de acuerdo con esto... y, cuando mueras, tu familia estará muerta...

Se le quebró la voz. Le dolía el pecho. No quería ese final para ellos. Sin quererlo, había aprendido a amarlos como a hermanos. Y nunca apoyaría algo que pudiera hacerles daño.

—Tranquilo, chico —pidió Aodh, muy alterado por haberle augurado su inevitable final.

—Esto no es un farol, Tormod. Es una despedida —dijo casi sin voz, pues la verdad lo rompía—. ¿Por qué no te rajas la garganta ahora mismo y los dejas vivir? —Rio con amargura—. Ah, ya sé. Será que quieres quedar como un héroe... El viejo Tormod murió defendiendo su país... Pero se le olvidó contarle la verdad a su familia: que todo lo hace para alcanzar la gloria en el Valhalla.

Tormod lo observaba impasible, aunque una sombra comenzaba a oscurecer sus pupilas, anunciando el peligro que suponía enfadarlo.

—La Guardia Negra nos ha ido matando poco a poco —dijo al fin —. Nos lo han quitado todo: la comida, nuestras costumbres, nuestra tierra, nuestros nombres... Somos sombras que esperan morir. Yo solo adelanto los hechos. —Hizo una pausa al decir aquello. Tomó aire de nuevo; parecía costarle hablar—. Estamos desesperados. Únicamente nos queda el orgullo.

—El orgullo también mata —replicó Will, propinando otro fuerte golpe a la mesa.

—Quiero que mi muerte sirva para algo —respondió—. Si fingimos un levantamiento, los ingleses vendrán... y yo estaré allí con ellos. Únicamente yo. Mi pueblo sabrá la verdad cuando me vaya y será libre de decidir.

—¿Los abandonas? —protestó Will—. No puedes dejarlos así.

—Puedo y lo haré —anunció con rotundidad—. Como dijiste, ya estoy muerto y elijo cómo morir.

Will se levantó de golpe, tirando los pergaminos y arrasando con todo lo que había en la mesa. Tormod se puso en pie, sorprendido. Aodh dio un paso atrás gritando una maldición.

No podía soportarlo. No aceptaba que ese hombre, el cual había sido su enemigo, su carcelero, su maestro y casi su padre, planeara su propia muerte.

—No lo permitiré, lo juro —dijo respirando fuerte—. No voy a dejar que mueras. Tampoco que arrastres a este pueblo a la tumba.

—Eres muy listo, chico. Por eso decidí contártelo antes que a nadie —dijo Tormod, cabizbajo, intentando que no viera que se había emocionado—. Te pregunté si podrías encontrar una solución. En dos semanas tengo que dar una respuesta a los clanes. Si en ese plazo no la tienes, mi plan seguirá adelante y todo habrá acabado en menos de un mes.

Salió de allí hastiado. No se dirigió a la casa de Donald, sino que se adentró en el bosque. Esa noche no deseaba estar cerca de ellos. Era incapaz de mirar a nadie sin ver una tumba con su nombre. No, ni siquiera eso. No habría nadie que los enterrara, solo lobos

dándose un buen festín. Lo saludaban, le sonreían; otros incluso le aplaudían. Eran las sombras de una muerte anunciada.

Se dirigió al claro donde superó la primera prueba. Allí se quedaría las noches que hicieran falta hasta dar con la solución que había jurado encontrar para salvar a los que, sin pretenderlo, ya consideraba sus hermanos de sangre.

XXVIII



—Psssshhhh, psssshhhh —llamó sin obtener respuesta.

Tras un árbol, disimulaba mientras limpiaba su montura del polvo del camino. La cabeza pelirroja de Ronald destacaba entre el grupo de soldados como un reclamo feroz. Tenía terminantemente prohibido acercarse a él. Era una orden común acordada entre los inflexibles líderes de las distintas partidas. Para mayor frustración, este la ignoraba desde su regreso, y eso acrecentaba su necesidad de hablar con él. ¿Acaso quería que su amistad terminara después de tantos años?

Era muy triste... y no lo permitiría. Si ese idiota de Ronald pensaba que se lo pondría tan fácil, estaba muy equivocado. Esperaría el momento adecuado para esquivar a McPherson y a su tío y acercarse a él.

«Mi padre... por suerte, es diferente», pensaba, empecinada en no incluirlo en el mismo saco que a los oso-hombres.

—¿Se puede saber qué haces, hija? —preguntó Irving McAllen, su otra sombra desde que había llegado al campamento—. Nunca te he visto trabajar con tanto brío. No pareces una señorita.

—Será lo que haré a partir de ahora, padre. Si voy a calentar la cama de Will tendré que aprender a hacer todo tipo de tareas.

Él la observó impávido. No se horrorizó ni la regañó como había pensado que sucedería. Un ligero temblor en su párpado derecho evidenciaba que no le era del todo indiferente... Era bueno, ¿verdad? Al fin habló:

—Has dicho «calentar la cama». ¿Dónde lo has oído antes, cariño? —preguntó con el párpado todavía temblándole.

Su mirada indiferente comenzaba a transformarse en otra bastante inquisitiva. Y supo que lo explicado por Catalina poco tenía que ver con la realidad...

—La escuché entre los soldados —respondió demasiado rápido.

Su padre entrecerró los ojos un instante, luego se rascó la barba incipiente y, más tarde, suspiró y miró el cielo como si elevara alguna súplica...

—¿Sabes lo que significa?

Psique bufó, impaciente.

—Como te dije antes junto al fuego, no soy una niña. Puedes hablarme con claridad y no voy a escandalizarme, padre.

Entonces se puso tan pálido que pensó que se desmayaría.

—Tu madre te lo explicará cuando lleguemos a casa.

Sin más, se giró sobre sus talones y se alejó a paso muy rápido.

—Lo mismo dijo Catalina —murmuró para sí, volviendo su atención a los soldados en busca de... ¿Dónde se habría metido ese huidizo pelirrojo?

Paseó la mirada de una punta a la otra del campamento hasta localizarlo junto a un árbol apartado. Con rapidez comprobó que Miles seguía distraído hablando con sus camaradas Edward y Cameron. Andrew se hallaba discutiendo algo con su esposa en el otro extremo. Nadie la observaba y era su gran oportunidad de acercarse a él sin llamar la atención.

Con el sigilo del que tanto fanfarroneaba cuando iba con sus primos a atrapar ranas al río, avanzó hacia Ronald. En unos segundos, se hallaba al otro lado del tronco. Sin embargo, el repiqueteo de un líquido al caer la dejó boquiabierta. Alzó la vista al cielo en busca de una plegaria que pudiera consolarla por esa condena que el destino parecía empeñado en hacerle vivir. ¿Tenía

que actuar de alguna forma especial hasta dar con la indicada para ser absuelta?

Soltó un fuerte resoplido.

—¡Mierda! —gritó Ronald—. ¿Quién anda ahí?

Después de haber compartido el viaje con soldados tan delicados como veteranos mercantes, ningún improperio lograba sonrojarla.

—Avísame cuando termines, por favor —soltó ella disimulando su incomodidad.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó en voz baja.

Aquello sonó muy triste, demasiado para no romperle el corazón en mil pedazos. Ella no contestó; en cambio, se asomó detrás del árbol y lo miró con los ojos brillantes.

—No deberías acercarte a mí. Conseguirás que me echen otra vez —dijo con aspereza.

—¿Me odias? —Él no dijo nada, solo gruñó—. Porque yo a ti te quiero mucho, Ronald. No soportaría que no quisieras ser mi amigo.

Ronald siguió mudo. Apretaba la mandíbula, como si reprimiera las ganas de decirle algo. Ella insistió, incansable.

—No me odies —pidió con voz lastimera—. Y no... No he venido a meterte en problemas. Quería saber si estabas bien.

Ella dio un paso más y Ronald retrocedió mientras soltaba una carcajada amarga.

—No te acerques más —le advirtió, pero sin la aspereza de antes —. Me han apartado como si fuera un crío. Andrew no confía en mí, los demás me miran como si fuese un idiota que se dejó engañar. Y tú apareces aquí como si nada.

Sus palabras le dolieron más que un golpe. Aun así, insistió. No dejaría que se apartara de su lado.

—Vine porque me importas —susurró—. Y no quiero que pienses que te dejé solo.

Ronald cerró los ojos, como si aquello doliera más que cualquier reprimenda de los líderes.

—No deberías decirme esas cosas —gruñó, pero su voz tembló—. No podemos ser amigos después de todo esto. Te puse en riesgo, yo debía protegerte...

—Y decidiste ayudarme —contestó ella deprisa con la chispa de la esperanza creciendo en su interior—. Hiciste lo que hacen los amigos.

Él abrió los ojos y esta vez la miró como siempre lo había hecho, con un afecto profundo.

—No sabes lo que dices —susurró, derrotado.

Lo conocía, era suyo de nuevo. No podía ser rudo, era su amigo más divertido. Sonrió ilusionada y volvió a dar otro paso hacia él. Esta vez Ronald no se retiró y la recibió en un fuerte abrazo. Por suerte, tras el tronco, nadie los veía.

—Sí lo sé —dijo con lágrimas en los ojos y voz entrecortada—. No me importa lo que piensen esos oso-hombres, nunca podrán apartarme de mi familia.

—¿Tu familia?

Se apartó de ella y la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Eres un hermano para mí —dijo con una gran sonrisa y tomándole un mechón de cabello—. Si tenemos el mismo pelo, somos mellizos.

Él rio con la broma y ella lo imitó.

—Lo siento mucho, amigo mío. No volveré a ponerte en una situación como la de antes.

Él asintió con una expresión tranquila. De repente, el sonido de unas pisadas los alertó de que había alguien cerca. Sin embargo, solo fue un pequeño susto.

—Será mejor que te vayas, Psique —advirtió él, nervioso.

—No sin que antes me expliques qué está pasando, Ronald —pidió con firmeza—. Nadie quiere contarme nada. —Al ver que negaba con la cabeza, rauda, lo calló—. Y no me digas que no invente. Te oí decir algo sobre unos ingleses.

El rictus del pelirrojo se volvió severo al instante. Su expresión no le auguraba nada bueno.

—¿Qué ocurre, Ronald? —insistió muy preocupada—. No me moveré de aquí hasta que me lo cuentes todo.

Psique se había cruzado de brazos y Ronald la observaba con resignación.

—Aquí no puedo contártelo, Psique. —Miró a su alrededor para asegurarse de que estaban solos—. Sería peligroso que alguien nos escuchara.

Psique frunció el ceño. Luego, el miedo comenzó a dominarla poco a poco. Cerró los ojos y respiró hondo varias veces, convenciéndose de que podía ser una persona imperturbable, la más paciente de las Highlands.

—¿Y cuándo piensas hacerlo? ¡Me vigilan todo el tiempo! —dijo, dejando relucir de nuevo su inquietud.

—Respira —le pidió al verla tan alterada—. ¿Y si esperamos a que todos estén dormidos?

—No, dímelo ya.

Ronald resopló. Sabía que no tenía nada que hacer con ella. O se lo contaba o no se iría y le buscaría un problema mucho más serio que el anterior.

—Está bien —cedió—. Pero adentrémonos un poco más en el bosque.

Psique no lo esperó. Comenzó a caminar entre los árboles y, cuando se giró, descubrió que Ronald había avanzado unos pocos pasos.

—¿Qué haces? Ven aquí —pidió con un gesto nervioso de la mano.

—No me gustan los bosques, aquí es suficiente.

Psique suspiró y volvió sobre sus pasos hasta llegar a su lado.

—¿Y bien? —Alzó la ceja al notarlo tan tenso.

—Necesito que me prometas que no vas a gritar ni formar ningún espectáculo.

—¿Tan grave es? —preguntó con un hilo de voz. Ronald asintió. Psique soltó el aire que contenía—. Te doy mi palabra de que estaré callada todo el tiempo.

Al fin Ronald se decidió a hablar y Psique, con el corazón latiendo muy rápido, puso sus cinco sentidos en él.

Will

¿Qué podía hacer él para resolver una situación tan complicada? Era absurdo que Tormod y Aodh descargaran toda la responsabilidad sobre él. Apenas era un simple mercader, no un oficial del ejército ni un experto en tácticas militares. Sentía esa íntima deshonra como cualquier escocés, pero eso no lo convertía en estratega ni líder.

Inglaterra entraba por la fuerza en vez de negociar, imponiendo su voluntad y avanzando sobre los valles, exterminando todo lo propio e importante para sus habitantes. No era justo.

Will apretó los puños. La rabia lo inundaba al pensar en esas personas, antes simples desconocidos, y que en ese momento significaban tanto para él. El silencio era tan profundo que oía su propia respiración, cargada de angustia. Se apoyó en un tronco y cerró los ojos. No tenía ningún plan, solo un miedo profundo a fallar.

Al final de la noche, acabó gritando a la nada, exhausto por la frustración. Poco a poco, fue cayendo en un letargo inducido por el trino de los pájaros. Contempló las altas copas durante un buen rato, como si ellas tuvieran la solución.

Pensó en su padre. Él no participaría en esa masacre. Tormod buscaba la muerte y los abandonaba a su suerte, después de tantos

años. En vez de luchar por el bien de su pueblo, prefería sacrificarse y dejarlos solos. Eso no era cosa de líderes, sino de cobardes sin corazón. Morirían de hambre.

—¡Cobarde! —gruñó con los dientes apretados.

¿Y si les pedía a esos hombres que se rindieran y juraran lealtad al rey regente? Dudaba mucho de que lo aceptaran, después de haber enterrado a sus hijos asesinados de una forma tan salvaje.

Sin embargo...

¿Y si se escapaba para encontrarse con su padre? No tenía grilletes, ni un cuchillo en la garganta. Ya no se perdía dentro de ese bosque. Sería tan fácil hacerse con un caballo y escapar de allí...

Pero su corazón no lo dejaba. El remordimiento de no hacer nada por ellos lo acabaría matando tarde o temprano.

¿Por qué su padre se iría de un poblado donde lo apreciaban y lo consideraban el mejor líder? ¿Qué habría ocurrido que lo impulsó a abandonar esa vida? ¿Sería por amor a su madre? Lo dudaba, no concordaba con las fechas. Andrew había conocido a su madre mucho después...

De pronto, como un flechazo, recordó una antigua conversación en su infancia entre el padre Elliot y su padre:

—No puedes seguir así, Andrew —dijo Elliot con gravedad—. Te vas a consumir.

Su padre tenía las manos sobre las rodillas y la cabeza gacha. Will percibió su angustia y se acercó.

—¿Te ocurre algo, papá?

—Nada, hijo mío —le respondió, forzando una sonrisa que no le llegaba a los ojos como otras veces. Lo abrazó contra su pecho y lo besó en la cabeza. Will se sentía tan bien en sus brazos que intentaba siempre alargar ese momento—. Anda, ¿cómo no estás ayudando a tu hermano Callum a organizar el cargamento? Sin ti será un caos.

Eso lo hizo sentir importante y asintió con rapidez. Iba a irse, pero recordó que había ido a la cocina a por unas galletas. Mientras se acercaba a la alacena siguió atento a lo que hablaban.

—Que recibieras su ayuda para salvar a tu amigo Williams no lo convierte en una deuda más. Tú ya hiciste mucho por ellos; los lideraste. Estáis en paz, Andrew.

—No los conoces —insistió su padre—. Muchos no entendieron que me fuera, lo tomaron como una traición. No aceptaron que quisiera seguir otro camino.

—Claro, porque tu camino era... —Elliot miró de reojo a Will y bajó la voz tanto que no pudo escucharlo bien.

¿Muerte? ¿Había oído esa palabra tan siniestra?

—Hasta que llegasteis Catalina y tú para poner mi mundo del revés —dijo con una sonrisa.

—Y para hacerte ver que todavía te quedaba otra deuda más importante que saldar, querido Andrew —corrigió Elliot, alzando la copa de vino—. Quererte a ti mismo.

—Pero aún temo que vuelvan. Tengo una familia —siguió con un deje desesperado.

—¡Will! ¿Dónde te metes, demonio? —gritó Callum desde el pasillo.

Dio tal respingo que se le partió la galleta que tenía en la boca.

Cuando su padre y Elliot lo buscaron con la mirada, solo encontraron el trozo de galleta en el suelo. Él ya había salido a toda carrera de allí.

Will reflexionó unos minutos sobre eso. Estaba seguro de que ese día hablaban de los gallowglas, si no, ¿por qué lo recordaría justo en ese momento después de borrarlo de su memoria tantos años?

Comenzaba a entender muchas cosas del carácter sombrío de su padre. Tenía demasiados secretos que lo condenaban, imposibles de enterrar. Temía que los gallowglas le reclamaran que volviera.

El destino parecía jugar con él, pues sin pretenderlo, recordó una entrañable conversación con Psique bajo su árbol.

A él le encantaba escucharla cuando se ponía reflexiva:

—Anda, Will. Que te dediques a ser mercader no es excusa para no aprender —protestó Psique con gran efusión. Él la miraba con una sonrisa mal disimulada. Sin pretenderlo, era muy graciosa—. ¿Sabes algo? Una de las personas que considero más sabias de mis tierras es el señor Grimaldi. —Will alzó una ceja y continuó muy contenta de despertar su curiosidad—. Es italiano, de ahí ese apellido tan raro. Se llama Matteo Grimaldi.

—Matteo Gri... —intentó repetir.

—Grimaldi —acentuó ella con un perfecto acento latino—. Te cuesta decirlo porque nunca has oído hablar a un italiano. Su pronunciación es muy distinta a la nuestra, sus sonidos son musicales, como si cantaran al hablar. Con práctica consigues reconocerlos. A mí él ya me ha enseñado muchas palabras en su idioma y, además, me cuenta muchas costumbres de su pueblo...

Will la dejaba hablar sin límite. La escuchaba hilar historias sobre Matteo, el viajero que había vivido en puertos y montañas y que sabía entender a la gente. A veces se iba tanto por las ramas que olvidaba lo que realmente quería contarle. Mientras tanto, él observaba sus labios abrirse y cerrarse con una cadencia muy sensual, o cómo los humedecía con la punta de la lengua. Cuando eso sucedía, el corazón casi se le salía del pecho. Tenía que cambiarse muchas veces de postura, pues la evidencia en sus calzones podría asustarla y obligarlo a darle demasiadas explicaciones.

—Un día me contó este cuento —dijo, alzando el dedo y hundiéndolo en su pecho a modo de amenaza, como si hasta el momento no le hubiera prestado atención. Will reprimió una carcajada—. Había una vez un zorro que vivía en una colina muy alta. Desde allí veía los bosques, los ríos y las casas lejanas... Nunca bajaba, pues pensaba que, si los otros animales lo veían, podrían hacerle daño. Así que siempre estaba allí solo, vigilando. Un día llegó

un viento fuerte procedente del mar. El zorro se asustó porque no sabía qué hacer. No había aprendido de los otros cómo esconderse ni se atrevía a pedirles ayuda. Entonces bajó y descubrió que los otros animales no querían hacerle daño, sino enseñarle caminos, olores y refugios donde resguardarse. El zorro se dio cuenta de que no era tan diferente de ellos y aprendió tanto que, cuando el viento fuerte regresó, ya no sintió miedo, porque ahora sabía correr con otros y ya no estaba solo.

Will la observó en silencio. Sabía que no había acabado y tenía que mostrarle muy orgullosa la moraleja. Ella le guiñó un ojo robándole un latido y Will concluyó antes que ella:

—Para sobrevivir al peligro, hay que arriesgarse, amiga mía.

Will parpadeó y volvió a centrarse en las copas de esos altos árboles. Tras ellos había un mundo donde todos eran personas o animales, en el caso del cuento. Comenzó a asociar la historia con el bosque. El poblado era el zorro; la colina, el bosque; y el viento, el enemigo. Los demás animales eran tan supervivientes como... sus paisanos escoceses.

¿Para salvar al poblado debía sacarlo de allí? ¿Y si los integraba? ¿Y si les enseñaba a vivir en paz hasta que el poderoso enemigo volviera?

—Psique, eres un genio —dijo en voz alta—. No veo el día que regrese a tu lado, mi amor. Volveré, te lo prometo.

De pronto, el crujido de una rama cercana lo hizo sobresaltarse. Sonrió, pues conocía bien esas ligeras pisadas.

—¿Qué haces aquí, Jork? —saludó Will—. Vamos, no te escondas. Haces más ruido que una jauría.

El niño emergió de la maleza y se detuvo delante de él. Tenía los ojos enrojecidos y muy hinchados, como si hubiera llorado durante horas. Will se puso de pie enseguida.

—¿Qué ha ocurrido, Jork?

—Yo... estaba allí... —dijo señalando tras los árboles—. Sé que está mal espiar, pero te vi salir tan enfadado de la casa de mi tío que pensé que te irías y me abandonarías.

—Yo no... —Intentó abrazarlo, pero se le escurrió y retrocedió sorbiendo por la nariz.

—Sí, lo harás. —Su tono se volvió áspero—. Te escuché decir que volverás con esa Psique. Te marcharás porque solo te importa ella. Y yo... yo me quedaré aquí para siempre —protestó, acompañando sus palabras con fuertes aspavientos—. No puedo salir, no puedo vivir, no puedo arriesgarme. Quiero vivir fuera de este bosque.

Will avanzó con rapidez y lo abrazó con firmeza. El niño se aferró a él como si fuera la última vez.

—Podrás hacerlo, pequeño guerrero —le dijo con el corazón ardiendo de emoción.

XXIX



—Cuando Andrew me echó, me sentía tan mal conmigo mismo que cabalgué durante horas sin pausa. —Psique escuchaba a Ronald atentamente, con el corazón en vilo—. Al llegar al paso entre las montañas, me pareció ver algo más adelante.

—¿Qué era? —preguntó con los nervios a flor de piel.

Ronald apretó los labios unos segundos, dudando. Psique entrecerró los ojos a modo de advertencia.

—Soldados ingleses —dijo al fin, y Psique contuvo el aliento—. ¿Recuerdas cuando fui encarcelado en Glasgow?

Psique asintió, conmovida por el sufrimiento que reflejaban los ojos de su amigo.

—Fuiste torturado por esos... —No encontró un calificativo lo bastante despreciable para nombrar a esos soldados que se jactaban de proteger al pueblo.

Ronald asintió y continuó.

—Eran ellos, Psique —confesó con incredulidad—. Reconocí a los que me retuvieron. Nunca podría olvidar a ese malnacido soldado del cuartel de Glasgow.

—Pero... —Psique parpadeó, confundida—. ¿Sabes qué hacían allí?

Ronald asintió y su rostro adquirió una gravedad que la preocupó aún más.

—Parecían buscar algo en el puesto de guardia abandonado. Me resultó tan extraño ver ese destacamento en un lugar como este que

los vigilé todo el día y toda la noche. Tenía una ligera sospecha, aunque me parecía absurda.

—¿Cuál? —preguntó adelantando un paso y agarrándolo de la mano—. ¿Buscan a Will para salvarlo?

Ronald chasqueó la lengua, contrariado.

—Eso pensé al principio, pero cuando vi entre ellos a...

Ronald calló. Psique maldijo y él parpadeó, sorprendido.

—O lo sueltas ya —gruñó ella— o te corto esas orejas rojas de burro que tienes.

Ronald frunció el ceño.

—Podrías alistarte, serías un buen carcelero —replicó con inquina —. Un factor, Psique. Iba un miembro de la Guardia Negra, Conall McNab, el cuervo. —Al verla arrugar la nariz, confusa, continuó—. Esos desalmados buscan a Will, estoy seguro. Cuando me encarcelaron no entendía por qué se ensañaron tanto en sacarme información sobre nuestro encuentro con los gallowglas.

—¿Les dijiste que eran gallowglas los que secuestraron a Will? —preguntó horrorizada.

Ronald se soltó de su agarre con brusquedad.

—¡No! ¿Por quién me tomas? —protestó—. Jamás se me ocurriría contarlo ni implicar a un McPherson en...

Ronald calló. Dudó por un segundo y Psique lo notó.

—¿Os acusaron de traición en algún momento mientras te interrogaban? —preguntó ella.

Ronald rio con amargura.

—Se empeñaban en eso mismo. Constantemente nos acusaban de haber pactado un asalto a la Corona. Yo siempre lo negué —dijo con inquietud.

—Te soltaron, Ronald —murmuró, derrotada—. Te dejaron ir para vigilarte...

—¡No! ¡Eso es imposible, Psique! —negó, alzando demasiado la voz, y ella le tapó la boca con la mano. Él se la apartó, disgustado, y continuó en un tono más bajo, con una firmeza que la asombró—. No les conté nada, lo juro.

Psique lo miró con preocupación.

—Tal vez no fueras consciente, Ronald, pero puede que sí te sacaran información. Alguna palabra o algún detalle que les hiciera sospechar.

—No —replicó, rotundo, con los puños apretados.

Ella negó con la cabeza.

—Ronald, la Guardia Negra no cruza medio país con un destacamento de soldados si no tiene algo seguro. Buscan capturar a esos gallowglas y acusar a McPherson de traición.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? —preguntó incrédulo—. Son suposiciones tuyas, las típicas de una histérica.

El silencio se hizo abrupto. Por un momento ni los pájaros trinaban. Psique lo miró despacio, decidiéndose entre darle una bofetada o contentarse con solo una réplica ingeniosa.

Él arqueó una ceja ante la tormenta peligrosa que percibía en sus ojos.

—Ronald —dijo con falsa calma—, no vuelvas a llamarme histérica.

Ni una daga en la garganta le hubiera dado tanto miedo. Ella continuó, avanzando un paso.

—La Guardia Negra actúa cuando tiene pruebas, nombres o un objetivo. —Ronald abrió la boca y ella levantó la palma—. Tú eres el único que estuvo en sus manos, por mucho que te pese, amigo.

Bajó la mirada, derrotado. A Psique se le encogió el corazón.

—No te culpo, Ronald. Nunca lo haría. Sé lo que Will significa para ti.

Él levantó entonces los ojos hacia ella. Estaba muy pálido.

—Ronald, no te rindas. Por suerte, tú los descubriste. ¿Qué piensan hacer los líderes?

Se pasó la mano temblorosa por el rostro.

—Encontré a McAllen y le conté todo —explicó—. Pensé que Andrew me creería si llegaba en su compañía. Y pareció hacerlo. No obstante, no han partido en su búsqueda.

—Ronald, no piensas con claridad —dijo Psique, acariciándole el rostro—. Ahora lo entiendo todo. ¿No has notado lo nerviosos que están? Andrew ha discutido con su esposa en varias ocasiones. Incluso mi tío Cameron y Miles parecen haberme olvidado. Están ocupados elaborando un plan.

—¡Pero no hay tiempo!

—¿Crees que Andrew no quiere ir por ellos, Ronald? Si no lo han hecho es porque no solo persiguen a Will. Sospecho que esa Guardia Negra vigila a los McPherson desde hace mucho tiempo. ¿En estos dos años nunca os han confiscado armas o advertido? —Ronald apretó la mandíbula lo que reafirmó lo que pensaba—. Eso es porque siempre iban buscando alguna prueba que incriminara una traición por parte de Andrew.

—Y, al encontrar las hachas y los mandobles aquel día... —Calló un segundo y luego murmuró, decaído—: Nadie compra ese tipo de armas si no es para luchar.

—Exacto. Por eso Andrew no puede acercarse. Si lo descubren aquí, acusarán a su familia de negociar con los gallowglas. ¿Quién creería que vienen a rescatarlo? Buscan implicarlo. La palabra de un factor prevalecerá sobre cualquier otra —dijo, poniendo la mano en su hombro—. Quieren capturar a Will para lograr la prueba definitiva: acusar a Andrew de suministrar armas a traidores al rey. ¿Lo entiendes ahora?

Ronald asintió y se puso más pálido aún. Parecía haber perdido la noción de dónde estaba, sumido en unos tormentosos remordimientos.

—Los implicarán a todos: a tu padre, a tu tío... —dijo con voz quebrada—. Tienes razón. Yo...

—Deja de pensar que tienes la culpa de todo, Ronald. Sé que lo haces, lo leo en tus ojos. Esto viene de antes y no del día que conocisteis a los gallowglas. Si no fuera por esto, hubieran ido a por McPherson usando cualquier otra excusa.

—Ni en cien vidas habría hilado algo así. ¿Cómo? —La miraba con una admiración sobrecogedora—. Eres un genio.

Psique sonrió. Era vanidosa: el ingenio era su principal cualidad.

—Las mujeres no solo cosemos y tenemos hijos, amigo. —Ronald se mordió sabiendo que recibía justo lo que merecía—. Las mujeres también pensamos, todas.

—Lo siento.

—Con que me prometas que no nos llamarás histéricas a partir de ahora, te perdono.

Ronald rio, a pesar de la gravedad de lo que trataban. De pronto, se puso muy serio.

—Yo iré a avisar a esos gallowglas. Aunque sean el enemigo, no creo que quieran toparse con la Guardia Negra ni con ningún ejército inglés.

Ella chasqueó la lengua, decepcionada.

—Te olvidas de mí.

Él abrió mucho los ojos, espantado.

—Tú no irás...

—Iremos, Ronald —cortó asintiendo—. Iremos o contaré a todos lo que tramas. —Entrecerró los ojos y Ronald tragó saliva—. Créeme, tampoco lo harás tú.

Ronald sabía que tenía razón, pues Andrew había perdido la confianza en él. Este no se arriesgaría a poner en riesgo a sus hombres y a su esposa.

Apretó los puños con rabia y la miró con fuego en los ojos.

—Iremos y ambos salvaremos a nuestro amigo.

—No se te ocurra dejarme atrás —advirtió.

—No lo haré. Pero cuando estemos con esos gallowglas prométeme que harás todo lo que te pida, Psique.

Ella asintió muy seria, intentando disimular la emoción que la inundaba. Estaba nerviosa y tenía mucho miedo, pero era una oportunidad única para salvarlo. Sabía que podían hacerlo. El corazón se lo decía.

—Lo prometo —dijo muy convincente.

No obstante, guardaba el dedo pulgar dentro de su puño, un gesto que Ronald no vio.

Will

Will y Jork regresaron al poblado. Sorcha se hizo cargo de Jork para evitar que persiguiera a Will. Luego, fue a buscar al líder para proponerle su idea. Sin embargo, Tormod no estaba de acuerdo y ambos comenzaban a perder la paciencia.

—¡No! —rugió Tormod—. Integrarse es lo mismo que rendirse. Es una solución estúpida que mi pueblo nunca aceptaría.

Will respiró hondo, conteniendo las ganas de darle un buen puñetazo. ¿Su pueblo? Escucharlo hablar con ese sentido de pertenencia propio de quien había decidido abandonarlo le provocaba náuseas. Era tan testarudo como un muro de piedra, pero no tanto como su sentido de la responsabilidad. Desde que conoció la decisión de Tormod, se propuso no consentirla y se echó sobre los hombros una carga capaz de hundirlo. Aun así, lucharía hasta el final por salvarlos.

—No es rendirse —dijo tenso—, sino pensar. Es evitar que los maten.

Tormod escupió a un lado.

—Los gallowglas no evitan. Luchan hasta el fin.

Will apretó los puños y avanzó un paso hacia él.

—Claro, y eso lo decides tú, el que ha planeado sacrificarlos para alcanzar su gloria.

Tormod lo miraba con una fiereza peligrosa, retándolo a dar otro paso. Esa bestia podía matarlo de un golpe, pero lo necesitaba vivo; por eso, Will aprovecharía esa ventaja.

—Ya te dije que les contaría todo —soltó una risa amarga—. Tú también podrás exponerles tu prodigiosa idea.

—¡Intento salvarlos!

—Exacto, esa es la palabra: intentas. —Lo miró con una intensidad que le hizo sentir un escalofrío—. ¿Crees que los escoceses los recibirán con los brazos abiertos? Son un grupo de más de cincuenta bocas hambrientas, Will. ¿Quién los acogería? ¿Tu padre? Ni siquiera es dueño de las tierras que posee. Son tierras inglesas ahora; pisas suelo inglés, hijo. ¡Despierta de una puta vez! —De pronto, avanzó hasta un árbol y descargó los puños contra el tronco con una brutalidad casi salvaje—. ¿Crees que, si lo viera posible, no lo habría hecho ya?

Will no le contestó. Quería que sacara todo lo que guardaba en su interior. Quería desmembrar su alma como un lobo desgarra la carne de un animal. Llevarlo al límite y comprobar si en realidad era aquella alimaña que aparentaba ser. No podía aceptarlo; tenía que haber algo más que furia y traición.

—Los ingleses vigilan cada milla a la redonda, Will —continuó diciendo con tono cansado—. Nos persiguen. Esos hijos de perra conocen a cada campesino, a quienes interrogan y atemorizan para que denuncien a los suyos con tal de no ser ellos los colgados de una rama de un árbol.

—Tiene que haber una solución, Tormod —dijo con firmeza.

—Si la hay, esa no es precisamente. —Lo observó unos segundos, sopesando algo—. Ven conmigo.

Sin esperar respuesta, Tormod caminó en dirección este, abriéndose paso entre los árboles. Will lo siguió durante un buen rato, con el corazón latiéndole con fuerza por no saber qué pretendía. Nunca había visitado aquella zona con Jork y le era desconocida.

Al cabo de un rato, encontraron una curiosidad sin igual: comenzaron a ascender una colina en mitad del bosque, que se abría como una cicatriz. El aire se volvía más frío a medida que subían y todo estaba más silencioso. Tormod emitió un silbido que recibió respuesta al instante. Un minuto después, apareció uno de los guerreros del poblado y los saludó con una sonrisa amistosa.

—Regresa al poblado, Thortikeid —pidió.

Este obedeció, pero antes le entregó el cuerno que llevaba colgado del hombro con una cuerda.

Siguieron ascendiendo y, al fin, llegaron a la cima. Era una torre de vigilancia natural desde la que se divisaba la mayor parte de ese mar oscuro de hojas y las tierras que lo cercaban. A un lado, lejos de allí, podía ver el humo de las hogueras del campamento en mitad del bosque. Al otro, los árboles comenzaban a dispersarse hasta terminar en nuevas colinas. Parecía un sendero antiguo, como si lo hubieran recorrido multitud de veces y el paso de muchos lo hubiera allanado. Siguiendo aquella línea irregular, unas millas más allá se abría un valle de hierba espesa.

Tormod no apartaba la vista de allí. Su respiración tampoco era calmada, y por su expresión, parecía batallar con mucho dolor.

—¿Qué es ese lugar? —preguntó Will con el ceño fruncido.

Tormod no contestó al instante, sumido en ese punto en concreto, como si viera a un fantasma.

—Era mi hogar —respondió con voz suave, como si cada sílaba fuera lo más importante de su vida—. Cuando estoy mal, vengo aquí y rezo por June.

Will sintió que un escalofrío le recorría la columna. Nunca había oído ese nombre, pero, por su forma de pronunciarlo, sabía que era

su hijo fallecido.

Tormod señaló el valle con la barbilla y continuó hablando:

—Los ingleses llegaron sin aviso, sin piedad. Los hombres estábamos de cacería; ignorábamos lo que ocurría en el campamento. Entonces, uno de los nuestros tocó el cuerno. ¿Sabes? Tenemos un toque determinado para el peligro, ese que llega sin avisar y te corroe hasta los huesos porque sabes que vas tarde. Cuando regresé... el humo no me dejaba ver lo que tenía delante. Solo oía gritos y llantos. Corrí horrorizado y lo encontré tirado en la entrada de nuestra casa. June tenía ocho años y el pelo tan blanco como el de mi hermana... —Will cerró los ojos un instante, conmovido—. Se parecía a ella, y no a mí, por fortuna.

—¿Y Fiona? —se atrevió a preguntar con esfuerzo.

—Fiona... creí que estaba también muerta al encontrarla inconsciente en la casa. ¿Sabes lo que cuesta mentirle a tu mujer cuando su vida pende de un hilo? —Su voz tembló—. Los demás niños... los ancianos... colgaban de los árboles. Ese día morí con ellos.

Will apretó los puños sintiendo que la sangre le ardía por dentro. Tormod continuó.

—No pude salvarlos, ni enterrarlos a todos. No pude vengarlos como hubiera querido, ¿sabes por qué? —Sus ojos de acero lo atravesaron—. Porque mi sed de venganza no acaba con los que hicieron aquello, inunda Escocia entera y ahoga a esa podrida sangre inglesa. No podría vivir entre ellos. No es que no quiera salvarlos, es que no quiero perderlos. ¡Me importa una mierda que pienses que soy un cobarde!

Will respiró hondo. Su corazón latía fuerte y sabía que todo se lo jugaba a una sola baza, lo único que le quedaba.

—Jork es...

De repente, se giró hacia él y, con una rapidez asombrosa, lo agarró por el cuello y lo levantó en el aire. Will sintió la presión en la

garganta. No podía respirar ni hablar. Tormod apretaba sin que pareciera importarle nada.

—No te atrevas a decirlo —gruñó y lo dejó caer al fin al suelo.

Will cayó como un saco, con un golpe seco. Se quedó allí, deshecho, sin apenas aire y con los pulmones ardiendo. Cada respiración dolía.

El guerrero se apartó un paso, respirando con dificultad. Will se apoyó en una mano, intentando incorporarse. No apartó la mirada del gigante, que temblaba de rabia y miedo.

Tragó saliva, dolorido, y consiguió levantarse.

—Tormod, te sientes muerto, pero mientras los ames, la esperanza vive. Yo lucharé por salvarlos.

Tormod cerró los ojos y el silencio los envolvió. El bosque parecía contener el aliento. Cuando volvió a abrirlos, ya no había furia en su mirada, solo admiración.

—¿Serías su líder si yo falto?

La emoción se reflejó en el rostro barbudo del gigante. Y fue entonces cuando Will descubrió al fin su verdadera alma, esa chispa de espíritu viva. ¿Podía ser que creyera en él?

—Tormod... —murmuró con gravedad—. Si tú faltas, no dejaré que ellos caigan. Lo juro.

Lo observó largo rato. Por primera vez lo vio aliviado.

—Ya eres uno de los nuestros, hijo —dijo al fin, cogiéndolo de los hombros para sacudirlo con una euforia inesperada. Luego lo abrazó con fuerza—. Eres un gallowglas.

Una emoción palpitante lo llenó de pies a cabeza y le devolvió el abrazo como un igual. Era feliz de recibir su honor. Había superado sin saberlo la última prueba: jurar protegerlos.

Entonces vio de reojo un brillo en el horizonte. Creyó imaginarlo, aplastado contra el pecho de ese bruto enorme. Pero algo le decía que no, que era importante. Su instinto nunca le había fallado y no dejaría que aquella felicidad ciega lo llevara a ignorarlo. Apartó al

gigante de un empellón y miró hacia el lugar. Tormod, extrañado, hizo lo mismo y luego lo interrogó con la mirada.

—Alguien se acerca —avisó, muy tenso.

XXX



Ronald y Psique cabalgaban como si los persiguieran mil demonios. Se dirigían al cruce donde Ronald había visto al grupo de ingleses unos días antes.

Una emoción vibrante la inundaba con cada galope, con cada yarda ganada, con cada lágrima perdida por la velocidad.

Ronald ladeaba a veces el rostro hacia ella para comprobar que se encontraba bien. Lo adoraba por haberle permitido acompañarlo, por confiar en ella cuando nadie más lo hacía. Por eso ambos se respetaban. Juntos no eran una carga el uno para el otro, sino iguales.

¿Cómo había podido creer que ella lo delataría?

Sonrió, a pesar de ir con los dientes apretados bajo el plaid. Su larga cabellera volvía a quedar oculta bajo un gorro feo y sucio. De nuevo era el joven John, el del rostro desfigurado por las abejas, pero con el trasero intacto después de trotar cientos de millas. Tenía miedo de interpretar ese papel, aunque al mismo tiempo se sentía libre bajo esa identidad. Más que nunca.

Cuando el mundo se derrumba, hay veces en que la imprudencia es lo único que nos queda para lograr un fin casi imposible. Es la única chispa viva cuando todo lo demás se ha apagado, el impulso justo para actuar.

Su padre moriría cuando descubriera su huida. Lo imaginó tirándose del pelo, maldiciendo al cielo y buscando culpables entre las sombras.

Para eso no tenía ninguna cita ni excusa que valiera. Como hija predilecta estaba dejando demasiado que desear.

Y Catalina... Ella tampoco sabía nada de su plan. Recordarla le atravesaba el pecho. La mujer que siempre había sido una tormenta o, sin duda, su bastón frente a la desesperanza parecía hundida e inestable por primera vez. Desde la llegada de Cameron y sus hombres, quedaba poco de la mujer fuerte. Su mirada se había vuelto vacía, como si cargara con el peso del mundo.

Psique sospechaba la razón. Los ingleses iban tras su familia, tras Will, Andrew, tras todos los McPherson y lo que habían creado juntos: una gran familia.

«No lo permitiré», se reafirmó, decidida, a lomos del poderoso caballo.

Una emoción salvaje creció en su interior y apretó las riendas, sintiendo que el animal respondía con un ligero salto. Ronald lo notó a su lado y la miró preocupado, pero ella le devolvió una mirada firme bajo la tela.

Sí, se sentía viva, tanto que dolía.

—John —llamó su amigo, mostrando los dientes con una sonrisa igual de emocionada—. Te queda bien ese disfraz.

La conocía demasiado bien, y eso la emocionó. Dejó que el viento le robara la lágrima más auténtica de todas.

—Es útil —respondió fingiendo una indiferencia absurda—. Nadie mira dos veces a un hombre feo.

Ronald soltó una carcajada.

—Tú nunca serás fea, ni vestida con un saco de patatas.

—Eso ya lo veremos cuando encuentre a Will.

Iba a contestarle, pero cerró la boca de golpe, atento a algo más adelante.

Ella dirigió su mirada al mismo punto y entonces vio el cruce, el paso que indicaba el camino que debían seguir.

—Ahora debemos ir con más cuidado, Psique. Deberíamos apartarnos del sendero y seguirlo desde lejos. No quiero toparme con los soldados.

—Me parece muy buena idea, Ronald. —Vio que la sonrisa volvía a dibujarse en su rostro e insistió—. Eres muy listo.

—No tanto como tú, amiga —respondió con un guiño.

Ella le regaló una sonrisa y juntos se desplazaron unas yardas para evitar encontrarse con un peligro de frente.

Tuvieron que aminorar un poco la marcha para sortear un sendero más dificultoso; sin embargo, mantuvieron un buen ritmo. No podían dormirse: los soldados les llevaban mucha ventaja y tampoco se fiaban de que los detuvieran los hombres de su tío Cameron.

¿Qué harían cuando se toparan con los ingleses? No lo sabían, pero los vigilarían y, según sus movimientos, decidirían qué hacer. ¿No era la improvisación una de sus «mejores» cualidades?

Tras horas de marcha por un camino estrecho entre brezos y rocas, notaban los músculos doloridos. Solo habían parado para dar de beber a los caballos en un arroyo, y eso comenzaba a pasarles factura. Pero debían seguir si querían recortar la distancia que les sacaba el enemigo y advertir a los gallowglas de lo que se les avecinaba.

Ronald avanzaba primero, atento a cada sombra que delatara la presencia de soldados. Psique, algo más atrás, observaba cómo la tensión endurecía sus hombros.

Siguieron incansables entre los matorrales, apartándose cada vez más del sendero. Cada minuto contaba y sabían que, en algún punto, los ingleses y los gallowglas se cruzarían. Ellos debían llegar antes, por lo que no pararon ni para dormir: solo descansaron un corto tiempo para estirar las piernas y dar un respiro a los caballos. Estaba siendo duro, pero ninguno lo manifestaba para no caer en el inevitable desfallecimiento que vendría después.

El alba los saludó como en una jornada más. No obstante, Ronald levantó la mano y le ordenó detenerse. Psique no dudó: paró y contuvo la respiración. Él olfateó el aire y ella lo imitó. Olía intensamente a caballo. Ambos se miraron, sabiendo lo que significaba.

Se agacharon entre los brezos y, siguiendo las indicaciones de su amigo, Psique se asomó por encima del alto collado en el que se encontraban. Desde arriba, los vio junto al sendero en una pequeña hondonada.

—Ahí están —susurró Ronald a su lado, sin apartar la vista del grupo.

Psique observó con atención. Los ingleses se hallaban parados en formación, como si llevaran horas rastreando sin éxito y esperaran órdenes para seguir adelante. El rojo de sus casacas destacaba entre el verde de la hierba que los rodeaba. El brillo de sus mosquetes relucía con cada movimiento. Eran muchos, unos cincuenta jinetes armados. Además, a estos se unían otros hombres vestidos con tartanes de los que no llegaba a reconocer el clan al que pertenecían. Ronald, que parecía haberle leído el pensamiento, contestó.

—Esos son los Campbell, los perros fieles de los ingleses. Juraron proteger a la Corona —dijo con asco. Luego señaló con el dedo al otro lado del destacamento—. El de oscuro es el factor.

Psique lo localizó con dificultad, pero lo encontró. Era una fisura oscura entre el mar de rojo de las chaquetas militares. Al lado de esa figura inquietante se encontraban el que parecía ser el oficial al mando y el líder de los Campbell. El factor señalaba una dirección con impaciencia y discutía algo con otro soldado.

—Están decidiendo por dónde seguir. —Entonces Ronald se retiró del collado—. Tengo algo que podría servirnos.

Psique lo siguió y se sentó a su lado, observando el pergamino que comenzaba a desplegar sobre la hierba.

—¿Has llevado un mapa todo este tiempo y no me lo habías dicho? —preguntó patidifusa.

Él se encogió de hombros.

—Se lo compré a un mercader de Glasgow. Es un mapa de rutas comerciales terrestres. Fue una de las pocas cosas que no me confiscaron los soldados en la cárcel. Pensé que sería de buena ayuda si me perdía, pero hasta ahora...

Psique bufó.

—Estamos aquí —dijo, ignorándola y señalando unas marcas poco claras en un papel muy deteriorado—. Más al norte hay un enorme bosque y al oeste se abre otro valle... Al este aparecen más llanuras y... —Calló un segundo y terminó muy exaltado—: ¡La Cascada del Hacha!

—¿Piensas que están en la Cascada del Hacha? —preguntó, incrédula.

—¿Dónde sino?

Su expresión era tan confiada que le entraron ganas de abofetearlo.

—Piensa —dijo, agarrándole la cabeza con las dos manos y obligándolo a mirarla de frente—. ¿Crees que los soldados van en esa dirección?

Ronald arrugó el ceño pensativo, bajó la vista al mapa y luego volvió a cruzar su mirada.

—Parece que siguen otro rastro.

—Exacto —dijo, soltándole la cabeza de golpe, lo que provocó que se sobresaltara—. No están en la Cascada del Hacha, y eso es lo que estarán valorando.

El pelirrojo abrió mucho los ojos y cogió el mapa. Lo estudió unos segundos, los cerró mientras sopesaba una idea y, finalmente, volvió a abrirlos, abatido.

—No estoy tan seguro de eso, Psique. Los gallowglas han debido seguir el valle y rodear el bosque. Estarán más al norte... —Calló al

notar su pasmo—. ¿Tienes algo que decir al respecto?

—Estás evitando el bosque. —Ronald se sonrojó hasta las orejas y no pudo enfrentar su mirada—. ¿No ves que es el lugar perfecto para esconderse? Está cerca del lugar acordado con Andrew.

Él no decía nada; parecía luchar consigo mismo.

—No tienes que avergonzarte de que te den miedo los bosques, amigo. —Le cogió la mano para infundirle confianza—. A mí tampoco me gustan. Son inseguros, guardan sorpresas. En ellos todo parece más cerca, más inquietante. Como si alguien te vigilara todo el tiempo...

—No es por eso por lo que les tengo esta estúpida aprensión, Psique. —Ella parpadeó, sorprendida por su abrupta interrupción—. Desde que estuve en ese calabozo, no me gustan los lugares opresivos. Vuelvo... a revivirlo todo.

Ella percibió la sombra que había envuelto su alma. Rehuía su mirada. Sabía lo mucho que había sufrido durante aquel encarcelamiento y conocía la crueldad de los soldados. Había visto los moratones todavía visibles, pese al tiempo transcurrido.

—Ronald, mírame. —Le quitó el mapa y encerró sus manos entre las suyas—. No estás solo. Yo estaré a tu lado. No te dejaré.

En sus ojos había una vulnerabilidad que la conmovió. El silencio se hizo denso; él parecía incómodo. Ella le apretó las manos con más fuerza para alejarlo de esos recuerdos que parecían devorarlo. El pecho de Ronald comenzó a subir y bajar con demasiada rapidez. Su mirada se volvió intensa, frunció el ceño, cerró los ojos y... ella lo besó en la nariz.

Fue un beso sin cálculo, un gesto impulsivo, nacido del miedo, de la necesidad de hacerlo reaccionar. Un gesto torpe que lo dejó paralizado.

Al fin, él la soltó y se apartó de ella, espantado.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó limpiándose la nariz con la manga, como si todavía sintiera el beso.

Psique se sentía tan sorprendida como él.

—Yo... —Negó con la cabeza, reprimiendo la risa—. Ibas a entrar en pánico y no sabía qué hacer. Ahora pareces estar peor.

Y entonces, Psique rio. Le parecía muy cómico verlo tan agobiado por algo tan nimio.

Ella repartía besos entre quienes amaba: su madre, su padre, su prima... Incluso una vez se había besado en los labios con su primo Andrew. A los diez años había sentido curiosidad por saber qué se experimentaba al hacerlo, pero, como aquel gesto no despertó nada especial en ninguno, decidieron olvidarlo para siempre.

Él la miraba con incredulidad y desconfianza. Abrió y cerró la boca un par de veces, sin saber qué decir. Sus mejillas estaban encendidas como nunca.

—¿Te parece gracioso? —logró decir, balbuceante.

Psique dejó escapar otra risa tierna.

—Ronald, por favor. —Negó con la cabeza; una sonrisa traviesa todavía iluminaba su rostro—. Es que te has puesto como si hubiera cometido un crimen. Solo ha sido un beso en la nariz, nada más.

—¿Nada más? Díselo a Will, a ver qué opina —dijo, pasándose una mano por la cara, como si intentara borrar los rastros de aquel absurdo impulso.

Psique ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—Pues no entiendo por qué tendría algo que objetar. No he olvidado que tiene un anillo de compromiso para alguien que no soy yo.

Ronald tragó saliva lentamente. Sabía que era un comentario trampa, de esos que parecen inocentes, pero con una pregunta intencionada detrás. Y claro, como era de esperar, tan escurridizo como una lagartija, se giró sobre sus rodillas y reptó hasta el borde del collado.

—Debemos irnos ya si queremos llegar antes que ellos a ese maldito bosque —dijo.

—Te odio.

—Lo prefiero a que me des besos.

—Eres idiota.

—En eso te doy la razón —dijo sin mirarla—. El mayor por dejarme embaucar por arpías como tú.

Psique gruñó de impotencia. ¿Por qué seguía empecinado en ocultarle quién era esa mujer? La duda comenzó a mellar su ilusión inalterable. Sin embargo, se dijo que debía ignorarla, aunque doliera. Pronto vería a Will y sanaría o, simplemente, volvería sobre sus pasos con una herida incurable en su corazón.

Sin perder un minuto más, subieron a sus monturas y cabalgaron sin apenas sentir el cansancio ni la pesadez de tan largo viaje. Lo importante era llegar al bosque antes que esos soldados y salvar a Will.

Y lo sintió... Lo percibió muy cerca, como si una parte de su alma siguiera unida a la de él y vibrara ante el inminente reencuentro. Azuzó a su caballo con brío, conmovida. Lo sabía: fuera como fuese, sabía que él estaba en ese bosque.

XXXI



—Son dos jinetes, Will —afirmó Tormod a su lado, mirando con los ojos entornados hacia el punto lejano que levantaba polvo. Luego murmuró—: Y parecen llevar mucha prisa.

—Sí —aceptó—. Es como si huyeran de algo. ¿Tienes idea de quiénes pueden ser?

Tormod negó con la cabeza.

Will volvió a fijar la vista en aquellos jinetes. Algo lo sacudía por dentro al hacerlo. No sabía cómo explicarlo. Era una emoción contenida, una certeza... Su instinto le advertía, pero era imposible. Justo cuando ella estaba más lejos que nunca...

Sacó del chaleco el saquito de tela que contenía un mechón de cabello de Psique y que siempre llevaba consigo, y lo mantuvo contra los labios. Un torbellino incontrolable le subía por el pecho. No era miedo ni inquietud; era algo hondo, más profundo que cualquier emoción que hubiera experimentado antes.

Tormod lo observó de reojo, sospechando que en su interior se libraba una dura batalla.

—¿Y tú? —dijo al fin.

Will guardó el saquito y negó con la cabeza. Era absurdo pensar en ella cuando había jurado proteger a un pueblo por encima de... todo.

—Vayamos. —Su voz sonaba estrangulada sin pretenderlo.

«Necesito saber quiénes son», pensó.

—Nos llevará un buen rato llegar hasta la linde; no hay tiempo que perder. —Desenfundó la espada de su espalda y se la entregó—. Debemos estar preparados para cualquier amenaza.

Dispuesto, descendió la colina hasta adentrarse de nuevo en el espeso bosque. Debía mantenerse cerca de Tormod porque no conocía esa zona. Sortear las raíces no era fácil cuando se ocultaban bajo las hojas, pero lo más complicado era conservar la respiración calmada. Sentía esa punzada intensa que le atravesaba el pecho y lo empujaba a creer esa ridícula idea de... ella.

El guerrero avanzaba unos pasos por delante, seguro y silencioso, con una daga corta en una mano y una espada en la otra.

—Silba si te pierdes —gruñó—. El bosque no perdona a los que se distraen.

Tras decirle eso, todo se volvió más espeso y oscuro. Las ramas se enganchaban en su pelo a cada paso y el aire olía a tierra fresca y a savia. Habría sido un bálsamo para los sentidos en cualquier otro momento. En cambio, su corazón luchaba por no colapsar tras el esfuerzo de la carrera.

—Tormod —llamó jadeante.

—No hables —ordenó y bajó un poco el ritmo.

Will obedeció y siguió concentrado en no tropezarse en ese laberinto que podía ser tan bello como peligroso. No supo cuánto tiempo pasó, pero se le hizo eterno hasta ver la luz de nuevo entre los árboles, iluminando sus pasos y llenándolo de alivio. Tormod se detuvo en seco y Will lo imitó, atento a sus movimientos.

Entonces lo oyó. Unos jadeos ahogados, los resoplidos de unos caballos, susurros entrecortados...

Un caballo irrumpió entre los árboles unos pasos delante de ellos, cubierto de espuma y con los ojos desorbitados. El jinete que lo guiaba, envuelto en un plaid oscuro que le cubría casi por completo el rostro y el torso, apenas se mantenía erguido.

Will se escondió junto a Tormod tras un enorme tronco. Unos pocos vistazos no fueron suficientes para ver bien al jinete, debido a

la inquietud del animal, que cabeceaba exhausto. Un segundo caballo apareció y, aunque parecía menos violento, también resoplaba agotado. Will no podía ver a su jinete porque el primero lo tapaba casi por completo.

—No puedo verlos bien —susurró Will, intentando asomarse.

Tormod levantó una mano.

—Ni lo intentes —gruñó—. Déjamelos a mí.

Los jadeos del primer jinete eran cada vez más débiles, y entonces gimió.

Will sintió un latigazo en el pecho. No sabía por qué, pero ese sonido... no era el de un hombre, precisamente.

—¡Estás como una cabra! ¡Casi nos matas!

—Yo seré una cabra, pero tú eres un miedoso.

Will agarró el brazo de Tormod, deteniendo lo que fuera que pensara hacer. Tormod obedeció, extrañado.

No podía ser. No debía ser.

—¿Yo un miedoso? —respondió el otro con una voz que conocía muy bien y le hizo saltarse varios latidos—. No, lo que soy es un imbécil por dejarte venir conmigo...

Ya no escuchaba lo que decían, porque el corazón le latía en las sienes.

—Por todos los dioses... —murmuró, sin aire.

Tormod lo miró, alarmado.

—¿Qué ocurre? ¿Los reconoces? —preguntó desconcertado—. No parecen peligrosos. Juraría que son una pareja de bufones que se han perdido.

No respondió; no podía. Estrechaba contra el pecho aquel saquito que contenía el mechón de Psique y que había guardado durante años. Al fin, respiró hondo. Necesitaba comprobar que no se había vuelto loco, que no imaginaba nada de lo que estaba sucediendo.

Reunió todo el coraje que pudo, soltó el aire lentamente y, temblando de emoción, salió de detrás del enorme tronco.

—Cállate y ayúdame a bajar del caballo. Creo que no soy capaz de hacerlo sola sin caerme —dijo Psique, volviéndose hacia Ronald —. Me tiemblan las piernas.

Ronald fruncía el ceño, muy enfadado. Pero eso a ella le daba igual, estaba ansiosa por comenzar la búsqueda de Will en ese oscuro bosque. Entonces, los ojos del pelirrojo se abrieron de par en par, como si hubieran visto un fantasma. Ella arrugó la nariz, había alguien o algo más allí.

—¿Qué...? —susurró, girándose en su montura, incapaz de terminar la frase.

Y entonces lo vio, erguido delante de ella. Más fuerte, más real de lo que nunca había imaginado en todos aquellos años. Mirándola como si el mundo hubiera dejado de existir.

El corazón golpeó su pecho con tal fuerza que temió desmayarse.

—Will... —llamó con un hilo de voz casi inaudible.

Él sintió que las piernas le fallaban a oírla pronunciar su nombre con ese tono dulce que adoraba y al ver ese mechón pelirrojo que asomaba bajo el gorro...

—Psique —dijo casi como una súplica.

Corrió hacia ella justo cuando caía del caballo. La agarró con firmeza y la cargó en brazos, asegurándose de que no era un fantasma. Deseaba que fuera real. Le arrancó el gorro con los dientes, liberando la larga melena de fuego que adoraba más que nada. Con los dedos, tiró del plaid y contempló su rostro en íntimo silencio. Sin darse cuenta, comprobó que cada peca estuviera en su lugar, que la curvatura de su mandíbula siguiera tan perfecta como la recordaba y que ese ligero hoyuelo de su barbilla se marcara con el mismo atrevimiento de siempre. Era ella, Psique.

Sus párpados temblaron antes de abrirse y regalarle la mirada azul más hermosa del mundo. Durante un segundo, ninguno respiró. El bosque, los caballos, Ronald, Tormod... todo quedó olvidado.

—¿Will? —preguntó con un leve parpadeo.

Él la sostuvo con más fuerza, sintiendo que algo se rompía dentro de él al volverla a oír pronunciar su nombre.

—Soy yo —murmuró, incapaz de decir nada más por la emoción. Ella estudiaba su rostro, como si todavía no lo creyera.

—Sabía que estabas vivo —dijo con ojos brillantes—. Yo... lo sabía.

Entonces, sin esperarlo, escondió la cabeza en su cuello, se aferró a él con fuerza desesperada y comenzó a sollozar. Will se tensó como la cuerda de un violín. Jamás se acostumbraría a verla rota o vulnerable, pero, siendo sincero consigo mismo, esa vez no le importaba. Ella no era parte de un recuerdo, ni un sueño. Era real. Su amada amiga y la mujer por la que llevaba muriendo en silencio desde hacía demasiado tiempo. Estaba allí, llorando de felicidad en sus brazos.

Se giró hacia Ronald mientras la sostenía en brazos. Todavía sobre su caballo y con los ojos enrojecidos, mostraba en el rostro una mezcla de ilusión y miedo que Will no lograba descifrar.

—¿Ronald? —preguntó. Lo vio lanzar miradas desconfiadas hacia Tormod, que aguardaba a su lado con una expresión más que perpleja—. ¿Qué demonios hacéis aquí?

—Yo venía con... Y ella quería...

Ronald calló, sin saber por dónde empezar.

—Rescatarte —dijo Psique entre sollozos ahogados, levantando la cabeza para mirarlo. Will tragó saliva al ver sus labios hinchados tan cerca—. Rescatarte de los salvajes.

Un gruñido justo a su lado hizo que Psique se envarara como un palo entre sus brazos.

Tormod había adelantado un paso con los hombros erguidos y la mandíbula apretada. No apartaba la mirada de ella. No era un gruñido de amenaza, sino de ofensa.

—Pelirroja tenías que ser —murmuró el gallowglas y continuó en voz más alta—. No vuelvas a llamarnos así.

Will iba a intervenir en su defensa, cuando Psique se le adelantó:

—No lo haré, pero no por eso dejaré de pensarlo.

Tormod boqueó un segundo y arrugó más el ceño, si es que podía.

—¿Dónde está McPherson? ¿Por qué no viene con vosotros? —preguntó a Ronald, a quien pareció reconocer al fin. Este no le contestó, boquiabierto—. Will, aquí ocurre algo raro.

Psique miró a Will, quien aguardaba muy atento. Sabía que debía responder; sin embargo, se negaba a obedecerle. Ese hombre era muy desagradable. Incluso reparó en la camaradería entre el guerrero y su amigo. ¿Will no debía estar preso, atado o amordazado? ¿Desde cuándo un secuestrador se permitía ese tono con su rehén?

—Puedes soltarme, Will. Creo que puedo sostenerme —pidió y luego, con una expresión desconfiada, señaló a ambos con el dedo —. Sí que es bastante raro esto.

Will clavó la vista en sus labios fruncidos y reprimió una sonrisa. Tardó en hacer lo que le pedía, pues tampoco tenía ninguna prisa por soltarla. Finalmente, la bajó. Un sentimiento de pérdida se apoderó de él y contuvo un lamento.

La observó de brazos cruzados y vestida de mozo desgarbado. Su melena caía salvaje sobre sus hombros, dándole un aspecto de guerrera muy poderoso. Incluso así, le parecía la mujer más sensual del mundo. Esos últimos dos años le habían sentado más que bien.

Embelesado, casi olvidó que esperaban una respuesta. Conocía su carácter atrevido y supuso que se hallaba molesta con Tormod. Por muy temible que fuera ese guerrero, no tenía nada que hacer contra la mordacidad de Psique. Era mejor hablarle con calma y, a la vez, con firmeza.

—Psique —dijo, inclinándose hacia ella hasta quedar a un palmo de su rostro—, escucha. Tormod no es un hombre paciente y admito

que yo también estoy al límite. Verte aquí es algo que todavía estoy asimilando.

Atenta, apenas apartaba su mirada de su boca mientras hablaba... ¿Acaso deseaba que la besara? ¿Qué estaba ocurriendo allí?

Entonces, sus ojos descendieron por su cuello y se quedaron fijos en el anillo que colgaba de la cadena. Una sombra de desilusión pareció cruzar su semblante.

—Tu padre no sabe que hemos venido hasta aquí... —dijo con tono inexpresivo y sin poder terminar la frase.

—Andrew iba camino de la Cascada del Hacha junto a los McAllen y los McEwen —añadió Ronald, compadecido de su amiga—. Vinimos a avisaros de que un grupo de casacas se dirige hacia aquí. —Hizo una pausa para que procesaran poco a poco toda la información—. Hay un factor entre ellos.

Tormod soltó un bufido, contrariado.

—¿Un factor? —repitió, endureciendo la mandíbula—. ¿Estás seguro?

Ronald asintió.

—Conall McNab, el Cuervo —dijo, y Will tembló—. Lo acompañan unos cincuenta soldados ingleses y unos treinta Campbell. —Tormod escupió al oír ese nombre—. Traen mosquetes.

—¿Por qué son tantos? —preguntó Will, alarmado.

—Creemos que van tras tu padre además de los gallowglas —aclaró Psique ya recobrada.

—No, son demasiados... —dijo, negando con la cabeza—. Llevan mucho tiempo detrás de mi padre; debe de haber algo más.

—Eso mismo pensamos nosotros, pero... —Psique se encogió de hombros, incapaz de buscar una explicación.

—Lo saben, muchacho —concluyó Tormod con voz grave—. Sospechan del poblado y no descarto todo lo que hablamos.

Psique alzó una ceja, interrogadora. Will le cogió de la mano por instinto. Ella lo miró extrañada.

—No deberías estar aquí, Psique —le dijo, apretándole la mano—. Corres peligro, ¡maldita sea!

Psique sintió rabia y miedo al mismo tiempo. Ella no era una niña ni una carga. Había cruzado bosques, soportado tormentas, desafiado órdenes y peligros. Aun así, Will la dejaba sin palabras. La miraba como si su presencia allí le diera fuerzas a pesar de su temor.

El corazón le latía deprisa. Sentía sus dedos alrededor de los suyos, fuertes, posesivos, protectores. Ese simple contacto despertaba en ella algo nuevo, algo primitivo. Una parte de su mente, a la que jamás había escuchado, deseaba quedarse en sus brazos sin importarle el mundo a su alrededor y sentir que, pasara lo que pasara, allí estaría a salvo.

No sabía cómo procesarlo. Hasta el momento eran solo amigos, muy buenos amigos... Sin embargo, en ese instante, notaba algo distinto entre ellos, algo que ardía.

Will parecía también desconcertado mientras ella lo miraba. Su respiración era tensa y parecía hallarse al borde de algo que ella no sabía interpretar. No era miedo. ¿Podría ser que ese anillo que colgaba de su cuello fuera para ella? ¿Pensaba pedirle la mano al volver?

—Psique... —murmuró con voz tan profunda que la removió por dentro—. No puedo perderte.

Ella sintió que el aire se le escapaba del pecho. No era una declaración ni una promesa... Era una verdad dolorosa que ya no podía ocultarle por más tiempo.

Ronald carraspeó, incómodo. Tormod blasfemó.

—No tenemos tiempo para esto —gruñó el guerrero—. Los casacas estarán aquí muy pronto.

Will no apartó la mirada de Psique. Ella tampoco.

Aunque el peligro se acercaba, algo había cambiado entre ellos. Algo que ninguno de los dos podría deshacer.

XXXII



—¡Desde aquí yo los guiaré, Tormod! —gritó Will.

Tormod iba delante de ellos, abriéndose paso entre la maleza y orientándolos para que no se perdieran. La tensión era visible en la rigidez de su espalda y en la forma en que golpeaba los troncos con la espada. Hacía un gran esfuerzo por no salir corriendo para avisar a los suyos. Por eso, cuando Will gritó, Tormod no dudó un instante en desaparecer entre las sombras del bosque.

Psique, montada delante de Will, se aferraba a su mano como si fuera su única ancla en ese mar oscuro. Con la mano libre, Will dirigía el caballo. Jamás hubiera pensado que una damita como ella mantendría una serenidad admirable en esa espesura tan intimidante. En realidad, quien los retrasaba era Ronald. Parecía sufrir un pánico irracional que Will no lograba entender. Lo conocía desde pequeño, habían compartido travesuras, carreras y habían atravesado juntos bosques muy espesos, y era la primera vez que lo veía actuar como un niño asustadizo.

Desde el primer abrazo, Will lo había notado tenso. Lo achacó a la presencia amenazadora de Tormod. No obstante, después de oírlo resoplar y murmurar entre dientes durante todo el trayecto, presentía que algo en él no andaba bien.

—¿Qué demonios le ocurre a Ronald? —susurró en el oído de Psique.

Sonrió al notar que ella se envaraba en la montura y le apretaba la mano de forma inconsciente. Psique tardó un poco en responderle, tras respirar hondo:

—Fue torturado por los ingleses cuando tú te fuiste con ese *salvaje* —dijo, remarcando la última palabra con una intención afilada que él no pasó por alto—. Lo encerraron durante muchos días en un calabozo más parecido a un agujero oscuro y sucio...

Ella giró el rostro hacia él. Sus labios casi se rozaron y Will contuvo la respiración. Ella bajó los párpados avergonzada, y con rapidez volvió a mirar al frente.

—Desde entonces no soporta los lugares opresivos como este —añadió en voz más baja.

Tragó saliva, muy afectado por su cercanía. Su olor inundaba sus sentidos y lo atontaba. Le resultaba una tortura tenerla tan cerca y no poder besarla.

«Paciencia, Will, o la asustarás», se dijo e intentó concentrarse en lo que le había dicho.

Retrasó el avance y se colocó al lado de Ronald. Este lo miró, tembloroso. Gotas de sudor cubrían su rostro y Will sintió que le dolía el pecho al verlo sufrir así. Inesperadamente, ella lo soltó y aferró la mano de su amigo, quien la miró, muy nervioso.

—Estoy contigo, Ronald —dijo ella con preocupación—. No te dejaré, somos amigos.

—Estamos contigo. Aguanta un poco más —añadió Will, y vio un atisbo de sonrisa en sus labios que lo tranquilizó un poco.

Ronald asintió y se irguió. Tras besar el dorso de la mano de Psique se la soltó y pareció recobrar parte de su aplomo.

—Seguid adelante —pidió—, estoy bien.

Después de eso, Ronald estuvo más tranquilo, y Will y Psique pudieron «relajarse».

—¿Cómo haces para ser tan bruja? —le preguntó de nuevo al oído, haciéndola dar un respingo. Esta vez fue él quien envolvió su mano con la suya. Moría por sentir su contacto.

Ella sonreía, pero no se atrevía a girar el rostro como antes, sabía que sus labios podrían rozarse. Tampoco decía nada. Él la besó

entonces en su oreja y ella contuvo la respiración.

—Me encantan tus orejas —susurró con dulzura.

—Me dijiste que no te gustaban —respondió en un hilo de voz.

—Nunca dije eso.

Notó que ella reposaba su espalda con confianza sobre su pecho. Will tembló y, empujado por la necesidad imperiosa de abrazarla, llevó la mano con la que envolvía la de ella hasta su estómago. Luego, la atrajo con firmeza hacia sí.

—Te he echado de menos, amigo —dijo ella con voz quebrada por la emoción.

—No quiero ser solo tu amigo —respondió sin soltarla.

Ella giró el rostro de nuevo y él percibió su aliento muy cerca. Psique lo miraba sin miedo, con una ilusión que lo desarmaba como aquella primera vez, cuando eran niños. ¿Estaba soñando o recordando? No, era real. En mitad de aquel caos peligroso, por fin se miraban a los ojos con una verdad conmovedora.

Will sintió que el bosque los envolvía, testigo de su anhelo, a la espera de una confesión aplazada durante demasiado tiempo. Psique parpadeó, mostrando en sus pupilas un brillo emocionado.

De pronto, unos gritos estallaron delante de ellos. Psique ahogó un sollozo. Ronald lanzó un gemido. Los caballos se estremecieron. La magia se quebró como una rama seca al pisarla.

—Tranquila, Psique. No te asustes —murmuró Will en su oído sin soltarla y tensando las riendas con la otra mano para controlar al caballo. Echó un vistazo a Ronald, unas yardas más atrás, y vociferó —: ¡Son amigos!

Los gritos se repetían cada vez más cerca. Psique al fin comprendió que no eran gritos de guerra, sino de aviso. El bosque se abrió y apareció un poblado bien organizado de cabañas y chozas. Las mejores construcciones estaban hechas de troncos gruesos y techos de brezo; dispuestas en línea, desembocaban en

una explanada central. En medio se alzaba una enorme hoguera rodeada de calderos y vasijas.

Justo en ese lugar, hombres enormes se cuadraban en formación, como si hubieran ensayado para un ataque todos los días.

La mayoría parecían gigantes en comparación con los escoceses que conocía. Sus cuerpos eran anchos y fuertes, cubiertos por pieles curtidas y armaduras de cuero y metal. Llevaban el cabello recogido en pequeñas trenzas y, en su mayoría, lucían barbas espesas que les daban un aspecto feroz. Empuñaban hachas de doble filo y mandobles, y sus miradas impenetrables parecían dispuestas a atemorizar a cualquiera que les presentara batalla.

Psique se tensó al ver la formación, y Will debió de notarlo, pues la sostuvo con más firmeza por la cintura. Su interior volvió a removerse, igual que antes, cuando él la había atraído contra su torso. Era una sensación que ardía y se expandía como un dulce fuego por su cuerpo hasta coronar latente entre sus piernas. ¿Qué era aquello? ¿Y por qué resultaba tan insoportablemente gozoso y difícil de contener?

Will volvió a dejar un beso lento en su mejilla y ella contuvo la respiración. Cerró los ojos un instante, olvidando por completo lo que tenía delante.

—Son hombres de Tormod —susurró él, rozándole la oreja con los labios y erizándole la piel.

—¿Son todos gallowglas? —logró decir con voz trémula.

—Ajá —respondió, ronco, pegado a su mejilla.

Se estremeció al notar su aliento cerca de nuevo, provocándole una sed que comenzaba a reconocer como pura atracción. No le daba miedo, y quería más. Will deslizó el pulgar sobre su estómago. Apenas fue un roce, pero ella sintió que el mundo se inclinaba.

Frente a ellos, los guerreros seguían formándose, ajenos a la tormenta desatada entre ambos. Sus voces retumbaban, pero Psique solo oía el tambor de su propio corazón alocado. Todo era Will, su

respiración, su calor, la forma en que comenzaba a acariciar su estómago.

—Will... —dijo con un largo suspiro.

Él gruñó contenido en su oído.

Quería preguntarle qué les estaba ocurriendo; sin embargo, una figura emergió entre los guerreros.

—Will —llamó Tormod, cortando el aire con voz grave—. Necesitamos hablar. Ahora.

Frustrado, aflojó el abrazo, pero no la soltó. Ronald se colocó a su lado con su caballo y parecía más repuesto. Tormod, impaciente, señaló al grupo de mujeres del fondo.

—Ella debería ir con las mujeres y los niños —añadió el guerrero, señalando a Psique con la cabeza—. Debemos proteger el bosque.

—¿Mujeres y niños? —preguntó ella, con el ceño fruncido.

Paseó la vista a su alrededor con rapidez hasta encontrar, en una esquina del poblado, un grupo de unas quince mujeres y diez u once niños pequeños. Algunos la observaban con curiosidad, mientras que otros le dirigían miradas de desconfianza.

—Está bien —aceptó Will—. La llevaré con ellos.

Sin darle opción a opinar, espoleó al caballo y lo dirigió hacia el grupo.

—Will, no te atrevas a dejarme con esos salvajes —protestó ella —. No pienso separarme de ti ahora que te he encontrado.

Él no le contestó, pero siguió conduciendo al animal.

—¿Will? —insistió, sintiendo que el terror comenzaba a inundarla —. ¿Me has oído?

Ya estaban junto al grupo de mujeres, que los observaban con curiosidad, cuando Will desmontó sin decir nada. Tenía el entrecejo fruncido y la mandíbula apretada. Levantó las manos para cogerla por la cintura, pero Psique lo evitó: alzó el pie y se lo plantó en medio del pecho.

—¿Qué haces, mujer? —silbó disgustado—. No tenemos tiempo para juegos.

—No estoy jugando, Will —replicó ella, empujándolo con el pie—. ¿Crees que he cruzado toda Escocia para encontrarte y quedarme apartada en un rincón?

—Maldita sea, Psique —reprochó el joven guerrero, retrocediendo unos pasos—. Estamos en peligro y tú... no deberías estar aquí.

—¿Sabes una cosa? Estoy harta de que me trates como una niña. No lo soy.

Will intentó responder, pero no pudo. En su expresión no había ira, sino un miedo profundo e instintivo. A Psique se le encogió el corazón, culpable por hacer que él se sintiera responsable de protegerla.

De pronto, Will montó de nuevo detrás de ella y la sujetó de la cintura con fuerza para impedir que escapara. Tiró de las riendas y guio al animal entre chozas y guerreros; incluso pasaron junto a Tormod, que maldijo al verlos. Al fin llegaron a unas piedras enormes que se alzaban imponentes. Él desmontó de un salto y, sin darle tiempo a protestar, la obligó a bajar. Después, la tomó de la mano y la condujo detrás de las rocas. Sorprendentemente, estaban fuera de la vista de todos y el bullicio del poblado quedaba amortiguado, como si las piedras absorbieran el sonido. Mientras Will ataba el caballo a un árbol cercano, ella se alejó un poco y apoyó la espalda en una de las rocas, intentando comprender por qué la había llevado hasta allí. Cuando él se volvió hacia ella y avanzó con paso decidido, Psique lo comprendió y algo se encendió en su pecho. Un vértigo dulce la envolvió al prendarse de su intensa mirada. ¿Siempre había sido tan guapo y fuerte? ¿Cómo no se había dado cuenta antes de lo fascinante que era? Contuvo el aliento, ardiendo por dentro.

Will se detuvo en frente. Respiraba hondo, como si reuniera el valor para decirle algo. Sus ojos verdes la abrasaban, mientras Psique aguardaba inmóvil. Al fin apoyó sus manos en la roca, una a cada lado de su cabeza. Estaba tan cerca y la miraba de forma tan

cálida, que le costaba un mundo contener el indómito impulso de besarlo. Solo existía él, su boca, sus penetrantes ojos y ese espacio mínimo entre sus cuerpos que vibraba tenso, apenas soportable.

Él se inclinó y rozó su oreja con sus labios.

—¿Sabes cuánto tiempo llevo sabiendo que no eres una niña? —susurró con voz ronca, mordiendo su lóbulo. Psique tembló y soltó un gemido involuntario—. ¿Cuántas veces he soñado con tenerte así de cerca? —continuó, apoyando su frente contra la suya, dejándola sin aire. Unió sus cuerpos con suavidad, lo justo para que sintiera la imperiosa necesidad entre sus piernas. Psique abrió mucho los ojos y él pasó una mano por detrás de su nuca—. Me importas tanto que casi me vuelves loco durante años, bruja.

—Will, por favor —suplicó rendida.

Sin importarle nada a su alrededor abrió los labios, invitándolo por primera vez a besarla. Eso a Will lo removió por dentro y se dejó vencer por la pasión.

«Sé delicado», se repitió trémulo, conteniendo apenas su deseo.

Tembló al alzarle el mentón y ver su bonito hoyuelo, el cual siempre le pareció inalcanzable. Con delicadeza posó sus labios en él, haciendo realidad su sueño de la infancia. Y ya no se contuvo más, buscó su boca y la besó.

Su lengua entró despacio, saboreando embriagado el roce excitante y húmedo de la de ella. Gimió triunfante, mientras se agolpaba el imperioso anhelo en sus entrañas. Era dulce como un néctar, una delicia de la que nunca se cansaría y donde se perdería hasta el fin de sus días.

Sus cuerpos respondían necesitados y estremecidos, como si hubiera esperado aquello toda la vida. Sus alientos se transformaron gemidos placenteros y, poco a poco, el calor y la sensual fricción de sus roces amenazó con quemarlos.

Exigente, lo rodeó con sus brazos y lo devoró con fiebre. Él le devolvió esa misma intensidad, atrayéndola hacia su miembro dispuesto. La empujó contra la roca y ella gimió de placer al sentirlo;

él de frustración. Deseaba desnudarla, tomarla sin importarle nada más.

Perdida, lo rodeó por la cintura con sus piernas, sin pudor alguno. Will gruñó al verse muy cerca de lo que tantas veces había fantaseado culminando. Ambos, habían olvidado dónde estaban, y se hallaban amándose en un feroz asalto al presente.

Entre sus brazos tenía a la mujer más hermosa del mundo; su Psique, su amor. La deseaba tanto que dolía.

Bajó dejando un rio de besos por su cuello hasta abrir su camisa. Sus erguidos pechos lo invitaban, insolentes. Los contempló, maravillado. Sus senos coronados por pezones turgentes... eran un sueño del que nunca despertaría: su diosa de fuego, rendida para él. Sin poder reprimirse por más tiempo, los tomó y mordió hasta volverse completamente loco. Ella gritó de placer, desinhibida.

Entonces el cuerno sonó y los paralizó.

—Oh, Psique, necesito tanto amarte —dijo, arrobado en su escote, temblando como una hoja y tomando, poco a poco, consciencia de lo que sucedía a su alrededor.

—Hazlo, por favor —suplicó ella, entre sollozos.

Presentía que aquello se acababa, por mucho que ambos lo desearan. El sonido del cuerno desgarraba el aire y los devolvía al presente.

—Psique... —dijo con un lamento contra su boca—. Te juro que volveré a tu lado.

—¡No! No puedes irte de nuevo —respondió entre sollozos, desesperada—. Yo te... te amo, Will.

Él se separó un palmo de ella, sorprendido. En sus lágrimas leyó una verdad desnuda, sin velos ni defensas.

—¿Me amas? —susurró, incapaz de creerlo del todo, pero con la esperanza brillando en sus ojos.

Ella asintió, buscando el aire que parecía faltarle para seguir hablando.

—Desde antes de saber tu nombre... Desde que me dijiste que no estaba sola aquel día en el árbol —dijo, aferrándose a su camisa como si así pudiera retenerlo.

El cuerno volvió a sonar, arrancándole otro sollozo. Will cerró los ojos, memorizando su calor, su olor, la forma en que su pecho subía y bajaba con cada sacudida de su llanto.

—Psique, mi vida... —susurró—. No puedo quedarme, pero quiero...

Con torpeza, abrió la cadena que llevaba al cuello y sacó el anillo que tantas noches había sostenido entre sus dedos mientras pensaba en ella. Bajo la mirada emocionada de Psique, se lo colocó en el dedo y le sonrió, intentando transmitirle el amor que sentía.

—Quiero que seas mi esposa.

Ella sollozó; sus labios temblaban sin poder articular palabra.

—Te amo más que a nada —continuó con voz quebrada—. Eres la mujer de mi vida y la que... —Tragó saliva mientras contemplaba su incredulidad y desesperación—. Eres la niña que me robó el corazón con su sonrisa, su dulzura y su intensidad...

Ella negó con la cabeza, incapaz de aceptar que ese instante se rompiera.

—Will... no me dejes —suplicó, volviendo a abrazarlo con fuerza.

Los gritos comenzaban a oírse muy cerca. Will cerró los ojos de nuevo, buscando una salida nacida de la desesperación más absoluta, una que quizá pudiera funcionar.

La separó de nuevo y la tomó por las mejillas con ternura.

—Psique, escucha... —dijo, respirando agitado.

—Puedo ayudarte. Yo...

—Vas a ayudarme —la interrumpió, mirándola con una confianza ciega e inquebrantable.

XXXIII



Will volvió junto a Ronald después de una intensa charla con Donald.

—No tienes que ir con ellos, Will —le dijo Ronald, sin entender por qué se empeñaba en ayudar a esos guerreros—. Eres su rehén, pero podríamos aprovechar para escapar...

—Ya no soy un rehén, amigo —lo interrumpió con cansancio.

Aquello se le hacía difícil de explicar, pues apenas tenían tiempo para hablarlo. Un rato antes lo había hecho con Psique y se había ganado, con razón, que le echara en cara su intención de no volver con ella y quedarse con ese pueblo.

¿Cómo condensar en pocas palabras tantos sentimientos nacidos durante ese tiempo conviviendo con esa gente?

Clavó la vista en él y continuó con determinación:

—Soy uno de ellos. —El pelirrojo lo observó como si le hubieran salido dos cabezas—. Un gallowglas.

—¿Es que te has vuelto loco? —interpeló, abriendo mucho los ojos, como si lo entendiera todo de golpe—. Ya lo entiendo. Te han embrujado... Por eso dices esa tontería. Pero, con el tiempo y lejos de aquí, volverás a ser el mismo de antes.

—Amigo, ni el tiempo vuelve, ni la vida se repite —contestó recordando las palabras de su padre—. Fui feliz entre ellos y seguiré siéndolo hasta el final de mis días, pese a que te cueste aceptarlo.

—Sinceramente, me ratifico en lo que pienso —replicó, incrédulo —. Aunque estés bajo el influjo de algún ritual nórdico, no puedes pedirme que te abandone por esos proscritos.

—Lo harás por Psique. Debes alejarla de aquí, Ronald. Si los ingleses la encontraran... —Se pasó una mano por la cara, como si intentara borrar una terrible imagen de su mente—. Confío en ti, amigo mío.

—No quiero perderte —dijo con los ojos brillantes de emoción—. Me da igual que vuelvas con un brazo o una pierna menos, Will. Seré tu bastón o quien te dé de comer... Pero vuelve, por favor.

A Will el corazón le dio un vuelco al escucharlo decir aquello. Amaba a ese hombre como si fuera de su propia sangre.

—¿También me ayudarás a mear? —preguntó con sorna, abrazándolo con cariño.

—Procura regresar entero, pedazo de cabrón —murmuró en su oído con una emoción agridulce que casi no lograba contener—. Cuidaré de Psique con mi vida, ya sabes que la quiero tanto como a ti.

—Gracias, amigo mío.

—No me las des ahora, Will —pidió Ronald, palmeando su espalda—. Ya me ayudarás a volver a Pretty Poppies sin que tus padres me metan una espada por el culo.

Will rio con ganas porque imaginaba cuánto había arriesgado Ronald para, finalmente, abandonarlo. Su amigo lo imitó. Ambos necesitaban soltar la tensión acumulada para seguir cuerdos.

Lo observó un instante, memorizando cada línea de su rostro.

—Sácala de aquí —repitió en voz más baja, echando un rápido vistazo al grupo de mujeres donde esperaba su pelirroja.

Su amigo asintió.

—Tú procura no hacer ninguna estupidez heroica —añadió—. Ya sabes que para mártir ya estoy yo.

Will soltó una risita breve.

—No prometo nada —murmuró y, con la palma, apretó la nuca de su amigo—. Pero volveré, aunque sea arrastrándome.

Ronald cerró los ojos y se soltó con brusquedad de su agarre.

—Ve antes de que me arrepienta y te ate a un árbol.

Will sonrió, dio un paso atrás y volvió a echar un vistazo al grupo buscando la melena de fuego que tanto amaba. Sin embargo, no la vio y sintió que un pellizco de desconfianza le oprimía el estómago. Ella era tan indomable, tan impredecible...

Justo al volverse para salir corriendo, la encontró delante. A solo unos pasos, con los brazos cruzados y una expresión desolada que rompió su corazón. Se acercó con prisa. Oía a Aodh aproximarse mientras gritaba algo a unos hombres.

—Te amo, pequeña bruja —le dijo, rodeándola con sus brazos.

Psique rio, a pesar de la tristeza que reflejaba su rostro al principio.

—Yo más. —Will arqueó la ceja al oírla—. Mucho más, mi amor.

La besó con ansias, mostrándole en ese beso todo lo que sentía por ella. Cuando se apartó, ambos respiraban agitados.

—Espérame en la Cascada del Hacha.

Ella asintió.

—Acuérdate, te voy a reclamar un beso que dure todo el camino de vuelta a casa —dijo ella, guiñándole un ojo.

—¿Me lo prometes? —preguntó él, dándole un pequeño mordisco en la barbilla, justo donde estaba ese hoyuelo que tanto le gustaba.

Ella volvió a asentir con una dulce sonrisa, una que le hizo la partida mucho más dura que antes.

—Y también prometo calentar tu cama el resto de tus días.

Will abrió tanto los ojos que Psique quiso desaparecer; sin embargo, la apretó aún más que antes contra su cuerpo. Después de compartir las fuertes emociones junto a las piedras, ya podía hacerse una idea exacta de qué significaban esas palabras.

Con prisa, le dio un último beso en los labios y salió corriendo para incorporarse a la formación de los hombres de Aodh.

Psique tembló al ver cómo se alejaba, armado hasta los dientes y con un aspecto tan fiero como los otros gallowglas.

Apenada, caminó sin saber muy bien a quién dirigirse entre el grupo de mujeres. Para su sorpresa, la ignoraron. Donald, un viejo gallowglas, se aproximó a ella con una leve cojera.

—Así que tú eres el aliciente.

—Perdóneme, señor. —Psique lo miró confundida—. Creo que lo entendí mal.

El anciano la observó con ojos sabios que, por un momento, le recordaron a los de su amigo italiano, el viajero Matteo Grimaldi. Sin que nadie se lo dijera, supo que ese hombre no era cualquiera entre esos gallowglas.

—Me entendiste bien, mujer —dijo, confiado—. Gracias a ti, ese chico vive. —Psique lo observó con interés—. ¿Sabes? Es difícil adaptarse a una comunidad nueva donde no todos te aceptan; incluso te aplastan si les interesa. Para ser uno más, debes claudicar, bajar el tono, obedecer... escuchar y jugar muy bien tus cartas. Pero, si además de todo eso tienes un buen aliciente, lo imposible deja de serlo.

—Señor... creo que se equivoca...

—No, pelirroja —dijo, negando con la cabeza—. Tu hombre volverá, de eso no tengo dudas; lo que no sé es si lo hará... vivo.

Psique sintió que el mundo se estrechaba y se volvía tan opresivo que necesitó respirar hondo antes de contestarle:

—Will volverá vivo, me lo ha prometido —respondió con toda la seguridad que pudo reunir.

—Claro, mujer —respondió convencido—. Porque tú harás lo que yo te diga.

Psique lo vio dirigirse cojeando hasta una cabaña situada unas yardas más allá. Cuando desapareció en su interior, observó a su alrededor sin saber qué hacer. Nadie estaba pendiente de ella, ni

siquiera su amigo Ronald, enfrascado en convencer a un niño rubio muy intenso de que no saliera tras los hombres para combatir.

¿Quién era ese anciano? ¿Estaría perdiendo la cabeza a sus años?

Sin embargo, había sembrado la duda en su interior. ¿Y si era importante lo que ocultaba? ¿Y si la vida de Will dependía de ese enigmático personaje? Solo perdería unos minutos en averiguarlo.

Con paso decidido se aproximó a la cabaña, buscando aclarar qué significaba aquello.

Will

Estaban cansados y hambrientos, y solo la risa y las estúpidas bromas podían sostener la hermandad que había crecido entre ellos, los gallowglas.

—Quita de mi vista esa cara de bobo que traes, joder —protestó Tormod—. Pareces un polluelo recién salido del cascarón.

Will sonreía cada vez que pensaba en su pelirroja, que era a cada instante. No podía disimular su reciente felicidad, a pesar del inminente peligro.

—Deja al muchacho, Tormod —dijo Aodh, mostrándole su apoyo como el buen grano en el culo que era—. Está enamorado. ¿Acaso no recuerdas cuando tú perseguías a tu Fiona?

Tormod gruñó y el rubio guerrero prosiguió hablando, mientras tensaba la cuerda que haría tropezar al infortunado inglés que pasara por allí.

—Donde lo ves, llevaba flores de brezo blanco cada semana a Fiona para conquistarla. En realidad, aunque parezca pariente del mismísimo Loki —le guiñó un ojo con picardía—, es un blando como todos, Will.

—Como no te calles, voy a entregarte a los ingleses, a quienes seguro les encantará tu feo culo rosa.

Will reprimió la risa. Era cierto que su culo era muy sonrosado, y no precisamente por las ortigas.

—Eso es indiscutible, sería un arma mortífera y efectiva...

La señal del cuerno resonó en todo el bosque, indicando la irrupción de extraños en esas tierras.

Llevaban cuatro días colocando trampas por doquier. No eran infalibles, más bien rústicas, pero cada vez que un inglés moría en una, inclinaba un poco más la balanza a su favor para ganar esa cruzada.

Era irónico que, después de todo lo planeado por Tormod para morir, la batalla le hubiera caído del cielo. El problema era que, en ese momento, se sentían como un puñado de ovejas cercadas por una enorme manada de lobos hambrientos.

—Tormod, tal vez si yo me entrego a esos ingleses...

—Solo conseguirás que te maten antes, Will —interrumpió el guerrero—. Ellos buscan acabar con los pocos guerreros que quedamos. Ahora mismo, eres una piedra más en el camino que apartar de un puntapié.

—Pero mi padre... —comenzó a decir—. Psique dijo que él venía con los McAllen y los McEwen. Ellos combatirían con gusto.

El guerrero soltó una risa amarga.

—Estoy seguro de que les encantaría acabar con esas ratas inglesas, pero también sería muy arriesgado para ellos intervenir contra la Corona. Pondrían en peligro a sus familias y a su clan. —Calló un segundo, sopesando la situación—. Además, ya oíste a tu pelirroja: están muy lejos de aquí y no llegarían a tiempo de salvarte.

Will frunció el ceño. Tormod tenía razón. Tendrían que enfrentarse solos al viento. El zorro jugaría las cartas que tenía y rezaría al cielo para que la victoria fuera generosa.

Siguieron al líder en su incansable caminata y subieron la colina desde donde había avistado a Psique y a Ronald a caballo hacía ya unos días. El recuerdo lo golpeó: llevaba demasiado tiempo sin ella. Desde que se habían separado, sentía un profundo vacío en el pecho. Ningún deber ni ninguna victoria podrían llenarlo. Después de saber que lo amaba de la misma forma, solo ella podría hacerlo.

Lo había convertido en el hombre más afortunado del mundo y soñaba con volver a abrazarla y terminar lo que habían empezado en las piedras. Quedarse a medias con ella había sido lo más difícil que había hecho en su vida. Las pruebas para convertirse en gallowglas eran nimias comparadas con la voluntad que tuvo que ejercer para apartarse de ella, para no hacerla su mujer allí mismo, con el bosque como único testigo.

Si hacía un mes alguien le hubiera contado que ella cruzaría media Escocia a caballo, disfrazada de muchacho y escoltada por soldados para encontrarlo, se hubiera reído un buen rato. Pero era cierto. Esa formidable mujercita había ido a buscarlo.

Sonrió al recordarla con los labios apretados y su expresión disgustada cuando le dijo que quedaría relegada de la batalla. Era deliciosa, una mezcla de orgullo herido y terquedad que lo rendía como nadie. Porque solo él sabía que, bajo aquella capa de bravura, ella temblaba y el miedo a perderlo la golpeaba como la peor de las desdichas. Lo amaba sin reservas, algo que a él todavía le costaba creer.

Allí, en lo alto de esa colina, con el cielo encapotado y el corazón latiendo como una manada de caballos, comprendió que ya no era un mercader ni un muchacho instruido en una antigua cultura para sobrevivir: era un hombre que tenía mucho que perder.

Tormod miraba el horizonte con tristeza, justo en la dirección que había tomado Fiona. Allí habían perdido más que el alma años atrás, y él había jurado no volver a pisar ese lugar. Sin embargo, en aquellas tristes circunstancias volvía a ser su refugio.

¿Las mujeres y los niños estarían ya en el poblado derruido? ¿Pensaría Psique en él con la misma intensidad con que él pensaba

en ella?

Un murmullo de hojas agitadas lo devolvió al presente. El aire olía a humo...

Miró a Tormod y su expresión reflejaba la misma sorpresa. El guerrero ladeó la cabeza, aspiró hondo y frunció el ceño. Había olido también el fuego.

—Era una posibilidad con la que había contado, pero no pensaba que la llevaran a cabo tan pronto —dijo el guerrero con gravedad—. Van a terminar rápido el trabajo, sin juicios ni palabras.

—Quieren estrechar el cerco, amigo —comentó Aodh a su lado—. Arrinconarnos.

Will observó las nubes con la esperanza de avistar la mínima señal de lluvia, pero llevaban muchos días con el cielo cubierto sin que descargara una sola gota. Rezó una oración. Sabía que no serviría de mucho, pero, como decía el viejo cura de la familia, Elliot Graham: «Cuando el cielo se niega, reza igual. A veces escucha por lástima».

Tormod maldijo entre dientes.

—Los muy bastardos quieren que salgamos.

Will apenas los escuchaba mientras pensaba en la curva de una sonrisa que él conocía mejor que su sombra.

—Tenemos que movernos —dijo al fin—. No voy a esperar aquí a que me asen como a un cerdo. Somos gallowglas.

«No voy a morir todavía. Tengo una promesa que cumplir. Tengo que volver», se dijo, apretando los puños mientras buscaba sobre las copas de los árboles el origen del fuego.

—Estoy de acuerdo, si ellos esperan que salgamos, saldremos.

XXXIV



Cuando entró en la cabaña, lo primero que la detuvo fue el fuerte olor a humo. Arrugó la nariz con desagrado y dejó la puerta entreabierta. Entrecerró los ojos para buscar al anciano entre aquella humareda agobiante y, al fin, lo encontró vaciando una jarra de agua sobre las brasas.

—Si sigue así, se ahogará —dijo tapándose la cara con la manga de su abrigo.

—No quiero que el bosque arda antes de que nos vayamos —respondió muy sereno.

Psique miró a su alrededor. Vio un catre cubierto por una tela rústica y polvorienta, bajo la cual sobresalían grandes hojas de helecho y ramas de brezo.

—Sí, ahí dormía tu muchacho, niña —comentó el viejo al verla observar con curiosidad el conocido plaid que reposaba sobre el catre.

—Will no es un muchacho y yo tampoco soy ninguna niña —dijo molesta, acercándose deprisa para agarrar la tela.

Se la llevó a la mejilla, buscando en su suavidad algo de alivio tras su ausencia.

El anciano rio y dejó escapar el suspiro de quien lleva mucho tiempo guardando un secreto.

—Ambos habéis madurado mucho al distanciaros durante estos dos años. —Ella lo miró sorprendida y él sonrió con picardía—. Me contó muchas de vuestras... citas.

—No eran citas —respondió turbada.

—No para ti, petirroja. ¿Puedo llamarte así? —Le guiñó un ojo al ver que no discutía—. Para ti solo eran juegos y risas, mientras que para ese muchacho sentimental significaban algo más. Suele suceder que no sabemos lo que tenemos hasta que lo perdemos. Y ocurrió lo de siempre.

—Temí perderlo —concluyó ella con remordimiento.

De repente, recordó lo que le había llevado hasta allí. No debía fiarse de ese hombre hasta que le dijera qué tramaba y por qué. Eso de que dependiera de ella que Will volviera vivo o muerto tendría que explicárselo.

—Señor, déjese de enredos y cuénteme lo que he venido a escuchar —exigió recuperando su recelo.

—Claro, petirroja —aceptó tosiendo—. Va a ser verdad que me voy a ahogar con este humo. Abre bien esa puerta para que podamos respirar.

Psique obedeció y aguardó de pie mientras él tomaba asiento junto a una mesa pequeña. Con una mano le indicó que se sentara en la otra silla, pero ella rehusó el ofrecimiento con un gesto de la mano.

El anciano abrió los ojos de par en par al verle el anillo en el dedo y se le dibujó de nuevo una sonrisa. Psique se ruborizó mucho.

—Vaya, vaya, es un chico muy listo —dijo, señalando el anillo que ella todavía no había tenido tiempo de contemplar—. ¿Sabes que se hizo gallowglas por ti?

Ella arrugó la nariz, desconcertada.

—Pensaba que podía engañarme como a todos —continuó Donald, y rio con ganas—. Pasó las pruebas mejor que muchos guerreros del poblado —tamborileó los dedos sobre la madera, sopesando algo—, pero eso él no lo sabe.

Psique tragó saliva y avanzó unos pasos hasta colocarse enfrente.

—Le dije que se dejara de líos y que fuese al grano.

El viejo siguió hablando, ignorándola.

—Se ganó la confianza de todos para aprender a escapar. Tenía que buscar la forma de no perderse, caminar como un zorro más del bosque. Porque tenía una promesa que cumplir. —La miró con fijeza —. Volver a ti.

Psique no entendía a dónde quería llegar y el corazón le dio un vuelco al oírlo referirse a la promesa de Will.

—La rendición es la clave.

—Él no... —comenzó a protestar, harta ya de tanto enigma.

—¿Sabes cuál era la última prueba que debía superar? —Al ver que ella lo escuchaba con atención, continuó—: Mionn briste na bhFear, la Prueba del Juramento Roto.

—¿En qué consistía esa prueba? —preguntó cauta con un hilo de voz.

Psique temía que le dijera que había renunciado a ella por proteger ese pueblo. Él se había ido apenas unos minutos antes para defenderlos.

El anciano dejó escapar un largo suspiro, como si llevase demasiado tiempo guardando una verdad oculta.

—La Prueba del Juramento Roto no consiste solo en enfrentarse al miedo, petirroja. Consiste en elegir qué promesa vale más cuando todas se contradicen.

—¿Qué promesa rompió Will? —preguntó sintiendo que le ardía la garganta.

El viejo la miró con ternura.

—La tuya —dijo sin rodeos—. Y la suya. Porque él prometió volver a ti, pero también juró proteger este pueblo. Descubrió que no podía cumplir ambas a la vez.

Psique sentía un nudo en la garganta.

—No lo entiendo —murmuró.

El viejo se inclinó hacia adelante y dio unos cortos e intensos golpecitos en la mesa, como si fuera a anunciar algo muy importante. El breve silencio que le siguió fue una verdadera tortura.

—Resolvió el conflicto. Ese ciervo encontró una salida que ninguno de nosotros quería ver, pero que solo alguien de fuera podía encontrar.

—Pero ¿por qué no lo propuso...? —Psique negó, confusa.

—Lo hizo, pero Tormod no quiso aceptarlo.

—Es un suicidio enfrentarse solos a esos ingleses. Son demasiados. ¿Prefiere morir? —preguntó con desesperación.

—Debes seguir su plan —dijo, agarrándole la mano y rozando el anillo con la yema del pulgar—. Es la única forma de que vuelva a ti y de que este pueblo siga vivo.

Psique apretó los puños con fuerza.

—¿Cuál es su plan?

—Buscar a mi viejo amigo, Andrew McPherson. —Rio con cansancio—. Nunca fue otro.

Psique abrió mucho los ojos.

Debía pedir a Andrew y a los demás líderes que intervinieran.

—Partiré lo antes posible. Debo avisarle de que los ingleses no quieren prisioneros, sino muertos que no puedan defenderse.

El anciano la agarró justo cuando iba a salir corriendo.

—Tú sola no, petirroja —dijo poniéndose de pie.

—¿Entonces? —preguntó casi sin voz.

—No viniste sola —aclaró.

—Ronald.

Al poco rato, y tras convencer a su amigo, fueron guiados por Sorcha y su hijo Jork hasta las lindes del bosque, siguiendo el mandato de ese viejo de mirada sabia.

Con solo un asentimiento se despidió de ellos y, sin perder un solo minuto, salieron al galope en busca de un milagro que pudiera detener todo aquello.

Will

Will contuvo el impulso de abalanzarse sobre la sombra que avanzaba con torpeza entre la maleza tras el tronco. Estaban a unos pasos, podía distinguir sus jadeos al respirar, como los de un animal herido. Esos ingleses eran torpes fuera de campo abierto. Sus pasos eran inestables, y eso les daba una gran ventaja sobre ellos.

El mandoble ardía en sus manos mientras apoyaba la punta con firmeza contra el suelo para aliviar el temblor que amenazaba con recorrerle los brazos. Mantenía los dedos tensos, crispados alrededor de la empuñadura. Sabía usarlo; había entrenado muchas veces con su padre desde niño, pero nunca lo había blandido en un combate como aquel, con la certeza de que moriría si no mataba antes a su contrincante. Por eso, la sensación era asfixiante y aterradora.

Si la duda lo asaltaba, pensaba en Psique, en su voz dulce y en la promesa de volver a su lado. No podía fallar: debía ser fuerte y mantener la templanza.

En realidad, aquel viaje, cada riesgo asumido y cada noche sin dormir habían sido siempre por ella. Incluso cuando prometió proteger a ese pueblo sin saber que Psique estaba allí, lo hizo movido por la misma necesidad de liberarlos.

Nunca descansaría en paz si les daba la espalda a ese pueblo que había demostrado ser mucho más que unos salvajes. Entendía que Psique viera a esa gente como salvajes tras haber conocido la brutalidad de Tormod. Pero en el fondo, ellos solo buscaban un lugar donde existir sin ser aplastados por intereses políticos ni prejuicios, su sitio por derecho en un mundo que se negaba a incluirlos.

Oía los latidos de su corazón retumbar en su pecho. Aodh, apostado en un tronco más adelante, levantó dos dedos, indicando

que aguardara. Nada quedaba de su habitual imagen de bromista. En ese instante era una bestia de batalla que imponía silencio con su mirada de advertencia.

Su cuerpo tenso parecía hecho de hierro. Pese a la ausencia de combates en los últimos años, aún quedaba en aquellos gallowglas parte de su antiguo linaje. No era el tamaño ni su postura de lobo al acecho lo que sobrecogía, sino el disfrute que reflejaba ante la inminente acometida. La saboreaba.

Ante un contrincante como él, prefería no estar en la piel de esos ingleses, aunque los superaran en número y armamento. Porque esos eran hombres que defendían su tierra, su gente y su historia. Ellos eran el fuego de ese bosque.

De repente, Aodh le dirigió una mirada intensa que le erizó el vello de la nuca. Era la señal de que había llegado el momento. Enseguida salió de detrás del tronco, irrumpiendo como un estallido en mitad de la quietud. Su sombra se abalanzó sobre el inglés, que apenas dejó escapar un grito ahogado antes de caer. Will reaccionó un segundo después. El mandoble se convirtió en una prolongación de su brazo y se alzó amenazante frente a él. No tuvo tiempo de ver el rostro del soldado que lo atacaba antes de que su espada se hundiera en el estómago del inglés, dejándole una sensación amarga y, a la vez, estimulante.

Aodh seguía abatiendo casacas rojas, como si aquello fuera un juego fácil. Will intentaba controlar el temblor de sus manos tras extraer la hoja del soldado derribado.

—Vamos, muchacho —animó el rubio al verlo flaquear—. O mueren ellos o tu pelirroja.

Ese fue el aliciente para hacerlo resurgir con una ferocidad que jamás hubiera imaginado en él.

Will avanzó hacia otra figura. El inglés giró al notar su presencia, pero ya estaba encima. El mandoble trazó un arco amplio que cortó su pecho. El soldado, muy sorprendido, intentó erguirse, pero Will no le dio ocasión. Avanzó otro paso más firme y volvió a cargar

contra él. Cayó de rodillas con un gemido desgarrador. Por instinto, Will extrajo la espada fácilmente de su cuerpo. La sangre caliente le chorreaba por la muñeca, pero no se detuvo a observarla.

Tormod gruñó a su lado tras bloquear, con el escudo metálico de su antebrazo, un disparo que iba directo a matarlo. Agarró el mosquete del inglés y lo golpeó con él en la cabeza. El soldado cayó al suelo y recibió un segundo golpe mortal con su propia arma. No volvió a levantarse.

Will miró a su alrededor. La lucha cuerpo a cuerpo se libraba entre los árboles y el fuego avanzaba sin piedad devorando ya la mitad de ese enorme mar verde, como una ola de lava. El humo era asfixiante, el calor insoportable. Pronto tendrían que salir de allí, donde los esperaba un ejército de hombres hambrientos de sangre.

Entonces, el silencio se hizo de golpe. Aodh respiraba hondo, apoyado en un tronco, conservando todavía un incendio en sus pupilas. Entre los gallowglas habían caído dos guerreros bajo el fuego de los mosquetes, las armas que más temían enfrentar.

Después de horas jugando con ellos y enviándoles pequeños grupos de asalto, sabían que solo pretendían advertirlos. Pero rendirse no era una opción: significaría una muerte indigna.

Will se pasó la mano por su frente. Sudaba, aunque el aire fuera frío. Cuando intentó limpiar la hoja del mandoble, sus dedos temblaron.

Aodh se acercó despacio, mucho más tranquilo.

—Respira —dijo.

Will obedeció: inspiró hondo y exhaló poco a poco. Pronto cesó el temblor.

—Lo hiciste bien, muchacho.

—Dijiste que dejarías de llamarme así cuando fuera uno de vosotros —contestó intentando sonreír.

—Eres uno de nosotros, pero no has dejado de ser un muchacho.

Will apretó los labios y entrecerró los ojos.

—¿Cuándo dejaré de serlo, entonces?

El rubio rio a carcajadas y atrajo la atención de los demás.

—Le preguntaré a tu hembra —respondió y le guiñó un ojo—. Creo que tiene más pelotas que tú.

Will rio a la vez que los otros.

Psique era valiente a pesar de su dulzura innata. La combinación más atractiva que había conocido en una mujer. Por un momento, se permitió recordar cuando la tuvo en sus brazos. Desconocía que fuera tan apasionada en ese terreno y comprobarlo había sido magnífico... y también aplastante. Le dolían los testículos de fantasear con la imagen de sus pechos perfectos, o al recordarla arqueándose contra su miembro, exigiéndole más con sus gemidos.

—¿Veis? —dijo el guerrero y, haciendo un gesto vulgar con su puño y brazo erecto, continuó—. Ya está otra vez duro como un poste.

—Deja de mirármela tanto o terminará gustándote, capullo.

De nuevo rio a carcajadas y los demás lo imitaron. Aquello era un alivio en medio de la tensión, un descanso entre tanto peligro. Pero el líder llegó justo a tiempo para devolverlos a la realidad.

—¿Qué hacéis tan tranquilos? —irrumpió Tormod, colocándose en medio del grupo—. No debéis bajar la guardia, podría aparecer de nuevo otro grupo...

—Claro —cortó Will—. Lucharemos hasta que no quede ninguno de nosotros.

Todos dejaron de reír. Inmóviles, contenían el aire.

Tormod entrecerró los ojos. Era el preludio de su furia. Interrumpir sus discursos no era buena idea, había costado en el pasado alguna inolvidable paliza. Con paso lento se acercó a él.

—No es el momento de hablar de esto, Will —murmuró en su oído con una gélida gravedad.

—Sabes que es cierto. —Apretó los dientes conteniendo el impulso de empujarlo—. Debiste escucharme y haber pedido ayuda

cuando podías.

Un murmullo recorrió el grupo. Algunos lo miraban con sorpresa. Nadie sabía de su plan, Tormod se había encargado de eso.

—¿Teníamos apoyo y no nos lo consultaste? —preguntó Aodh, incrédulo—. Ese no era el plan, Tormod. No puedes decidir tú solo cuando nuestras familias dependen de nosotros.

—¡No teníamos apoyo ni lo tendremos! —tronó Tormod agarrando del cuello a su amigo y empujándolo contra el tronco de un árbol—. Nadie luchará por nosotros. Solo somos unos malditos proscritos hundidos en la miseria.

Will notó que la sangre le hervía. Había decidido por ellos habiendo todavía una salida.

—Mi padre sí lo hubiera hecho —vociferó Will, dando un paso adelante.

Tormod giró la cabeza hacia él.

—Claro, por eso tuvo que escaparse esa pelirroja del demonio a avisarnos.

Aquello lo golpeó más fuerte que cualquier puñetazo. La imagen de Psique cruzando el valle rodeada de peligros solo para advertirles y que él lo usara como arma...

Will dio otro paso sin dudar.

—No hables de Psique así —advirtió con una falsa calma—. Ella es mucho más valiente que tú.

Tormod cerró los ojos un instante y el grupo se removió, inquieto. Cuando los abrió, algo había cambiado en su mirada. La culpa asomaba tras la furia y resquebrajaba su impenetrable coraza de guerrero. Sabía que se había equivocado. Ya no parecía un líder indomable, sino un hombre cansado, deshecho por sus malas decisiones.

—Lo siento, Will —dijo al fin, sorprendiéndolos—. He comprendido tarde que lo importante no es ganar.

El silencio se volvió más denso. Aodh lo miraba sin reconocerlo.

—No quería que nos vieran débiles —añadió en un susurro—. Pensé que, si nos manteníamos unidos, podríamos sobrevivir como lo hacíamos antes en las batallas.

Aodh soltó un bufido.

—Eres un maldito cabezota, Tormod —soltó el rubio muy enfadado.

—Os he sentenciado conmigo —continuó Tormod—. Solo nos queda sobrevivir el tiempo que podamos y...

Sus palabras alicaídas quedaron ahogadas por un nuevo sonido del cuerno, más fuerte y con un tono distinto de los anteriores que habían resonado por todo el bosque. Tormod frunció el ceño. Aodh alzó las cejas. El grupo de guerreros contuvo el aliento. Y Will... conocía bien aquel sonido que el viejo Donald había enseñado al centinela.

Y por eso, Will sonrió. Porque todo estaba saliendo tal y como había planeado.

XXXV



Andrew

Andrew avanzaba movido por un sentimiento oscuro que conocía bien y que llevaba mucho tiempo dormido bajo capas de estabilidad familiar. Quisiera o no, los peores años de su existencia fueron también los que forjaron una amistad imborrable con aquellos gallowglas a quienes consideraba sus hermanos de sangre. Había compartido tanto con ellos que era imposible ignorarlos, aunque él ya se hubiera despedido de esa forma de vida.

Después de tanto sufrimiento, era feliz junto a una esposa que lo miraba como a un hombre digno de paz y unos hijos a los que amaba más que a nada. Con esfuerzo, se había forjado un futuro respetable, lejos del pillaje y la ilegalidad. Ya no era un mercenario. Su día a día no exigía blandir el acero contra nadie ni ser más astuto que otros para sobrevivir. La ternura y la constancia habían sustituido aquella vigilancia constante del puñal que antes guardaba bajo la almohada.

Aun así, el instinto seguía latiendo bajo la piel con la certeza de que, si llegaba el momento, sabría proteger lo que amaba con la misma ferocidad de antaño. Los gallowglas habían moldeado su alma y, a pesar de haber dejado de liderarlos, sería uno de ellos hasta la muerte.

Apretó los dientes al acordarse de Tormod. Era un tozudo, el peor, y, pese a ello, comprendía muy bien por lo que debía de estar pasando. Años atrás, él también se había sentido muerto y sabía lo

que era no encontrarle sentido a la vida. Incluso había puesto en peligro la vida de otros por su obsesión por poseer lo que no era suyo. Sin embargo, lo de Tormod no era obsesión, sino rendición.

La mensajera gris apareció en uno de sus palomares cinco meses antes de que Ronald llegara apaleado con la nefasta noticia del secuestro de Will. Catalina, su hija, había entrado en su taller llevándola entre las manos como un tesoro. Sus ojos, tan parecidos a los de su madre, lo miraban con curiosidad, como si presintiera que se trataba de un mensaje fuera de lo común. Abrió las manos y la paloma desplegó el ala temblorosa, revelando un detalle que le heló la sangre: un pequeño lazo negro atado a la pata derecha.

Al ver el color, Andrew sintió que algo antiguo despertaba en su interior. Aquel color no era casual; aquella raza de paloma mensajera, la Carrier pigeon, tampoco.

Recibía con asiduidad encargos de armas de amigos que vivían lejos y mensajes breves enviados con palomas de razas más comunes. Esta, en concreto, estaba entrenada para soportar vientos fuertes y lluvias torrenciales, y era capaz de cruzar pasos montañosos difíciles en trayectos largos.

Y lo más inquietante era que solo una persona las usaba con él: el viejo Donald.

Andrew esperó a que su hija saliera con el animal y desató con rapidez el lazo que sujetaba el pergamino doblado.

En él figuraban un lugar y una fecha. Era el aviso de algo demasiado urgente para un gallowglas retirado como él.

Habían pasado muchos años desde la última vez que Andrew vio a sus compañeros, pero reconoció en Fiona el mismo espíritu salvaje que los había unido. Sabía de la aversión de su amigo hacia las pelirrojas: no había ninguna de la que no desconfiara ni de la que no se alejara unas cuantas millas si podía. Por eso, cuando se citaron meses atrás en el lugar acordado por Donald, no pudo esconder la sonrisa mientras recordaba aquella ironía:

—McPherson, me alegra conocerlo por fin —dijo la mujer con sinceridad, ofreciéndole la mano como a un igual.

—Lo mismo digo, señora McRaith —respondió mientras le estrechaba la mano—. Nunca imaginé que la esposa de mi amigo sería pelirroja. Es más, creí que no llegaría a casarse.

—Pues no le voy a mentir —dijo la enorme mujer con una sonrisa amplia—. Le costó bastante que yo aceptara. Bueno, supongo que ya conoce lo tozudo que puede ser.

Andrew asintió, pero su expresión ya no era amistosa. Ese encuentro era arriesgado y no debía alargarse.

—Dígame, por favor, qué ha ocurrido para que Donald no pueda solucionarlo él mismo.

—Lo que voy a contarle quiero que lo interprete como el padre que es ahora y no como el guerrero que era antaño. —Sopesó sus palabras antes de seguir—. Usted es un gallowglas le guste o no, y sé que entenderá por qué mi pueblo le pide ayuda.

A Andrew se le hizo un nudo en el estómago.

—La escucho —aceptó con la misma seriedad que ella.

—Desde que los ingleses mataron a nuestro hijo en un ataque al poblado, Tormod no ha vuelto a ser el mismo. Se ha perdido y solo le importa la venganza, cueste lo que cueste...

Andrew escuchó atentamente todo lo que tenía que contarle aquella esposa desesperada. Él mismo se había destruido durante buena parte de su vida; sin embargo, nada lo había preparado para aquello ni para lo que se avecinaba.

La destrucción de lo que, con los años, se había convertido en un pueblo; la violación y el asesinato de tantos niños y ancianos; el sometimiento de sus mujeres... Nada podía justificar el salvajismo de esos ingleses. Él mismo llevaba años haciendo la vista gorda ante las irrupciones de Conall McNab, el Cuervo, en sus tierras, empeñado en acusarlo de traidor a la Corona. Lo aguantaría todo por proteger a su familia. Pero aquello... aquello era una verdadera aberración en el peor sentido de la palabra.

Tras escucharla, la despidió con una promesa que ya no podría romper, pues el juramento de un gallowglas era ley.

Por eso sabía qué se jugaba en aquel rescate. Y por eso estaba al tanto del viaje de Tormod y Aodh a las Lowlands en busca de armas para apoyar a algunos pequeños clanes que se preparaban para luchar. ¿Fue casualidad que sus caminos se cruzaran con el de su hijo? Tal vez, aunque él no creía en las casualidades.

Cuando Ronald le contó que Tormod y Aodh se lo habían llevado, supo que había llegado el momento de tomar de nuevo las riendas de todo y cumplir su juramento.

Tiró con fuerza de las riendas para detener su caballo. Dos jinetes se acercaban en la distancia a campo abierto. Sin miedo, confiados... Con suerte, uno de ellos sería su hijo.

No obstante, el cabello pelirrojo de ambos jinetes le dio la respuesta. Psique y Ronald regresaban del lugar al que habían ido esos días. Respiró aliviado al verlos vivos.

Después de que Ronald regresara acompañado de Cameron e Irving McAllen y le comunicara que un ejército inglés buscaba a los gallowglas y a su hijo, apenas controlaba la furia. Pero, muy a su pesar, debía utilizar la cabeza. La insistencia de su mujer para que actuara casi lo volvió loco; aun así, había conservado el temple suficiente para idear un plan de ataque.

Por ello, no debía dar ningún paso en falso o arrastraría a su familia con él. Si los acusaban, serían desterrados o, peor aún, conducidos a la horca por traición.

No obstante, la huida de aquella McAllen entrometida y del amigo de su hijo había disparado las alarmas en el campamento y los había obligado a tomar una decisión junto con los demás líderes.

Finalmente, dejando atrás cualquier temor, irían en su busca y defenderían a los suyos de los malditos ingleses. Era la única opción que les quedaba si querían salvarlos. Ninguno permitiría que se

repitiera lo sucedido en aquel poblado. Juntos siguieron el rastro de los ingleses para encontrar el nuevo asentamiento de los gallowglas.

A pesar de su reticencia, Catalina fue trasladada junto con dos de sus hombres de confianza a un lugar seguro, hasta que todo terminara.

En aquel momento, con la vista fija en los dos jinetes que se acercaban a galope tendido y el corazón latiendo a un ritmo exorbitado, esperó las noticias que traían.

Psique

Psique gritó eufórica desde su montura y levantó una mano al distinguir, por fin, a los hombres de Andrew. El gran alivio casi la hace resbalar del caballo. Ronald permanecía tan concentrado sobre su montura que ni siquiera notó el desliz.

No los esperaban tan cerca. ¿Acaso habían decidido cargar contra los ingleses a pesar del riesgo? Negociar con ellos ya no era posible: habían atacado el bosque hacía dos días.

El grupo se detuvo al verlos. Andrew, su padre y los demás líderes iban al frente. Sus ceños fruncidos no auguraban nada bueno, pero a ella eso ya no le importaba. Debía cumplir el plan de Will. Ella era una carta más de aquella partida y nada ni nadie impediría que jugara su mano.

Ronald y ella frenaron sus caballos a solo unas yardas y aguardaron, expectantes y extenuados por la incesante marcha. Reinaba el silencio y Psique sintió que el corazón le golpeaba en el pecho mientras temblaba de alivio.

Andrew e Irving espolearon al fin sus caballos y avanzaron unos pasos. Su padre la miraba con el ceño fruncido y expresión de reproche, pero era McPherson quien la preocupaba. Este fijó la mirada en ella, tratando de adivinar lo que pensaba antes de que se lo comunicara.

—Will está vivo —murmuró Psique con la voz ronca por la emoción—. He hablado con él... Está bien.

Andrew soltó el aliento poco a poco. Por un instante, la misma emoción se reflejó en sus ojos y no parecía el guerrero imperturbable y severo que aparentaba siempre. Asintió conmovido, pero pronto recuperó la rigidez de sus hombros y esa mirada fría que tanto intimidaba.

Su padre callaba, observándola con una mezcla de alivio y decepción que la estrangulaba. Ella se obligó a mantenerse firme, sin flaquear, y cumplir con el plan.

—Donald me dio un mensaje para usted —dijo tras aclararse la garganta—. El pueblo avanza hacia el antiguo poblado del valle, señor McPherson...

—El factor y los ingleses atacaron el bosque hace dos días —añadió el pelirrojo al notar que la emoción le impedía continuar—. Will y los gallowglas no aguantarán mucho.

Andrew cerró los ojos un segundo, asimilando el golpe. Luego los abrió con una determinación feroz.

—Will prometió volver, pero necesita su ayuda... —dijo Psique en voz alta para que todos la escucharan. Poseída por la desesperación y el miedo contenido, vociferó—: ¡Necesita la ayuda de todos nosotros para salvarlos!

¿Andrew McPherson la miraba con orgullo? Quizás era el cansancio, pero había un brillo cálido en su mirada, uno que jamás pensó llegar a ver.

Andrew se enderezó sobre el caballo.

—Acudiré a su llamada con todo mi ser —declaró—, como padre y como gallowglas.

Sin esperarlo, colocó su mano sobre la de ella y la apretó con cariño.

—Gracias, John —le dijo con una sonrisa sincera. Luego añadió —: Como suegro, espero volver a verte más adelante.

Psique se ruborizó y no supo qué contestar; ni siquiera le resultaba fácil soltar el aliento. Al ver su turbación, el guerrero se volvió hacia Ronald y le clavó una mirada intensa. En voz alta, para que todos lo escucharan, gritó:

—Desde que supe que los ingleses iban detrás de mi hijo, mi intención fue negociar con ese factor y entregarme a cambio de su vida. Pero para eso ya es tarde. Ellos han atacado primero y me veo obligado a defender lo mío. Sois libres de seguirme o de volver sobre vuestros pasos; ya os lo advertí antes de comenzar esta andadura. Pero no voy a mentiros: necesito la ayuda de cualquiera que esté dispuesto a acompañarme a luchar.

Un murmullo recorrió al grupo. Algunos intercambiaron miradas de excitación; otros ajustaron sus correas, con la decisión tomada desde antes de que se lo propusiera.

Ronald sonrió, sintiendo que ese hombre, al que consideraba un segundo padre, volvía a confiar en él.

—Será un honor luchar con usted, señor McPherson —dijo Ronald con energía.

—Llámame Andrew, por favor —respondió, aceptándolo con un asentimiento de cabeza.

—Gracias, Andrew —pudo decir el pelirrojo, pues temblaba.

Psique vio que su tío Cameron avanzaba con el caballo hasta colocarse al lado de su hermano.

—No dejaremos que luches solo, amigo —dijeron los mellizos al unísono, como si se hubieran puesto de acuerdo. Provocaron algunas risas entre los hombres, incluida la de Andrew.

Uno a uno, los demás guerreros asintieron, conformes. Y aunque no eran un ejército, formaban un grupo de soldados temible y experimentado.

—¡Ya es hora de dar una lección a esos ingleses de mierda! —rugió Miles un poco más atrás, contagiando su euforia al grupo, que respondió con vítores exaltados.

—Demasiado callado te veía, amigo —dijo Edward McCain, quien, alzándose sobre su montura, preguntó a voz en grito—: ¿Por los viejos tiempos?

—¡Por los viejos tiempos! —gritaron todos al unísono.

No defendían solo a aquellos hombres ni al hijo de Andrew McPherson. Se trataba de algo más profundo y antiguo: la libertad del pueblo escocés, el fuego que aún ardía en el pecho de cada uno de ellos, heredado de generaciones que habían resistido, luchado y amado aquellas tierras con una intensidad sagrada.

El grito colectivo se extendió y Psique sintió que el corazón se le saldría del pecho mientras los contemplaba, pues por fin presentía que, unidos, aquel pueblo podría ser libre.

XXXVI



Con cada paso dado entre esos árboles, Will sentía que era un honor llamarse gallowglas. A su lado, Tormod y Aodh caminaban con seriedad, sabiendo que no les quedaba tiempo.

El bosque los había protegido durante años. Les dolía en el alma verlo arder, pues el hecho de no ser escoceses puros, sino mestizos de un linaje mucho más salvaje, no los convertía en extranjeros bajo su amparo. Siempre serían guerreros sin tierra ni futuro y, en ese momento, eran libres de morir luchando.

Aodh ajustó la correa del cinto, del que colgaba la espada corta. Con firmeza, empuñaba en la otra mano el hacha de doble filo. Murmuró en gaélico una plegaria a los espíritus para que vigilaran su camino.

Tormod, más silencioso, avanzaba un paso por delante, armado con su mandoble y atento a cada crujido que delatara al enemigo. Parecía corroerlo la impaciencia por conocer a su diosa.

Will sentía el peso de su espada como parte de él. Con ella portaba una promesa de vida y de muerte digna. Esa hoja sería la que lo sentenciara o le abriera las puertas del cielo.

Solo lo consumía el dolor de no volver con Psique. Fallarle lo devoraba. No quería morir, quería regresar con ella, pero ese sería su destino si la ayuda no llegaba a tiempo.

Intentaba mantenerse imperturbable y pensar que no todo estaba perdido. Sin embargo, con cada paso sentía que se hallaba más cerca del fin. Entre raíces antiguas, todo apuntaba a que sus cuerpos arderían sin una tumba que los recordara.

El cielo comenzaba a oscurecer. Tras ellos brillaba un fuego devorador que los empujaba a escapar. Un zorro pasó a su lado huyendo. Esta vez no consideró a Will una amenaza, sino un igual. Pero él no huiría: lucharía hasta el último aliento por volver junto a Psique. Era el deseo que lo impulsaba a avanzar.

Quedaban pocas yardas para llegar al valle donde los aguardaban los ingleses. El momento se acercaba y el resplandor del incendio iluminaba la penumbra y anunciaba que pronto serían parte de ese bosque, de sus cenizas y de su historia.

Tormod levantó un brazo y todos se detuvieron de golpe. Will aguardó expectante, con los músculos tan tensos que dolían.

—Quiero deciros lo orgulloso que estoy de haber sido vuestro líder durante estos últimos años. —Se giró y paseó la mirada por cada uno de ellos—. Pero mi tiempo ha terminado y no sería justo seguir fingiendo lo contrario.

Ni siquiera se escuchó un murmullo. Solo el crepitar del fuego, los silbidos y los estallidos de las piñas al arder hacían eco a sus palabras.

—Habéis sido mi familia —continuó—. Por eso debéis conocer la decisión que ya tomé hace unos días antes de caer en la batalla.

Will dio un paso adelante.

—¿Qué estás diciendo? —susurró, aunque ya lo sabía.

Tormod lo miró con cariño y a Will se le estrujó el corazón.

—Que abandono mi puesto de líder. El camino que sigue no es mío.

Todos contuvieron el aliento. Will cerró los ojos, muy afligido, lamentando que abandonara su lugar antes de luchar. Siempre pensó que le cedería el liderazgo después de morir.

—¿Te rindes? —preguntó al fin uno de los guerreros, muy decepcionado y con alarma en la voz—. No puedo creerlo.

Tormod guardó silencio. Sabía que se merecía que lo sentenciaran a muerte por haberles llevado a una situación tan

peligrosa.

—¿Y quién nos guiará a partir de ahora? —preguntó otro con enfado, pero sus ojos se iluminaron de repente—. ¿Aodh?

—No, amigos —respondió con rapidez—. Para eso uno debe ser serio y ya me conocéis. —Al ver sus caras de disgusto, agregó—: Pero tenemos un candidato perfecto que me librará de aguantaros.

—Yo os guiaré —intervino Will, sorprendiéndolos a todos.

La tensión creció y nadie decía nada. Tormod dio un paso atrás y continuó hablando:

—No temáis —añadió con calma—. Williams sabe lo que hace.

Will sentía el peso de todas las miradas sobre él y, con toda la firmeza que pudo reunir, añadió:

—Si alguno de vosotros no está de acuerdo, lo comprenderé. Sé que llevo muy poco tiempo entre vosotros, pero no por eso me siento menos gallowglas. Este pueblo me ha enseñado que unidos nos mantenemos vivos, que un hombre no es nada sin los que marchan a su lado. —Dio un paso más al frente y los miró uno a uno —. Si me aceptáis, lucharé por vosotros como si hubiese nacido en vuestras tierras. Y si caigo, lo haré sabiendo que he defendido a mi familia.

Aodh inclinó la cabeza, satisfecho. Otros apretaban los puños, muy emocionados por la despedida y escépticos con el inesperado nombramiento. El fuego detrás de ellos lanzó una llamarada que iluminó a Will, haciéndolo parecer una figura poderosa. Los guerreros se sintieron sobrecogidos, como si aquello no fuese fortuito y en realidad hubiera sido una señal de los dioses.

Tormod sonrió, orgulloso. Al segundo, todos inclinaron la cabeza en señal de respeto.

—Entonces, que todos lo escuchen. Desde este momento, Williams McPherson habla por vosotros —sentenció el grandullón, dándole una fuerte palmada en la espalda que casi lo derribó.

Algunos rieron por su torpeza, pero Will leyó en sus ojos una confianza que le llegó al alma. Sin pretenderlo, crecieron en su interior la responsabilidad y la determinación. Y, siendo sincero, creyó poder salvarlos.

—Tormod, no vamos a morir hoy, ni tú, aunque te empeñes —dijo convencido—. Mi padre viene de camino.

Con una mirada amenazante le advirtió que no le replicara.

—¿Es cierto eso? —preguntó uno con asombro.

—Os aseguro que él está ahí fuera, esperando el momento de atacar.

—Entonces, ¿qué nos mandas hacer, Williams? —preguntó Aodh, llamándolo por primera vez por su nombre.

—Ganar tiempo.

Ronald

Los soldados cabalgaban sin descanso desde hacía dos días. No quedaba mucho para llegar al bosque. Tras la colina se abría el enorme valle; al coronarla, al fin lo avistarían. Por suerte, todavía quedaban unas horas de sol para recortarle millas al tiempo. Después, según se desarrollaran los acontecimientos, actuarían.

Gracias al cielo, Psique había cedido a ir con dos soldados junto a Catalina. Ellos las protegerían mientras aguardaban en el antiguo poblado de los proscritos.

Era extraño, pero, desde que su amiga se había reencontrado con Will, parecía haber madurado de golpe. Ronald nunca había tenido dudas sobre los sentimientos de Will hacia ella ni sobre los de ella hacia él, aunque Psique todavía no los hubiera descubierto. No obstante, tras aquel encuentro, irradiaba un coraje nuevo y una seguridad en sí misma que él jamás le había visto.

Por eso, todavía le costaba asimilar sus palabras, justo antes de partir:

—Gracias por tanto, amigo mío —confesó emocionada, abrazándolo con efusión—. No dejes que te corten ni un pedacito de ti. Vales oro, Ronald Scott.

—Bueno, tal vez si me cortan la lengua te ahorres unos pocos chistes malos —bromeó, apretándola contra sí con cariño.

Ella se separó y lo miró con ojos brillantes.

—No dejes tampoco que el miedo se apodere de ti. Cuando sientas que ocurre, piensa en la persona que te gustaría hacer reír. Eso te hará volver —susurró, tocando su pecho con los dedos, justo donde latía su corazón—. Tienes mucho que ofrecer, amigo. Mucho más de lo que tú mismo crees.

Él bajó la mirada. No estaba acostumbrado a que nadie lo viera de esa forma tan íntima.

—Ojalá pudiera creerte —respondió con una sonrisa torpe.

—Créeme porque yo te he visto no solo cuando bromeas, sino también cuando callas, escuchas o me proteges pensando que no lo noto. Eres muy valiente.

Ronald tenía un nudo en la garganta que apenas le dejaba hablar. Alrededor, los soldados preparaban sus caballos y aseguraban sus armas.

—Y tú... —comenzó a murmurar Ronald y chasqueó la lengua—. Creo que sé en quién pensarás cuando tengas miedo.

Ella sonrió, contagiándole su entusiasmo al instante. Siempre opinaría que su dulzura resucitaría a un muerto.

—Dile que lo espero —pidió feliz—. Ve y vuelve entero, amigo.

—Volveremos, pelirroja —prometió guiñándole el ojo.

Mientras recordaba con una sonrisa esa última conversación con Psique, olisqueó un intenso olor a humo. Miró el cielo intentando dilucidar de dónde provenía, y descubrió en el horizonte una enorme humareda oscura. Una sospecha sobrecogedora se instaló en su

pecho. Apretó las riendas y azuzó su caballo hasta colocarlo junto al de Andrew.

Este entrecerraba los ojos, pensativo.

—Ronald, dime que ese bosque no está detrás de esta colina.

—Señor... —comenzó a decir, pero se corrigió—. Andrew, ojalá pudiera hacerlo.

El guerrero cerró los ojos un segundo y, cuando los abrió, Ronald no vio ni una pizca de luz en ellos. La oscuridad parecía haberlo poseído, como si el mismísimo diablo hubiera extendido su garra y tomado su alma. Con un escalofrío recorriéndole la espalda, Ronald supo que el antiguo gallowglas había vuelto.

Abrió la boca y su voz áspera cortó el aire:

—No habrá piedad esta noche.

Los demás guerreros se tensaron y Ronald sintió cómo su corazón golpeaba con violencia su pecho.

—Andrew, déjame ir primero para ver la situación.

El viento sopló entre ellos, levantando el polvo. El gallowglas asintió, pero luego le dirigió una mirada de advertencia.

—Iremos juntos.

La noche cayó sobre ellos como un manto amenazante y, al mismo tiempo, protector. Los convertía en sombras invisibles en mitad de la oscuridad. Al coronar la colina, el incendio le robó el aliento a Ronald. Las llamas devoraban una enorme extensión del bosque. Andrew apretaba los puños, contenido. Ronald moría por partir, temeroso por la vida de su amigo.

Tras tomar una decisión rápida, los líderes concretaron acercarse en silencio para valorar cómo atacar.

Pronto, los líderes, junto con algunos guerreros, cruzaron el valle a caballo. Iban con el corazón en un puño, viendo arder parte de sus esperanzas. Cuando estuvieron cerca, desmontaron y avanzaron ocultos entre la maleza.

Andrew levantó la mano, ordenando detenerse.

—Ahí —susurró.

A través de las plantas, distinguieron a los casacas. No eran pocos. Aguardaban a que, más adelante, los Campbell prendieran los árboles con antorchas.

Ronald reconoció entre los soldados una figura rígida y oscura. Andrew tenía la vista fija en ella, como un depredador al acecho, a punto de saltar sobre su presa.

—Es el factor del que te hablé —susurró Ronald.

Entonces, una antorcha iluminó su rostro mostrando a un hombre de facciones afiladas como las de un cuervo.

—Sospechaba que sería ese bastardo... —murmuró—. Lleva años persiguiéndome.

Ronald recordaba los continuos asaltos a los que se veían sometidos los McPherson. En su infancia, en más de una ocasión los soldados habían invadido su hogar y tierras, y los rumores hablaban de un hombre cuervo que confiscaba muchas de sus armas. La mala fortuna parecía cebarse de nuevo con Andrew al reconocerlo entre los casacas.

El factor caminaba entre los ingleses con soberbia y altanería. Su mirada recorría el bosque con satisfacción vengativa.

Andrew respiró hondo, conteniendo la furia.

—Escuchad. No atacaremos por ahora. Esperan a que salgan los gallowglas escondidos en el bosque. Quieren desesperarlos.

—¿Qué propones? —preguntó Miles a su lado.

Cameron y Edward también aguardaban rezagados el plan de ataque. El único que se había quedado atrás era el padre de Psique, Irving McAllen, quien aguardaba la orden para guiar al resto del grupo y atacar a los ingleses por la retaguardia.

Andrew señaló el flanco derecho, donde el fuego todavía no había llegado.

—Avanzan en línea. Si rodeamos por la zona oscura, podremos cortarles el paso sin que nos vean venir. Primero eliminaremos a los que llevan antorchas, dejándolos ciegos. No podrán utilizar los mosquetes sin luz. Creerán que estamos solos y nos enfrentarán con sus espadas. Mientras, Irving y el resto los cercarán por detrás sin que lo noten.

Miles Allan sonrió, satisfecho. Los otros asintieron, conformes.

—¿Y el factor? —preguntó Ronald, excitado por la impaciencia que comenzaba a dominarlo.

Andrew apretó la mandíbula.

—Conall es mío.

Ronald explicó el plan a uno de los soldados y este partió para comunicárselo al resto del grupo, que aguardaba en el valle la orden de avanzar. Ellos irían por la derecha, les cortarían el paso y los enfrentarían; el resto los rodearía y esperaría un silbido de Andrew para atacar.

Las sombras avanzaron a la orden del gallowglas, que se había convertido en parte de aquella oscuridad infinita. Mientras tanto, el fuego seguía devorando el bosque con fiereza y rapidez. El calor era intenso, hasta resultar sofocante. El humo era un aliado que, junto con la maleza, los ocultaba.

Pasaron los minutos en silencio. Ronald oía solo su respiración sobre los gritos de los casacas y el crepitar de las llamas. Aguardaban la señal de Andrew para avanzar hacia el bosque. Y entonces, lo vio.

Ronald lo habría reconocido en cualquier parte. Siseó para llamar la atención de Andrew y señaló un punto concreto entre los árboles. Al instante, este se tensó; sin embargo, enseguida el alivio se adueñó de sus facciones, como quien agradece el mayor regalo del cielo. Cerró los ojos en una plegaria silenciosa y, cuando los abrió, parecía haber crecido de tamaño.

—Vamos —ordenó.

Ronald y los demás lo siguieron y corrieron entre los matorrales hasta alcanzar los árboles para unirse a los gallowglas. El resto atacaba con fiereza a los soldados con antorchas, sorprendiéndolos y sumiendo el lugar en una oscuridad terrorífica, repleta de un vaivén de sombras, solo iluminada por el fuego que avanzaba imparable.

XXXVII



—¡Padre! —gritó Will al ver el rostro de su padre justo frente a él. Un profundo lamento quebró su voz al volver a llamarlo—. Padre...

—¡Hijo mío!

En dos zancadas, Andrew se abalanzó sobre Will, quien se aferró a él con una profunda necesidad. Todo se detuvo a su alrededor; incluso el fuego que casi los devoraba pareció dejar de arder. El choque de ambos fue brutal: se fundieron en el alivio, el miedo y el amor que llevaban demasiado tiempo sin demostrarse.

El fuego iluminaba las siluetas inmersas en un abrazo tan emotivo que hasta Ronald se tomó un segundo para observarlos. Andrew apretó a su hijo con más fuerza, como si temiera que se esfumara entre ese humo que los envolvía.

—Pensé que no volvería a verte —murmuró el guerrero con voz rota.

Will hundió el rostro en el hombro de su padre y respiró con toda la calma de la que era capaz.

—Estoy aquí, padre —susurró—. Sabía que vendrías.

Andrew se separó para tomar el rostro de Will entre sus manos.

—Hijo, estoy contigo, pero lo que viene ahora será lo más duro que habrás enfrentado. —Su mirada se ensombreció—. Entre esos ingleses está ese maldito factor, ese que lleva años buscándome para llevarme a la horca.

Will ya lo sabía. Ronald se lo había contado cuando llegó por primera vez al bosque. Su padre quería hacerle ver que aquel

despliegue no podía ser fortuito. Como señaló Ronald, era extraño que un factor se embarcara en algo tan colosal tan al norte de las Highlands. Le dio muchas vueltas hasta comprenderlo: Conall no estaba allí solo para atrapar a los gallowglas; también buscaba apresarlo a él para implicar a Andrew y acusarlo por fin de traición.

Comenzó a encadenar culpas sin sentido, sintiéndose el ser más horrible de la tierra. Si hubiera seguido su instinto y no hubiera acudido al encuentro con los gallowglas aquel día en las ruinas... Si hubiera vuelto antes. Si nunca hubiera hecho aquel viaje...

—Eh, nada de esto es culpa tuya —adivinó Andrew en sus ojos como siempre hacía—. Ese hijo de puta me hubiera buscado hasta el fin de sus días para matarme. Si no así, de cualquier otra forma.

Will asintió con expresión grave.

—Entonces, acabaremos esto juntos —respondió furioso.

—Juntos como siempre.

El grupo a su alrededor los vitoreó, exaltados.

Will respiró hondo, muy emocionado.

—¿Qué tienes pensado, padre?

Andrew McPherson se separó al fin de él y se colocó frente a los demás. Tormod lo observaba taciturno, Aodh con una enorme sonrisa, los otros parecían aliviados.

—Tormod, cuando esto termine hablaremos —dijo con voz amenazante.

—Hola de nuevo, Andrew —saludó el otro con expresión sobrada —. Si se trata de tus armas...

No le dio tiempo de decir nada más, pues Andrew, en dos zancadas, le propinó un fuerte puñetazo en la mandíbula que lo hizo tambalear. Sin embargo, la mole no cayó y Andrew lo aferró del cuello para colocarle una daga en la garganta.

—Eso es por lo de mis armas —dijo entre dientes, acercándose a solo un dedo de su cara y apretando el cuchillo en su cuello—. Esto por implicar a mi familia.

El gallowglas lo observaba furioso. Había despertado su instinto asesino y apenas podía contenerse para defenderse.

—Eso... —comenzó a susurrar—. El destino lo puso en mi camino como un regalo de los dioses, es cierto... Pero yo no lo obligué a convertirse en uno de nosotros, McPherson.

Andrew abrió mucho los ojos, sorprendido.

Aodh puso una mano en su hombro, intentando apaciguar lo que sabía que ardía en su interior.

—Andrew, tranquilízate. Tormod no habla en serio, es un provocador de mierda, ya lo conoces.

—Padre, suéltalo —pidió Will dando un paso adelante.

Andrew los ignoró y siguió arañando la garganta de Tormod.

—Eso no es cierto —gruñó a punto de perder el control, pues en la expresión de Tormod no existía la mínima duda.

—¡Padre! ¡Suéltalo! —vociferó Will agarrándole la mano con la que estaba a punto de matarlo—. Elegí ser el líder de su pueblo.

Andrew ladeó la cabeza hacia su hijo. Asqueado, dio un empujón a Tormod para apartarlo de su vista, pero no dejó de apuntarlo con el arma. Este retrocedió unos pasos todavía alerta, mientras se llevaba la mano al arañazo de su cuello.

—¡Maldita sea! ¿Por qué? —preguntó con consternación, agarrándolo de las solapas del abrigo—. ¿Por qué lo hiciste? No puedes seguir con ellos. Tu futuro está con esa pelirroja del demonio, con tu madre y tus hermanos.

Will respiró hondo varias veces para calmarse. No podía explicarle su plan en ese momento. No había tiempo para ello.

—Padre, solo te pido que confíes en mí —dijo clavando los ojos en los de él, tan tormentosos como los suyos—. Me pediste que fuera feliz, y eso es lo que he intentado hacer. Tus palabras me ayudaron a decidirme, pues ni el miedo ni la culpa pueden seguir guiando los pasos de estas gentes, ni tampoco los tuyos o los míos.

Nada volverá a ser como antes, y si no nos unimos al enemigo, tenemos que vencerlos. En cambio, juntos podemos derrotarlos.

Andrew lo miró primero con desconcierto; después, su expresión se transformó en profundo orgullo. El fuego lo iluminaba y mostraba la tensión de sus hombros, la dureza de la mandíbula y el brillo húmedo de sus ojos.

—Podemos perderlo todo, hijo.

—Padre, tú fuiste... Sigues siendo uno de ellos —dijo controlando las ganas de toser por el fuerte humo que comenzaba a concentrarse—. No podemos dejarlos. Confía en mí y vamos a luchar juntos para proteger lo que tú ya comenzaste.

Andrew apretó los labios, conteniendo la emoción que lo desbordaba.

—Siempre confié en ti —admitió—. Incluso cuando tú no lo hacías, yo confiaba en ti. Incluso cuando te fuiste y te creía perdido.

Will sonrió a su padre con cariño. Amaba a aquel hombre rudo y paciente. Siempre sería su ejemplo de vida, a pesar de su oscuro pasado y de las veces que había dudado de sí mismo.

—Entonces, déjame demostrártelo.

Andrew soltó el aliento lentamente.

—Venceremos, hijo mío —susurró y se giró hacia los otros que los observaban conmovidos. Entonces levantó el puño en alto y rugió—: ¡Venceremos a esos hijos de puta! ¡Los quemaremos en su propio fuego!

El grupo aulló, exaltado, y levantaron sus armas, más crecidos que nunca.

Andrew apoyó una mano en su nuca y lo atrajo, uniendo sus frentes.

—Y recuerda: ni el tiempo vuelve, ni la historia se repite —dijo—. Hagamos que esta noche tampoco se repita para ellos.

Luego, sin esperar a que contestara, se giró hacia el grupo de gallowglas. Con la mano en el pecho, paseó la vista por cada uno de

ellos, que lo imitaron en señal de respeto.

—Si no vamos a unirnos a ellos, tendremos que vencerlos.

Aodh, cogiéndolo desprevenido, rompió el emotivo momento, abrazándolo con fuerza y plantándole un sonoro beso en la mejilla. Los demás rieron a carcajadas.

—Maldito seas, Aodh —dijo Andrew, empujando al rubio con vehemencia—. Voy a tener que hablar con tu mujer. Eres demasiado cariñoso, joder.

El rubio le guiñó el ojo, zalamero.

—Te echaba de menos, capullo.

—Ya veo, yo. —Pasándose una mano por la cara, añadió—. Todavía no he olvidado tu culo rosa, es...

Andrew no terminó la frase. Unas yardas más adelante, justo donde acababa el bosque, sonó una cortante corneta. Todos quedaron petrificados y la camaradería se esfumó como el humo.

—Padre... —murmuró Will, acercándose un paso, pero su padre levantó una mano para detenerlo.

La corneta volvió a sonar, esta vez más cerca. Los ingleses avanzaban reorganizando sus filas tras el ataque a los que portaban las antorchas. Miles, Edward, Cameron y Ronald se pusieron en guardia, los demás los imitaron.

Andrew apretó los dientes.

—Ese cabrón está avanzando, quiere quemarnos vivos.

—¿Qué hacemos? —susurró a su lado.

Justo al decir eso, Andrew se llevó los dedos a los labios y silbó tan fuerte que a Will le pitaron los oídos. Pronto, otro silbido se escuchó en la linde del bosque, y a este le siguió otro más en la lejanía.

—Escuchad todos —dijo mirando el fuego que se hallaba a poca distancia de ellos y cada vez era más insoportable—. Ahora los nuestros los cercarán por detrás. Tenemos que aguantar aquí o nos

acribillarán a balazos en cuanto pongamos un pie fuera de este bosque.

—¿Crees que es posible que nos acierten sin luz? —preguntó Miles.

—El fuego tan cerca nos delata, amigo. Somos un blanco demasiado fácil. —Los gallowglas se inclinaron hacia él, atentos—. Aodh y quince más, por el flanco izquierdo. Cortadles el paso si se atreven a entrar. Williams, Ronald y otros quince, conmigo, por la derecha. —Fijó la vista en Tormod, quien no parecía nervioso, sino más bien resignado—. Tú entrarás con el resto cuando oigas mi silbido de nuevo. No antes.

La corneta sonó otra vez, más fuerte.

—¡Por la sangre! —gritó y los gallowglas se dispersaron entre los árboles, silenciosos, rápidos, invisibles.

Tal y como indicó Andrew, todos se colocaron y aguardaron la llegada de Irving y los demás guerreros apostados en la retaguardia.

Will, agachado y camuflado entre las plantas, aguardaba inquieto cualquier señal para cargar contra los casacas, a quienes veía desde su posición. Más atrás, el factor se paseaba a caballo junto al capitán de los Campbell. Su padre, a su lado, parecía estar muy tranquilo, como si aquello formara parte de su rutina diaria.

Todo era tan inverosímil... Meses atrás era un mercader con una fortuna suficiente para impresionar a los McAllen. En ese momento, recordar que ella había cruzado Escocia para estar con él, con o sin fortuna, lo hacía sentirse estúpido. Y eso lo llevaba a preguntarse una y otra vez: si hubiera confesado sus sentimientos mucho antes a Psique, ¿ella habría respondido de la misma forma? No estaba tan seguro. ¿Había sido necesario que sucediera todo aquello para que Psique se diera cuenta de que también lo amaba?

Nunca imaginó verse envuelto en una trama contra la Corona, ni formando parte de un pueblo de guerreros legendarios. Sería difícil de creer si se lo hubieran dicho antes, pero allí estaba, esperando el momento de defenderlos.

—Williams —murmuró su padre, escondido a su lado—, estoy muy orgulloso del hombre en que te has convertido, aunque ya lo estaba antes de este viaje. —Hizo una pausa, sopesó algo y continuó—: No era mi intención dar órdenes a tus hombres.

Sentirse líder daba vértigo, pero, por extraño que pareciese, no le desagradaba. Se había sentido cómodo al aceptarlo; sin embargo, bajo la sombra de su padre no tenía lugar. Él siempre sería el mejor ejemplo de superación, el más experimentado y aquel de quien aprendería hasta el fin de sus días. Bajo su ala, siempre se sentiría un aprendiz.

—Solo tomaste lo que era tuyo por derecho, padre. Tú eres el verdadero líder. Cuando no puedas con ello, yo seguiré guiándolos, porque tuve el mejor maestro gallowglas que podía tener.

Su padre sonrió.

—¿Sabes cómo harás con esa pelirroja? Es más peligrosa que tu madre, y eso ya es decir mucho.

Will rio por lo cierto de sus palabras.

—Por eso me gusta tanto —dijo con una amplia sonrisa—. No deja de sorprenderme.

—¿Tienes un plan para todo esto?

Asintió, seguro de que no se equivocaba.

—Lo sabrás en cuanto salgamos de esta.

Andrew apoyó su mano en su hombro y lo miró con tanto sentimiento que se le apretó el corazón.

—Eh, dejaos de arrumacos —protestó Ronald a unos pocos palmos de ellos—. ¿Y yo? También he cruzado Escocia y él solo ha tenido ojos para su mejor «amiga». Creo que, por ser tu mejor amigo, merezco algo.

Will se giró hacia él con una ceja alzada.

—¿Tú? Todavía tengo pendiente hablar contigo sobre haber permitido que Psique viajara hasta aquí disfrazada de hombre.

Ronald cerró los ojos.

—También trajo a tu madre —soltó el otro como un rugido.

—¿Mi madre? —Aferró con fuerza el brazo de Ronald—. ¿Ella está aquí?

—Están juntas y a salvo —respondió Andrew. Luego miró al pelirrojo que seguía con los ojos cerrados, intentando asimilar el reproche que veía venir—. Hijo, sin ellas este viaje no hubiera valido la pena.

Ronald abrió los ojos y los clavó en Andrew, que le sonreía.

Iba a decir algo más, pero justo en ese segundo, se oyeron gritos de alarma.

Era la señal que esperaban. Todos se pusieron tensos, preparados para atacar a la señal de Andrew.

Entonces, por instinto, los casacas les dieron la espalda, intentando adivinar qué ocurría en la retaguardia de su formación.

Era el momento que Andrew esperaba. Y silbó tan fuerte que hasta el bosque tembló, sobresaltado.

—¡Vamos! —bramó.

Los gallowglas surgieron entre los matorrales con la ferocidad de un animal acorralado. Corrieron para alcanzar con el filo de sus espadas a los ingleses que apenas tuvieron tiempo de girarse, desconcertados por los inesperados rugidos surgidos entre la maleza del bosque.

Will corrió entre Andrew y Ronald, sintiendo cómo el suelo vibraba bajo sus botas. Pronto su padre adelantó el paso y Ronald quedó algo rezagado. Los ingleses intentaban reorganizarse y alzaban sus mosquetes para apuntarles, pero el filo de las espadas cayó sobre ellos, golpeando y cortando la carne sin piedad.

Will alcanzó a un soldado que apenas levantaba la espada. El impacto le hizo temblar el brazo, pero su mismo vigor lo sostuvo. Ronald llegó justo a tiempo de evitar que otro se abalanzara sobre él

por la espalda. Con un gruñido, el pelirrojo lo empujó y lo lanzó. Luego le dio un corte rápido en el brazo, obligándolo a retroceder.

—¡Te debo una! —gritó Will ya centrado en el siguiente adversario.

—Si me perdonas haber traído a Psique conmigo, estamos en paz —respondió Ronald, con una sonrisa torcida, pegado a su espalda y apuntando a un nuevo oponente.

—No solo te perdono, Ronald —contestó, elevando la voz sobre el hombro para que lo escuchara—. También te doy las gracias por ello, amigo.

Ronald soltó una carcajada antes de cargar contra el casaca que lo apuntaba con su espada. Will blandió la suya para defenderse de otro golpe.

Andrew, unos pasos más adelante, no les quitaba ojo. Entonces, levantó la voz.

—¡Mantenedlos así! ¡No dejéis que se reagrupen!

Los gallowglas obedecieron como uno solo, llenos de furia. En medio del caos, Will sintió que lograban doblegarlos. Esos guerreros eran más corpulentos y feroces, y los ingleses apenas podían contenerlos. Lucharon sin descanso, cortando y atravesando, dejando que la furia de la batalla los guiara hasta convertirse poco a poco en los dominantes de aquel choque.

Andrew avanzó entre los soldados con una calma desconcertante. Will lo vio caminar entre ellos sin llamar su atención, ocupados defendiéndose de los gallowglas. Will lo siguió a unos pasos, incapaz de apartar la mirada de él. Nunca había visto a su padre en el campo de batalla, y era hipnótico. La determinación silenciosa y la furia contenida parecían brotarle de los huesos.

Entonces, Will vio hacia dónde se dirigía. El factor, a caballo, intentaba alejarse de ese torbellino de espadas, hachas y mandobles. Andrew tensó la mandíbula cuando aferró la empuñadura de su espada justo delante de él.

—¡Tú! —gritó su padre para llamar su atención, pero este no lo escuchó.

Con un rápido movimiento, Andrew agarró las riendas y tiró con una fuerza brutal. El animal se encabritó y el factor cayó al suelo con un golpe seco.

El oscuro inglés intentó levantarse, pero Andrew ya estaba sobre él.

—McPherson —escupió con voz algo temblorosa y los ojos abiertos de par en par—. ¿Qué haces aquí?

Andrew lo apuntó con su espada en la garganta y lo miró con calma, evaluando si merecía la pena dejarlo hablar antes de matarlo.

—¿Pensabas que te temía? ¿Qué no tendría cojones de enfrentarme a ti? —rugió y luego rio a carcajadas—. Ya has hecho daño suficiente, a mi gente, a mi familia.

El cuervo soltó una carcajada nerviosa.

—Tu familia... No sois más que salvajes.

Will quiso avanzar para intervenir, pero su padre levantó su mano sin apartar la mirada del factor, indicándole que se detuviera.

—Puede que sí —respondió con brevedad y una sonrisa tan fría que le heló la sangre—. Pero tú no volverás a tocar nada que sea mío.

—No vas a matarme, Andrew, piensa en las consecuencias —dijo este con cautela—. Seréis condenados. ¡Todos! Y tu mujer... A esa furcia...

El factor intentó decir algo más, mas Andrew movió la hoja con precisión y le cortó el cuello. Con los ojos abiertos de par en par se sujetó la garganta antes de morir.

Su padre respiró hondo, como si soltara algo que llevaba cargando sobre su espalda muchos años. Luego, se giró hacia él sin decir nada, pero no hizo falta. Entendió que ese era su primer paso en busca de la libertad que soñaban todos. Y que, a partir de ese momento, nada sería igual.

De pronto, Ronald irrumpió entre ellos como un vendaval.

—¡Will! ¡Los ingleses han caído! ¡Hemos ganado!

Will miró a su alrededor y comprobó que era cierto. Los hombres de su padre dominaban el entorno y apenas quedaban casacas en pie.

—Hemos ganado —murmuró y se dejó abrazar por su amigo. Entusiasmado, no se daba cuenta del enorme corte que tenía en su costado—. Estás sangrando, Ronald.

Este se miró incrédulo y pareció por fin ser consciente de su herida. Se colocó la mano sobre la hemorragia, muy asustado. Era un buen corte, aunque Will no podía evaluar su profundidad ni el daño que había causado en su cuerpo.

—Voy a morir —dijo muy pálido y tambaleante.

Will lo sostuvo mientras su padre se acercaba a inspeccionarlo.

—Sobrevivirá —dijo y, después de un rápido vistazo a la llaga, señaló el suelo—. Suéltalo ahí, va a desmayarse.

Ciertamente, Ronald cerró los ojos y cayó como un muerto sobre sus brazos. Will, muy preocupado a pesar de las alentadoras palabras de su padre, lo tendió cuan largo era sobre la hierba.

—Despierta, tontorrón —le dijo palmeando su cara hasta que pareció volver en sí.

—¡Me estoy muriendo! —chilló, aferrándose a su camisa.

—Tranquilízate, Ronald, mi padre dijo que no es para tanto.

—¿Que no es para tanto? —repitió, mirándose con terror las manos ensangrentadas.

De pronto, sus ojos se volvieron blancos y perdió la consciencia otra vez. Will bufó, cansado. Palmeó sus mejillas para espabilarlo, pero solo balbuceaba algo sin sentido. Will acercó su oreja a su boca y escuchó su murmullo:

—Ríete —Will parpadeó, estupefacto—, niña Catalina.

¿Nombraba a su hermana? ¿Por qué? Lo miró extrañado. Era un sinsentido, pero no tenía tiempo para tonterías en ese momento. Entonces distinguió al gallowglas que había luchado con él en la tercera prueba.

—¡Domhall! —llamó—. ¿Puedes quedarte con él, por favor?

Este se giró con la respiración agitada y la espada manchada de sangre. Miró el cuerpo del pelirrojo, evaluando su estado.

—¿Está muy mal?

—No, se ha desmayado —respondió—. Solo será hasta que despierte.

—Si me lo pides por favor... lo haré —dijo con media sonrisa—. Pero no es "por favor" como lo pide un verdadero líder.

Aquello le pinchó, aunque llevara razón. Le llevaría un tiempo acostumbrarse a mandar junto a su padre.

—Lo sé —replicó—. Necesito que lo hagas.

—Está bien. Me quedaré con él.

—Gracias.

—Tampoco suelen dar...

Will se levantó y miró con fijeza.

—¿Sabes algo que aprendí de Tormod el primer día que llegué al campamento? —Domhall arqueó las cejas—. Que un gallowglas no es un salvaje.

Will no escuchó su carcajada ni vio su semblante satisfecho, pues ya corría en busca de los demás. Miles y Edward, junto con otros soldados, cargaban los cuerpos de los casacas muertos y los amontonaban a un lado. Cameron y los demás recogían ramas secas para formar una gran hoguera donde luego serían quemados. No quedarían pruebas de nada; nadie sabría lo que había pasado allí esa noche.

Unos pasos más adelante, entre las sombras y cuerpos caídos, distinguió la figura de su padre arrodillado sobre un guerrero tirado

en el suelo. Incluso en la oscuridad Tormod era inconfundible.

El corazón se le estrujó sin piedad y, sin darse cuenta, comenzó a correr. Devastado, cayó de rodillas a sus pies.

—Padre... —susurró, aunque Andrew no lo escuchaba.

Presionaba la herida con las manos, intentando detener la fuerte hemorragia que brotaba con cada respiración del gigante. Will conocía a su padre y, pese a que jamás mostraba su dolor, vio el temblor de sus dedos.

Tormod abrió los párpados al fin.

—Will... —murmuró con un hilo de voz y él le tomó su enorme mano. Estaba helada—. Esto se acaba para mí.

Andrew apretó la mandíbula.

—No, esto no es nada —dijo Will, apretando los dientes—. No vas a morir, maldito testarudo. —Reprimió un sollozo—. Vas a mandar el Valhalla a la mierda. Te lo ordeno, soy tu líder ahora.

El gigante soltó una risa débil que le provocó un fuerte dolor.

—Será un buen líder, ¿verdad, McPherson? —Colocó la mano sobre la de su padre y negó con la cabeza—. Déjalo ya, amigo mío.

Andrew cerró los ojos un segundo.

—Sigue conmigo, Tormod —dijo este.

Era una súplica llena de dolor.

—Me voy, te guste o no, mandón de mierda. —Tosió pesaroso, pero continuó entrecortado—. Amigo, dile a Fiona que la quiero, que la espero junto a nuestro hijo. Y por favor, cuídala. Cuida de todos.

Entonces, apretó la mano que Will le cogía.

—Muchacho... Libéralos. —Volvió a toser y dejó escapar un débil murmullo—. Nunca dudes de que eres un gallowglas.

Tormod exhaló por última vez mientras Will le prometía que cumpliría su deseo. Su mano perdió fuerza y su mirada se apagó en la oscuridad de la noche.

Will bajó la cabeza, incapaz de contener el temblor que lo recorría. Su padre no dijo nada, no podía.

No supo cuánto tiempo estuvo así, sosteniendo su mano. Cuando se levantó, su cuerpo no parecía el suyo, movido por una inercia invisible y caprichosa que lo empujaba lejos de allí.

Sumido en esa tiniebla, ayudó durante horas a arrastrar los cadáveres y apiló troncos con los otros. No se detenía para no pensar en esa victoria se le hacía más que agridulce: se le hacía demasiado dolorosa.

Entonces, una figura alta y fuerte se colocó delante de él, cortándole el paso. Al levantar la vista se encontró con sorpresa, con el padre de Psique. Lo había evitado durante todo ese tiempo, pero esa vez, lo había pillado con la guardia baja.

—Irving McAllen —se presentó, pero no le tendió la mano. Will asintió—. Tú debes de ser Williams McPherson.

—Yo...

—Tú —lo cortó, jugando con la daga que sostenía entre los dedos — eres el culpable de que mi hija haya convertido en rutina sus escapadas. —Will tensó los hombros y alzó las cejas, desconcertado, mientras Irving bajaba la voz, fría como el hielo—. Psique me contó lo de vuestras citas.

—Lo siento, señor McAllen —se disculpó, torpe—. Éramos unos niños.

—Exacto, erais —replicó haciendo que su corazón se saltara dos latidos—. ¿Por qué la abandonaste?

Will boqueó como un pez, buscando aire y alguna palabra que no lo hiciera quedar como un crío. Al final, reuniendo todo el valor que tenía, habló:

—Yo nunca la he abandonado, señor —dijo con determinación. Hizo una pausa para aclararse la garganta, pues sentía un nudo que lo ahogaba—. Psique es una dama. Pensé que no se fijaría en mí por mi origen humilde... Y yo... fui a buscar fortuna, señor.

Irving dejó de mover la daga mientras lo observaba con ojos de halcón.

—¿Y la hiciste?

Will asintió.

—No tan grande como la que usted tiene, pero le juro que no le faltará un plato de comida. Ni vestidos ni un arco con el que tirar al blanco... —Irving achicó los ojos y él tragó saliva—. No podría negarle nada ni discutirle, señor McAllen. Ella es demasiado inteligente, despierta, dulce, cabezota... Es perfecta aquí —se señaló la frente con el dedo y luego lo posó sobre el corazón— y aquí. Es la más perfecta.

Irving reprimió una sonrisa. Will respiró hondo.

—La amo —confesó con toda la sinceridad que podía—. Más que a nada en este mundo. No soy nada sin ella.

Irving lo observó en silencio mientras guardaba la daga en su funda.

—Si la amas tanto —añadió—, más te vale demostrarlo. Mi hija no necesita promesas, sino hechos.

Will asintió, sin apartar su mirada de esos ojos que lo estudiaban.

—Lo haré, señor McAllen —dijo—. Se lo juro.

Irving inclinó la cabeza, aceptando su juramento.

—Me caes bien —concluyó, pero, antes de que pudiera decir algo, continuó—. Ahora te queda pedirle la mano de mi hija a mi esposa. En realidad, es ella quien siempre tiene la última palabra. Si le gustas, te quedarás; si no, no tendrás nada que hacer, muchacho.

Will parpadeó, confuso. ¿Pedir la mano a la madre de Psique?

—Ahora tengo que irme, tengo que supervisar que no queden pruebas por quemar. —Le guiñó el ojo y añadió—: Por cierto, a Charlotte le encanta la tarta de manzana.

Después de decir eso, McAllen siguió su camino. Will se quedó allí con una sonrisa estúpida dibujada en su cara.

«Tengo su consentimiento», pensó, desbordante de felicidad.

XXXVIII



—La señora McPherson se encuentra tras esa colina, señorita McAllen —informó uno de los dos soldados que la escoltaban, sin aminorar el trote del caballo—. El poblado está abandonado; ahora solo deben de quedar ruinas.

Psique asintió, agradecida. Debía tratarse del antiguo poblado gallowglas, donde el anciano Donald, las mujeres y los niños del bosque se refugiarían mientras los hombres defendían sus hogares. Ya debían haber partido del bosque y Psique calculaba que tardarían al menos día y medio en llegar a las ruinas caminando.

Estaba ansiosa por contarle a Catalina sobre Will. ¿Qué pensaría ella de su aventura? ¿Le reprocharía no avisarla de su huida? No era de extrañar, sabiendo que era una mujer de armas tomar. Rezó para que lo entendiera.

Ascendieron la colina y, al llegar a la cima, Psique detuvo la marcha. El frío viento del norte le golpeó el rostro y la hizo contener el aliento. Contempló, admirada, el hermoso paisaje que se extendía a sus pies. El amplio valle estaba cubierto de brezo púrpura, que adquiría un tono anaranjado bajo el sol de la tarde. Más allá se distinguían las ruinas mencionadas por el soldado. Las piedras ennegrecidas de las casas seguían en pie, aunque los techos ya no existían. Solo conservaban su triste estructura las pocas que aún mantenían firmes las vigas. Psique sintió un nudo en la garganta al contemplarlas. ¿Habían vivido allí tantas familias?

El soldado de su derecha carraspeó. Parecía incómodo ante su quietud.

—No queda nadie —dijo con voz pesarosa.

—¿Por qué fue abandonado? —preguntó curiosa por su tono sombrío.

El soldado parecía más incómodo aún con esa pregunta.

—Cuentan que los hombres habían salido a cazar. El poblado estaba desprotegido y una partida de ingleses lo asaltó. —Hizo una breve pausa y continuó en un susurro que le puso los pelos de punta —: Mataron a los ancianos y a los niños. Las mujeres... solo ellas sobrevivieron.

No terminó la frase, pues Psique ahogó un sollozo. Ese soldado no lo sabía, pero ella conocía a esas mujeres. Aquellas salvajes, como las había llamado unos días atrás, habían sido brutalmente agredidas. Podía imaginar lo que habían padecido a manos de los ingleses. La idea le parecía devastadora.

—Lo siento, señorita —se disculpó muy azorado el guerrero—. No quería entristecerla.

—No se apure, tenía que enterarme de algún modo. Es mejor estar preparada.

Pero no era cierto. Psique sentía la terrible angustia en su pecho por esas mujeres y casi no podía reprimir las lágrimas. Sin decir más, azuzó su caballo y descendió por la ladera. En algún punto, entre las ruinas, creyó escuchar el tintineo lejano de una campanilla. ¿Sería el viento o su imaginación? En realidad, Catalina debía estar cerca, quizá explorando todo aquello.

El recuerdo de Will volvió a golpearle el pecho. Su sonrisa, su voz grave, la forma de mirarla con esos ojos que la leían como un libro abierto. ¿Cómo reaccionaría al contarle todo? Psique imaginó su ceja alzada, un comentario mordaz y, enseguida, ese brillo cómplice suyo que tanta gracia le hacía.

El viento cambió, trayéndole el murmullo de un arroyo cercano.

—Será mejor que nos demos prisa, señorita, o nos caerá la noche.

Ella espoleó su caballo para seguirlos hasta las ruinas.

La figura de Catalina apareció entre dos muros derruidos, como una sombra recortada contra la luz rojiza del atardecer. Llevaba el cabello recogido de cualquier manera, mechones sueltos pegados a las sienes por el sudor y el polvo. Su firmeza se suavizó apenas la vio llegar.

—Por fin —murmuró, bajando la espada que tenía en la mano.

No preguntó nada, pero en su rostro adivinaba el sufrimiento de la espera.

Psique bajó del caballo con prisa. La alegría de verla se mezclaba con tantas emociones vividas que casi tropieza al caminar hacia ella. Por un momento, pensó en su madre y todo lo que debía estar sufriendo por su culpa.

—Catalina... —su voz salió más temblorosa de lo que esperaba.

La mujer dejó caer el arma y avanzó con paso decidido sin apartarle la mirada, evaluándola, queriendo adivinar algo para no morir de inquietud. Sin darle tiempo a nada, la estrechó entre sus brazos con fuerza. Psique se dejó llevar por el alivio por primera vez en mucho tiempo.

—¿Estás bien? —preguntó la mujer, separándola un poco para verle bien el rostro.

Psique asintió y sonrió mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

—He estado con Will —dijo entre sollozos.

Catalina quedó inmóvil. No respiraba, ni siquiera parpadeaba. La observaba como si las palabras la hubieran encendido por dentro.

—¿Con Will? —dijo, dejando escapar un sollozo—. ¿Mi niño está bien?

Psique asintió y Catalina volvió a abrazarla, como si fuera su mayor consuelo en este duro viaje juntas. Escondió el rostro en su cuello, respirando con dificultad. Entre risas y sollozos trataba de convencerse de que aquello no era un sueño.

—Mi niño... —repitió con un amor que le quebró el alma—. Sabía que seguía vivo.

Psique cerró los ojos dejando caer las lágrimas. Su abrazo era un refugio y, por un instante, el mundo dejó de ser duro y peligroso. Juntas, se sostenían para no caer.

Catalina la separó un poco y le sostuvo el rostro entre sus manos. Sus dedos estaban fríos, su mirada verde ardía.

—Dime cómo está —pidió con una fragilidad que contrastaba con la urgencia de sus palabras.

—Está vivo, fuerte y... —Una sonrisa se abrió paso entre las lágrimas—. Me quiere.

Catalina soltó una risa rota, liberando con ella la angustia acumulada.

—Claro que sí, Psique. Es un McPherson —dijo, limpiándose la mejilla con el dorso de la mano—. Saben distinguir por qué vale la pena luchar.

Psique no podía hablar; aquella confesión le había dejado las emociones a flor de piel.

—Me daréis nietos bravos y preciosos, querida niña —añadió, guiñando un ojo con picardía.

Psique bajó la vista, sonrojada, y la mujer le dedicó una sonrisa ladeada. Esa era la mujer que había conocido. La que sonreía con suficiencia, como si el mundo fuera fácil de manejar a su antojo.

—Catalina... Los ingleses... —susurró Psique aun con lágrimas en las mejillas—. Tengo mucho miedo.

La mujer heló su sonrisa, pero pronto recuperó su aplomo, no dejando que la vulnerabilidad se apropiara de ella. La miró con fijeza y una seguridad que la desarmó.

—Esos ingleses de pacotilla no tienen nada que hacer. —Le limpió las lágrimas con el pulgar—. Ten fe, cariño mío. Si nuestros hombres dijeron que volverían, eso harán.

Psique asintió, pero no podía dejar de llorar. Catalina la abrazó de nuevo con gran ternura.

—Vamos —dijo al fin, más calmada—. Tengo mucho que contarte, Catalina.

Agarradas del brazo, avanzaron hacia los muros derruidos para guarecerse del viento gélido que comenzaba a soplar, anunciando la caída de la noche. Psique miró en dirección al bosque. No podía verlo, pero lo sentía cerca... y vivo. Sin embargo, algo en su interior vibraba de inquietud y miedo. A pesar de la seguridad que intentaba demostrar, temía por Will. Acarició el anillo de su dedo y recordó el encuentro. Solo por verlo y escuchar de sus labios aquella confesión había valido la pena ese arriesgado viaje.

Nunca se arrepentiría, pasara lo que pasara. Aquel viaje le había grabado algo a fuego muy dentro: el mundo siempre sería de los valientes.

Pasarían la noche en una de las chozas mejor conservadas. Los hombres de Andrew habían improvisado un techo con hojas de helechos y cañas. Al menos, las resguardarían de la intensa humedad y del frío que comenzaba a adueñarse del lugar.

Intentaba no pensar en las gentes y lo que debían estar sufriendo a la intemperie, ya de camino hacia las ruinas. Con suerte, llegarían al día siguiente.

Las horas pasaban lentas mientras observaba el cielo estrellado a través de un hueco del muro. Su manto se extendía más allá de las Highlands, más allá de la guerra, de su mundo. Había sido el único testigo de sus miedos y sus pequeñas victorias. Lo echaría de menos cuando no pudiera contemplarlo de esa forma.

Apoyó la frente en la piedra fría. No quería dormir mientras Will estuviera en peligro.

Pensó en su voz, en cómo la había mirado al reconocerla, como si ella fuera la primera cosa hermosa que viera entre tanta oscuridad.

La amaba. Por fin podía decirlo. No obstante, saberlo y no poder hacer nada era frustrante. Suspiró.

—Estás pensando en él —oyó susurrar a Catalina, a su lado.

Psique se giró para verla.

—Sí.

La mujer dejó escapar el aliento.

—Yo también —dijo al fin—. Como todos los días desde que se fue.

El silencio las envolvió y Psique tembló; no supo si de frío o de preocupación.

—Ven aquí —dijo la mujer, y la rodeó con su brazo.

Después de unos minutos, Psique logró calmarse.

—¿Sabes? Le dije a mi padre que quería calentarle la cama a Will.

Catalina se puso tan rígida que por un momento pareció una tabla. Entonces, comenzó a temblar, apenas podía reprimir las carcajadas que se le atravesaban en la garganta. Psique colocó sus manos sobre la boca de Catalina, intentando acallarla de alguna forma.

—¿Qué te dijo? —logró susurrarle al fin entre risas.

Psique sonrió al recordar su cara de espanto.

—Que mi madre me lo explicaría mejor.

—¿Quieres que te cuente?

—No —respondió con rapidez y carraspeó antes de seguir—. Quiero que Will lo haga.

—Creo que es lo mejor —respondió con una traviesa risita.

Psique sonrió, más relajada. Ambas lo estaban.

El cielo siguió allí, inmenso y brillante, pero Psique ya había cerrado los párpados. Esa noche dormiría, después de muchas noches, sin sentirse completamente sola.

Al día siguiente, uno de los soldados le contó que, unas pocas millas más al norte, se encontraba la famosa Cascada del Hacha. Desde entonces, insistió en ir a darse un baño, pero el soldado, persistente a más no poder, le advertía que el agua estaba helada.

—Además, no es buena idea ir sola, señorita —repitió el hombre con ahínco.

Psique bufó y Catalina arqueó las cejas.

—¿Es allí donde debes encontrarte con mi hijo? —Ella asintió y la mujer sonrió pícara—. Sin duda, Will ha salido a mí de... romántico.

Pasaron todo el día habilitando la zona para recibir a los gallowglas. Al mediodía estaban impacientes por verlos aparecer.

Mientras tanto, Psique le había contado a Catalina lo ocurrido allí tantos años atrás y juntas compartieron el terror que suponía para esas mujeres regresar a aquel lugar. Por mucho que se esmeraran en acondicionarlo, nada borraría los recuerdos.

No fue hasta el atardecer cuando las primeras mulas asomaron por la cima de la colina.

—¡Catalina! ¡Ya están aquí! —avisó muy nerviosa.

Sobre el lomo de la primera mula apareció el viejo Donald. Lo seguían otras, cargadas con varios niños pequeños, y una más con una mujer embarazada. El resto llegaba a pie.

Reconoció al niño que los había ayudado a Ronald y a ella a salir del bosque. Sus miradas se encontraron y el pequeño la saludó con la mano y con gran efusión, como si la conociera de toda la vida. Psique rio al oír a su madre reprenderlo. Sin hacerle el menor caso, comenzó a descender en una vertiginosa carrera. Casi sin aliento, se presentó frente a ella.

—¡Señorita! ¡Sabía que lo lograría! —gritó el jovencito, abrazándola por la cintura y casi derribándola—. Will me contó lo valiente que era usted.

Psique le acarició con cariño el cabello rubio mientras reía, encantada. Su madre, que se había adelantado al resto, apareció a

los pocos segundos, muy sofocada.

—Jork, suelta a la señorita, no la molestes más, por favor —reprendió, tirando del niño.

—No se preocupe, no me molesta —dijo sincera—. Ojalá todos fueran igual de cariñosos.

Catalina sonreía con las manos en las caderas. Psique quiso presentarlas, pero todavía no conocía el nombre de la hermosa mujer y calló, algo azorada. Ella sonrió sin darle importancia.

—Me llamo Sorcha y soy la madre de Jork —dijo algo tímida y, arrugando el ceño, propinó un suave pellizco en el costado a su hijo —. El niño más desobediente del mundo.

—¡Au! ¡Madre! —se quejó el niño que al fin se separó de Psique.

—Catalina McPherson... —comenzó a decir la mujer.

—¿La madre de Will? —preguntó Jork con los ojos muy abiertos. Catalina asintió sonriente—. ¿Puedo abrazarla también?

—¡No! —gritó su madre, pero ya era tarde. Jork ya se había entregado a los brazos de Catalina.

—Es un amor —dijo esta.

Psique rio. Su madre puso los ojos en blanco, si bien sonrió, agradecida.

—No está acostumbrado a salir tan lejos del bosque... Se encuentra un poco abrumado.

Una sombra cruzó su semblante al reconocer el lugar dónde se encontraba. Miró a su hijo, luego a las mujeres que llegaban con su misma expresión: cansancio, rabia y miedo.

A Psique se le encogió el corazón al verlas. Esas pobres cargaban con un peso que no les correspondía. Impulsada por la necesidad de reconfortarlas, avanzó y se colocó frente al grupo. Ellas la miraron con desconfianza. Donald alzó las cejas, atento a la tensión generada.

—No puedo imaginar lo duro que debe de ser abandonar vuestro hogar para regresar al lugar donde vivisteis tanto horror —dijo con voz baja, pero firme—. Os aseguro que yo tampoco quiero estar aquí, pero será por poco tiempo. Debemos esperar a que los hombres vuelvan.

—Yo hubiera preferido quedarme en el bosque y luchar —replicó una.

—Lo sé, yo también —respondió sin apartar la mirada. El silencio inundó el grupo, como si contuviera el aliento—. Soy Psique McAllen y ella —señaló a su amiga— Catalina McPherson. Hemos venido desde muy lejos y queremos proponeros algo.

La frase cayó como una piedra. Varias mujeres asintieron; otras ladearon la cabeza, aún más desconfiadas. Psique tragó saliva. Aquello era algo que habían pensado sin consultarlo con los hombres. Había nacido de la más absoluta generosidad. No obstante, sabían que, unidas, podrían lograrlo.

XXXIX



Will cabalgaba con una media sonrisa dibujada en el rostro. A pesar de la muerte de Tormod, apenas habían sufrido bajas entre los hombres. En cambio, los ingleses habían caído todos. Los gallowglas se aseguraron de que no quedara ningún testigo de lo sucedido.

Le sorprendió verlos en acción tras acabar la lucha, como si hubieran hecho aquello muchas veces. Incluso su padre sabía qué hacer en todo momento, sincronizado con ellos en cada tarea y sin dudar un instante.

Quemaron los cuerpos de los ingleses y borraron toda huella de la lucha. Nadie hablaría de aquel día; quedaría sepultado para siempre.

Antes de emprender el camino hacia las ruinas se reunieron todos los presentes y Will pudo exponer por fin su esperanzador plan:

En medio del numeroso grupo de soldados, Will paseó la mirada por cada uno de los líderes reunidos. A algunos, como Cameron McAllen, solo los conocía de vista, de las veces que había asistido a la Fiesta de la Estrella. Además, Ronald le había contado alguna que otra anécdota suya. Imponente y ensimismado, Cameron limpiaba su muleta con un trozo de tela negra. Según sabía Will, se había recuperado de una lesión que lo había mantenido postrado durante años, aunque todavía necesitaba aquel peculiar bastón. Al desenfundarlo, se convertía en un largo y afilado espadín. Era natural que, después del viaje y la dura lucha, la lesión de su pierna se resintiera.

A su lado estaba, como siempre, Miles Allan, el gigante pelirrojo capaz de dejar a cualquiera boqueando como un pez con una sola mirada irritada. Desde que se encontraron en el campo de batalla ese parecía ser su estado de ánimo... hasta ese momento. Por raro que le resultara, bromeaba con Ronald.

—Sujétate bien esa herida —escuchó que le decía con una sonrisa maléfica—. No vaya a salirse una tripa por ella, muchacho. He visto rajas más pequeñas que causaron mayores daños. La tuya es de cuidado, la verdad.

Ronald ni respiraba. Su expresión reflejaba lo que pasaba por su cabeza: sorpresa, terror, malestar y ganas incontenibles de vomitar el pánico acumulado en sus entrañas.

Sintió pena por él. Le quedaba un largo viaje de regreso y, si esa herida no era seria, podía ser muy molesta y llegar a complicarse. Aunque, Will presentía que lo peor para él sería soportar a ese oso bromista todo el camino.

Irving McAllen negaba con la cabeza, contrariado, mientras escuchaba al pelirrojo. A Will le había sorprendido mucho su actitud calmada. No esperaba que fuera una persona tan razonable ni que propusiera que su esposa decidiera su futuro con Psique. Aquello, aunque poco habitual, le gustó. Psique era muy inteligente y jamás se le ocurriría ignorar sus propuestas. Era una contrincante digna de temer, capaz de superar a cualquiera en una batalla de ingenio. ¿Sería fácil hablar con su madre de todo aquello? Lo dudaba. Más le valía ir bien preparado. Y, por supuesto, había grabado a fuego en su memoria las palabras de su futuro suegro: «A Charlotte le encanta la tarta de manzana».

Lo tendría más que presente el día que la visitara.

Edward McCain charlaba en voz baja con su padre. Siempre le había parecido que se compenetraban bastante bien. Se alegró de verlo de nuevo en acción como representante del laird de los McEwen. Si en Escocia había personas capaces de enternecer a Andrew, además de su madre y su amigo Williams, eran Edward y su sorprendente esposa, Elizabeth. Por eso se entusiasmaba tanto

cuando lo apoyaba en los momentos más difíciles. El abrazo de un amigo era vital y, por fortuna, a pesar de que Andrew aparentara ser tan agrio, podía decirse que no estaba solo.

Aodh, en cambio, aguardaba muy serio. Lo comprendía: él también sentía el corazón dividido. Tormod había sido su mejor amigo y perderlo estaba siendo demoledor. Era, sin ninguna duda, la victoria más triste que vivirían en mucho tiempo.

Los otros gallowglas guardaban un silencio incómodo. No sabían qué depararía su destino a partir de ese instante. El bosque se había quemado por completo, lo habían perdido todo, menos sus vidas. Sin hogar y con sus familias dependientes, solo les quedaba seguir luchando.

Al fin carraspeó y llamó la atención de los presentes. No le apetecía alargar más la incertidumbre.

Cuando al fin el último murmullo fue silenciado, comenzó:

—Gallowglas —llamó con voz grave, clavando los ojos en Aodh—. Antes de hablar del futuro, deseo hablar de vosotros. No sois salvajes ni sombras que Inglaterra pueda borrar con una ley. Hace muchos años, vuestros padres fueron el escudo de los clanes, guerreros de élite y defensores del honor. Ahora, vuestra rabia es justa. Vuestro orgullo y vuestro miedo a desaparecer están justificados.

»Pero escuchadme bien —continuó—. Tormod tenía un plan propio del que yo discrepaba. Intenté convencerlo de que morir con una espada no le hacía libre si antes entregaba el cuello al enemigo. Sí, vuestro líder era valiente, pero se olvidó de vuestras familias. Os pido que no lo hagáis vosotros. Luchar con los jacobitas ahora es un suicidio.

—¿Y qué nos propones tú? —preguntó con tono violento uno de los guerreros.

Todos parecieron estremecerse con la pregunta. Aodh apretó la mandíbula.

—Os propongo una guerra distinta, una que no verán venir. Os propongo integraros en nuestras aldeas.

Un murmullo intenso volvió a crecer, pero Will no se amilanó.

—Quiero que os volváis invisibles. Seréis campesinos, jornaleros, herreros, pastores... Viviréis con nosotros y convertiréis nuestras aldeas en refugios.

—Entonces propones cambiar de campo de batalla —dijo Aodh con media sonrisa.

Will vio que el furioso gallowglas de antes comenzaba a razonar. Era el momento de convencerlos.

—Un gallowglas escondido entre campesinos puede vigilar caminos y entrenar a jóvenes sin que nadie lo note; detectar espías; proteger cosechas y familias... y ser un escudo sin que nadie lo sepa. La Guardia Negra no busca campesinos y vuestras familias estarían seguras. Por eso, el silencio sería vuestra fuerza. —Will respiró hondo—. Si aceptáis, habrá reglas que cumplir. No habrá lugar para errores ni disculpas: eso supondría la muerte de muchos.

—¿Cómo harías para repartir a tantos, hijo? —preguntó su padre, aunque adivinó por su cara que ya sabía la respuesta.

Miró a los líderes uno por uno.

—Vosotros también sois perseguidos día tras día. Por eso, os pido que os unáis a mí, gobernando desde la sombra. Seréis arrendatarios de estos hombres y mantendréis la disciplina. Necesitamos que la tierra sea nuestro refugio y no nuestra tumba. Vamos a defendernos y a renacer para lograr una vida realmente libre y digna. —Calló un segundo, cogiendo aliento—. Mi padre dejó la vida como gallowglas, pero no dejó de ser fuerte. Construyó un hogar, protegió a los suyos, sin ser proscrito. Él es el mejor ejemplo de que se puede ser guerrero sin levantar la espada.

—Será muy difícil. Nuestra forma de vida es la de un... —comenzó a decir un gallowglas, pero Andrew no lo dejó terminar.

—Mercenario —dijo con una voz profunda que los hizo temblar—. ¿Queréis eso para vuestros hijos? No podéis ser orgullosos ahora,

amigos. Si de verdad queréis que sobrevivan, esta es la única forma. Odiaré a esos ingleses hasta el día en que muera y no va a ser ahora cuando hinque la rodilla ante esa mierda. Yo apoyo la propuesta de Williams. Podéis contar con mis tierras para vivir.

De pronto, Cameron rugió.

—Podéis contar con las mías, gallowglas.

—Y con las mías —siguió Irving guiñando el ojo a su hermano.

—Estoy seguro de que los McEwen están también hartos de agachar la cabeza —añadió Edward McCain.

—Ya te digo, amigo. Esto lo va a resucitar —saltó Miles, sabiendo lo que pensaba su suegro tras tantas charlas políticas a la lumbre de la chimenea—. Yo no tengo tierras, pero puedo contar algunos chistes sobre ingleses con los huevos como guisantes.

—Yo también me sé alguno —dijo Ronald, carcajeándose sin dejar de sujetarse la herida.

—¿Será que esa gracia solo la heredan los pelirrojos? —preguntó Andrew.

—La gracia la tiene mi culo rosa. A ver cuándo te vas a enterar —dijo Aodh, subiéndose el kilt por detrás y enseñando las nalgas tan tranquilamente.

Algunos rieron a carcajadas; otros gimieron como si acabaran de ver lo más feo de sus vidas.

Sin embargo, todos parecían estar de acuerdo; o quizá no solo lo parecían, sino que lo estaban sin saberlo aún.

Era el momento de la verdad.

—Gallowglas —llamó de nuevo y todos callaron para oírlo—. Tenéis dos caminos: morir pronto recordados por unos pocos o proteger a muchos y esperar el momento adecuado. No os pido que dejéis de ser gallowglas, yo lo seré hasta mi muerte. Os pido que sobreviváis en silencio hasta que llegue el verdadero día de la victoria.

Horas después, al divisar al fin las ruinas, el corazón de Will comenzó a latir con fuerza. Cuanto más cerca estaba, más deseaba azuzar al caballo. Buscó entre la multitud la cabellera de fuego que tanto amaba, pero no la encontró. ¿Dónde estaría Psique?

Al llegar, su corazón rebosaba de inquietud, pero, al ver los ojos brillantes de su madre, lo olvidó todo. Eran tantas las emociones que se agolpaban en su pecho que apenas se sostenía en la silla. Detuvo su montura y saltó al suelo con desasosiego. El mundo pareció temblar tanto como sus piernas y ya no se contuvo ni un segundo más. Echó a correr hacia ella como si fuera su único sustento. Catalina lo esperó con esa expresión tierna que solo una madre puede dedicar, la que te hace sentir orgulloso por ser simplemente su hijo. Cuando llegó a su lado, se dejó envolver por sus brazos, besar cien veces y sentir que una parte de él encontraba la paz. Sus respiraciones se fundieron en un silencio que decía más que cualquier palabra. Lo único que importaba era aquel abrazo que lo anclaba al mundo.

—Hijo —susurró ella con voz cansada—. Desde ahora te prohíbo ir más lejos del establo.

Él tragó saliva. Amaba ese carácter tan potente.

—Madre, no sabes cuánto te he necesitado.

Ella sonrió, como siempre hacía para tranquilizarlo.

—Lo sé. —Le acarició la mejilla con el pulgar—. Cada día sin noticias tuyas ha sido...

Él bajó la mirada al ver que su voz se quebraba.

—Lo siento.

—No hay nada que...

Will comenzó a mirar con nerviosismo a su alrededor, ignorando a su madre. Resultaba que ni siquiera su abrazo y sus lágrimas podían quitarle de la cabeza a la pelirroja. La necesitaba.

—No está aquí —confesó su madre a regañadientes. Luego, refunfuñó—. Criarte toda una vida para que me olvides por una...

—Madre... —la abrazó con fuerza—. No puedes estar celosa.

Catalina rio, limpiándose las lágrimas.

—Nunca podría estarlo de la que ya considero mi hija —dijo con emoción.

Luego ojeó a su esposo al fin y se acercó a él con un contoneo de caderas la mar de sugerente.

—Pero ¿por qué no está aquí? —preguntó impaciente.

—Porque lleva dos días esperando a que aparezcas en esa dichosa Cascada del Hacha. No consiente que vaya con ella, solo deja que un soldado la guarde en la distancia —soltó con un aspaviento como si fuera la mayor estupidez del mundo—. Dijo que tú le pediste esa idiotez.

Will rio, feliz. Su Psique lo esperaba justo en el lugar que acordaron. Sin embargo, después de tanta guerra...

—Lo había olvidado —reveló, azorado.

—¡Hombres! —dijo poniendo los ojos en blanco, pero inesperadamente, aulló—. Umm, los amo.

—Padre, deja de pellizcarla en público, por favor —reprochó Will en un susurro, muy avergonzado.

Andrew rio y alzó a su esposa en brazos. Sin decir una palabra, y sin importarle nada, desaparecieron entre los muros más alejados del poblado.

—En el próximo viaje me traigo a la mía —dijo Miles a su lado con el ceño fruncido.

Negó con la cabeza por la ocurrencia, pero debía admitir que sentir amor después de tanta masacre, era el mejor alivio para el corazón.

—Hablando del tiempo... apenas tengo —dijo Will, al comprobar la posición del sol—. Ahora vuelvo. Tengo algo que hacer...

—Sí, sí, muchas cosas que hacer —repitió Donald a su otro lado, con una mirada pícara—. Vamos, no tardes o esa petirroja te

cambiará por otro soldado. Ya sabes cómo son las pelirrojas...

No esperó a que terminara. Iba a subir a su caballo, pero una mano en su hombro lo retuvo con firmeza.

—Vas a reunirte con mi hija —dijo Irving a su oído—. Creo que hacerlo a solas, como en una de esas antiguas citas, no es lo más apropiado.

—Señor, yo... —comenzó a decir mientras se volvía para enfrentarlo.

—Sí, lo sé —cortó—. La amas, ya me lo dijiste. ¿Pero la respetas?

—Me casaré con Psique cuando lleguemos a casa, señor.

—Lo harás —dijo, sorprendiéndolo—. Pero antes de partir, declararéis vuestra unión mutua delante de todos los presentes. O eso, o te corto las pelotas ahora mismo.

Cuando bajó la mirada se sorprendió al ver una daga apuntando a su entrepierna.

Tragó saliva, preguntándose dónde estaba el pausado y comprensivo hombre que había conocido hasta la fecha.

—Se lo juro por mi vida... y por mis pelotas, señor.

Irving sonrió, complacido.

—Así me gusta —contestó guardando su arma en su cinto—. Ya estás tardando, muchacho. Mi hija no es que tenga mucha paciencia.

Al fin, Will montó y espoleó su caballo en dirección al río que había divisado desde la colina. Solo tendría que seguir su curso para encontrar la cascada y llegar hasta Psique.

XL



Aquel rincón paradisíaco se abría como una hendidura verde entre las agrestes rocas del río. El aire olía a pino y el silencio parecía sagrado. La corriente discurría con la fuerza traicionera de una serpiente en algunos tramos ondulantes. Otros parecían más afables e invitaban al baño con sus pozas.

La cascada sonaba estridente más allá, rompiendo la quietud. Era hermosa y eclipsaba cualquier pensamiento oscuro, sumiéndola en un edén de sosiego.

Sentada, Psique se había quitado las botas y dejaba que el débil sol calentara sus pies sobre la roca. Miraba las tentadoras aguas con deseo. Llevaba todo el día sopesando si atreverse a sumergirse, pero temía demasiado sentir el golpe helado del agua y morir congelada.

Ese había sido un día especialmente caluroso en mitad del frío invierno, por eso no quería perder la oportunidad de lavarse. Llevaba mucho tiempo sin hacerlo. Parecía que aquellos hombres y mujeres acostumbraban a asearse de tarde en tarde, como si temieran que un *kelpie* se los llevara al acercarse al agua.

Sin embargo, una damita escocesa que vivía en una mansión palaciega digna de una princesa acostumbraba a hacerlo casi a diario y no temía a las leyendas.

Sus padres, estudiosos acérrimos de toda novedad que llegara del extranjero, comentaban nuevas técnicas y las ponían a prueba. Opinaban con fervor que hacerlo a diario curaba el cuerpo de males invisibles. A Psique aquello le sonaba un poco a cuento, pero era

cierto que no debía de ser malo. Si en realidad no curaba el cuerpo, sí lo hacía con el alma, pues era todo un goce sentirse limpia.

A su alrededor, el brezo púrpura se mezclaba con el verde intenso de los pinos y el gris de la piedra. Incluso el viento se había sosegado y se había convertido en una simple brisa.

Abrazada a sus rodillas, ojeó sobre su hombro, asegurándose de encontrarse sola, aunque ya supiera que lo estaba. El soldado que la escoltaba aguardaba muy aburrido al otro lado de la colina, invisible, pero atento.

Mientras tanto, la persona a la que esperaba con gran desasosiego no llegaba.

Fijó la vista en la cascada y suspiró, cansada de pensar, cansada de temer, cansada de esa soledad que la consumía cada segundo.

Necesitaba su abrazo y, a pesar de la vergüenza que le daba admitirlo, añoraba fundirse con ese hombre que había conocido en el bosque.

Sí, el hombre, no el niño de sus recuerdos, de su infancia y de sus juegos. El hombre en que se había convertido durante esos dos años, dotado de una presencia más firme, más segura, más fuerte. Ardía y dolía no poder apagar ese fuego constante dentro de ella.

El recuerdo de aquel encuentro en el bosque le calentó la piel, a pesar de la falta de calidez que aportaban los rayos de sol. Recordó cómo había aparecido entre los árboles, con el cabello oscuro pegado a la frente, la camisa arremangada mostrando unos brazos poderosos que nunca había admirado, y cómo su voz, más grave e imperiosa, pronunció su nombre, haciéndolo especial.

Un estremecimiento le recorrió la piel al evocarlo.

Y su mirada... Esa que ya no pedía permiso la acariciaba poco a poco y hacía que su corazón ardiera en llamas peligrosamente.

—Vuelve —murmuró al aire, fijando la vista en las aguas claras.

Se incorporó, y la brisa rozó sus mejillas. Estaba decidida a sumergirse. Su pesado abrigo cayó sobre la roca y el frío alivió el

calor que ardía en su cuerpo, incitándola a continuar desnudándose. Bajó el calzón con solo aflojar el cinto, le quedaba sobrante y ridículo.

Acarició sus pies desnudos y subió hasta las rodillas, donde comenzaba la camisa. Justo iba a alzar la tela cuando un ligero crujido de plantas detrás la detuvo. Rezó para que no fuera una rata, pero agradeció la interrupción, pues todavía andaba indecisa. Se estremeció al pensar en esos animales tan desagradables. Comenzaba a atardecer, y se volvían más intrépidas y curiosas.

—Idos —gimió, cerrando los ojos y reprimiendo la angustia que comenzaba a invadirla.

—¿Ahora quieres que me vaya? —dijo aquella voz.

El sonido la atravesó, pero se convenció de que era una ilusión engañosa, fruto de su deseo de verlo. Aun así, el pecho se le tensó y la camisa entre sus dedos se convirtió en un estorbo. Giró despacio, temiendo que aquella ilusión a la que se aferraba se rompiera al moverse.

Sin creerlo todavía, lo vio a solo unos pasos. Parpadeó a la vez que un sollozo comenzaba a subirle por la garganta. Pero lo contuvo, cansada de llorar su ausencia.

Estaba allí, con la luz del atardecer recortando su figura. El cabello oscuro, más largo que cuando partió hacía dos años, caía sobre su frente. La camisa no estaba arremangada, pero ella imaginaba sus brazos hechos para sostenerla. Y su mirada, llena de ternura y deseo contenido, la desarmaba.

—No sabía que estabas tan ocupada —añadió con una sonrisa tímida que la derritió.

El calor subió por su cuello hasta sus mejillas, delatando su deseo. ¿Por qué no le importaba estar casi desnuda? Sin entenderlo, no sabía si cubrirse, si reprenderlo, si...

Sus pensamientos se quebraron cuando lo vio avanzar un paso con una profundidad estremecedora en la mirada. Corrió hacia él, como siempre que lo veía, sintiendo que la necesidad de tocarlo la

desbordaría. Y se fundió en sus brazos, dejando escapar aquel sollozo que la atravesaba.

Él la sostuvo con firmeza y ella hundió el rostro en su cuello. Olía a bosque, a humo y a tierra.

—Pensé que te habías olvidado de mí —susurró.

Él apoyó la barbilla sobre su cabeza. Cerró los ojos para regodearse en aquella embriagadora cercanía.

—Siempre volveré contigo, Psique —respondió con una voz grave y serena que le erizó la piel. Bajó una mano hasta su mejilla y la rozó con el dorso de los dedos—. Estás temblando.

Inclinó la cabeza sobre ella y se acercó un poco más, sin apresurarse ni exigirle nada. Sus frentes se tocaron y ella sintió el calor de su aliento mezclarse con el suyo, reduciendo aquel momento a pura hambre.

Sin embargo...

—Will... —comenzó a decir contra su boca—. Hueles mal.

Will parpadeó, sorprendido. No esperaba aquello, pillarse un dedo con un martillo le habría dolido menos. Pero era Psique, y de ella podía esperar cualquier cosa en un momento como ese, justo cuando estaba a punto de perder el control.

Se separó de ella, consternado, intentando recomponerse. Ella lo miraba como siempre, tan normal, tan sincera, tan ella.

—El otro día no te importó como olía, es más, creo que te gustó bastante —se defendió.

—No te enfades, Will. Quiero besarte, pero me resulta algo... difícil. ¿Acaso te has revolcado sobre una candela?

—Me advirtieron de las pelirrojas —dijo él entrecerrando los ojos y reprimiendo las ganas de darle unos azotes—. Pero no hice ningún caso.

De pronto, avanzó un paso hacia ella como si fuera un depredador.

—Ah, ¿sí? —Ella arqueó las cejas, retrocediendo instintivamente —. Y ¿qué te dijeron?

—Que hablan demasiado —respondió dando otro paso hacia ella.

—Vamos, Will, no seas niño.

Will gruñó al oírla y avanzó otro paso. Ella retrocedió también, pero casi estaba al filo de la roca sobre el agua del rio. Y comenzaba a incomodarla.

—No soy un niño —dijo y se quitó el abrigo con rapidez.

Ella miró el filo de la roca y él supo que la tenía a su merced. Lentamente y sin dejar de mirarla, comenzó a abrirse la camisa. Un precioso rubor inundó sus mejillas, pero no perdía detalle de su torso. Cuando se desprendió de la camisa, oyó que suspiraba y reprimió la sonrisa.

—Estás más fuerte —dijo embobada—. Más grande.

—¿Tú crees? —dijo acortando la distancia y dejando un pequeño paso entre ambos—. ¿Quieres que te enseñe lo grande que soy?

Lo miraba con ojos cargados de deseo y Will tuvo que hacerse con una voluntad de hierro para no tocarla.

—Sí, quiero...

La luz del sol refulgía sobre su cabello haciendo que pareciera que ardía como una hoguera.

Will, sin dejar de observarla, se desprendió del kilt y quedó completamente desnudo. Ella contuvo el aliento, pero lo recorrió con su mirada de fuego, deteniéndose justo en su entrepierna, donde su miembro se erguía con todo su ímpetu por ella.

—¿Huelo mejor ahora? —preguntó.

Ella ahogó un gemido y levantó la cabeza de golpe. Sus ojos se hallaban tan abiertos como si la hubieran pillado haciendo algo malo.

—Dime, Psique —pidió acercándose hasta rozarla con su cuerpo. Apoyó su frente sobre la de ella y de nuevo mezclaron sus alientos —. ¿Quieres que te bese, aunque huela mal?

—Bésame, Will —susurró apoyando su cuerpo en el de él y rindiéndose a ese torbellino ardiente que la arrastraba a lo desconocido.

Era algo profundo, una necesidad que llevaba demasiado tiempo guardada.

Él se inclinó sobre ella, estremeciéndola y rozó sus labios levemente.

—Lo haré —dijo sobre sus labios—, pero tú también hueles mal, bruja.

Psique parpadeó, pero no le dio tiempo de responder. Solo alcanzó a aferrarse a él cuando notó que la empujaba hacia atrás y caían al río juntos.

El agua helada los envolvió dentro del rio y notó cómo Will tiraba de ella hacia arriba. Cuando salió de golpe a la superficie, estalló en un estruendo cristalino mientras el frio la travesaba como agujas. Psique soltó un grito ahogado por la sorpresa, mientras él la sujetaba con fuerza, asegurándose de que no se hundiera, aunque hiciera pie.

Jadeante, se dejó arrastrar por él más al fondo, todavía confundida. El cabello rojo se pegaba a sus mejillas y no veía nada por los mechones que tapaban sus ojos. De pronto, notó sus dedos apartando su cabello y lo vio al fin.

—¡Estás loco! —exclamó, temblando, e ignorando su preciosa sonrisa que la empujaba a imitarlo—. Y te odio por esto.

Will la atrajo hacia sí y ella ahogó otro grito.

—Y yo amo tus orejas —dijo, mordiéndole el lóbulo y haciéndola vibrar.

—Y sigues oliendo mal —pronunció con un jadeo, aunque fuera mentira—. Y estás desnudo.

—Tú también lo estás —le dijo dándole un bocado en el cuello.

—Yo no... —comenzó a protestar, pero calló al darse cuenta de que tenía razón. Pasmosamente, no le importaba estar desnuda

entre sus brazos, pero eso no iba a decírselo—. Eres odioso, Will McPherson.

Will levantó una mano y le apartó un mechón mojado de la frente con una delicadeza que la estremeció. Ella lo miró con una luz nueva en los ojos.

—Estás temblando... —repitió sus mismas palabras de antes, justo cuando iba a besarla.

—Bésame, Will —pidió y se agarró a su cuello, rozando sus labios con los de ella—. Bésame como nunca lo has hecho.

Will notó la chispa del deseo despertar en su interior y tomó su boca, hambriento. Ella respondió con la misma fuerza. Sus lenguas se envolvieron en un mismo aliento, sus respiraciones se mezclaron entre suspiros y lo inundó esa urgencia en sus manos temblorosas de explorarla, de conocerla, de fundirla. Sus gemidos lo traspasaban, estremeciéndolo. Castigaban su hombría en un dulce y perfecto martirio.

—No sabes cuántas veces he querido hacer esto.

El corazón de Psique golpeaba en su pecho. El agua fría ya no importaba.

—Sí... —gimió al sentir la dureza de su entrepierna contra ella—. Yo también.

—Eso no es cierto —dijo mientras la alzaba y tomaba su pecho con su boca.

—Lo es, cuando te fuiste yo...

Él, ciego de deseo, imaginaba lo fácil que sería tumbarla en la orilla y hacerla suya. Casi no se contenía.

En ese momento no era un lobo hambriento, era un hombre que había esperado demasiado para tenerla entre sus brazos. Y la intensidad crecía, su atrevimiento engordaba mientras lamía sus duros pezones y acariciaba sus firmes nalgas. Tantos años sin ella...

Gruñó y se separó de su cuerpo con una vidriosa mirada y el dolor instalado en sus entrañas.

—¿Me amas o me deseas, Psique? —preguntó desesperado, sintiendo esa corta distancia en el agua que los separaba se le hacía un mundo gélido e insoportable. Bajando la mirada, continuó—. No podré contenerme si sigo besándote.

Ella acortó de nuevo la distancia entre ambos y tomó su rostro entre sus manos, obligándolo a mirarla. Era tan hermosa que dolía. Sus labios hinchados lo tentaban a seguir explorando esa boca dulce y sabrosa de la que jamás se cansaría.

—No quiero que te contengas —dijo con firmeza—. Te amo y te deseo más que a nada, Will.

Sus palabras lo golpearon e hicieron temblar de emoción. Apenas se controlaba.

—No he cruzado las Highlands solo para decirte te amo. Fui una estúpida e ingenua contigo...

—No digas eso —cortó Will—. Tú no sentías lo mismo.

—¡No! —exclamó con urgencia, tomando su mano y llevándola a su pecho, donde su corazón latía desbocado—. Lo sentía en cada palabra que me escribías, en cada mirada dulce que me dedicabas, en cada sonrisa que me regalabas. Has sido mi amigo mucho tiempo, Will. —Su voz tembló de emoción—. Y, poco a poco, me llenaste el corazón de mariposas. Yo... no lo entendía. No sabía qué era aquello. Sabía que me hacía feliz y me aferraba a eso bonito que nos unía.

Paró un segundo para coger aliento. Él la miraba, incrédulo.

—Cuando te fuiste me di cuenta de que con nadie sentía lo mismo, solo tú me hacías vibrar. Solo tú me hacías completamente feliz. —Su voz se quebró de nuevo, pero continuó—. Con tu partida despertó mi miedo a perderte, a no volver a verte. Y comprendí que no era amistad lo que sentía por ti, era amor, Will. No podía ser otra cosa cuando cada día sin ti era un vacío y cada día contigo, era luz.

Will la miraba con ojos húmedos de emoción.

—Desde ahora te lo demostraré todos los días de mi vida, amigo... y futuro esposo.

Will inhaló de golpe, impactado por tantas confesiones. La tomó entre sus brazos con delicadeza.

—Y yo te haré mi mujer, amor mío.

La tomó de la nuca y la besó con desesperación. Ella se aferró a su cuerpo con la misma intensidad, enroscando sus piernas en su cintura y preparando su entrada para recibirlo. Él estaba enorme y necesitado, pero ella... Psique sentía que su mundo giraba vertiginoso y que la arrastraba a un mar de sensaciones que no entendía. Tenía el corazón henchido y cuando él la empujaba muy crecido en su interior una salvaje necesidad la colapsaba, pero a la vez, el temor a lo desconocido comenzaba a dominarla.

—¿Vas a hacerme tuya así? —preguntó entre gemidos—. ¿Aquí?

Will parpadeó como si volviera en sí de algún lejano lugar. Sus ojos verdes eran oscuros como la noche que comenzaba a envolverlos y, al preguntarle aquello, volvieron a ser limpios como siempre.

—¿Tienes miedo? —preguntó en su oído, mordiendo su lóbulo.

Su voz tan suave y ese contacto con sus dientes la estremeció.

Ella asintió y comenzó a temblar, no de miedo, si no de frío.

—Soy un bruto, pero te deseo tanto que no lo pensé —se reprochó él con el ceño fruncido. Luego la abrazó fuerte, intentando trasmitirle su calor—. Voy a sacarte de aquí y te amaré como mereces.

Entre besos dulces y suspiros la condujo hasta la orilla, donde cayeron sobre un colchón de tréboles empapado.

—Ahora vuelvo, voy por...

No terminó de escuchar la frase porque ya se había ido.

Miró a su alrededor, confundida. La oscuridad caía sobre ellos como un manto pesado. Se abrazó a sí misma, intentando paliar el temblor que la dominaba. Después de unos largos minutos, comenzó a impacientarse. Justo cuando iba a levantarse, Will regresó entre la maleza. Su mirada era tierna, la misma de antaño, como cuando la

veía después de muchos meses. Su corazón se encogió, lamentando lo ciega que había estado. Él le tendió la mano y ella la tomó. De un impulso, la puso en pie y luego la alzó en brazos.

—¿Me has echado de menos? —le preguntó caminando y dándole un beso en la nariz. Ella asintió con una sonrisa tímida—. Yo más, siempre.

—Y me llevas... —dejó la frase inconclusa, esperando una respuesta.

Psique aprovechó para posar la cabeza sobre su pecho y jugar con sus rizos húmedos.

—Aodh me habló de un refugio cerca de la cascada. Dejé mi caballo allí —respondió con voz grave.

Ella levantó el rostro para verlo bien. Era tan guapo que dolía y las mariposas comenzaron a danzar en su estómago.

—Te ha cambiado mucho la voz —comentó enroscando un dedo en su pelo—. Es más profunda ahora.

—Hay muchas cosas que han cambiado en mí en estos dos años. Me encantaría que las conocieras.

Will notó que el dedo con el que ella enroscaba su cabello se detenía, y eso le provocó un escalofrío. Psique lo percibió y sonrió, pícara.

—Ahora eres más... todo. —Él arqueó una ceja y ella rio—. Más decidido y seguro en ti.

—Gracias por la aclaración, brujilla.

—Pero sigues siendo igual de tonto —añadió con una risa traviesa.

—Bueno, eso tiene una explicación —dijo él con esa sonrisa que la derretía—. Es imposible no sentirme tonto a tu lado, haces que todo lo demás carezca de importancia.

Psique abrió la boca para replicar, pero Will acercó su frente a la de ella, desafiándola a contener un beso, como había hecho en anteriores ocasiones. El dedo que jugueteaba con su cabello

acariciaba en ese momento su nuca, cálido, lento, decidido a volverlo loco. Lo sentía como un hierro al rojo vivo.

—Todo desaparece —continuó él con la voz más ronca—. Solo quedas tú y, como ahora, no sé cómo comportarme. Contigo nunca lo he sabido, pequeña bruja, y creo que eso es lo que más me gusta de ti.

Ella lo miraba con ojos brillantes de emoción y estaba a punto de volver a besarla, pero entonces...

—Yo... quiero calentarte la cama todas las noches de tu vida.

Él se detuvo de golpe y una mueca divertida comenzó a formarse en su cara. Era la segunda vez que se lo mencionaba.

De pronto, Psique sintió mucha vergüenza y escondió el rostro en su pecho.

—¿Sabes qué significa realmente lo que acabas de decirme?

—Puedo imaginarlo —dijo con un hilo de voz.

—Pues voy a enseñártelo bien para que nunca tengas dudas —dijo plantando un beso en su cabeza y conteniendo una carcajada.

En ese momento entraron en lo que parecía ser una pequeña cueva y Will dejó a Psique junto a una hoguera que comenzaba a arder con fuerza. Sin poder creerlo, se dejó envolver por su calidez. Era un verdadero goce sentir sobre la piel el calor que tanto necesitaba.

Miró a su alrededor, asombrada. Era imposible que le hubiera dado tiempo a preparar una hoguera y un lecho de plantas cubierto por una gran manta. Sus ropas, que habían abandonado en el río, estaban colocadas juntas a un lado y solo entonces se sintió expuesta. Había olvidado que estaba desnuda.

Al volver a mirarlo, Will parecía hipnotizado, la contemplaba como si fuera especial. Ella carraspeó, ruborizada y se abrazó a sí misma intentando tapar sus senos y sus partes íntimas con las manos. Él sonrió con dulzura al notar su timidez.

—¿Te gusta? —preguntó señalando con sus manos el interior del refugio—. Lo preparé antes de ir a buscarte. Volví para encender la hoguera. Para poder admirarte como la diosa de fuego que siempre imaginé que eras.

Ella asintió, pero no miraba a su alrededor, lo miraba a él, a su cuerpo desnudo ante ella, y eso lo hizo arder. Estaba tan hermosa a la luz de la hoguera que apenas podía reprimirse para no estrecharla entre sus brazos. Su esbelto cuerpo, dorado por las llamas, era hermoso y moría por tocarla, besarla y amarla como se merecía.

—No te avergüences de mí. Eres perfecta y muero por amarte, mi vida.

Sin esperar un segundo más, caminó hasta ella y la tomó entre sus brazos. Ella se aferró a él con una intensidad que casi lo vuelve loco. Pero debía ser paciente. Era inexperta y por mucho que la deseara, no quería asustarla.

La agarró de la mano y la condujo hasta el lecho improvisado. Allí le indicó que se sentara. Ella lo hizo y él la imitó. Luego agarró sus manos y jugueteó un segundo con su anillo, el que él le había regalado.

—Te haré otro para cuando nos casemos.

Ella parpadeó.

—¿Lo hiciste tú? —preguntó Psique, sintiendo crecer las mariposas en el pecho—. ¿Era para mí desde el principio?

Will sonrió, algo arrepentido.

—Debí dártelo aquel día.

Para su asombro, ella negó con la cabeza y sonrió.

—Me lo diste en el momento perfecto, Will —dijo ella y se lanzó a sus brazos. Él la recibió, feliz. Con los labios rozando los suyos, continuó—: Recuerda que solo con tu partida despertó este sentimiento que me empuja hacia ti. Quiero que me ames, Will McPherson, porque eso será lo que yo te demostraré todos los días de mi vida. Vas a hartarte de mí.

—Eso nunca podría pasar. No soy nadie sin ti, Psique.

Enfebrecido de deseo por ella, la tomó y amó como jamás pensó que podría hacerlo, con el corazón y la delicadeza de esa primera vez que pronto se convirtió en un fuego devorador e imparable.

Y allí, en esa pequeña cueva de la Cascada del Hacha, el brillo del agua y el cielo coronado de estrellas fueron los únicos testigos de su unión. Y, sin importarles el frío ni la oscuridad, ni siquiera las ratas... la hizo su mujer hasta el alba.

Juntos al fin, esas almas rebeldes se sintieron libres de amarse, de reconocerse y pertenecerse por siempre.

XLI



Los rayos de sol lo cegaban y apenas le permitían distinguir por dónde iban. El caballo avanzaba tranquilo, guiándolos con seguridad como si fuera el más sabio de los tres. Psique, recostada sobre el pecho de Will, respiraba con suavidad, arrullada por el movimiento del animal, casi dormida. Él sentía el peso de su cuerpo como una bendición. Jamás imaginó verse así, henchido de amor.

Había sufrido mucho durante esos años por no confesarle sus sentimientos, pero ella tenía razón. Ambos debían vivir muchas cosas antes de poder ser sinceros el uno con el otro. Ese largo viaje había despertado en Will un coloso llamado «confianza en uno mismo» que lo abrumaba.

Un secuestro, un aprendizaje, una forma nueva de vida y su propio crecimiento lo habían transformado en un hombre.

No obstante, avanzaban juntos hacia un destino difícil, peligroso e incierto. Psique ya era parte de él, aunque sin saber todas las cartas del juego.

Se sentía egoísta por haberla arrastrado hasta allí sin darle la oportunidad de elegir.

Carraspeó para llamar su atención.

—¿Quieres decirme algo o te acabas de tragar una mosca?

Él sonrió, pues lo conocía muy bien.

—Quiero comentarte algo, mi amor.

—Umm, comienzas bien —dijo ella, acariciando juguetona la mano con que la agarraba en su estómago—. Me gusta que me

llames «mi amor». Eso de «amiga mía» ya sonaba repetido.

Will estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se contuvo. Hablar con ella era como oír cascabeles y nunca lograba ponerse serio.

—Esto es importante —dijo lo más digno que pudo.

Entonces ella se tensó y se incorporó para volverse a mirarlo a los ojos. Él los cerró, muy nervioso.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso no te gustó... algo de anoche? —preguntó, temerosa.

Él abrió los ojos de golpe. Su sonrojo lo derritió y se recriminó confundirla de esa forma.

—¡No! —exclamó para tranquilizarla—. No es eso, cariño. Tú... Todo fue perfecto. Insuperable. No cambiaría nada de lo que vivimos juntos anoche.

Ella arrugó el ceño, más confundida aún.

—Hablo de nuestro futuro —añadió—. Del futuro de ese pueblo que es el nuestro ahora.

De repente, su cuerpo se aflojó. Cuando volvió a mirarla, le sonreía dulcemente.

—¿Por qué sonríes? ¿Sabes de lo que hablo?

—Puedo imaginarlo —respondió con rapidez y él alzó una ceja—. Yo ya tengo un plan para todos. Es perfecto, Will. ¿Quieres oírlo?

—¿Tengo opción?

—Claro, te lo contaré —respondió como si no lo hubiera oído—. He pensado... Es más, ya hablé con las mujeres del poblado y les planteé un plan para que sobrevivieran junto a sus maridos y los demás gallowglas: vivir en nuestras tierras. —Levantó un dedo para puntualizar algo. Will no podía dejar de sonreír—. No todos, claro está. Sorcha y su hijo, además del viejo Donald, me caen bastante bien. Los quiero conmigo. Fiona también me gusta. Es valiente y parece llevarse bien con Zahra...

—Veo que ya los conoces a todos —soltó él, interrumpiéndola.

—Calla, escúchame, que lo que voy a proponerte es muy importante. —Will sonrió de oreja a oreja—. Tenemos que convencer a mi tío Cameron, a Miles y a los demás para que los acojan. Debemos acogerlos por grupos, poco a poco. Si no, sería muy sospechoso. Alguien podría rumorearlo y la noticia llegaría a oídos de esa Guardia Negra tan odiosa. Es peligroso, Will, pero no podría abandonarlos. No son salvajes; son buenos, sensibles y...

—¿Y dices que ya hablaste con las mujeres?

Ella volvió a tensarse y miró al frente. Entonces pareció encogerse sobre sí misma hasta hacerse muy pequeña.

—Tal vez debí consultarte antes.

Will la atrajo hacia su pecho y la besó en su oreja.

—Eres un genio, Psique —dijo, mordiéndole el lóbulo—. Jamás habría podido elaborar un plan mejor.

Ella se estremeció con el contacto y volvió a girarse para besarlo en los labios con tanta pasión que casi lo hizo caer del caballo.

—Te amo, Will McPherson —dijo contra sus labios—. Gracias por escucharme.

—Siempre, mi amor —respondió con pasión—. El día que no lo haga será porque duermo bajo las amapolas.

Y así, camino de las ruinas, escuchó el resto del plan. No iba a mentirse: aunque él ya había propuesto algo parecido antes, Psique aportó ideas bastante buenas que llevarían a cabo juntos. Era mente y corazón en un solo ser, perfecta para sostener lo que él no pudiera. Porque eran uno y, viniera lo que viniera, lo superarían todo.

El sol seguía martirizándolos cuando llegaron al poblado. La gente salió a recibirlos con vítores. Abrazados sobre el caballo, como una sola figura, Will rio ante tanta efusividad. Psique se sonrojó con tal pureza que, por un instante, le pareció retroceder en el tiempo y verla de nuevo tras aquel árbol, con el mechón enredado en la rama

y mirándolo vulnerable. La besó con la misma ternura de entonces, pero también con una intensidad capaz de hacer eterno ese nuevo recuerdo.

¿Y sabéis algo?

A pesar de la muerte de aquellos niños inocentes y de los ancianos que deberían haber estado allí para aconsejarlos; a pesar de la pérdida de Tormod y de la desolación en la mirada de Fiona; a pesar de todo eso y del peligro que se cernía sobre sus vidas, algo brillaba en ese pueblo.

Algo importante que todos sintieron muy dentro:

La esperanza de volver a ser libres.

Fin

EPÍLOGO I

Will entró en la mansión de los McAllen con el corazón acelerado, pero una firme determinación guiaba sus pasos. La luz se filtraba por las altas ventanas y se derramaba sobre el vestíbulo con un resplandor cálido. Las gruesas alfombras amortiguaban sus pisadas hasta volverlas imperceptibles, aunque él sentía que cada una lo acercaba un poco más a librar la batalla decisiva. Respiró hondo.

Se había aseado y vestido con esmero para la ocasión. El plaid con los colores de los McEwen le cruzaba el hombro, sujeto con un broche de plata labrada. La pulcra camisa de lino blanco contrastaba con su tez, curtida por el viento de las Highlands y por las noches sin descanso del largo viaje de regreso. El tartán, plegado con precisión, lucía solemne y le caía hasta las rodillas.

En el brazo llevaba una cesta con una tarta de manzana envuelta: la mejor del condado y preparada exclusivamente al gusto de Charlotte McAllen. Se había informado muy bien de cómo prefería aquel pastel: masa fina, casi quebradiza; manzana cortada en láminas delgadas; un toque de canela y otro de crema dulce. Por último, el azúcar caramelizado bañaba la superficie y formaba una irresistible costra dorada.

Había recurrido a la cocinera más reputada de la región: su madre.

Catalina había viajado con él con la tonta excusa de visitar a sus antiguos amigos del castillo McAllen, pero Will sabía que, en realidad, la preocupaba aquella petición de mano. Ya puestos, decidió prepararle la tarta de manzana que hacía su querida abuela y que, según ella, era la mejor de Escocia.

«Esta tarta podría conquistar el mundo, hijo. Cuando la pruebe tu suegra, tendrás la mitad del trabajo hecho», le había dicho mientras se chupaba los dedos tras comerse un buen trozo.

Después de entregársela al mayordomo, este le indicó que pasara a otra sala, pero el roce de una tela y unos pasos apresurados lo

detuvieron. La conocía tan bien que la habría reconocido incluso descalza.

Psique apareció al final del corredor, iluminada por la luz dorada, y llenó la estancia de viveza. Su falda celeste se agitaba con la prisa, y su rostro encendido era la visión más hermosa que Will hubiera contemplado jamás.

Ella corrió hacia él y, al fin, Will sintió que la tensión acumulada se desvanecía de golpe.

—Will... —susurró Psique al llegar hasta él.

Él abrió los brazos sin pensarlo y ella se lanzó contra su pecho. Will cerró los ojos mientras respiraba su aroma. La había añorado un mundo esas dos semanas. Había contado los días para regresar con ella y, en ese instante, Psique lo abrazaba como si hubieran pasado otros dos años.

—Estás aquí —murmuró ella, levantando la cabeza para besarlo.

—No podía estar un día más sin verte, mi vida —le dijo contra su boca y, sin poder reprimirse por más tiempo, la besó.

Sus labios se reconocieron en un beso dulce, urgente, lleno de alivio y deseo. Psique se aferró a su plaid mientras Will la estrechaba con fuerza.

Y entonces... un carraspeo perfectamente calculado cortó el aire como un cuchillo.

Psique se separó de golpe. Will parpadeó, todavía confuso por el beso.

—Bueno... —dijo Jana, la prima de Psique, arqueando una ceja—. Me alegra ver que estas semanas no han restado entusiasmo a... tu afecto por mi heroína favorita.

Will, consciente al fin de aquel enloquecido lapso en el que lo había olvidado todo, se irguió como un poste. Se ajustó el plaid sobre el hombro, se aclaró la garganta y trató de contener el rubor de sus mejillas para conservar un poco de dignidad.

—Jana... —murmuró—. No te había visto llegar.

—Claramente —respondió ella con una sonrisa traviesa. Luego continuó en voz más baja—: Pero no te preocupes, no voy a juzgaros. Sé muy bien qué se siente cuando...

—¿Cómo? ¿Qué sabes tú de... —la interrumpió Psique y señaló a ambos con un dedo— ...esto?

Jana se tapó la boca para reprimir la carcajada.

—Digamos que estos dos meses han sido muy productivos en cuanto a conocimientos —contestó, haciendo que Psique boqueara como un pez.

Will se sintió bastante incómodo. ¿Productivos en cuanto a conocimientos? ¿Qué demonios quería decir con eso? No podía ser... Jana siempre había sido... demasiado correcta, demasiado prudente.

Psique, también sonrojada, la fulminó con la mirada.

—Oh, no me mires así, primita —dijo encogiéndose de hombros —. Aprendí de ti lo de ser atrevida.

—Jana, por favor... No te reconozco —protestó Psique con las manos en las caderas.

—No es por eso por lo que he venido —continuó ella alzando la barbilla, sin dejarse intimidar—. Vengo a recordaros que mi tía os espera en su despacho... y que quizá deberíais entrar sin parecer que acabáis de escapar de un establo.

—¡Jana! —gritó Psique, con las manos en las caderas—. Tú y yo —se señaló con el dedo y luego apuntó hacia ella— tendremos después una larga charla.

Jana sonrió como quien recibe una invitación a un banquete.

—Por fin —respondió entusiasmada—. Tengo muchas preguntas que hacerte.

Will tragó saliva y Psique resopló.

Unos minutos más tarde...

Will jamás había imaginado un despacho como aquel. Las paredes estaban cubiertas de estanterías repletas de libros.

Curiosamente, en algunos huecos imperaba una meticulosidad ejemplar, casi obsesiva; en otros, el caos total los apilaba en torres a punto de desplomarse, entre cuyas páginas asomaban montones de separadores. Supuso que aquel matrimonio de profesores libraba allí a diario una batalla campal de ingenios bastante intensa, aunque enriquecedora.

Como era de esperar, dos escritorios llenaban la estancia. Uno estaba repleto de manuales de navegación, mapas extendidos y volúmenes de filosofía. En medio de este había tres plumas alineadas a la perfección. El otro, en cambio, tenía cuadernos de notas escritos con una letra rápida, casi impaciente. Las plumas... «desplumadas» sería el mejor adjetivo para definirlas.

«Serán un buen regalo para acompañar la tarta de manzana en mi próxima visita», pensó Will, algo nervioso mientras avanzaba con paso lento.

Irving, de pie junto a la ventana, lo observaba con una sonrisa contenida. Charlotte, sentada tras este último escritorio, levantó la vista hacia ellos.

Lo observó con paciencia. El silencio era a veces el mejor aliado para revelar las emociones, las intenciones y las grietas invisibles del alma.

Psique, a su lado, levantaba la barbilla, segura de sí misma.

—Buenos días, señor McAllen —saludó a quien, tras el largo viaje de regreso, ya consideraba su suegro. Luego inclinó la cabeza y se dirigió a la mujer—. Señora McAllen, me alegra conocerla por fin.

—¿Y tú eres...? —preguntó ella con la misma pose altiva que su hija.

Will carraspeó, sorprendido.

—¡Mamá! —protestó Psique.

—Lamento mi despiste, señora —respondió azorado—. Williams McPherson, para servirla. He venido a pedir su bendición para casarme con su hija.

Charlotte lo miró con calma.

—Williams, me encantaría decirte que estoy feliz de conocerte, pero no voy a andarme por las ramas: sé que ya habéis consumado la noche de bodas.

Will tensó los hombros ante el reproche y miró por un instante a Irving, quien había cerrado los ojos para asimilar aquellas palabras.

—Te casarás con ella con un sacerdote, como Dios manda —continuó sin apartarle la vista y entrelazando las manos sobre el escritorio—. Pero antes debes responderme algo que quiero que pienses bien, pues depende de ello que te dé mi consentimiento.

Hizo una breve pausa y todos contuvieron el aliento. Psique le cogió la mano para infundirle valor.

—Te aseguro que lo que piensen los demás de sus escarceos me importa un bledo, McPherson —añadió con un brillo fiero en los ojos —. Lo que me importa es que entiendas quién es mi hija.

Will asintió.

—Sí, señora...

—Psique no es una muchacha dócil, ni silenciosa, ni hecha para ser un adorno en un salón —prosiguió con intensidad—. Se disfrazó de hombre para ir a buscarte y arriesgó su reputación, su seguridad y mi paciencia. —Chasqueó la lengua—. Yo hice cosas parecidas a su edad.

Irving se acercó a Charlotte y colocó una mano en su hombro. Psique bajó la mirada, avergonzada. Will no se asustó, pues nada de eso era una sorpresa para él.

—Así que te lo pregunto sin rodeos, Williams: ¿por qué crees que Psique sería feliz contigo?

Will no tembló. Sonrió.

Aquella mujer lo había puesto contra la pared con una pregunta que no hablaba de dotes, tierras, tratos económicos ni posiciones sociales. Hablaba de Psique, de su esencia, de su fuego, de su reflejo.

Respondió a la pregunta más fácil que le habían hecho en su vida.

—Señora —dijo con serenidad—, Psique será feliz conmigo porque no quiero que sea dócil, ni silenciosa, ni contenida. Quiero que sea exactamente como es: una compañera que piensa rápido y decide sin miedo. Admiro su ingenio con la misma intensidad con que admiro su fuego. Ella me reta, me iguala y me hace mejor con cada palabra que me dedica.

Psique levantó la cabeza con los ojos brillantes. Irving dejó escapar un suspiro, mitad de alivio, mitad de orgullo. Charlotte parecía una estatua.

—No quiero que Psique deje de ser valiente. Voy a caminar a su lado.

Will esperó con paciencia. Le daba igual lo que decidiera su suegra: Psique ya era su mujer en cuerpo y alma.

Charlotte parpadeó, sorprendida. Irving apretó su hombro con suavidad.

—Bien —dijo Charlotte—. Ahora empezamos a entendernos. —Miró a su esposo con una sonrisa encantadora—. ¿Decías que había una tarta de manzana por aquí?

Psique, tan impetuosa como siempre, gritó de alegría y abrazó al todavía confundido Will. Al momento, Jana entró en la sala con la cesta en el brazo, acompañada por el mayordomo, que portaba una bandeja con té y platos y cubiertos.

—Habéis tardado mucho, tía —dijo esta mientras sacaba la tarta de la cesta—. Casi no puedo esperar para probarla.

Y así, con la bendición de sus suegros, compartieron el mejor trozo de tarta de manzana de las Highlands. Bajo la mesa, Psique buscó la mano de Will y entrelazó los dedos con los suyos. Él la miró y comprendió que esa no había sido la batalla decisiva, sino el primer día de la vida que ambos habían elegido.

Y, por primera vez en mucho tiempo, el futuro le supo a hogar.

EPÍLOGO 2

29 de febrero de 1736

La Fiesta de la Estrella. Tierras McEwen

La luz del atardecer caía sobre las Highlands con ese tono dorado tan hermoso que apenas duraba unos minutos antes de desaparecer y dejar paso a la animada noche. El olor a turba se mezclaba con el aroma de los pasteles de avena y la cerveza tibia. Los puestos de comida y bebida formaban un semicírculo alrededor de la plaza, abrazando a los presentes allí congregados.

Era la Fiesta de la Estrella y, aquel año bisiesto, les tocaba a los McEwen encargarse de todo. Los escoceses esperaban este evento con ansias e ilusión, por lo que el ambiente era realmente animado. Elizabeth McCain y Annabella McEwen se habían esmerado mucho para que todo saliera a pedir de boca. La multitud se acercaba a servirse la famosa empanada de ciervo de la señora, acompañada de una buena jarra de limonada. Elizabeth había colocado coronas de brezo y margaritas con cintas azules en cada esquina, intentando conferir un aire elegante al rústico lugar.

Las mujeres mayores, con cofias de lino y mantos gruesos, murmuraban historias sentadas al calor de las hogueras. Los hombres, con sus *plaids* de lana, discutían sobre la cosecha, el clima y los rumores acerca de nuevos movimientos partidarios del régimen jacobita. Los niños corrían descalzos, con los pies llenos de barro, y disfrutaban como nunca de amistades nuevas entre los vecinos.

La música comenzó a elevarse y a animar el ambiente con bailes, al principio tímidos, que acabaron convirtiéndose en verdaderas piruetas artísticas.

Annabella se detuvo un instante para observar el conjunto: las antorchas chisporroteaban juguetonas, los niños reían, los grupos levantaban las jarras y la bandera de la Estrella ondeaba en lo alto

del palo más elevado de la torre del castillo. Elizabeth, a su lado, suspiró satisfecha.

—Parece que todo marcha bien —murmuró con una sonrisa, cogiéndola del brazo.

Annabella sonrió también, con un brillo orgulloso en los ojos por haber cumplido la tradición como era debido, a pesar de los años difíciles que vivían.

—Y con la boda de mi maravilloso ahijado para coronar la velada —respondió emocionada—. Estoy deseando ver llegar a los novios.

—Sí, los novios se están haciendo desear y temo que el padre Elliot, con lo mayor que está, no aguante mucho. Ya no lo veo para muchos trotes.

—A ese le das un buen vino y te aguanta más que un muchacho, querida —soltó y ambas rieron juntas a carcajadas.

—También tu marido parece haberse recuperado de la pierna con el último tratamiento que le hice tomar.

Las dos miraron en la misma dirección: Williams McEwen conversaba animadamente con su yerno Miles y su hija Daviana.

Annabella asintió.

—Sí, no sé qué habría hecho si hubiera empeorado, Elizabeth —admitió preocupada—. Gracias a Dios te tenemos a ti para aliviarlo con estas terribles crisis.

—Bueno, no solo yo me llevo el mérito, amiga —dijo ella, apretando su brazo con cariño—. Tus nietos y sus líos resucitarían a un muerto.

Annabella suspiró, nostálgica.

—Cierto —dijo—. Echo de menos cuidar niños, querida.

—Bueno, no creo que tarden mucho.

—¿Tú crees? —preguntó, recobrando de repente su viveza.

—Estoy segura.

—¡Dios te escuche!

Y Elizabeth sonrió mientras observaba a la nieta de Annabella, Meredith, bailar con su hija Margaret al son de un *reel* muy animado y custodiadas por los hermanos Dummora.

—Oye, ha sido buena idea lo de contratar a esos artistas ambulantes y los monos.

—En realidad, fue idea de Callum, el otro hijo de los McPherson. Fue a buscarlos y no descansó hasta encontrarlos en un poblado del sur. Ese Callum es tan obstinado como su padre —dijo, negando con la cabeza.

—Creo que todos sus hijos son iguales, incluso la pequeña de Cati —comentó Elizabeth.

—Lo corroboro, además de... muy apasionada, como su madre.

—¿Sabes que Andrew y Cameron al fin se dieron la mano?

—Sí, Edward me lo confesó.

Entonces Elizabeth se sintió algo incómoda con ese tema. Le gustaba Catalina McPherson, a pesar de los rumores que circulaban desde hacía años sobre su escandaloso pasado.

—Estamos de fiesta, Annabella. Es mejor dejar la bruma y las tormentas para otro momento, ¿no crees? —dijo, cambiando el rumbo de la conversación. Annabella asintió, aliviada—. ¿Qué decíamos antes...? Ah, sí, los monos. ¿Viste la cara del niño rubio que ahora vive con su madre en la hacienda de los McPherson cuando los vio?

Annabella rio a gusto.

—¡Claro! —exclamó—. Dio más espectáculo que los monos. El muy tunante se subió al escenario para saltar con ellos —dijo divertida—. Fue enternecedor verlo llorar de risa en el escenario junto a su madre. Ambos eclipsaron a todos con su alegría desbordante.

—Oí que esos extranjeros lo pasaron bastante mal, Elizabeth.

La mujer asintió, de acuerdo.

—Edward ya me comentó algo.

Ambas guardaron silencio, pues no hacía falta recordar aquello que sus maridos les habían relatado en confidencia. Tampoco era el lugar y, al fin y al cabo, aunque llevaban poco tiempo entre ellos, esas gentes parecían haber congeniado bastante bien con los miembros del clan.

A pesar de estar de fiesta, la inquietud por un futuro incierto las preocupaba sin remedio.

—¿Sabes? Me apetece una buena copa de vino —añadió Elizabeth, rompiendo al fin el pesado silencio.

—Eso mismo estaba pensando yo, querida —respondió Annabella con una risita—. Vamos a celebrar que somos las mejores anfitrionas y, quién sabe, tal vez me anime a bailar un rato.

—¡Annabella! Creo que no solo tu esposo ha resucitado.

—Bueno, ya te avisé que Williams está muy recuperado —dijo riendo y moviendo las caderas al compás de la música.

En ese momento, el *laird* Williams McEwen giró la cabeza hacia su esposa y sus ojos, normalmente serios y algo cansados, brillaron con una chispa juvenil al verla bailar.

Elizabeth, desde unos pasos más atrás, observó la escena con una sonrisa amplia, sintiendo que la fiesta prometía ser muy especial.

«¿Dónde estarán los novios? ¿Acaso no querían casarse?», se preguntó mientras veía al *laird* adelantarse para sacar a bailar a su esposa, como si la reciente crisis de gota nunca lo hubiera postrado.

—¿Me concede este baile, señora McCain?

La voz grave de su marido junto a su oído, la hizo estremecer. Edward la abrazó por la cintura y Elizabeth soltó una risita, como si fuera una muchacha de veinte años.

—Pensé que nunca me lo pedirías, esposo.

Y mientras ambos se unían al baile, sintieron que la Fiesta de la Estrella alcanzaba un instante mágico.

Sin embargo, no muy lejos de allí, la magia parecía mezclarse con unos bufidos más que exagerados.

—Te he dicho que todavía no puedes bailar —dijo Cati, obligando a Ronald a permanecer sentado mientras lo empujaba hacia abajo por los hombros—. Se te volverá a abrir la herida.

—No eres mi madre, niña —protestó el pelirrojo, frunciendo el ceño—. Quiero bailar con Jana, le prometí hacerlo esta noche.

—Pues va a ser que esa tendrá que buscarse otro acompañante —replicó Cati, cruzándose de brazos con firmeza.

Ronald bufó, irritado, y bajó la mirada. El corte que había recibido en la batalla se le había complicado durante el viaje, cuya mayor parte pasó semiconsciente por la fiebre. Cuando despertó por fin, se encontró con Cati, la sanadora encargada de atenderlo personalmente cuando su madre no estaba.

Todos los días lo visitaba, infatigable. No es que le desagradase, pero lo había comparado con una de sus palomas heridas y eso lo enervaba.

La venda bajo su camisa estaba bien firme y sabía que no podría saltar, pero sí darse un paseo y saludar a los amigos.

—No es tan grave —murmuró él.

Cati lo miró con fastidio, pero a Ronald le encantaba el efecto que aquella expresión producía en su rostro aniñado: la hacía parecer bonita... y más apasionada.

—Ronald Scott, si te levantas te juro que le digo a tu madre que has estado haciendo el tonto.

—¡No te atreverías! —exclamó él, alarmado.

—¿Quieres probarme?

Ronald abrió la boca para responder, pero la cerró de golpe. Últimamente, fantaseaba demasiado con esa idea: probarla. Pero no de la forma que ella le decía. De otra más... prohibida y difícil de nombrar, incluso para él. Algo que le encogía el estómago.

Cati, ajena a la tormenta que le provocaba, se limitó a ajustar la manta sobre sus piernas.

—Así está mejor —dijo, satisfecha—. No quiero que te pase nada.

Ronald levantó la vista, sorprendido. Cati nunca decía esas cosas. Ella siempre era firme, práctica, directa. Pero ahora parecía muy preocupada, incluso su voz le había parecido cálida. Sin saber por qué, su corazón comenzó a latirle fuerte.

—Cati... —empezó él, sin saber muy bien qué decir.

—¿Cati? ¿Ya no me llamas «niña»? —preguntó ella con las mejillas encendidas.

Antes de que pudiera continuar, un chillido extraño resonó entre la gente.

—¡Han llegado! ¡Los novios han llegado!

Las risas de los niños se transformaron en chillidos de entusiasmo. Varias mujeres se levantaron mientras se arreglaban las faldas y los mantos. Los hombres dejaron las jarras sobre las mesas. La música se detuvo.

—Will y Psique por fin se casan —dijo Ronald, olvidando su malestar—. ¡Vamos!

Ronald se levantó muy rápido y Cati frunció el ceño.

—Yo te ayudaré.

—Qué exagerada eres, mujer —protestó él al verla retorcerse las manos, muy preocupada—. Estoy bien.

—Ronald...

Su nombre le sonó tan tierno en sus labios que casi vuelve a sentarse. Ella se preocupaba realmente por él.

—¿Me acompañas, niña? —preguntó, ofreciéndole el brazo.

Ella sonrió abiertamente. Era una sonrisa tan bonita que le robó el aliento por un instante. Lo sostuvo como si fuera un anciano, y eso le pareció muy divertido.

—¿Vuelves a llamarme niña?

—Es lo que eres —espetó y comenzó a andar hacia los aplausos y vítores.

Cati volvió a sonreírle y él gimió por dentro. Cati McPherson, la cuidadora de palomas y animales heridos, iba a traerle muchos problemas, lo presentía.

EPÍLOGO 3

—Umm —protestó Psique, arremolinada entre las sábanas de la cama.

—Despierta, dormilona —susurró Will en su oído con voz ronca.

Psique abrió los ojos de golpe al notar el peso de un cuerpo sobre el suyo.

—¡Will! —gritó sobresaltada— ¿Qué haces aquí? ¡Estás desnudo! La señora Annabella podría...

—No puedo esperar más, Psique —cortó él, comenzando a desnudarla.

—Pero si estaremos casados en pocas horas, cariño —comentó incrédula.

—Llevamos más de un mes separados. No puedo soportar tenerte a mi lado sin poder tocarte.

—Lo has hecho durante años —dijo, alzando una ceja y con una sonrisa comenzando a dibujarse en sus labios.

—Pero antes no te había hecho mía —respondió tomando uno de sus bonitos pezones entre sus dientes y haciéndola jadear de goce —. Ahora no puedo pensar en otra cosa que no sea tu cuerpo y estar dentro de ti.

Psique abrió instintivamente las piernas para dejarlo colocarse entre ellas. Le encantaba sentir el peso de su cuerpo sobre del suyo. Era tan excitante. Will, con solo unas pocas palabras era capaz de derretirla y, por ende, en su bajo vientre ya crecía un fuego abrasador. Era cierto que llevaban mucho tiempo sin esos momentos de pasión que adoraban y le había costado un mundo no volver a escaparse para buscarlo.

Durante el viaje de vuelta, se habían amado en lugares imposibles, constantemente vigilados... Pero en una cama no habían tenido la oportunidad de hacerlo. Y sentirlo con el confortable lecho en su espalda para recibir su enorme fuerza era realmente tentador.

—Moría por tenerte entre mis piernas, Will —dijo provocadora, humedeciéndose los labios—. Has tardado demasiado.

Su lengua asaltó su boca y se entrelazó con la de ella, enardecida. Cada roce lascivo de su punta se volvía más exigente. Se perdía en su aliento, en los suspiros calientes, en su ímpetu en llamas. Acarició su espalda fuerte, y descendió hasta su trasero. Sus pupilas eran pozos oscuros de emoción ardiente cuando la miraba, y lo sentía tan poderoso que apenas lograba dominar la necesidad entre sus piernas. Agarró sus glúteos y lo atrajo hacia su centro, mostrándole su estimulada humedad. Su miembro la rozaba allí, encendiéndola cada vez más.

—Psique, te deseo tanto que creo que voy a morirme si no te tomo ahora.

—Yo... —Psique se arqueó un poco, desafiándolo— también. No esperes más, ¡por favor! —rogó con apremio, volviendo a atraer con ímpetu su trasero hacia su centro.

—Shhh —acalló él, cerrando los ojos, intentando contenerse, su corazón latía desbocado contra su pecho.

Habían esperado tanto tiempo que apenas conservaba la calma.

El calor los consumía, sus pieles ardían en un incendio incontrolable.

Will contrajo sus músculos y su verga aumentó de tamaño, dura como nunca. No podía soportarlo más. Ella era tan hermosa, la amaba tanto, que mermaba su voluntad con cada una de sus provocaciones. Fundidos en esa pasión, Will perdió el sentido de dónde estaban. Solo existía Psique, entregada a él.

Su miembro se apretaba contra su entrada suave y muy húmeda. Necesitaba embestirla, hundirse entre sus pliegues y tomarla hasta lo más hondo para morir de placer.

Entonces, jadeante, ella volvió a retorcerse contra la punta de su duro miembro y no pudo soportarlo por más tiempo.

Ya jugarían toda una vida después de la boda.

La penetró con una fuerte embestida, arrancándole un delicioso grito de goce, desbordándolo de emociones. Siguió sacudiéndola, imparable. Primero con embates largos y sensuales que llegaban muy profundo. Apretó los dientes percibiendo el ansia crecer dentro. Quería alargarlo, pero era demasiado fuerte, demasiado bueno. Poco a poco, subió el ritmo. Una vez, dos veces... cientos. Ella lo recibió abstraída; abrió los labios, entornó los ojos... Era adorable mientras el sonrojo de sus mejillas se encendía. Un incendio irrefrenable los consumía.

De pronto, se agarró con más fuerza de sus hombros. Enloquecida, movió sus caderas adecuándolas a su mismo ritmo, haciéndolos perder el control.

Le exigía más y él era indomable.

Empujó más fuerte, más rápido, sintiendo que ella comenzaba a elevarse en un éxtasis por fin. En un instante, arqueó la espalda y gimió, estremecida. Tembló aferrada a su cuerpo y gritó su nombre entre dulces suspiros.

Will también se dejó arrollar por esa locura y se fue en su interior con una ferocidad que nunca había experimentado. Su corazón explotaba mientras la veía llorar de felicidad entre sus brazos. Oírla pronunciar su nombre mientras recibía aquellas intensas oleadas placer, lo conmovió.

Exhausto, se derrumbó junto a ella con la respiración agitada, sintiéndose el hombre más feliz del mundo. Fundidos en un hermoso abrazo, se quedaron dormidos.

Horas más tarde, Will fue a buscarla al castillo McEwen, vestido con el traje de gala escocés y una solemnidad que apenas lograba contener su orgullo. Psique descendió los escalones de piedra con el corazón acelerado. La luz de las antorchas trazaba reflejos ardientes sobre su cabello suelto y hacía resplandecer su vestido blanco. Al verla, Will olvidó todo lo demás. Ya no oía los aplausos ni el bullicio de los sirvientes.

Ella se detuvo en el último escalón. Él dio un paso adelante.

—Estás preciosa —murmuró con esa sonrisa que siempre la desarmaba.

—Si me sonríes así, no llegaremos a la boda.

A Will se le escapó una carcajada y extendió su mano.

—¿Quieres casarte conmigo, Psique?

Ella entrelazó los dedos con los suyos. La calidez de su mano, tantas veces buscada y tantas veces perdida, le aceleró el corazón de nuevo.

—Sí, quiero, amor mío.

Will la condujo fuera del castillo, envueltos en el murmullo lejano de la música. Las antorchas iluminaban el sendero que descendía hacia la congregación.

A medida que se acercaban a la celebración, las voces se volvían más claras: las risas, los violines, un tambor vibrante... Las familias del valle se reunían alrededor de una tarima levantada al fondo, mientras los niños corrían entre ellas, ajenos a todo.

—¿Lo recuerdas? —preguntó Will con una sonrisa suave.

—¿Nuestro primer encuentro? —Él asintió, apretando su mano—. Es imposible no hacerlo, fue el mejor día de mi vida.

Will sonrió más ampliamente.

—Para mí también lo fue. Me embrujaste con la primera mirada insolente que me dedicaste, pelirroja.

Ella asintió y le dio un beso rápido en la mejilla. Él volvió a sentir las mariposas crecer muy dentro.

—Te amo y voy a demostrártelo todos los días de mi vida —dijo Psique con ojos brillantes de emoción.

Él contuvo el aire, emocionado.

Cuando cruzaron el arco de ramas que marcaba la entrada, varias cabezas se giraron. La primera en verlos fue Jork, que soltó un gritito y tiró de la mano de Callum, su nuevo amigo favorito.

—¡Míralos, madre! —exclamó este.

Sorcha, muy emocionada, los saludó con una sonrisa tímida que ambos le devolvieron con entusiasmo.

—Por todos los santos... —gritó Aodh junto a Zahra y Fiona—. ¡Qué guapos vienen! ¡Hasta el novio lo parece!

Will se ruborizó y pensó que ya ajustaría cuentas con Aodh más tarde. Aun así, le divirtió oírlo invocar a los santos en lugar de a sus dioses nórdicos. Psique, en cambio, respondió al cumplido con un guiño pícaro.

La música comenzó a sonar más suave y ceremoniosa.

—¿Te apetece caminar un poco entre la gente? —preguntó en un susurro.

A su alrededor, las familias los saludaban, algunos inclinaban la cabeza, otros sonreían ampliamente. Saludaron a sus familiares, a su querido amigo Ronald acompañado de la protectora hermana de Will, Cati. Se pararon a abrazar a sus suegros, que los recibieron con una expresión de orgullo inigualable. Psique se fundió en un fuerte abrazo con Catalina y esta aprovechó para repetirle lo feliz que estaba por ellos. Por último, Al ver por fin a sus padres, Psique soltó la mano de Will y corrió hacia ellos. Se refugió entre sus brazos como si regresara a casa. Los tres rieron a la vez, con la emoción desbordándoles, mientras Will los contemplaba con una sonrisa silenciosa.

Justo cuando iba a subir al escenario, vio a su prima Jana junto a un joven rubio muy apuesto. Al cruzarse sus miradas, ella le guiñó un ojo, pícara. Algo le decía con ese gesto que esa noche prometía más de una sorpresa.

Will negó con la cabeza, divertido, pero siguió avanzando. El ambiente era un torbellino de alegría. Por fin subieron los escalones de la tarima y se detuvieron ante un sacerdote muy anciano, que los aguardaba con una sonrisa sincera entre las arrugas del rostro.

—Padre Elliot, quiero casarme con esta mujer tan hermosa —anunció Will con solemnidad, aunque sus ojos brillaban traviesos.

El sacerdote soltó una carcajada suave, casi un bufido, como si aquel comentario fuese una broma absurda.

—¿Estás seguro, hijo? Las pelirrojas no son muy de fiar... —añadió con un brillo divertido en los ojos.

Psique rio ante el comentario, llevándose una mano a la boca.

—Padre... —advirtió Will, en voz baja, pero firme.

—Está bien, pero solo si ella promete dejarme ganar alguna vez al Mendigo a tu vecino.

Will puso los ojos en blanco.

—¿En serio, Elliot? —preguntó, incrédulo.

—Padre, le aseguro que todavía no sé qué significa «ganar» una partida —respondió Psique. Luego guiñó un ojo a Will, que se rascaba la nuca, ruborizado—. Pero lo pasaremos bien juntos.

Elliot chasqueó la lengua, satisfecho.

—¡Bien! —exclamó—. Ya que estamos aquí...

Elliot dejó que las risas se apagaran. Cuando el silencio se extendió ante la tarima, los contempló con una calidez casi paternal.

—Ya que estamos —repitió Psique, apretando la mano de Will.

—Pues venga —dijo—. Que la fiesta sea testigo del amor más puro y hermoso.

La multitud aplaudió, emocionada. Las antorchas chisporroteaban, como si también lo celebraran.

—¿Estás lista para ser la esposa de un humilde, pero profundamente enamorado mercader, cariño?

Ella rio, con los ojos brillantes.

—Contigo, siempre.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

MARY FORT

LA FLOR DORADA (Highland Hearts)

MI QUERIDO DEMONIO (Highland Hearts II)

SOLO TÚ PUEDES SALVARME (Highland Hearts III)

MUCHO MÁS QUE AMOR (Highland Hearts IV)

BAILANDO EN TU SONRISA (Highlander Heart I)

EN LA BRUMA DE TU TORMENTA (Highlander Heart II)

LA RENDICIÓN DEL CANALLA (Highlander Heart III)

ERES MI ALIENTO (Highlander Heart IV)

PALABRA DE CAPITÁN

NO QUIERO UN MADELMAN POR NAVIDAD (M. Fort)

UN BESO DE MANDARINA (M. Fort)

BLUE MOON (M. Fort)

DISPONIBLES EN AMAZON